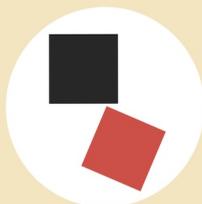


MARTINS RODRIGUES



ANTI-DIMITROV

MEDIO SIGLO DE DERROTAS DE LA
REVOLUCIÓN (1935-1985)



EDICIONES
DOSCUADRADOS



Georgui Dimitrov pasea junto a Iosif Stalin

ANTI-DIMITROV
1935-1985. Medio siglo de
derrotas de la revolución

Francisco Martins Rodrigues

Traducción y Edición:
2CUADRADOS

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados

Escrito: 1985
Segunda edición: 2008

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Noviembre de 2024

Web: www.doscuaadrados.es
Twitter: @2Cuadrados
Instagram: @2_cuadrados

Índice

Prefacio a la 2ª edición	5
Prefacio a la 1ª edición	7
Abreviaturas	14

1. El Frente popular **15**

Los comunistas al servicio de la democracia burguesa (15), Pueblo y fascismo (16), Democracia y fascismo (18), Pequeña burguesía y fascismo (20), Nación y fascismo (23), Proletariado y pequeña burguesía (26), Entre el proletariado y la pequeña burguesía (29), La falsa alternativa (33)

2. El pacto con la socialdemocracia **35**

Los acuerdos en la cumbre (35), El apoyo a los gobiernos socialdemócratas (37), La liquidación de la corriente sindical revolucionaria (39), El “ascenso revolucionario” de la socialdemocracia, una invención (41), La crítica al compromiso (43), La batalla antisectaria (45), Lenin y la unidad de los trabajadores (47), La condena de la línea “clase contra clase” (49), ¿Quién dio la victoria al nazismo? (51), En defensa del oportunismo (53), La vieja tendencia a la capitulación (55)

3. Ni fascismo ni revolución **59**

Un gobierno de nuevo tipo (59), Analogía o casi... (63), Lenin de nuevo a la palestra (66), La lucha por la democracia (69), Lenin demócrata (72), La etapa democrática (75), Nacimiento de la “revolución democrático-popular” (78), Lenin y la revolución popular (81)

4. La liquidación del Partido **83**

El ABC del marxismo-leninismo (84), Las cinco condiciones (85), La posición de Lenin (87), Las 21 condiciones (88), La fusión en Hungría (89), Trotsky (90), Lenin y los laboristas (91), ¿Maniobra táctica? (92), La liquidación del Partido (94)

5. Pequeña historia de un viraje histórico **97**

“Clase contra clase”: el canto del cisne (97), La revancha de Bujarin (99), ¿Quién ganó en el “congreso de los vencedores”? (102), El “culto a la personalidad” (105), El terror, arma impotente del centrismo (106), El nacionalismo soviético da luz verde al 7º Congreso (108), Golpe en la Internacional (110), La apoteosis oportunista (115), La capitulación de Stalin (115)

6. Del centrismo al revisionismo **117**

El precio del Frente Popular (117), El Frente Popular en Francia (119), La debacle (123), La “autocrítica” (125), El frente nacional (127), La disolución de la IC (129), El browderismo (132), Las victorias de la guerra: ficción y realidad (134), ¿Algunas desviaciones o una desviación general? (136)

7. El centrismo en el poder **139**

Primera etapa, coexistencia (139), Segunda etapa, la represión (141), Dimitrov sobre la democracia popular (143), El titoísmo (146), Los orígenes del maoísmo (148), El Cominform (152)

8. El centrismo en Portugal **157**

¿Cómo fracasó el VI Congreso en Portugal? (158), El Frente Popular (159), El “levantamiento nacional” (161), El período “sectario” (163), Balance del centrismo (164)

9. Agonía del centrismo **169**

¿Un revisionismo sin pasado? (169), El estalinismo, tapadera del centrismo (172), Anti-maoísmo: una falsa autocrítica (175), PTA y Dimitrov, una regresión (178), La descomposición del centrismo (182)

10. ¿El fin de la crisis? **187**

La era del terror (187), La base social del centrismo (189), Auge y declive del centrismo (192), Conclusión (195)

Obras citadas 199
Epílogo: *Los frágiles frentes impopulares* (M. Macnair) 201

PREFACIO A LA 2ª EDICIÓN

Cuando esta obra se publicó por primera vez en 1985, trataba de encontrar respuestas al fracaso sucesivo de las revoluciones rusa y china y a la correspondiente deriva oportunista que desvirtuaba al movimiento comunista hasta el punto de transformar a los partidos que pretendían subvertir el capitalismo en partidos del sistema de dominación burgués.

Surgiendo a contracorriente –el «comunismo» chino ya había comenzado a promover abiertamente el capitalismo; la corriente marxista-leninista, en bancarota y en una profunda crisis de identidad, se refugiaba en un dogmatismo asfixiante y escéptico; el «campo socialista» se disgregaba. Cuando por todas partes se anunciaba el fin del comunismo y de la historia y el triunfo del orden capitalista, y se puso de moda entre los revolucionarios en crisis descubrir con deleite las «ventajas» de la democracia burguesa y de la libertad de mercado y abjurar de las «utopías totalitarias»- este trabajo fue recibido con curiosidad. Convenció a algunos y decepcionó a otros, que esperaban que el autor se convirtiera al coro anticomunista y antiestalinista. Pero para la mayoría de los que la han leído, sigue siendo incómodo, por lo que exige reflexión.

Esta segunda edición de *Anti-Dimitrov - 1935-1985*, medio siglo de derrotas para la revolución viene con un texto posterior. Como Francisco Martins Rodrigues nunca consideró *Anti-Dimitrov* una obra definitiva, sino un punto de partida necesariamente modesto y limitado para el debate sobre la regeneración del comunismo, sus opiniones sobre la marcha de los regímenes, partidos y movimientos comunistas y el papel de los personajes fueron evolucionando. La «cuestión de Stalin» fue una de aquellas sobre las que profundizó su pensamiento tras escribir el libro, y de ello dio cuenta, entre otros, en un texto publicado en la revista **Política Operária nº 7**. Con la publicación de *Notas sobre Stalin*, pretendemos dejar constancia de esta evolución.

Septiembre de 2008

PREFACIO A LA 1ª EDICIÓN

«Hay sabios que creen ver en todo esto un retroceso de nuestras posiciones de principio, un cierto giro a la derecha respecto a la línea del bolchevismo».

DIMITROV

«¡Unidad a cualquier precio para detener el camino hacia el fascismo, la guerra y el imperialismo!» El llamamiento lanzado por Jorge Dimitrov en 1935 a la unidad de todas las fuerzas obreras, populares y democráticas cumple ahora 50 años. Es un buen momento para hacer balance.

Hoy, el informe de Dimitrov al 7º Congreso de la Internacional Comunista casi ha caído en el olvido. Pero lo cierto es que, en el último medio siglo, la idea de la unidad democrática y antiimperialista se ha convertido en patrimonio no sólo de los partidos comunistas, sino de una vasta corriente progresista internacional. Podría decirse que todos los que están a la izquierda de la socialdemocracia son ahora dimitrovianos sin saberlo: los sandinistas nicaragüenses, los guerrilleros peruanos, los pacifistas alemanes y los desvergonzados «comunistas» portugueses.

El vínculo que une a estas fuerzas tan diferentes es la noción de un campo popular, cuyos intereses comunes frente al imperialismo implicarían al proletariado y a la pequeña burguesía en una misma estrategia fundamental, los uniría, fusionaría sus trayectorias. Esta noción, ajena al leninismo, fue teorizada por primera vez en términos «marxistas» por Dimitrov.

Tan fuerte es su poder de convicción que ha sobrevivido a los reveses que la historia le ha infligido constantemente, desde los Frentes Populares de 1936 hasta la Unidad Popular en Chile y el 25 de abril en Portugal. Y con esta curiosa peculiaridad: cada vez que uno de estos experimentos democráticos y populares fracasa, sus promotores siempre pueden atribuir la derrota a la insuficiencia de la Unidad, no a la fórmula en sí. El dimitrovismo goza así del raro privilegio de «demostrar» que tiene razón a pesar de sus propios fracasos.

¿Por qué esta singular vitalidad? Porque el dimitrovismo responde al sentido común político elemental de las masas en esta época de horrores del imperialismo. No necesita demostración. Nadie en el campo popular tiene dificultad en admitir espontáneamente que «la unidad de la izquierda es la mejor arma contra la derecha». Nadie duda de que Lenin fue un genio de la revolución proletaria, pero parece absurdo trasladar su perspectiva

sobre la lucha de clases a nuestro tiempo. Querer aplicar ahora el leninismo «tal cual» sería adoctrinamiento antileninista; sólo sectarios incurables pueden discutir la necesidad de un frente único contra la reacción y el imperialismo, etc., etc. De forma más o menos elaborada, más o menos explícita, estos son los argumentos que pueden oírse en toda la «izquierda dominante».

Este deseo de ver a todas las fuerzas antifascistas y antiimperialistas unidas en un frente común es sin duda loable. Pero los buenos deseos en política no son nada. ¿Qué objetivos deben fijarse, qué relaciones deben establecerse entre las clases trabajadoras para hacer posible una lucha eficaz y victoriosa contra la reacción y el imperialismo? Esta es la única manera seria de plantear la cuestión en términos marxistas.

Raspemos la cáscara del sentido común unitario para encontrar su núcleo de clase. «Unidad a toda costa en torno a objetivos comunes», «valorar lo que une, dejar de lado todo lo que divide», «democracia, paz, independencia primero, la revolución vendrá después», «democracia popular, un peldaño hacia el socialismo». ¿Qué significa esto? Significa buscar, en cada situación, el máximo común divisor de las fuerzas populares. En otras palabras, alinear al pueblo con el nivel más moderado, común a todos. En otras palabras, dejar de lado los objetivos revolucionarios de la clase obrera, que obviamente no son comunes.

Se podría objetar que la perspectiva unitaria de Cunhal en 1975, con la «batalla de la producción por el socialismo», era en todo caso mucho más avanzada que la «Unidad de los Honorables Portugueses» de 1949. Es cierto. El unitarismo democrático y popular no es rígido. Al contrario, es extremadamente flexible, elástico y creativo, lo que le permite acompañar las grandes convulsiones de las masas. Ese es otro secreto de su vitalidad. Pero por elástica que sea, existe un límite ideal hacia el que parece tender pero que nunca ha alcanzado y que, por el contrario, bloquea: la revolución proletaria.

El llamamiento a la «unidad a toda costa contra la reacción, la guerra y el imperialismo» transmite, pues, la exigencia, no de unidad, sino de un cierto tipo de unidad: la unidad en torno a las reivindicaciones limitadas de la pequeña burguesía, que son comunes a todo el pueblo, sacrificando de paso las reivindicaciones revolucionarias de la clase obrera. Este es el juego de clase del pensamiento dimitroviano. Esta es la fuente de su fácil popularidad, que asegura su reproducción espontánea y cotidiana a gran escala.

Así, la lógica unitaria que funciona automáticamente hoy en todos los campos de la lucha de clases, ya sea política, económica o ideológica, es fácil

de resumir: «Que los trabajadores sacrifiquen (¡sólo por ahora, claro!) parte de sus reivindicaciones si no quieren quedar aislados». Es un ultimátum.

Está presente, sin necesidad de mencionarlo, en las manifestaciones por la libertad como en la negociación de un contrato colectivo, en las marchas por la paz como en la abstención tácita de toda crítica a la religión, la familia, la nación y la propiedad privada.

Unidad por el fin de los monopolios, del fascismo, de la guerra, por la independencia de la nación, por una democracia popular. Unidad incluso para el socialismo, siempre que sea «popular». La revolución proletaria no tiene cabida ahí. ¿Cómo podría, si no es una cuestión común al pueblo?

En la época de Lenin, es bien sabido, la revolución rusa se llevó a cabo con una lógica diferente. El pueblo, como colectivo, no tiene solución a las lacras del capitalismo y del imperialismo, de la guerra, porque es una aglomeración de clases con intereses diferentes. El pueblo necesita el socialismo, pero sólo puede encontrarlo si es arrastrado por la dinámica revolucionaria de la clase obrera. Y la clase obrera sólo puede encontrar la vía del socialismo y arrastrar al pueblo si es arrastrada por la dinámica revolucionaria de su vanguardia, capaz de asimilar el marxismo. La minoría, avanzando hacia su objetivo consciente, conquistará a la mayoría. Los objetivos generales de la lucha no tienen que ser fijados por el máximo común denominador, sino por el conocimiento de las tareas objetivas a las que se enfrenta la sociedad. Cada lucha particular, inmediata, común a todo el pueblo, carece de valor en sí misma si no sirve para acelerar el alineamiento de las fuerzas antagónicas dispuestas a luchar por la dirección de la sociedad. Por eso el proletariado tiene que separarse de la pequeña burguesía, la revolución tiene que crecer a costa del reformismo, etc., etc.

¿Por qué esta lógica ha dejado aparentemente de funcionar? ¿Porque «el mundo ha cambiado», o porque la clase obrera ha sido sumergida por la ideología pequeñoburguesa? ¿La idea leninista de la hegemonía del proletariado ha sido realmente superada por la historia, o está sepultada bajo una avalancha de democratismo reformista? ¿Estamos viviendo hoy una etapa superior, una lucha más amplia contra el imperialismo, o nos hemos replegado a una plataforma más estrecha, ciega e impotente? ¿Hay alguna esperanza para la lucha democrática unitaria, o es sólo una trampilla por la que se escurre continuamente el potencial revolucionario del movimiento obrero?

Para todos aquellos que ya se han liberado de los «dogmas» marxistas (y que sirven alegremente a la dictadura «democrática» de la burguesía), estas cuestiones no son más que extravagancias doctrinales que ni siquiera merecen refutación. Pero es instructivo observar cómo los llamados

«marxista-leninistas» (revisionistas y antirrevisionistas) resuelven la dificultad de asociar a Dimitrov con Lenin.

Por extraño que parezca, la división del movimiento comunista en campos antagónicos desde la década de 1960 no ha pellizado al dimitrovismo. Los revisionistas de la escuela soviética y los «ortodoxos» de la línea chino-albanesa, aunque libraban una furiosa batalla sobre Stalin y el «estalinismo», repudiados por unos, exaltados por otros, seguían estando de acuerdo sobre las ideas políticas de Dimitrov.

Unos y otros están de acuerdo en que el VII Congreso de la Internacional Comunista hizo una aplicación creativa del leninismo en las nuevas condiciones históricas, dio nueva vitalidad al movimiento comunista y trajo grandes éxitos a los pueblos. Unos y otros defienden la política de los Frentes Populares, difiriendo como mucho en su aplicación. Algunos atacan cualquier objeción a esta política calificándola de «dogmática», «sectaria» y «trotskista».

En efecto, existe una guerra entre revisionistas y antirrevisionistas en torno a Dimitrov, pero sólo en torno a quién posee legítimamente su legado.

Para el Partido del Trabajo de Albania, la coincidencia de las dos corrientes en su defensa del VII Congreso es sólo aparente y es el resultado de una flagrante tergiversación de Dimitrov por parte de los revisionistas. En un largo artículo publicado hace tres años en su revista teórica¹, la afirmación de que «el 7º congreso habría colocado la colaboración de los partidos comunistas con los partidos socialdemócratas en la base de una nueva estrategia global del comunismo internacional» se considera pura especulación revisionista. Este congreso habría seguido las líneas de los anteriores, y sólo habría dado un «simple giro táctico en la lucha contra el peligro fascista y la guerra imperialista». «Las directrices del 7º congreso para que cada partido comunista pusiera en el orden del día la lucha por la paz y contra el peligro fascista como tarea inmediata no significa en absoluto que la IC hubiera aplazado la preparación de la revolución proletaria a las calendas griegas», o que «la lucha por la paz y contra el peligro fascista se considerara ahora como una etapa especial del movimiento revolucionario, indispensable para cada país». También es una invención revisionista, según el artículo, la afirmación de que «Stalin no estaba de acuerdo con las decisiones del VII Congreso» y que «el VII Congreso había presentado las ideas fundamentales del XX Congreso del PCUS de forma embrionaria». Todas estas opiniones no son más que una «interpretación oportunista y revisionista de las decisiones del 7º Congreso de la IC», que no dejó «lugar a vacilaciones ni *malentendidos*». «La

¹ *Rruga i Partise*, nº 1/82, edición de Tirana en francés.

Comintern, concluye, se mantuvo fiel hasta el final a su línea política general, sin desviarse un milímetro de su estrategia global de lucha por la revolución proletaria y la instauración de la dictadura del proletariado».

Este resumen de puntos controvertidos de *Rruga i Partise* me pareció una buena introducción al tema. Así que decidí ponerlo a prueba analizando el informe de Dimitrov, las circunstancias en las que fue escrito y la evolución a la que ha dado lugar en el último medio siglo.

Así surgió este Anti-Dimitrov, en el que intento:

1) demostrar que el giro «táctico» del VII Congreso hacia los frentes populares implicó en realidad un giro estratégico, como afirman con razón los revisionistas;

2) demostrar que este giro supuso una ruptura total, aunque disimulada, con la línea leninista de la revolución proletaria, que sustituyó a la ideología de la fusión «popular» obrero-campesino-burguesa;

3) desmontar la leyenda de los «grandes éxitos» logrados por el movimiento comunista a partir de 1935, señalando la estela de derrotas y fracasos que nos ha llevado a la situación actual, de ofensiva sin cuartel del imperialismo;

4) y, por último, encajar las ideas políticas de Dimitrov en la vasta corriente centrista internacional que en los años 30 tomó por asalto el marxismo revolucionario, tanto en la Unión Soviética como en China y el mundo capitalista.

El lector tendrá que juzgar si estas pruebas son suficientes.

Desde este punto de vista, se comprende perfectamente la unidad y la lucha entre revisionistas y antirrevisionistas en torno a las ideas de Dimitrov. Unidad, porque el dimitrovismo es esencial para ambos, como teoría de la colaboración de clases «democrática y popular», bajo el respetable disfraz del leninismo. Lucha, porque el dimitrovismo ha madurado a ritmos diferentes, según las particularidades nacionales de la lucha de clases: mientras que su rama principal floreció en el revisionismo, de escuela soviética y europea, la rama maoísta, relativamente autónoma, dio lugar, veinte años más tarde, al revisionismo chino, y una rama centrista fosilizada persiste aún hoy en el «estalinismo» albanés, preparándose para seguir el camino de las otras.

De este modo, los caminos, que parecían irreconciliables, de las corrientes rivales del «marxismo» oficial acaban por unirse de nuevo, porque brotaron del mismo tronco común. El revisionismo es el producto universal del centrismo. De ahí la importancia de conocer la naturaleza del

dimitrovismo para comprender el sentido de la lucha actual en el campo «marxista» y su previsible desenlace.

El centrismo es, pues, el tema de este trabajo. El centrismo, como forma original del oportunismo «comunista» del siglo XX, producto típico de la época del imperialismo, que tuvo en Bujarin, Dimitrov, Stalin, Mao y Gramsci a sus más destacados ideólogos y dirigentes políticos. El centrismo, como expresión de una corriente intermedia obrero-campesina-burguesa y, por tanto, obligado a proteger su incoherencia política e ideológica con una armadura «de hierro»: despotismo «revolucionario», «defender la dictadura del proletariado», organización monolítica, «defender la unidad del Partido», parálisis ideológica, «defender la pureza de la doctrina». El centrismo, como iniciador del revisionismo que más tarde se apoderó del movimiento obrero. El centrismo, finalmente, como partero de un nuevo régimen social en la historia, el capitalismo de Estado, último reducto de la burguesía, al que permite resurgir de sus cenizas bajo una nueva forma «socialista».

No faltará quien cuestione este intento de criticar lo que suele denominarse «estalinismo». Para algunos, se trata de un descubrimiento serendípico que derriba puertas abiertas desde hace mucho tiempo. Para otros, será «munición para el revisionismo y el imperialismo». Quiero creer que no será ni lo uno ni lo otro. Porque si el centrismo ha sido sistemáticamente criticado durante décadas, esta crítica ha venido invariablemente de la derecha (revisionistas, socialdemócratas y, entre medias, trotskistas). La izquierda todavía no ha criticado el centrismo.

Queda por ver si tal crítica tiene cabida en el mundo actual. Nuestra «izquierda» trajeada, harta de «superar» el leninismo, naturalmente no lo cree. Pero los cojos análisis que ha producido hasta ahora no le dan mucha autoridad en la materia. El espectáculo de sus elegantes deducciones, destinadas a ocultar la lucha de clases y a desterrar la idea de la dictadura del proletariado, es tan triste que cualquier cosa que se haga en la línea del leninismo está justificada desde el principio.

Por supuesto, criticar el centrismo es predecir su muerte. Hay muchas razones para esperar que el poder demoleedor del marxismo acabe pulverizando la costra de prejuicios pequeñoburgueses que lo cubre. Ese día, tal vez veamos surgir nuevas experiencias de auténtica unidad popular, poderosas, capaces de derrotar al imperialismo y avanzar ininterrumpidamente hacia el socialismo, porque se basan en el fundamento que les fue robado hace medio siglo: la dirección de la clase obrera sobre la pequeña burguesía.

Me atrevo a pensar que este trabajo será un estímulo, en el desértico panorama del marxismo en Portugal, para despertar la crítica

revolucionaria de clase, sin la cual ni siquiera podemos hablar de Partido Comunista, y mucho menos esperar la revolución y el socialismo. Veremos si los resultados están a la altura de mis ambiciones.

Marzo de 1985

ABREVIATURAS

AFL: Federación Americana del Trabajo
CEIC: Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista
CGTU: Confederación General del Trabajo Unificado
CIS: Comisión Intersindical
CSR: Corriente Sindical Revolucionaria
CSI: Federación Sindical Internacional
IC: Internacional Comunista
CIJ: Internacional de la Juventud Comunista
IOS: Internacional Socialista de los Trabajadores
ISV: Unión Sindical Roja Internacional
KPD: Partido Comunista Alemán
OSR: Oposición Sindical Revolucionaria
PC(b) URSS: Partido Comunista (bolchevique) de la URSS
PC(R): Partido Comunista (Reconstruido)
RSDLP: Partido Laborista Socialdemócrata de Rusia
PSD: Partido Socialdemócrata
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
SA: Destacamentos de Asalto Nazis
SDN: Sociedad de Naciones
SFIO: Sección Francesa de la Internacional Obrera (PSF)
SPD: Partido Socialdemócrata Alemán

1. EL FRENTE POPULAR

Los comunistas al servicio de la democracia burguesa

«El proletariado sólo ganará aliados en la medida en que demuestre su fuerza y la de su vanguardia, el Partido Comunista. La pequeña burguesía está acostumbrada a respetar la fuerza».

MANUILSKI, 1931²

La política frentepopulista fue la gran creación histórica del 7º Congreso de la IC. Sorprendentemente, sólo tres páginas del informe de Dimitrov están dedicadas a ella.³ Y lo que es aún más extraño, no se justifica en principio el giro que llevó a los partidos comunistas a cambiar tan radicalmente su actitud hacia el reformismo y el democratismo burgués.

Sin embargo, esto no significa que Dimitrov no justificara la nueva política a su manera. A lo largo del informe introduce, como si se tratara de una evidencia indiscutible, una serie de nuevos puntos de vista sobre las relaciones entre las clases en la época del fascismo, que llevan indirectamente a la conclusión de que el concepto leninista de la hegemonía del proletariado ya no es válido.

Nuestra tarea es, por tanto, en primer lugar, desvelar los presupuestos de clase en los que se basa la política frentepopulista dimitrovista, para medir su solidez a la luz del leninismo. Presupuestos de clase que sólo se pueden encontrar si vamos más allá de la apariencia externa del argumento, lleno de expresiones marxista-leninistas y testimonios de fidelidad a los intereses de la clase obrera y la revolución, hasta la lógica interna del razonamiento. Sólo entonces podremos descubrir por qué las profesiones de fe «bolchevique», «leninista-estalinista» de Dimitrov han desembocado en soluciones políticas tan abiertamente oportunistas como los pactos con partidos burgueses, los gobiernos de coalición, la disolución de la corriente sindical revolucionaria, la fusión del partido comunista con la socialdemocracia o el cierre de la lucha de clases del proletariado en los confines de la democracia burguesa.

² Manuilski, 127.

³ Dimitrov, 55-57.

Pueblo y fascismo

«Europa y el mundo entero, inquietos por el horror de la dictadura fascista que había mostrado su verdadero carácter en Alemania, Italia, Bulgaria y Polonia, se dieron cuenta de los primeros pasos de una agresión mortal. Una gran inquietud se apoderó de las mentes y los corazones de la gente: «¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué debemos hacer? A estas preguntas de excepcional importancia respondió el histórico 7º Congreso de la IC».

Así introduce un editor revisionista de turno un resumen popular del informe de Dimitrov en un estilo que ya se ha convertido en clásico.⁴ Y no cabe duda de que retrata fielmente la nueva perspectiva que inspiró este informe, el **salto de clase** que contiene: el pueblo como entidad frente al fascismo, los comunistas como servidores del pueblo en la lucha común contra el fascismo, la lucha pueblo-fascismo ocupando el lugar de la lucha proletariado-burguesía. Este es el núcleo de la política frentepopulista dimitroviana, lo que permite calificarla de antileninista.

En primer lugar, disipemos un concepto erróneo que el oportunismo está deseoso de alimentar, porque es esencial para su supervivencia. Por lo que se cuestiona a Dimitrov es por no haber llamado a los comunistas a dirigir la lucha antifascista. Ningún marxista puede dudar de que la aparición de la nueva y virulenta forma de reacción burguesa que es el fascismo exigía un cambio radical en la táctica de los partidos comunistas. La democracia burguesa y el fascismo no podían ponerse al mismo nivel. El proletariado se vio obligado a ponerse a la defensiva y a aceptar compromisos temporales para hacer frente al temible enemigo que había surgido en el campo de la burguesía. Había que explorar a fondo las contradicciones entre las capas democrático-burguesas y el Estado terrorista del capital financiero. Una nueva política, que ampliara el abanico de alianzas del proletariado e hiciera converger el mayor número de fuerzas en lo que tenían en común contra el fascismo, era una exigencia real de la época, que el VII Congreso estaba llamado a resolver.

Las declaraciones abstractas contra el «frentismo antifascista» no son más que una ineptitud anarquista, útil a la reacción. La lucha contra el fascismo se había convertido en la orientación decisiva de la lucha revolucionaria del proletariado.

⁴ Kiuliovski, 11-12.

Pero esta nueva orientación táctica no podía eludir la línea estratégica de diferenciación y antagonismo del proletariado hacia la sociedad burguesa en su conjunto. La política de alianza antifascista sólo serviría a los intereses revolucionarios del proletariado, y por tanto a los de todo el pueblo trabajador, en la medida en que se insertara como instrumento táctico auxiliar en su lucha general e invariable por la independencia y la hegemonía frente a todas las corrientes burguesas. Todo seguía dependiendo de la afirmación del proletariado como clase «para sí». Y es que el fascismo, con toda su procesión de oscuras innovaciones, no era más que una nueva forma adoptada por la misma dictadura de clase de la burguesía. La lucha de clases bajo el capitalismo se había agudizado y polarizado brutalmente, pero su marco general seguía siendo el mismo.

Sin embargo, Dimitrov, incapaz de desafiar frontalmente esta posición de principio que la IC había establecido desde su V congreso y refiriéndose a ella en varios pasajes del informe, la combinó con una perspectiva contraria a ella -la lucha contra el fascismo como fusión de posiciones de clase contradictorias en una corriente democrática común.

Esta perspectiva, que no se enuncia expresamente en ninguna parte del informe, está sin embargo perfectamente esbozada en las **cinco nuevas tesis**, que forman su estructura política.

En primer lugar, la unidad de acción con la socialdemocracia, con el pretexto de que ésta avanzaba en una dirección revolucionaria.

En segundo lugar, el apoyo político del proletariado a la pequeña burguesía para «elevar su conciencia revolucionaria».

En tercer lugar, la identidad de los intereses de la nación frente al fascismo.

En cuarto lugar, los gobiernos de coalición con la burguesía democrática como alternativa al fascismo.

En quinto y último lugar, la creación de un «partido único del trabajo» mediante la fusión del Partido Comunista (PC) y el Partido Socialdemócrata (PSD).

Este conjunto de posiciones, que analizaremos a continuación, definió un **nuevo marco general**, no reconocido, para la lucha de clases durante la era del fascismo. Un cuadro general que Dimitrov introdujo con el pretexto de criticar... los «esquemas generales».

De hecho, las cinco nuevas tesis de Dimitrov presuponían un cambio fundamental en las relaciones entre las clases. Era como si el conflicto proletariado-burguesía que define el régimen capitalista hubiera disminuido en intensidad ante el nuevo fenómeno del fascismo. Por

supuesto, las contradicciones de clase no habían desaparecido, las vacilaciones de la pequeña burguesía, las diferencias entre partidos, etc. seguían existiendo. Era imposible negar esto sin renegar abiertamente del marxismo. Pero todo este universo se movía ahora **dentro** de un universo nuevo y más amplio: la gran lucha histórica de los pueblos contra el fascismo. De ahí la necesidad de imponer una **pausa** en la lucha revolucionaria del proletariado, de eliminar el obstáculo que se había interpuesto en la lucha «normal» de las clases. Esta era la lógica interna de la nueva política, que Dimitrov trataba de transmitir más que de formular.

Pero esta lógica «intuitiva» que condujo al nacimiento del frente popular no era, en el fondo, más que una condensación de las tesis derechistas, bujarinistas y socialdemócratas cuya penetración en las filas comunistas había combatido la IC en el período anterior.

Hasta entonces, la IC no había subestimado la amenaza fascista, como a menudo se afirma. Simplemente denunciaba «la construcción liberal de una contradicción entre fascismo y democracia burguesa, así como entre formas parlamentarias y formas abiertamente fascistas de dictadura de la burguesía» como «un reflejo de la influencia socialdemócrata en los partidos comunistas»⁵. La IC criticó el «contrabando» de quienes presentaban el fascismo como «un nuevo sistema» de relaciones entre clases y no simplemente como una nueva forma de dominio de la burguesía⁶.

Fue este contrabando lo que Dimitrov introdujo sutilmente, como veremos.

Democracia y fascismo

Aparentemente, Dimitrov no negaba que el fascismo fuera una nueva forma de dictadura de la burguesía. El fascismo, decía, era la agresión terrorista de la burguesía, que intentaba salvarse de la crisis atacando al movimiento obrero y preparándose para la guerra. Si manifestaba la debilidad del movimiento obrero, también retrataba la debilidad de la propia burguesía, incapaz de mantener su dictadura sobre las masas por los viejos métodos de la democracia burguesa y el parlamentarismo, como había observado Stalin.⁷

Sin embargo, tras rendir tributo a su lealtad a los principios, adoptó inmediatamente un nuevo enfoque de la cuestión. Anteriormente, la IC

⁵ Agosti, Aldo, *La III Internacional*, 207.

⁶ Degras, *La III Internacional*, 260.

⁷ Dimitrov, 25-26.

había hecho hincapié principalmente en los **puntos en común**, en el **vínculo orgánico** entre el fascismo y la democracia burguesa, porque era la única forma de entender las raíces sociales del fascismo, que la socialdemocracia intentaba mistificar como bandidaje gratuito, una especie de plaga ajena a la sociedad.

Dimitrov insistió precisamente en la diferencia entre los dos regímenes. «La llegada al poder del fascismo no es la sustitución ordinaria de un gobierno burgués por otro, sino la sustitución de una forma estatal de dominación de clase de la burguesía -la democracia burguesa- por otra forma de esta dominación, la dictadura terrorista declarada».⁸ Y partía de esta distinción obvia para borrar lo esencial, a saber, que el fascismo brotaba de todos los poros de la sociedad democrático-burguesa en crisis, como la solución necesaria para que la burguesía asegurase la continuidad de su dictadura de clase. Al centrar la atención en la diferencia entre democracia burguesa y fascismo, una diferencia tan evidente que nadie podía dudar de ella, oscureció lo que era más necesario mostrar: los vínculos entre ambos.

¿Cómo había surgido el fascismo? La responsabilidad, señaló Dimitrov, recaía en primer lugar en los gobiernos burgueses, cuyas medidas reaccionarias habían allanado el camino y servido de etapas preparatorias para el advenimiento de la dictadura. Los dirigentes socialdemócratas también eran responsables, en la medida en que habían ocultado la naturaleza sanguinaria del fascismo, porque no habían llamado a luchar contra él, no habían preparado a las masas para reconocerlo como su enemigo.⁹ Por último, los partidos comunistas fueron también responsables de la inaceptable subestimación del peligro fascista, que obstaculizó la movilización del proletariado para la lucha.¹⁰

Algunos ven en este balance una alta combinación de intransigencia crítica y autocrítica comunista. Sin embargo, lo que Dimitrov **ocultó** con este reparto imparcial de responsabilidades fue el proceso de crecimiento gradual de las **fuerzas fascistas** dentro de la democracia, alimentado por ella. Ocultó la continuidad y el entrelazamiento entre los dos regímenes. Al mezclar la falta de vigilancia de los comunistas con el giro contrarrevolucionario de amplios sectores de los demócratas burgueses, transformó el profundo proceso de lucha de clases que había llevado a los demócratas a **convertirse en fascistas** en una banal cuestión de falta de coherencia «democrática». En realidad, aunque se cuidó de no decirlo,

⁸ Id, 28.

⁹ Id, 28-29.

¹⁰ Id, 39-40.

trazó una línea de separación absoluta entre democracia burguesa y fascismo, para conducir más fácilmente a los comunistas hacia la opción que ya estaba prevista: enrolar a los comunistas al servicio del liberalismo.

Utilizando una imagen sugestiva, cuando todavía era revolucionario, Kuusinen había comentado en el 13º Pleno del CEIC, en respuesta a las objeciones de la derecha: «No decimos que la democracia burguesa sea lo mismo que el fascismo; tampoco es lo mismo el huevo que la gallina»¹¹. Fue precisamente esta relación orgánica entre ambos regímenes la que Dimitrov hizo desaparecer. En él, el fascismo aparece como una degeneración monstruosa, un cáncer que devoró el organismo democrático, debido a la falta de vigilancia de los «demócratas», todos ellos: liberales, socialistas y comunistas.

Un cáncer tan ajeno al tejido social que ni siquiera representaba los intereses del capital financiero, sino sólo los de un pequeño puñado de los «**elementos** más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero», esto es, los «**ultraimperialistas**»; un régimen tan ajeno a la sociedad burguesa que era «barbarie **medieval**»¹².

Esta visión mecanicista y empobrecida de la lucha de clases no era casual. Era indispensable para Dimitrov para apuntalar la nueva perspectiva de la unidad esencial de las fuerzas democráticas frente al fascismo, **del frente popular como palanca para llevar al proletariado al campo democrático-burgués.**

Pequeña burguesía y fascismo

Toda la política frentepopulista dimitrovista descansa en una nueva valoración del alineamiento de la pequeña burguesía con el fascismo, que sirve de justificación para una nueva actitud del proletariado hacia la pequeña burguesía. Este es el esqueleto de clase oculto que sustenta toda su ideología antifascista unitaria.

El fascismo, subrayaba Dimitrov, no era una dictadura de la pequeña burguesía sublevada que se había apoderado de la máquina estatal, sino el poder terrorista del propio capital financiero.¹³ Esta tesis, sin duda justa, parecería a primera vista una mera reafirmación de los análisis que la IC venía haciendo en polémica con Trotsky, Thalheimer, Bauer y otros, que veían en el fascismo una contrarrevolución de la pequeña burguesía. Al

¹¹ Degras, III, 317.

¹² Dimitrov, 27-30.

¹³ Id, 27.

retomar la fórmula de la IC, Dimitrov la orientó en una nueva dirección que cambió su alcance.

Hasta entonces, la IC había subrayado el carácter social del fascismo como régimen del gran capital, pero **al mismo tiempo** el papel activo desempeñado por la pequeña burguesía, que constituía su tremenda fuerza de masas. El fascismo, había concluido el VI Congreso, era la «ofensiva de la reacción burgués-imperialista», «la dictadura terrorista del gran capital», que se apoyaba en la desesperación de las capas pequeño-burguesas y de los intelectuales, así como de ciertos sectores de los trabajadores, a los que intentaba corromper.¹⁴ El esqueleto de masas del fascismo, había dicho el XI Pleno, estaba en las capas arruinadas y degradadas y en la «pequeña burguesía urbana, los campesinos ricos, gran parte de los estudiantes, el clero, los militares, etc».¹⁵ Como también se subrayó en el V Congreso, «la pequeña burguesía es sin duda el material con el que se forjó la herramienta del fascismo. Pero lo decisivo no es el material del que está hecha la herramienta, sino los fines a los que sirve. El fascismo está exclusivamente al servicio de preservar y asegurar la dominación de clase de la burguesía».¹⁶

Esta idea de que la pequeña burguesía no era ni la causa última ni la beneficiaria del fascismo, pero era sin duda su material, quedó eclipsada en el informe de Dimitrov. La pequeña burguesía aparece allí sólo como **víctima** del fascismo, no como su detonador activo.

La pequeña burguesía, decía, se había dejado llevar a remolque por los fascistas, desorientada por la crisis. Nunca los habría seguido si hubiera comprendido su verdadero carácter de clase.¹⁷ El fascismo había prometido la salvación de la nación, había jugado con el «sentido de la justicia» de las masas, con sus tradiciones revolucionarias, con todo lo que había de «sublime y heroico» en el pasado del pueblo.¹⁸ ¿Quién no absolvería a las masas pequeño-burguesas y a sus partidos del engaño en el que habían caído?

Pero esta imagen no tiene nada que ver con la realidad. Dimitrov omitió deliberadamente el papel de la pequeña burguesía en Alemania, Italia, Austria, Polonia, etc., **como fuerza motriz del ascenso fascista, fanatizado por el rencoroso deseo de poner orden a toda costa al amenazante movimiento obrero, de vengarse de los trabajadores por**

¹⁴ *Programa de la IC*, 36-38.

¹⁵ Manuilski, 55.

¹⁶ *V Congreso*, I, 310.

¹⁷ Dimitrov, 27-28.

¹⁸ *Id.*, 29 a 94.

las frustraciones de la crisis, de desterrar el espectro del bolchevismo.

Intentó hacer olvidar que el fascismo nació como un movimiento pequeñoburgués, capitalizado más tarde por la gran burguesía, como era inevitable. Transformó el movimiento **contrarrevolucionario** de la pequeña burguesía en una ingenua aspiración a la justicia que la llevó a caer en la estafa montada por los fascistas (como si los fascistas no fueran ellos mismos militantes pequeñoburgueses, respaldados después por los grupos financieros). Vacío todo el rico proceso social que había dado origen al fascismo para presentar a la pequeña burguesía como irreproachable, del lado del proletariado y mera víctima de su buena fe.

Una vez blanqueada así la pequeña burguesía de toda responsabilidad en el ascenso del fascismo, Dimitrov pasó a la siguiente operación, que consistía en establecer el carácter revolucionario de la oposición pequeñoburguesa, carácter revolucionario que correspondería al proletariado poner en primer plano mediante su apoyo político.

«Estas masas (el campesinado y la pequeña burguesía urbana) deben ser aceptadas tal como son y no como nos gustaría que fueran. Sólo en el curso de la lucha superarán sus dudas y vacilaciones, sólo si adoptamos una actitud de paciencia ante sus inevitables vacilaciones y si el proletariado les da su apoyo político, se elevarán a un nivel superior de conciencia y actividad revolucionarias».¹⁹

Con esta posición, Dimitrov soslayaba el hecho de que la oposición pequeñoburguesa al fascismo, que empezaba a surgir al ser marginada del nuevo poder y al recaer sobre ella parte del saqueo y el terror de la dictadura, era esencialmente distinta de la del proletariado, porque apuntaba a otros objetivos. Era la oposición inconsistente de las capas burguesas intermedias, arrepentidas de la aventura en que se habían metido, temerosas de los demonios que habían desatado, pero en modo alguno interesadas en abrir la puerta a la «aventura» aún peor que sería la insurrección revolucionaria antifascista.

Dispuesta a luchar contra el fascismo en la medida en que se encontraba entre la espada y la pared y no le dejaba otra opción, la pequeña burguesía sólo aspiraba a una vuelta al liberalismo. Formaba parte de su lógica de clase vincular al proletariado a este objetivo con promesas difusas de mayor justicia social y más democracia, y sobre todo con muchas exigencias de unidad. Los dirigentes más previsores de la democracia burguesa ya podían

¹⁹ Id, 42.

vislumbrar, más allá de la caída controlada del régimen fascista, una nueva era de esplendor democrático, con trabajadores más dóciles a la hora de seguir las reglas del juego liberal, después de haber experimentado el látigo despiadado del fascismo. No hay mal que por bien no venga...

Era precisamente esta dualidad de caminos antifascistas la que había que desvelar a la clase obrera para hacerle comprender sus tareas de clase y permitirle utilizar revolucionariamente la alianza antifascista. Sólo si los obreros, y en primer lugar los comunistas, tomaban conciencia de la diferencia entre su antifascismo y el antifascismo de la burguesía democrática, podrían intervenir independientemente en este nuevo terreno de lucha, maniobrar y hacer compromisos para utilizar y no ser utilizados, y poder llevar al movimiento antifascista a una insurrección revolucionaria contra el poder del capital y no a una miserable reedición «mejorada» del liberalismo.

Dimitrov, sin embargo, en lugar de trabajar para elevar la conciencia revolucionaria de los obreros, prefirió ponerlos a cargo de «elevar la conciencia revolucionaria» de la pequeña burguesía, es decir, ponerse detrás de ella y ganarse su favor. Citemos:

1. «explicarles pacientemente de qué lado están sus intereses»;
2. desarrollar «una acción resuelta del proletariado revolucionario en defensa de las reivindicaciones de estas capas sociales»;
3. «poner fin al desdén y a la actitud indiferente» hacia los partidos de la pequeña burguesía y «acercarse a ellos de manera justa».²⁰

El apoyo político del proletariado a la pequeña burguesía, la defensa de sus reivindicaciones, la cooperación con sus partidos, esto, en crudos términos de clase, era la esencia del proyecto de frente popular dimitrovista. La objeción planteada en su momento de que se trataba de un «bloque sin principios con las organizaciones pequeñoburguesas»²¹ estaba plenamente justificada.

Nación y fascismo

La misma lógica que llevó a Dimitrov a contraponer la democracia (burguesa) al fascismo, para obtener una mayor base unitaria, le llevó a intentar utilizar el concepto de nación para aislar al fascismo. Evidentemente, era más fácil agrupar fuerzas para combatir el chovinismo brutal y agresivo de los fascistas desde las posiciones del nacionalismo

²⁰ Id, 56-57.

²¹ La IC (IML), III, 59.

«democrático» que desde la plataforma revolucionaria internacionalista del proletariado.

Pero como esto no se podía decir, tomó aquí la precaución de defenderse con una argumentación flotante y ecléctica, sugiriendo de memoria lo que no podía asumir abiertamente sin romper con el marxismo.

El fascismo tenía una gran «fuerza de contagio ideológico» porque sabía erigirse en defensor de la nación y heredero de las gestas «sublimes y heroicas» del pasado. **Por tanto**, los comunistas debían saber disputar esos valores, tener en cuenta la «particular psicología nacional de las masas», «vincular la lucha actual de la clase obrera a sus tradiciones y a su pasado revolucionario», en resumen, saber «aclimatar» el internacionalismo a los aires de la nación.

Así es como Dimitrov justificó el acercamiento oblicuo al nacionalismo, en una maniobra tortuosa que es un verdadero tratado sobre el alma del centrismo.

Fíjense en la ambigüedad de este argumento: defendemos el internacionalismo, **pero** no escupimos sobre los sentimientos nacionales de las masas trabajadoras; somos «adversarios irreconciliables» del principio del nacionalismo burgués en todas sus formas, **pero** no somos partidarios del nihilismo nacional; denunciemos el chovinismo de la burguesía, **pero** también demostramos que la revolución socialista significará la **salvación de la nación** y abrirá el camino a un mayor progreso.²²

Conclusión: somos internacionalistas, pero eso no nos impide ser los más abnegados servidores de la nación...

Y para apuntalar su tropiezo argumental, utilizó una larga cita de Lenin, demostrando que sentía un gran orgullo por su nacionalidad rusa. Y si Lenin ya era patriota, ¿por qué no podía serlo también Dimitrov?

El hecho de que esta manipulación haya podido sobrevivir medio siglo sin ser denunciada da buena medida del pantano centrista en el que se ha hundido el marxismo. Porque Lenin hablaba en ese artículo del orgullo de los «proletarios conscientes» de Rusia por tener en su país una clase obrera que había sido capaz de crear «un poderoso partido revolucionario de masas».²³

No hablaba del «honor nacional del pueblo en lucha contra los bárbaros y salvajes fascistas», como hacía Dimitrov.²⁴ Es más, Lenin abría este artículo burlándose de los liberales, de los «progresistas» e incluso de los

²² Dimitrov, 96-97.

²³ Lenin, 21, 101.

²⁴ Dimitrov, 97.

«marxistas» que «exaltaban de mil maneras la libertad y la independencia de la «patria», la grandeza del principio de la independencia nacional».²⁵

Lenin señaló repetidamente a los comunistas rusos que tenían el deber de «combatir de la manera más rigurosa, en nuestro seno, las más leves manifestaciones de nacionalismo gran ruso, porque estas manifestaciones, siendo en general una verdadera traición al comunismo, son extremadamente perjudiciales, porque nos separan de nuestros camaradas ucranianos».²⁶ Los sentimientos patrióticos que tanto excitaban a Dimitrov, Lenin los calificaba, con razón, como «los sentimientos más vivos de la pequeña burguesía».²⁷

El rigor con el que Lenin definió la posición comunista sobre la cuestión nacional no dejaba lugar a las interpretaciones liberales de Dimitrov. Tomemos dos ejemplos:

«Los marxistas deben defender el democratismo más resuelto y consecuente en todos los aspectos de la cuestión nacional. Pero ésta es sobre todo una tarea negativa. El proletariado no puede ir muy lejos en el apoyo al nacionalismo porque más allá comienza la actividad 'positiva' de la burguesía encaminada a fortalecer el nacionalismo. ... Ayudar al nacionalismo burgués más allá de este ámbito estrictamente limitado y situado en un contexto histórico bien determinado es traicionar al proletariado y ponerse del lado de la burguesía ... ¿La lucha contra cualquier yugo nacional? Sí, por supuesto. ¿La lucha a favor de cualquier desarrollo nacional, a favor de la 'cultura nacional' en general? Desde luego que no».²⁸

La cuestión nacional no puede tratarse de manera abstracta y formal, sino que debe basarse en:

«(1) una apreciación exacta de la situación histórica concreta, especialmente de la económica; (2) una distinción muy aguda entre los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados, y la idea general de los intereses populares en general, que no es más que una expresión de los intereses de las clases dominantes; (3) una distinción igualmente aguda entre las naciones oprimidas, dependientes, que no se benefician de la igualdad de

²⁵ Lenin, 21, 98.

²⁶ Lenin, 30, 306.

²⁷ Lenin, 30, 275.

²⁸ Lenin, 20, 27-28.

derechos, y las naciones opresoras, explotadoras, que se benefician de todos los derechos».²⁹

Lo que introdujo Dimitrov, al plantear a la clase obrera la tarea de luchar por la «salvación y el progreso de la nación», por la «salvaguardia de la cultura nacional», por el «orgullo nacional» contra el «nihilismo nacional», fue sustituir la división marxista de la nación -el campo del internacionalismo proletario contra el campo del nacionalismo burgués- por una nueva división: el campo del nacionalismo «popular» contra el campo del chovinismo fascista.

¿Por qué Dimitrov se vio obligado a abandonar el marxismo-leninismo en la cuestión nacional? Porque la ofensiva histórica del chovinismo fascista, su campaña contra el «comunismo sin patria», tenía profundos ecos en la pequeña burguesía. Para atraer a las fuerzas pequeñoburguesas a un frente común con el proletariado, había que tranquilizarlas replegándose a posiciones que les fueran aceptables.

Incapaz de dejar claro, debido a sus compromisos de clase, que el «contagio ideológico» del fascismo procedía de la colaboración de la pequeña burguesía en la propagación de la mentalidad nacionalista a las masas trabajadoras, Dimitrov no encontró otra arma para contrarrestar el chovinismo racista y paranoico de los fascistas que la recuperación «progresista» de los valores del nacionalismo.

En esto, como en todo lo demás, en lugar de aspirar a una ruptura más decidida entre la ideología proletaria y la ideología pequeñoburguesa, aspiraba a una fusión «popular» entre una y otra. De este modo allanó el camino para la integración del proletariado en el campo de la nación, es decir, de la burguesía.

Proletariado y pequeña burguesía

El pueblo revolucionario, obrero-campesino-burgués, unido en la lucha por la democracia y la salvación de la nación: ésta es la argamasa ideológica con la que Dimitrov construyó su política de frente popular antifascista. Una argamasa ajena al principio marxista de la lucha de clases proletariado-burgués.

¿Pero cómo? –dicen los que se aferran a la apariencia de las palabras para escapar a la cadena del razonamiento–. ¿No dijo Dimitrov con toda claridad que «sólo la actividad revolucionaria de la **clase obrera** ayudará a utilizar los conflictos que inevitablemente surgen en el campo de la **burguesía** para

²⁹ Lenin, 31,146.

socavar la dictadura fascista y derrocarla?»³⁰ ¿No insistió incansablemente en la necesidad de agrupar al proletariado en un «único ejército combativo que luche contra la ofensiva del Capital y del fascismo»?³¹

Ciertamente lo hizo. Pero lo que daba con una mano, lo quitaba con la otra. Una actividad verdaderamente revolucionaria del proletariado contra el fascismo tenía como único apoyo la crítica a las otras clases antifascistas, la separación de ellas, la independencia política, precisamente lo que Dimitrov le quitó. Lo que Dimitrov llamaba la «actividad revolucionaria de la clase obrera», y que desde entonces los partidos comunistas entienden como tal, es la ocupación del frente de la lucha antifascista común, el papel de sirviente y fuerza de choque del movimiento antifascista general (es decir: burgués).

«Corresponde al proletariado desempeñar el papel principal en la lucha popular», esta fórmula «avanzada» que, desde hace medio siglo, los centristas y revisionistas repiten a boca llena como prueba de su leninismo, es quizás su mayor falsificación del leninismo en la medida en que, bajo un disfraz radical, elude la cuestión de la hegemonía. Hegemonía del proletariado, la incómoda palabra que Dimitrov «olvidó» utilizar siquiera una vez en su informe.

Lenin no se había cansado de denunciar cómo los mencheviques, bajo los sonoros discursos sobre la «acción revolucionaria del proletariado», negaban al proletariado el papel de conductor del proceso revolucionario y le reservaban un vistoso pero subordinado papel de **motor** al servicio de la burguesía liberal, ya que lo ponían en la lucha «a la vanguardia» de las reivindicaciones políticas de esa burguesía.

Preparar la revolución, había dicho Lenin, significa en última instancia llevar al proletariado a **diferenciarse como clase** de todos los partidos burgueses. La independencia política del proletariado no depende sólo de la existencia de un partido obrero. Depende de la capacidad de su partido para «revelarle, mediante la teoría y la práctica, todas las facetas de la burguesía y de la pequeña burguesía».³²

Fue precisamente esta revelación de las «facetas de la burguesía y la pequeña burguesía» lo que Dimitrov suprimió cuando guardó silencio sobre el papel contrarrevolucionario que desempeñaron en el ascenso del fascismo, cuando inventó un alineamiento revolucionario de la socialdemocracia y los partidos pequeñoburgueses para justificar un bloque con estas fuerzas, cuando recuperó los valores de la Democracia y la

³⁰ Dimitrov, 44.

³¹ Dimitrov, 41.

³² Lenin, *Notas de un publicista*, Agosto, 1907.

Nación. Con el pretexto de aislar mejor al fascismo, de hecho puso en peligro cualquier posibilidad de diferenciar al proletariado como clase y eliminó toda capacidad revolucionaria de la política frentepopulista. No hay frases sobre la «actividad revolucionaria de la clase obrera» que puedan negar este hecho.

«Somos un partido de clase», «un partido revolucionario», pero estamos dispuestos a acciones comunes con las demás clases y los demás partidos; tenemos un objetivo revolucionario final, pero estamos dispuestos a luchar en común por las tareas inmediatas; tenemos métodos de lucha revolucionarios, pero estamos dispuestos a apoyar los métodos de lucha de los demás partidos.³³

Con esta formulación típicamente centrista del discurso de clausura del congreso, Dimitrov intentaba dar a entender que el proletariado podía ponerse al servicio de las reivindicaciones de la pequeña burguesía sin renunciar a la defensa de sus propios intereses revolucionarios, adoptar los métodos de acción reformistas de las otras clases sin renunciar a sus propios métodos de lucha revolucionarios, apoyar la liberalización del régimen burgués sin abandonar la lucha por la revolución.

Esto era una falsificación completa del leninismo. Lenin consideraba necesarios todos los compromisos y maniobras tácticas, las luchas por las reformas, etc., **sólo en la medida** en que favorecieran la elevación de la conciencia revolucionaria del proletariado en cada momento, su preparación para la lucha decisiva. Lenin no dudaba de «la absoluta necesidad de que la vanguardia del proletariado, de que su parte consciente, el Partido Comunista, manibre, llegue a acuerdos y compromisos con los diversos grupos de proletarios, los diversos partidos de obreros y pequeños empresarios». Pero, subrayaba, «la cuestión es **saber** aplicar estas tácticas de manera que se **eleve** y no se rebaje el nivel de la conciencia general del proletariado, su espíritu revolucionario, su capacidad de lucha y de victoria».³⁴

Lo que hizo Dimitrov fue romper la unidad leninista entre táctica y estrategia. Por un lado, se atiborró de fidelidad a los principios; por el otro, de la política de lo que es posible en tiempos del fascismo. Somos revolucionarios, pero mientras no haya condiciones para la revolución, somos reformistas...

³³ Dimitrov, 155.

³⁴ Lenin, 31, 70.

La vida demostraría el fracaso de esta política. Al rebajar la intervención política del proletariado al nivel aceptable para la pequeña burguesía, en el marco del frente popular, los partidos comunistas aprisionaron al movimiento obrero, y con él a todo el movimiento popular, dentro de los límites del democratismo burgués, lo castraron, le impidieron levantarse de nuevo. Cuando la política de frente popular fue llevada hasta sus últimas consecuencias, se descubrió que el proletariado había perdido por el camino su bien más preciado, la conciencia de sus propios intereses, su independencia política.

Y así, la política de Dimitrov no sólo bloqueó la transición a la lucha revolucionaria, que había prometido para después de la caída del fascismo, sino que incluso puso en peligro en todas partes al propio movimiento antifascista que tanto había anhelado fortalecer.

Entre el proletariado y la pequeña burguesía

Si la pequeña burguesía no viene a nosotros, ¿qué podemos hacer sino ir a ellos, para evitar el «aislamiento fatal» del proletariado frente al fascismo? Este es, de hecho, el argumento último que inspira secretamente todo el razonamiento de Dimitrov y que sigue oyéndose hasta hoy, de forma más ingenua o más elaborada, como base de la política antifascista unitaria (o antimonopolista, antiimperialista, antibelicista, etc.). «Vivimos en una época en la que el proletariado tiene que fusionarse políticamente con la pequeña burguesía para no aislarse y para conducirla mejor a la lucha», así se piensa, aunque no siempre se diga.

Es aquí, en torno a este punto, donde podemos descubrir la línea de demarcación entre una política revolucionaria de alianzas, en el espíritu del leninismo, y la política centrista, oportunista y capitulacionista de Dimitrov.

Lenin no dejó ninguna duda de que toda política proletaria, para ser revolucionaria, debe basarse en la lucha por la hegemonía, la demarcación, la diferenciación y la independencia. Denunciando «el miedo indecente a aislar al proletariado de los pequeñoburgueses», explicó que el proletariado debe aprender precisamente a aislarse de las fluctuaciones de la pequeña burguesía, para educarla y no dejarse arrastrar por ella.³⁵ A un menchevique preocupado por la necesidad de elevar el partido al nivel de la «conciencia de las amplias masas populares», Lenin respondió: «¿Qué son las amplias masas populares? Son los proletarios y la pequeña burguesía no evolucionados, llenos de prejuicios conformistas, nacionalistas,

³⁵ Id, 12, 409-410.

reaccionarios, clericales, etc.». Ponernos a su nivel nos haría inútiles como partido de la revolución. Es cierto, admitió, que la presión de esas masas puede imponer limitaciones a nuestra acción por consideraciones de conveniencia. No podremos hacer todo lo que queramos. «Pero no respetaremos esta conciencia atrasada: la combatiremos por todos los medios de persuasión, propaganda y agitación».³⁶

Este punto de vista, que cuestiona toda la política e ideología popular unitaria a la que se han adherido los Partidos Comunistas desde el VII Congreso de la IC, se basa en una constatación: la pequeña burguesía, como rama auxiliar del sistema capitalista de explotación del proletariado y semiproletariado, tiene contradicciones con ese sistema que deben ser explotadas, pero **no tiene intereses revolucionarios**.

De ahí la idea leninista de que la única pedagogía que da frutos en la escuela de la lucha de clases es anteponer la pequeña burguesía al **hecho consumado** de la lucha revolucionaria independiente del proletariado. Las vacilaciones pequeñoburguesas nunca han sido superadas por el «apoyo político» o las «explicaciones pacientes», como quería Dimitrov, sino por **la fuerza**. En última instancia, la pequeña burguesía siempre caerá del **lado del más fuerte**.

No eran ideas «sectarias», como Dimitrov afirmó más tarde. Se basaban en el principio leninista de que, **antes de que el proletariado tomara el poder**, cualquier alianza, acuerdo o compromiso con la pequeña burguesía tendría necesariamente un carácter limitado, temporal y contingente. Lenin insistió exhaustivamente en esta idea en la época del II Congreso de la IC, precisamente para combatir las ilusiones oportunistas que estaban naciendo en los jóvenes partidos comunistas.

«Ni siquiera se puede pensar que las masas trabajadoras pequeñoburguesas o semiproletarias puedan resolver de antemano este complicadísimo problema político: estar con la clase obrera o con la burguesía. Las vacilaciones de las clases trabajadoras no proletarias son inevitables; es inevitable que experimenten las cosas por sí mismas para que puedan comparar la dirección de la burguesía con la del proletariado».³⁷

«En todos los países capitalistas existen, junto al proletariado (o a la parte avanzada de éste que ha tomado conciencia de sus tareas revolucionarias y es capaz de luchar por ellas), numerosas capas de obreros inconscientes de su condición proletaria, semiproletaria,

³⁶ Id, 19, 560-561.

³⁷ Id, 30, 274.

semiburguesa, que siguen a la burguesía y a la democracia burguesa (incluidos los «socialistas» de la II Internacional)] engañados por la burguesía, estas capas no creen en su propia fuerza ni en la fuerza del proletariado, no se dan cuenta de que pueden satisfacer sus necesidades esenciales expropiando a los explotadores.

Estas capas de obreros y explotados proporcionan aliados a la vanguardia del proletariado, le garantizan una mayoría estable en la población; pero el proletariado sólo podrá ganar estos aliados mediante el instrumento del poder estatal, es decir, después de haber derrocado a la burguesía y demolido su aparato estatal».³⁸

«El proletariado sólo se ganará a estas capas de la población (semiproletarios y pequeños campesinos) después de haber vencido, después de haber conquistado el poder del Estado, es decir, después de haber derrocado a la burguesía, liberado a todos los trabajadores del yugo del Capital y demostrado en la práctica los beneficios que otorga el poder proletario (los beneficios de la emancipación del yugo de los explotadores)».³⁹

La conclusión es obvia. Si la pequeña burguesía y las capas entre ella y el proletariado sólo pueden ser ganadas al lado del proletariado **después** de que la burguesía haya sido derrocada, esto indica el carácter limitado que necesariamente tendrán las alianzas del proletariado con estas capas **antes** de conquistar el poder. Esto socava toda la lógica dimitroviana del frente popular.

Pero, ¿no es cierto que el propio Lenin ya había enfatizado en *El izquierdismo* la capacidad de los bolcheviques de «enlazarse, acercarse, por así decirlo, **fusionarse** hasta cierto punto con las amplias masas obreras, en primer lugar con la masa proletaria, **pero también** con la masa de los obreros no proletarios».⁴⁰ La política de frente popular, después de todo, ¿no era simplemente una nueva aplicación de esta idea de la fusión hasta cierto punto del proletariado con las masas no proletarias?

Esta objeción, infalible en boca de quienes ven la obra de Lenin como un mosaico pragmático o una especie de sombrero de prestidigitador, del que se puede sacar lo que se quiera, sólo muestra la incapacidad de los oportunistas para razonar en términos leninistas.

Lenin nunca se desvió del objetivo de la independencia y hegemonía del proletariado. Al enfatizar como uno de los fundamentos de la disciplina de los bolcheviques su capacidad de fusionarse hasta cierto punto con las

³⁸ Id, 30, 281.

³⁹ Id, 30, 351.

⁴⁰ Id, 31, 18-19.

masas más amplias, no estaba abogando por ninguna fusión de la política revolucionaria con la política reformista, como sus falsificadores se apresuran a deducir. No tenía en mente ninguna política de frente popular «mixto», a la Dimitrov, de la que no hay rastros en toda su obra y acción.

El sentido de la cita del *Izquierdismo* está fuera de toda duda: actuando diariamente en el seno de las masas proletarias y semiproletarias, incluidas las masas obreras pequeñoburguesas, en torno a las reivindicaciones inmediatas que pueden movilizarlas contra el poder del Capital, el partido comunista debe abordar siempre y únicamente las cuestiones desde el ángulo que más favorezca la liberación del proletariado de la ideología reformista dominante. Ni aislarse del movimiento político real de las masas, ni subordinarse a su dinámica reformista espontánea, sino penetrar en él para sacar a la luz la línea del proletariado y conducirlo a través de los zigzags de la lucha de clases, por el camino de la revolución.

Fue esta línea leninista general la que el VII Congreso rechazó, sin atreverse a decirlo abiertamente. Es este rechazo el que los revisionistas soviéticos retoman hoy más claramente cuando salen en defensa de Dimitrov:

«El congreso rechazó la posición ampliamente extendida de que en cada etapa de la revolución era necesario asestar el golpe principal a las fuerzas políticas intermedias. Este precepto había demostrado ser incoherente desde todos los puntos de vista. Los comunistas afirmaron explícitamente que las fuerzas y capas intermedias podían desempeñar un papel muy útil en la lucha contra el fascismo y por la democracia».⁴¹

Sin embargo, la cuestión nunca fue si reconocer o negar a las fuerzas intermedias un papel «muy útil» en la lucha contra el fascismo. La cuestión era si utilizar estas fuerzas como **reservas** del proletariado exigía o no paralizar su inestabilidad natural. La cuestión era si, al renunciar a la crítica, a la demarcación, a la lucha por la hegemonía, para mostrar una buena voluntad unitaria, el proletariado no se convertía automáticamente en la **reserva** de la burguesía, en un sirviente en la guerra de otros.

Fue este simple hecho el que Dimitrov trató de envolver con sus exhortaciones unitarias.

⁴¹ La IC (IML), III, 46.

La falsa alternativa

Pero, ¿persistir en demarcar la política proletaria revolucionaria del reformismo no era, de hecho, hacer imposible cualquier posibilidad de una lucha unida contra el fascismo y la guerra? ¿No era una posición utópica, desfasada en el tiempo, sectaria, ineficaz en las nuevas condiciones?

Esta es una pregunta falsa, que sólo influye en aquellos que, como Dimitrov, ven la lucha contra el fascismo como una **excepción** a la lucha de clases «normal» y abandonan el marxismo presas del pánico.

No porque la vanguardia del proletariado siguiera declarando abiertamente su decisión de derrocar el régimen capitalista y persistiera en una oposición irreconciliable al reformismo y a la socialdemocracia, alejaría a las amplias masas de obreros, semiproletarios y pequeñoburgueses del frente común de lucha. Estas masas se vieron necesariamente abocadas a oponerse al fascismo porque éste afectaba brutalmente a sus intereses económicos y a su libertad. No tenían más remedio que resistir. Lo único que les faltaba era la voluntad revolucionaria de hacerlo.

Al cambiar su táctica y centrar la lucha en resistir el ascenso del fascismo (o derrocar su dictadura si ya estaba instaurada), el proletariado comunista estaba creando la base política para un amplio frente de lucha por objetivos comunes.

Pero la lucha común contra el fascismo no significaba que el proletariado tuviera que cerrarse a la democracia burguesa y a sus valores para enfrentarse a la pequeña burguesía. Al contrario. Sólo en la medida en que el proletariado fuera capaz de asumir la lucha antifascista como expresión concentrada de su lucha de clase, sólo en la medida en que desplegara sus banderas revolucionarias contra el fascismo, íntegras, no truncadas, podrían despertarse todas sus energías combativas. Sólo así asumiría plenamente el lugar que le corresponde como vanguardia y haría que la vacilante, cobarde y calculadora democracia pequeñoburguesa **saliera a su encuentro**, arrastrándola a su paso.

La elección para el proletariado no era, pues, contrariamente a lo que decía Dimitrov, entre democracia burguesa o fascismo, sino entre lucha revolucionaria o lucha reformista contra el fascismo. La falsa alternativa a la que ataba a los comunistas - «si no queréis el nazismo, aceptad la democracia burguesa»- era una forma de hacer desaparecer la alternativa real: el antifascismo revolucionario, para acabar con el capitalismo, o el antifascismo reformista, para ponerle parches.

Con su concepto de frente popular, Dimitrov no hizo más que expresar los profundos sentimientos de las masas pequeñoburguesas, escocidas y aterrorizadas por el fascismo, exigiendo con más energía que en períodos

de «normalidad democrática», la **plena subordinación política** del proletariado a sus objetivos estrechos, impotentes y egoístas. La capitulación ante el reformismo es la esencia de la política frentepopulista del VII Congreso de la Internacional.

2. EL PACTO CON LA SOCIALDEMOCRACIA

«Cuanto mayor es la influencia de la socialdemocracia, mayor es el peligro del fascismo. Para lograr el éxito en la lucha contra el fascismo y la guerra, es necesario que todas las secciones de la Internacional intensifiquen su actividad para sacar a los trabajadores de la influencia de los partidos socialdemócratas».

O. KUUSINEN, 1933⁴²

En el centro del informe de Dimitrov y de la nueva política del VII Congreso de la IC está la idea de que sería posible unir inmediatamente a los diversos partidos de la clase obrera en la lucha contra el fascismo y la guerra, y que toda la actividad política de los comunistas debería estar subordinada a este objetivo. Recordemos cómo lo expresó Dimitrov:

«A la clase obrera de los países capitalistas sólo le falta una cosa: la unidad de sus propias filas». «¿Es posible realizar esta unidad de acción del proletariado en los diferentes países y en todo el mundo? Sí, es posible». E inmediatamente. «El establecimiento de la unidad de acción de todos los destacamentos de la clase obrera en la lucha contra el fascismo» es «la tarea central inmediata del movimiento internacional del proletariado».⁴³

¿Cómo iba a realizarse esta unidad de acción inmediata de todos los destacamentos obreros? ¿Qué la hizo posible?

Los acuerdos en la cumbre

La perspectiva de la unidad de acción inmediata de «todos los destacamentos obreros» era algo totalmente nuevo en relación con la política de frente único seguida por la Internacional hasta entonces. La IC siempre había orientado el frente único hacia la unión de contingentes cada vez más amplios del proletariado bajo la dirección de su vanguardia comunista, liberándolos de la influencia socialdemócrata, combatiendo y desarticulando la socialdemocracia y las demás corrientes pequeño-burguesas del movimiento obrero.

⁴² Degras, III, 309-310.

⁴³ Dimitrov, 151, 47-49,115.

Dimitrov abordó la cuestión del frente único de una manera **nueva**, como él mismo subrayó. Tomó la compartimentación de los trabajadores en comunistas, socialdemócratas, católicos, etc., como un hecho que había que aceptar en su momento, por la fuerza de las circunstancias; partió de la idea de que el partido comunista era uno de varios «destacamentos obreros» y, por tanto, empezó a ver la unidad de acción sobre la base de **acuerdos**, como una **coalición** de fuerzas de partido.

Así, al tiempo que reafirmaba el principio de que la unidad se lograba ante todo en las bases y mediante la acción, añadía una nueva idea que cambiaba por completo la táctica del frente único:

«Es necesario trabajar para llegar a acuerdos, tanto a corto como a largo plazo, sobre las acciones a emprender en común con los partidos socialdemócratas, los sindicatos reformistas y las demás organizaciones de trabajadores».

Y señaló la necesidad de firmar «**pactos**» y crear «**comités de contacto entre las direcciones de los partidos comunista y socialista**», siguiendo el ejemplo que ya existía en Francia.⁴⁴

Es innegable que esta política de pactos y acuerdos con las cumbres socialdemócratas introdujo un vuelco en la política del frente único que se había seguido desde el congreso anterior. Stalin y Molotov, en plena lucha contra el oportunismo de Bujarin, habían indicado a la IC la vía del frente único desde abajo como la forma de hacer frente a la traición de la socialdemocracia. Su táctica no excluía las propuestas de acción común de las estructuras de base e intermedias del PSD y de los sindicatos reformistas, pero sólo **después** de haberlas confrontado con una corriente unitaria en las masas y como **medio auxiliar** para engrosar esa corriente. Recurrió a la impugnación de las direcciones socialdemócratas, pero sólo como medio de **desenmascararlas** mejor frente a un movimiento en curso. Por principio, **excluía** cualquier entendimiento con los dirigentes amarillos del PSD y de los sindicatos.

Al admitir los pactos y acuerdos desde arriba, y esto en un momento en que las direcciones socialdemócratas acababan de confirmarse como gestores del capital imperialista y cómplices del fascismo, Dimitrov barrió con toda la política anterior y dejó sin sentido la consigna de unidad en la base y en la acción.

En la nueva dinámica creada por la búsqueda de acuerdos, es fácil comprender que sus garantías de que la política de frente único conservaba

⁴⁴ Id., 53-54.

el objetivo de «trasladar a las masas de las posiciones del reformismo al lado de la revolución» y seguiría basándose en una «lucha irreconciliable contra la socialdemocracia como ideología y práctica de conciliación con la burguesía», tuvieran que vaciarse de todo contenido y convertirse en meras garantías verbales, inocuas declaraciones de principios. La «nueva forma» de entender el frente único subordinó efectivamente toda la política de frente único a la negociación y a la búsqueda de un entendimiento con los enemigos de clase. Transformó la política de frente único de un elemento de la táctica revolucionaria en un elemento de la táctica oportunista de una coalición de partidos «obreros».

Esta idea de que el «realismo» consistía en buscar un frente unido mediante negociaciones en la cumbre con los partidos pequeñoburgueses ya había sido expresada y aplicada por Dimitrov en Bulgaria (lo que le valió ser criticado y apartado de la dirección del partido en 1929). Fue la misma idea que expresó muy claramente desde el momento en que empezó a trabajar en las tesis para el 7º congreso en junio de 1934: **«Cualquier gesto hacia los órganos de dirección del Partido Socialdemócrata no debe seguir considerándose oportunista»**. **«Es importante no cargarlo todo sobre las espaldas de los dirigentes socialdemócratas, sino también señalar la responsabilidad de los obreros socialdemócratas»** (en el avance del fascismo).⁴⁵

La búsqueda de acuerdos con la dirección socialdemócrata: ésta fue la «nueva forma» en que Dimitrov abordó la política del frente único.

El apoyo a los gobiernos socialdemócratas

La nueva actitud hacia la socialdemocracia fue extendida por Dimitrov incluso a los países en los que el PSD estaba en el gobierno. Al tiempo que aseguraba que los comunistas seguirían manteniendo una posición «absolutamente negativa» hacia estos gobiernos, Dimitrov afirmaba que esto no debía considerarse un obstáculo insalvable para el frente único y que «también en este caso, el frente único es perfectamente posible e indispensable».⁴⁶

¿En qué consistiría? En el futuro, los partidos comunistas no deberían limitarse a denunciar las políticas antiobreras de los gobiernos socialdemócratas, sino empezar a exigirles que pongan en práctica la **parte positiva** de sus programas. De este modo, crearían un punto de partida

⁴⁵ Ars. Nunes, 66-67.

⁴⁶ Dimitrov, 70.

desde el que ampliar la campaña por un frente único entre las masas socialdemócratas.

En Bélgica, por ejemplo, deberían decir: «Ministro Vandervelde, apoyamos las reivindicaciones a favor de los trabajadores contenidas en su plataforma, pero las tomamos en serio, queremos hechos y no palabras vacías...» (Vandervelde era un dirigente de la II Internacional que se había pasado al campo de la burguesía imperialista desde la Primera Guerra Mundial, razón por la cual había sido denunciado por Lenin). Del mismo modo, en Suecia, Noruega y Checoslovaquia, los partidos comunistas tenían un campo de acción en la lucha por hacer realidad las promesas hechas por el PSD.⁴⁷

En Inglaterra, donde los laboristas habían perdido el gobierno a manos de los conservadores tras sucesivas traiciones a la clase obrera, el Partido Comunista tuvo que decir a los trabajadores: «¿Queréis un gobierno laborista? Que así sea... Estamos dispuestos a apoyar vuestra lucha para formar un nuevo gobierno laborista. Pero exigimos que defienda los intereses económicos y políticos más urgentes de la clase obrera y de todos los trabajadores». «Los comunistas ingleses están dispuestos a hacer frente común con las organizaciones del Partido Laborista en las próximas elecciones parlamentarias contra el gobierno nacional».⁴⁸ Esta sería la forma más fructífera de liberar a los trabajadores de las ilusiones, en la línea de lo que ya se estaba aplicando en Francia.

También en este caso, como en el anterior, en nombre de la flexibilidad táctica, Dimitrov introdujo una política totalmente nueva hacia la socialdemocracia. La IC nunca había defendido que los comunistas debieran **limitarse** a la simple propaganda contra los gobiernos socialdemócratas. Siempre había orientado a los partidos comunistas a confrontar a la clase con la contradicción entre las promesas de la socialdemocracia mientras estaba en la oposición y sus acciones cuando llegó al poder. Pero siempre había utilizado esto como parte de su trabajo de agitación y propaganda, cuyo objetivo era conducir a las masas hacia las consignas revolucionarias del Partido Comunista y emanciparlas de las esperanzas reformistas. La IC siempre había dejado claro que la táctica de que los comunistas asumieran como propias las promesas socialdemócratas sólo tenía aplicación revolucionaria cuando las masas obreras en **ascenso** estaban en condiciones de arrancar a los jefes amarillos promesas **irrealizables** en el marco del capitalismo, estrechando así cada

⁴⁷ Id., 70-76.

⁴⁸ Id., 60-61.

vez más el campo de maniobra de la socialdemocracia y madurando las condiciones para una crisis revolucionaria.

Al relegar el campo de las reivindicaciones comunistas a la «parte positiva» de los programas de gobierno socialdemócratas, al convertir a los partidos comunistas en los luchadores más consecuentes por la realización de las promesas socialdemócratas, Dimitrov empujaba a los partidos al papel de **apéndices izquierdistas** de la socialdemocracia. En nombre de una agitación «más eficaz» entre las masas socialdemócratas, los partidos comunistas los atarían a las consignas truncadas e ilusorias del PSD, incapaces, incluso en el mejor de los casos, de salir de los confines del orden burgués. Serían los partidos comunistas quienes encerrarían a las masas en el pequeño horizonte reformista en el que las había atrapado la socialdemocracia. Eran los comunistas, en nombre del falso radicalismo de «queremos acción», quienes activaban en las masas atrasadas la expectativa de que por fin obtendrían las reformas prometidas de un gobierno «socialista».

Apoyo crítico y presión positiva sobre los gobiernos socialdemócratas: este es el segundo elemento de la nueva táctica de frente único de Dimitrov.

La liquidación de la corriente sindical revolucionaria

La acción sindical, que siempre había sido el terreno más fértil para la aplicación de la política de frente único obrero, sólo mereció unas escasas cinco páginas en el informe. En ellas, Dimitrov expuso la misma tesis que recorre todo el informe: mientras que en el pasado los jefes reformistas habían creado división con su política de colaboración con la burguesía y de discriminación de los comunistas, debían dar un giro hacia la unidad sindical a escala nacional e internacional. Sindicatos de clase únicos en cada país y una Internacional Sindical Única basada en la lucha de clases serían su objetivo, que se lograría **unificando las organizaciones sindicales existentes**.⁴⁹

Esta idea de unificar las organizaciones sindicales existentes era una inversión completa de la línea sindical que había seguido la ISR desde el X Pleno del CEIC de julio de 1929. De hecho, en línea con las resoluciones del VI Congreso de la IC, este pleno había promovido la **disputa directa** del movimiento sindical con los reformistas, poniendo fin a la expectativa de seguidismo que se había infiltrado en la acción sindical comunista. Puso en el orden del día la tarea de «afirmar la influencia directa del Partido Comunista sobre la mayoría de la clase obrera a través de sus correas de

⁴⁹ Id., 80.

transmisión: sindicatos, comités de empresa, comités de huelga, etc.», haciendo «un llamamiento directo a la clase obrera, a los trabajadores socialdemócratas y a los que no tienen partido, a los trabajadores organizados y a los no organizados». ⁵⁰ La táctica pasiva de presionar a los jefes sindicales y esperar la transformación gradual de los sindicatos desde dentro había llegado a su fin. La actividad de la corriente sindical revolucionaria debía dirigirse a conquistar a las masas sindicalizadas, para deshacerse de los jefes amarillos y romper con el legalismo sindical, que se confundía cada vez más con la legalidad burguesa. ⁵¹

Vitalizada por esta política, la ISR decidió en su 5º congreso de agosto de 1930 reforzar la oposición sindical revolucionaria como núcleo potencial de una nueva estructura sindical, crear núcleos sindicales revolucionarios a nivel de fábrica, presentar sus propias listas en las elecciones sindicales, responder a la persecución de los jefes sindicales amarillos creando sindicatos rojos, donde, y **sólo donde**, la oposición sindical revolucionaria ya tenía una fuerte presencia de masas. ⁵²

Fue la aplicación de esta línea de disputa abierta con la socialdemocracia lo que permitió a la ISR durante los años de la gran crisis, especialmente en 1932, llevar a cabo grandes huelgas, manifestaciones de parados y actos de rebelión abierta, a través de los cuales la parte más activa del proletariado pasó de los viejos sindicatos reformistas a los sindicatos revolucionarios.

Dimitrov no dijo nada en su informe sobre esta rica experiencia en el frente sindical, que abría amplias perspectivas para la ruptura de la corriente sindical reformista. Y ello porque toda su nueva política de frente único exigía un acuerdo general con la socialdemocracia. Por eso en el 7º, en lugar de dar un nuevo impulso a la ISR, corrigiendo con audacia las vacilaciones y manifestaciones de pasividad y estrechez que aún la limitaban, llegó a criticar la «presunción sectaria» de los comunistas que insistían en llevar adelante la corriente sindical revolucionaria en confrontación con los reformistas, tranquilizaba a los reformistas diciéndoles que «los comunistas no defienden a toda costa la existencia independiente de los sindicatos rojos» ⁵³, condenaba la experiencia alemana por el hecho de que «todo giraba en torno a la Oposición Sindical Revolucionaria, que pretendía de hecho sustituir a los sindicatos» ⁵⁴, y

⁵⁰ Agosti, *La III Internacional*, 31.

⁵¹ Id., 38.

⁵² Id., 191.

⁵³ Dimitrov, 158-159.

⁵⁴ Id., 78.

alababa la experiencia francesa de compromiso con el sindicalismo socialdemócrata.

Mediante el silencio o la crítica explícita, Dimitrov condenó el planteamiento anterior de la ISR, que pretendía derrotar al reformismo como condición para la unidad sindical. En su lugar, propuso otra vía, la de la unificación sindical mediante un acuerdo con la socialdemocracia. Cuando declaró que el giro hacia la unificación sindical sería «la **etapa esencial** en la consolidación del frente único»,⁵⁵ estaba llamando la atención del congreso sobre la necesidad de **hacer concesiones a la socialdemocracia en la cuestión sindical como contrapartida para hacer posible la negociación de un acuerdo político global entre el Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata**. De hecho, el frente sindical era el punto más delicado en las relaciones entre el Partido Comunista y el PSD, porque se trataba de la disputa por la influencia directa y cotidiana sobre las grandes masas proletarias. Los socialdemócratas, que veían amenazada su hegemonía sindical por el avance de los comunistas, exigían, como condición para cualquier acuerdo, la disolución del ISR y de la corriente sindical independiente. Y eso es lo que Dimitrov y el 7º congreso les dieron. A partir del 7º congreso, la IC volcó toda su política sindical en la negociación con las direcciones de la IOS y de la socialdemocracia, con vistas a fusionarlas en una única organización sindical. La corriente sindical clasista fue desmantelada, los sindicatos rojos existentes se integraron en los sindicatos reformistas y, finalmente, la ISR fue disuelta (1937).

Las «condiciones» enumeradas por Dimitrov para la unificación -la lucha contra el capital, la lucha contra el fascismo, la democracia dentro de los sindicatos- sólo tenían un valor de negociación. ¿Qué importaba si la unificación se decidía desde el principio en la dirección exigida por los socialdemócratas, es decir, la capitulación de la política sindical independiente de los comunistas?

Con el «punto de inflexión» del 7º congreso, se cumplió la amenaza del 12º Pleno del CEIC, advirtiendo que «el principal peligro en esta etapa» es «la capitulación oportunista ante la burocracia sindical reformista, **ansiosa de lograr la unidad a toda costa**».⁵⁶

El «ascenso revolucionario» de la socialdemocracia: una invención

¿Cómo iban los partidos comunistas a llamar a los partidos socialdemócratas a la unidad de acción contra el fascismo y la amenaza de

⁵⁵ Id., 76.

⁵⁶ Agosti, *La III Internacional*, 295.

guerra? ¿Por qué se había hecho posible lo que antes era imposible? Esto ocurría, decía Dimitrov, porque «había surgido en la socialdemocracia un campo de elementos revolucionarios... partidarios de la realización del frente único con los comunistas y que comenzaban, cada vez en mayor número, a acercarse a las posiciones de la lucha de clases revolucionaria», «un campo de socialdemócratas de izquierdas (sin comillas), de obreros en vías de convertirse en revolucionarios».⁵⁷

Esta idea, presentada de forma aún no desarrollada en el informe, podría pasar como una mera reafirmación más enfática de la diferencia que la IC siempre había marcado entre la dirección socialdemócrata y su base obrera. Pero tomó contornos precisos en el discurso de clausura del debate, como una apreciación globalmente nueva del papel de la socialdemocracia.

La situación y la actitud de la socialdemocracia hacia la burguesía, argumentó Dimitrov, «han cambiado o están cambiando», porque, debido a la crisis, «las capas más acomodadas de la clase obrera, lo que se llama la aristocracia obrera... están revisando cada vez más sus antiguos puntos de vista sobre la utilidad de la política de colaboración de clases con la burguesía»; «se está produciendo un proceso de ascenso revolucionario en el seno de los partidos socialdemócratas de todos los países»; «es cada vez más difícil, y en algunos países completamente imposible, que la socialdemocracia continúe con su antiguo papel de apoyo a la burguesía».⁵⁸

No basta con subrayar el enorme alcance político de esta tesis (que Dimitrov ni siquiera intentó documentar con algún ejemplo). Si toda la capa superior de la clase obrera renunciaba a la colaboración de clases, si la socialdemocracia experimentaba un auge revolucionario en todos los países y tendía a dejar de ser el pilar de la burguesía, esto significaba que la política de ruptura de la socialdemocracia debía ser sustituida por una alianza con ella, empezando por su ala izquierda. **Para justificar la nueva política de alianza con la socialdemocracia, Dimitrov tuvo que inventar un «ascenso revolucionario» inexistente.**

La verdad, que la historia ha demostrado sin lugar a dudas, es que no hubo ningún ascenso revolucionario de la socialdemocracia, ni ningún cambio fundamental en la alineación de la aristocracia obrera. La observación del VI Congreso de que «la aristocracia de la clase obrera, comprada y corrompida por el imperialismo, que constituye los cuadros dirigentes de los partidos socialdemócratas... se ha colocado, en el

⁵⁷ Dimitrov, 46, 90.

⁵⁸ Id.,125-126.

momento de las batallas de clase decisivas, del lado del enemigo de clase del proletariado»⁵⁹ seguía siendo pertinente.

Lo que era nuevo -y Dimitrov no podía ignorarlo- era la creciente presión sobre la masa de trabajadores del partido socialdemócrata para llegar a un acuerdo unitario con los comunistas, sobre una base **democrático-reformista**, con la esperanza de que esto impidiera nuevas victorias del fascismo similares a las de Alemania y Austria. Lejos de ser un «ascenso revolucionario», se trataba de una reacción puramente defensiva destinada a reforzar el campo reformista con la ayuda de los comunistas. No se trataba de que la aristocracia obrera renunciara a su colaboración con la burguesía, sino de **reforzar** la corriente democrático-burguesa en las masas intermedias, atemorizadas por el avance del fascismo.

No cabe duda de que los partidos comunistas deben aprovechar este giro, en la medida en que favorece el frente único de resistencia al fascismo. Pero sólo podrían hacerlo si fueran claramente conscientes de sus límites. Esto significaba que debían mantener su iniciativa política y su determinación revolucionaria, redoblar sus propuestas de acción unitaria a los trabajadores socialdemócratas y, al mismo tiempo, redoblar su implacable denuncia de la actitud sabotadora de los dirigentes y los aparatos de la socialdemocracia. Sólo esta ofensiva combinada habría acelerado la evolución de las bases socialdemócratas **vacilantes y no revolucionarias**, transformándola en un amplio giro a la izquierda, habría agravado los desacuerdos en las altas esferas de la socialdemocracia (como había previsto el XIII Pleno)⁶⁰, y habría consumado la ruptura que se estaba produciendo en el campo socialdemócrata.

Con la tesis inventada del «ascenso revolucionario» de la socialdemocracia y el consiguiente giro hacia la coalición con ella, los partidos comunistas no pudieron profundizar la brecha con los partidos socialdemócratas y, al contrario, contribuyeron a cerrarla. Consiguieron éxitos inmediatos y aparentes a costa de fortalecer la socialdemocracia, reforzar las ilusiones democrático-reformistas entre las masas trabajadoras y, en consecuencia, debilitar la corriente obrera revolucionaria.

La crítica al compromiso

Pero, ¿no es cierto que, al dirigirse al partido socialdemócrata para intentar a toda costa llegar a un acuerdo sobre la acción contra el fascismo, Dimitrov no renunció a la crítica de principio que la IC siempre había

⁵⁹ Programa de la IC, 14-15.

⁶⁰ Agosti, *La III Internacional*, 506.

dirigido a la socialdemocracia? ¿No reafirmó claramente que «la socialdemocracia abrió el camino del poder al fascismo... desorganizando y dividiendo las filas de la clase obrera»? ¿No condenó enérgicamente el papel reaccionario y escisionista de los dirigentes de la socialdemocracia» y la «política socialdemócrata de colaboración de clases con la burguesía»?⁶¹

Examinemos esta objeción, a menudo invocada en defensa de Dimitrov. Es cierto que no faltan críticas a la socialdemocracia a lo largo de su informe. Era imposible omitirlas en un momento en que las sucesivas traiciones de esta corriente tenían su efecto en el avance del fascismo. Lo significativo es que Dimitrov, obligado a criticar a la socialdemocracia, neutralizó esta crítica con una avalancha de argumentos conciliadores, que actuaron como una oferta de compromiso.

Tomemos la crítica a los partidos socialdemócratas por no haber aprovechado su tiempo en el gobierno (en Alemania, Austria, España) para disolver las fuerzas reaccionarias, depurar el ejército, expropiar a los terratenientes, etc.⁶² A los comunistas inexpertos o desprevenidos les parecerá una crítica de principio. Pero discutir lo que la socialdemocracia debería o no debería haber hecho, desde un punto de vista revolucionario, ya era tratarla como un partido obrero vacilante y no como un partido burgués. En lugar de mostrar que fueron los sucesivos servicios prestados a la burguesía contra el proletariado los que habían dado a los jefes amarillos acceso a puestos ministeriales, para que pudieran seguir traicionando a la clase a un nivel superior, Dimitrov argumentó como si fuera posible esperar otra cosa de estos gobiernos. Al criticar a los malos gobiernos socialdemócratas, daba a entender que podrían venir otros mejores.

Véanse, por otra parte, las seguridades de Dimitrov a la socialdemocracia de que los comunistas sólo quieren extender su influencia, no «por estrechos intereses de partido», sino porque quieren fortalecer el frente unido; que los comunistas no atacan a la socialdemocracia como tal, sino que sólo critican a los enemigos de la unidad; que los comunistas son más adecuados para la socialdemocracia como aliados que los partidos democrático-burgueses(!); que los comunistas no representan ninguna amenaza para la pequeña burguesía, sino que sólo defienden las libertades.(!); que los comunistas no representan ninguna amenaza para la pequeña burguesía, que no quieren la dictadura del proletariado por el momento, sino sólo defender las libertades, que no son dictadores y que no quieren mandar nada, etc, etc.⁶³

⁶¹ Dimitrov, 39 y 45-46.

⁶² Id, 38-51.

⁶³ Dimitrov, 49-52.

Toda esta vergonzosa serie de explicaciones a la socialdemocracia, en un intento de ganarlos para un acuerdo, sacó a los partidos comunistas de su propio terreno revolucionario y los trasladó al terreno democrático-burgués. Implicaba el compromiso de que los trabajadores ya no lucharían por sí mismos, sino que se pondrían al servicio de la coalición antifascista, es decir, de la democracia burguesa. Formalmente dirigido a las bases del PSD, en realidad contenía una oferta transparente de tregua y un compromiso con los dirigentes socialdemócratas para un consorcio antifascista mediante una retirada estratégica de los partidos comunistas.

Observando que «el proletariado internacional ha sufrido demasiado las consecuencias de la escisión del movimiento obrero», Dimitrov preguntó: «¿No está claro que la acción común de los adherentes de los partidos y organizaciones de las dos Internacionales -la IC y la II Internacional- facilitaría la respuesta de masas al impulso fascista y aumentaría el peso político de la clase obrera?».⁶⁴

Las ventajas de la unidad nunca estuvieron en duda para nadie. Lo importante era mostrar de dónde venían los obstáculos a la unidad de acción, explicar las causas sociales que hacían imposible la unidad de las dos Internacionales. El llamamiento de Dimitrov a la unidad no consiguió cambiar la naturaleza de clase de la socialdemocracia. Lo único que consiguió, al atrapar a los comunistas en el espejismo de la unidad, fue arrastrarlos a abandonar sus propias posiciones revolucionarias.

La batalla antisectaria

Uno de los principales méritos de Dimitrov, se dice desde hace 50 años, fue la valentía con la que declaró la guerra al sectarismo que adormecía las filas comunistas y las incapacitaba para una audaz política de frente único contra el fascismo. Es hora de situar políticamente esta campaña contra el sectarismo, que desde entonces nunca ha dejado de estar en el centro de la vida del partido.

«En la situación actual», dijo Dimitrov, «es el sectarismo, el sectarismo autosuficiente, tal como lo describimos en el proyecto de resolución, lo que obstaculiza sobre todo nuestra lucha por la realización del frente único».⁶⁵ La tarea central de los comunistas era, por tanto, «erradicar todo rastro de sectarismo», ese «vicio profundamente arraigado» que venía bloqueando su influencia política y que «representa en la actualidad el mayor obstáculo para la aplicación de la verdadera política bolchevique de masas de los

⁶⁴ Id, 47.

⁶⁵ Id, 103.

partidos comunistas». ⁶⁶ Había que acabar con el «aislamiento de la vida real de las masas», entrar en la «escuela de las masas», «acabar con el esquematismo y el espíritu doctrinario limitado», no tomar los deseos por realidades, ajustarse a la situación objetiva, etc.

La campaña antisectaria lanzada por Dimitrov se considera, con razón, una auténtica revolución en la vida de la IC, una línea divisoria entre dos épocas diferentes. Pero el significado de esta «revolución» no era el que se le suele atribuir. Lo nuevo fue que, al exigir que todo lo que se interpusiera en el camino de la realización inmediata del frente único fuera derrocado por «sectario», Dimitrov privó a los comunistas de sus propios criterios revolucionarios y los subordinó a la presión espontánea del movimiento, que avanzaba hacia una coalición entre comunistas y socialistas. La batalla «antisectaria» del 7º Congreso desempeñó así un papel decisivo en la preparación de los comunistas para aceptar como bueno lo que antes habían criticado sobre la base de posiciones de principio.

Al «descubrir» en el movimiento comunista internacional el «arraigado vicio del sectarismo», Dimitrov desvirtuó todos los fundamentos de la línea de masas practicada hasta entonces. En realidad, los comunistas ya sabían que era necesario unirse con las masas, evitar aislar a la vanguardia, esbozar las tareas correspondientes a cada etapa de la revolución, elegir las formas de lucha adecuadas al estado del movimiento, etc. Pero también sabían que la unidad con las masas no podía absolutizarse: la denuncia de la colaboración de clases de la socialdemocracia aparecería necesariamente como «sectaria» para las masas obreras atrasadas, pero no podía evitarse. La denuncia de la connivencia de la burguesía liberal y de la Iglesia con el fascismo no podía silenciarse, aunque aparecería necesariamente como «sectaria» para las amplias masas dominadas por los prejuicios democrático-reformistas y religiosos; tampoco se podía renunciar a criticar el pacifismo, aunque pareciera «sectario» e incluso «insensato» a millones de trabajadores atemorizados por la amenaza de guerra, etc.

En una palabra: era inevitable que una política de defensa de los intereses revolucionarios del proletariado apareciera en ciertos momentos como «rígida», «sectaria», «estrecha», a los ojos de grandes masas que sólo se educarían en las batallas de clase. Los comunistas debían buscar las consignas, las formas de acción, las iniciativas que mejor contribuyeran a **mover a las masas hacia las tareas que su vida exigía**. No podían, en nombre de la lucha contra el sectarismo, ponerse a la zaga de la conciencia espontánea del movimiento.

⁶⁶ Id, 161.

Sin embargo, fue esta adaptación lo que Dimitrov llegó a exigirles. Condenar el «sectarismo» como el mal supremo del partido comunista en un momento en que las masas se encontraban bajo la abrumadora presión del reformismo y el pacifismo equivalía a nivelar el movimiento con las posiciones más retrógradas. Esto explica la fácil popularidad que a partir de entonces adquirió la «lucha contra el sectarismo» como tarea central permanente en el movimiento comunista. En nombre de la «conexión con las masas» se disolvieron los criterios de principio y se justificaron todos los compromisos y adaptaciones oportunistas.

Lenin y la unidad de los trabajadores

La idea de que la política de frente único consistiría en subordinarlo todo a la conquista de la mayoría de la clase obrera fue presentada por Dimitrov y las tesis del CEIC para el 7º congreso como si correspondiera a las posiciones defendidas por Lenin en el 2º congreso de la Internacional.

Sin embargo, Lenin había planteado la cuestión de una manera muy diferente, que vale la pena recordar. La tarea, para lograr la victoria del socialismo -había dicho Lenin- consistía en «arrastrar y conducir tras la vanguardia revolucionaria del proletariado, su partido comunista, no sólo a todo el proletariado o a su abrumadora mayoría, sino también a toda la masa de los obreros y de los explotados por el capital».⁶⁷

¿Y por qué era necesario **arrastrar y conducir detrás**? Lenin no dejó lugar a dudas:

«Suponer que la mayoría de los trabajadores y de los explotados podrían, en las condiciones de la esclavitud imperialista, bajo el yugo de la burguesía, adquirir una conciencia, unas convicciones, un carácter socialista absolutamente claro y al momento» es «idealizar el capitalismo y la democracia burguesa».

«Sólo después de que la vanguardia del proletariado, apoyada por toda la clase que es la única clase revolucionaria, o por su mayoría, haya derrocado a los explotadores, los haya aplastado, haya liberado a los explotados de la esclavitud y haya mejorado inmediatamente sus condiciones de existencia a expensas de los capitalistas expropiados, sólo después de una dura lucha de clases y en el curso mismo de ella, será posible llevar a cabo la instrucción, educación y

⁶⁷ Lenin, 31,188.

organización de las más amplias masas trabajadoras y explotadas en torno al proletariado, bajo su influencia y dirección».⁶⁸

Lenin hablaba, pues, de la conquista de la mayoría, pero como un proceso que depende de la coherencia revolucionaria de la minoría. Luchando contra la idea de que el Partido Comunista, como minoría, no debe asumir la dirección de la revolución, Lenin también dijo en ese congreso:

«En la época del capitalismo, cuando las masas trabajadoras están sometidas a una explotación continua que impide el desarrollo de sus capacidades humanas, el rasgo más característico de los partidos políticos obreros reside precisamente en el hecho de que sólo pueden llegar a una minoría de su clase. El partido político agrupa sólo a una minoría de la clase, del mismo modo que en cualquier sociedad capitalista los trabajadores realmente conscientes son sólo una minoría de los trabajadores. Por lo tanto, debemos reconocer que sólo esta minoría consciente puede dirigir a las amplias masas de trabajadores y arrastrarlas consigo».⁶⁹

Como puede verse, hay dos concepciones opuestas de un frente único obrero. Para Lenin, la clave de la unidad obrera reside en elevar la conciencia y la capacidad revolucionaria de la vanguardia, de modo que sea capaz de **arrastrar** consigo a la mayoría de la clase y, tras ella, a las amplias masas de trabajadores. Por eso Lenin nunca perdió el tiempo explicando las ventajas de la unidad, ni difundió sueños de una amplia unidad general de los trabajadores. Trabajando por la **hegemonía** del proletariado, bajo la dirección de su vanguardia, trabajaba por la unidad. La unidad vendría (como se demostró en el verano de 1917 con la conquista de la mayoría de los soviets del lado de los bolcheviques) como producto de la hegemonía.

Para Dimitrov, el problema era al revés. Alegando que la amenaza del fascismo y de la guerra exigía una vía más rápida hacia la unidad obrera, sacrificó el principio de hegemonía y empujó a la vanguardia comunista hacia el terreno más aceptable para las masas. Ese es el significado de su batalla contra el «sectarismo».

⁶⁸ Id, 189.

⁶⁹ Id, 242.

La condena de la línea «clase contra clase»

Para conseguir que los partidos aceptaran esta «nueva forma» de entender el frente único obrero, era necesario rechazar la política seguida por la IC desde el congreso anterior. Pero como esto implicaría un ataque directo a Stalin, principal responsable de esta política, Dimitrov optó por desacreditarla indirectamente, en nombre de la denuncia del sectarismo.

La línea aprobada por el 6º Congreso, dijo, había sido justa, pero su aplicación se había distorsionado porque la lucha contra el sectarismo «ni siquiera había comenzado».⁷⁰ A continuación, enumera una verdadera letanía de errores cometidos:

«...el sectarismo obstaculizó en gran medida el crecimiento de los partidos comunistas, impidió la realización de una auténtica política de masas, impidió aprovechar las dificultades del enemigo de clase para fortalecer las posiciones del movimiento revolucionario, obstaculizó los esfuerzos por llevar a las amplias masas proletarias al lado de los partidos comunistas». Se sobrestimó la maduración revolucionaria de las masas, se intentó saltar etapas, se sustituyó a menudo la dirección de las masas por la dirección de un estrecho grupo del partido, se subestimó el tradicional poder de unión de las masas con sus organizaciones, se estandarizaron tácticas y consignas para todos los países, se menospreció el esfuerzo por ganarse la confianza de las masas, se desdeñó la lucha por las reivindicaciones parciales de los trabajadores, etc., etc.»⁷¹

Lo que Dimitrov enumeraba como prácticas sectarias eran en realidad veladas acusaciones de **izquierdismo** que dirigía a la política de «clase contra clase». Sólo insinuando esta idea podía pasar su turno sin incurrir en la acusación de derechismo.

Aunque este no es el lugar para hacer balance de la política de «clase contra clase» y de los errores que puede haber conllevado, hay que decir que esta imagen de un movimiento ahogado en el sectarismo y paralizado por el izquierdismo es una burda tergiversación de la realidad.

Si hubiera sido así, ¿cómo entenderíamos las grandes luchas, huelgas, etc., en las que participaron millones de trabajadores, protagonizadas en los años de la gran crisis por los partidos comunistas en Alemania, EEUU, Checoslovaquia, Francia, Polonia, Rumanía, España? ¿Cómo explicar el

⁷⁰ Dimitrov, 102-103.

⁷¹ Id, 104-105.

aumento incesante de la influencia de masas del KPD antes del golpe nazi (del 10,6 al 6,8% de los votos entre 1928 y 1932)? ¿Cómo es posible que los partidos comunistas, sometidos en casi todas partes a una férrea clandestinidad (sólo había 16 partidos legales), pasaran de 65 a 76 y que el número de comunistas (sin contar el partido soviético) aumentara en 300.000?

Dimitrov no dijo, porque eso debilitaría la credibilidad de su campaña antisectaria, que desde 1928 el CEIC había mantenido una lucha perseverante en dos frentes, en primer lugar contra el oportunismo de derechas, **pero también** contra las tendencias izquierdistas y sectarias suscitadas en los partidos por la radicalización de la lucha de clases y las traiciones a la socialdemocracia.

El VI Congreso y los Plenos del CEIC criticaron duramente a los comunistas que se resistían a la táctica del frente único obrero, que se negaban a trabajar en los sindicatos reformistas y tendían a encerrarse en pequeños sindicatos rojos sin base de masas, que identificaban la socialdemocracia con el fascismo y confundían a las masas socialdemócratas con sus dirigentes amarillos, que sustituían las consignas parciales por la propaganda abstracta de la revolución, o que se dejaban arrastrar por el aventurerismo golpista.⁷²

Aunque las tendencias izquierdistas y aventureristas predominaron en ciertos partidos durante este periodo, como fue el caso del PC chino, ésta no fue en absoluto la característica general del movimiento.

Lo que había ocurrido durante este período, y que Dimitrov debería haber subrayado para comprender la orientación general de la política de «clase contra clase», era un **brutal giro a la derecha de la socialdemocracia**, siguiendo la estela de la burguesía reaccionaria. Como observó acertadamente el Presidium del CEIC de febrero de 1930, «cuanto más aguda es la crisis del sistema capitalista, tanto más rápidamente se convierten los dirigentes de la socialdemocracia en un elemento accesorio de la oligarquía financiera, tanto más activo y directo se vuelve el papel de la socialdemocracia en la defensa del sistema capitalista, en la represión del movimiento revolucionario de las masas trabajadoras y de los pueblos coloniales, así como en la preparación de la guerra contra la Unión Soviética».⁷³

Esta situación objetiva no sólo justificaba, sino que exigía que la IC intensificara la lucha contra la socialdemocracia. El argumento, insinuado por Dimitrov y repetido después a coro por todos los revisionistas, de que la

⁷² Degras, III, 372 y 375.

⁷³ Agosti, *La III Internacional*, 274-275, 378,791-2.

«rigidez» de los comunistas en 1928-1934 había acentuado la división del movimiento obrero y favorecido el ascenso del fascismo, da la vuelta a la cuestión para exculpar a la socialdemocracia.

Stalin y el ala izquierda de la IC entraron en razón cuando denunciaron a la socialdemocracia alemana, polaca, austriaca e inglesa como socialfascista, cuando advirtieron a los comunistas contra la tentación de una alianza con las alas «izquierdistas» de la socialdemocracia, que actuaban como caballos de Troya para la capitulación de los partidos comunistas, cuando insistieron en que, en las condiciones existentes, el frente único sólo podía lograrse mediante la unidad en la base y en la acción.

Stalin tenía razón al centrar el fuego de la lucha interna en la IC en las tendencias derechistas y conciliadoras que obstaculizaban la disputa directa del movimiento obrero y trataban de imponer una negociación con la socialdemocracia. Si las tendencias vacilantes y capituladoras de Bujarin, Droz, Tasca, Ewert, Togliatti y el propio Dimitrov, que tenían afinidades con las posiciones defendidas en su momento por Trotsky, no hubieran sido denunciadas y rechazadas en 1929-1933, toda la capacidad de los comunistas para luchar contra el fascismo y la guerra se habría visto mermada y el asalto imperialista a la Unión Soviética se habría desencadenado mucho antes.

Fue esta resistencia inquebrantable a la ofensiva reaccionaria y a sus servidores socialdemócratas lo que Dimitrov condenó bajo la bandera del «antisectarismo».

¿Quién dio la victoria al nazismo?

Para hacer sitio a la nueva política de entendimiento con la socialdemocracia, Dimitrov tuvo que dulcificar y diluir la valoración de las causas de la victoria del nazismo. Lo que era la **principal tarea política del VII Congreso** -analizar el proceso de la lucha de clases que había llevado al fascismo al poder en el país con el movimiento obrero más fuerte y donde se había vivido la crisis revolucionaria más profunda de Europa- se redujo en el informe a algunas críticas dispersas sobre el «papel reaccionario escisionista de los jefes de la socialdemocracia alemana», atenuadas incluso por la crítica paralela a los comunistas, culpables también de sectarismo y de falta de vigilancia contra el nazismo.⁷⁴

Con esta discreción y este tibio reparto de responsabilidades, Dimitrov abrió la puerta a la desconcertante campaña con la que la socialdemocracia ha intentado desde entonces hacer olvidar su traición histórica y echar la

⁷⁴ Id., 177.

principal responsabilidad del advenimiento del nazismo a la «ceguera sectaria» de los comunistas.

Lo que el 7º congreso debería haber analizado de frente para sacar lecciones era **la política de clase** que había llevado al SPD en el poder a masacrar a los manifestantes del 1 de mayo de 1929 en Berlín, a poner en el poder al reaccionario Hindenburg, a rechazar el llamamiento a un frente único obrero lanzado por los comunistas cuando cayó el gobierno de Brüning en mayo de 1932. Rechazar el llamamiento a un frente único obrero lanzado por los comunistas cuando cayó el gobierno de Brüning en mayo de 1932, capitular sin disparar un tiro ante el golpe de von Papen, a pesar de contar con una fuerza de 90.000 hombres armados, rechazar las propuestas comunistas de huelga general cuando Hitler llegó al poder, rebatiéndolas con llamamientos a «la calma y el sentido común», declarar obediencia a Hitler cuando miles de trabajadores fueron detenidos y masacrados, participar en las celebraciones nazis del 1 de mayo, expulsar a los trabajadores de sus casas y de sus hogares. En una asombrosa sucesión de traiciones, intentar salvar la legalidad, los cargos parlamentarios, sindicales y administrativos, incluso a costa del gobierno.

Dimitrov no quería insistir demasiado en este «doloroso» pasado, porque eso significaría reafirmar la antagónica línea divisoria entre comunismo y socialdemocracia. Por eso recurrió al subterfugio de dejar atrás el pasado con leves reproches y arrepentimientos. Para Dimitrov, no era «muy táctico» reconocer que la socialdemocracia alemana se había convertido en un partido abiertamente contrarrevolucionario tras su sangrienta represión de los trabajadores durante los acontecimientos revolucionarios de 1918 y 1923, y que la etiqueta de «socialfascista» del KPD era totalmente merecida y la única apropiada.

Dimitrov tuvo que olvidar la evaluación del 12º Pleno del CEIC, que había puesto el dedo en la llaga al subrayar que, «para la socialdemocracia, la cuestión del 'mal menor' no se plantea como una elección entre democracia o fascismo, sino como una elección entre fascismo o revolución proletaria. **La socialdemocracia elige la dictadura fascista como mal menor en comparación con la dictadura del proletariado**».⁷⁵

Pero esto era precisamente lo que había ocurrido. Ante el desplazamiento de millones de trabajadores al campo comunista durante los años de la gran crisis y la perspectiva de un enfrentamiento entre el comunismo y el nazismo, la socialdemocracia alemana había optado por el apoyo deliberado al nazismo como barrera contra la amenaza de la revolución.

⁷⁵ Agosti, *La III Internacional*, 328.

Sólo en este marco pudo el VII Congreso analizar correctamente los errores de los comunistas alemanes. Errores tácticos puntuales, como la participación en el plebiscito de Prusia (exigido por los nazis para intentar derrocar al gobierno socialdemócrata), no podían ocultar el hecho de que los comunistas fueron los únicos que estuvieron al frente de la lucha contra el ascenso del nazismo, dando su vida desde 1930 en la lucha callejera contra las bandas de las SA, lanzando, a pesar del sabotaje del SPD, acciones antifascistas de masas y acciones unitarias como el Congreso de la Unidad Antifascista de julio de 1932 en Berlín, multiplicando las propuestas de acción común, que siempre fueron rechazadas.

Un análisis de principios de las acciones del KPD habría revelado que su principal error no fue la «arrogancia» que Dimitrov le reprochaba, sino, por el contrario, la insuficiente decisión de asumir sus responsabilidades revolucionarias, de romper con más audacia la influencia socialdemócrata en la clase obrera, de ganar un sólido apoyo en el campesinado desorientado por la demagogia nazi y de prepararse a tiempo para hacer frente al asalto nazi con las armas, confiando en sus propias fuerzas. El error esencial del KPD seguía siendo su dependencia de la socialdemocracia, cierta ilusión en el comportamiento de los dirigentes socialdemócratas.

La experiencia alemana había demostrado que, en la nueva época de ascenso de la reacción y de marcha acelerada hacia la guerra imperialista, no había terreno para ninguna política de coalición con la socialdemocracia y que era más necesario que nunca combatirla y aislarla como condición para liberar las fuerzas revolucionarias del proletariado. Al presentar la cuestión al revés, Dimitrov privó a los comunistas de toda claridad para afrontar las tareas que les esperaban y abrió las puertas de los partidos a la penetración del oportunismo.

En defensa del oportunismo

Los defensores de Dimitrov y del VII Congreso nunca han podido explicar satisfactoriamente la omisión casi total de la lucha contra el oportunismo de derechas, y ello en un momento en que la presión reaccionaria y reformista se ejercía sobre los partidos con extrema intensidad.

Frente a la extensión del terror fascista, que nada parecía capaz de detener, era inevitable que el desaliento, la búsqueda de protección democrático-burguesa, la tendencia al compromiso y la capitulación inundaran a los partidos comunistas. Los síntomas de ello se multiplicaban en las posiciones adoptadas por los dirigentes de los partidos comunistas en Francia, España, Estados Unidos y en todo el movimiento comunista.

El 7º Congreso estaba llamado a **lanzar una gran batalla contra el oportunismo** como condición para preservar la integridad revolucionaria de la IC. Lo esencial era armar a los comunistas para hacer frente a la prueba histórica que les imponía la mayor crisis del sistema capitalista.

En el informe de Dimitrov, sin embargo, no hay ni rastro de esta batalla. El peligro del oportunismo desaparece, sumergido en la obsesiva campaña contra el «sectarismo». No importa, dice Dimitrov, cuál de los dos peligros, el sectarismo o el oportunismo, es «en general» el más importante. Hay peligros de oportunismo, admite, que tenderán a crecer a medida que se aplique la nueva política de frente único, pero sobre todo hay un sectarismo profundamente arraigado y éste es el mayor obstáculo para la unidad de los trabajadores. Conclusión: «en general», no importa cuál de los dos es más peligroso; en concreto, lo que importa es luchar contra el sectarismo y dejar por ahora el oportunismo... Acabemos, exigía Dimitrov, con «el deporte de cazar desviaciones y desviacionistas imaginarios»⁷⁶. Esto era lo mejor que podían oír los oportunistas, deseosos de hacer sitio en los partidos a su tendencia a la conciliación y la capitulación.

En 1920, en una situación totalmente opuesta, cuando el auge revolucionario que siguió a la guerra y a la Revolución de Octubre alimentó una explosión de izquierdismo en el joven movimiento comunista, Lenin, al salir a combatir esta «enfermedad infantil del comunismo», no se olvidó de subrayarlo:

«Sin preparar a la parte revolucionaria del proletariado de la manera más seria y profunda para expulsar y aniquilar el oportunismo, sería absurdo pensar siquiera en la dictadura del proletariado».

«El bolchevismo se desarrolló, fortaleció y templó luchando ante todo contra el oportunismo». «Este fue, por supuesto, el principal enemigo del bolchevismo dentro del movimiento obrero. Sigue siendo el principal enemigo a escala internacional».⁷⁷

Por otra parte, en 1935, en vísperas de una nueva guerra imperialista, cuando las tendencias a la capitulación eran aún más fuertes que las que habían precedido a la Primera Guerra Mundial, Dimitrov llamaba a poner fin a la caza de «desviacionistas imaginarios» y a pensar sobre todo en eliminar el «sectarismo autosuficiente» y la «arrogancia comunista»... Este contraste ejemplifica el abismo que separa al dimitrovismo del leninismo.

⁷⁶ Dimitrov, 161.

⁷⁷ Lenin, 31, 25-26.

Sin embargo, no podía ser de otra manera. Si la tarea fijada a los partidos era unir «a todos los destacamentos de la clase obrera en una misma lucha común contra el fascismo», olvidando la naturaleza del reformismo pequeñoburgués, era inevitable que la lucha contra el oportunismo le pareciera a Dimitrov un obstáculo para la unidad y un deporte inútil. El peligro del oportunismo tuvo que desaparecer del campo de visión de Dimitrov en el momento en que emprendió un giro de la política comunista hacia la derecha, hacia el campo del democratismo antifascista pequeñoburgués. No hay nada más difícil para un oportunista que reconocer el oportunismo...

La lucha contra el oportunismo desapareció del informe de Dimitrov porque su nuevo frente único de coalición con la socialdemocracia era la expresión misma del oportunismo que arrollaba al movimiento comunista.

La vieja tendencia a la capitulación

¿Qué significaba la defensa de los pactos y acuerdos con la socialdemocracia, la disolución de la corriente sindical revolucionaria, la autocritica por el «sectarismo» anterior, el abandono de la lucha contra el oportunismo? Significaba que la IC renunciaba a la guerra abierta para arrancar a los trabajadores de la influencia socialdemócrata, reconocía a la socialdemocracia como «territorio» propio y proponía un pacto de asistencia mutua contra el fascismo. La política de frente único había sido hasta entonces una política de **guerra** contra la socialdemocracia; ahora era una política de **paz y cooperación**.

Este importante giro estratégico, que puso patas arriba el leninismo (Lenin había consentido una tregua ocasional, nunca había aceptado la paz con el oportunismo), fue la culminación de una vieja tendencia a convertir el frente único en una política de alianza con la socialdemocracia, tendencia que la dirección de la IC había denunciado repetidamente como una amenaza de degeneración oportunista.

Son necesarias algunas citas de documentos de la IC para revelar las raíces del pensamiento de Dimitrov:

«Una degeneración oportunista amenaza ahora directamente a algunos partidos de la IC. La consigna del III Congreso '¡A las masas!' se aplica desde hace dos años en muchos países de forma tan falsa que corremos el peligro de sustituir la táctica independiente del comunismo por una política de conciliación con la socialdemocracia

contrarrevolucionaria» (Tesis sobre la bolchevización del V Pleno ampliado del CEIC, julio de 1924)⁷⁸.

«En algunos de los países más importantes para el movimiento obrero, los representantes de la derecha intentaron tergiversar la táctica del frente único y del Gobierno Obrero y Campesino, interpretándola como una estrecha alianza política, como una coalición orgánica de «todos los partidos obreros», es decir, como una unión de los comunistas con la socialdemocracia. Para la IC, «el objetivo principal de la táctica del frente único era luchar contra los dirigentes de la socialdemocracia contrarrevolucionaria y liberar a los trabajadores socialdemócratas de su influencia; la derecha lo interpretaba como el equivalente de la unión política con la socialdemocracia». Así, la táctica del frente único «amenaza con transformarse de método bolchevique y revolucionario en táctica oportunista y fuente de revisionismo» que «podría conducir a la degeneración de los partidos comunistas». (Resolución sobre la táctica del 5º congreso de la IC.)⁷⁹

«La IC no ve ninguna razón para revisar su apreciación sobre el papel objetivo de la socialdemocracia y especialmente de los dirigentes socialdemócratas, incluidos los de la 'izquierda'..... No tiene ninguna duda de que, en el futuro como hasta ahora, la mayoría de ellos sabotearán el frente único...». «Hoy como ayer, la IC considera que la táctica del frente único no es más que un método para llevar a cabo la agitación revolucionaria entre las masas, para movilizarlas y ganar a la mayoría de los trabajadores para la causa de la IC». (6º pleno del CEIC, marzo de 1926.)⁸⁰

Incluso en vísperas del 7º congreso, el CEIC señalaba, en un balance del periodo anterior, que los oportunistas de derechas habían perdido de vista cada vez más, en el marco de la estabilización capitalista, la perspectiva revolucionaria e intentaban **«sustituir la táctica del frente único por una política de capitulación frente a los partidos socialdemócratas» y «formar un bloque indiferenciado con los dirigentes traidores de la socialdemocracia»**.⁸¹

Esta tendencia a la capitulación, que no había dejado de crecer en los partidos durante el período de estabilización del capitalismo, se transformó, con la subida de Hitler al poder, en un verdadero pánico

⁷⁸ 5.º Congreso de la IC, II, 185.

⁷⁹ Id., 52-54.

⁸⁰ Degras, II, 283.

⁸¹ Agosti, *La III Internacional*, 791.

capitulacionista. Tirar por la borda todas las esperanzas de ganar a la clase a la socialdemocracia, concluir con ella un acuerdo defensivo a cualquier precio: ésta era la consigna frenética del ala derecha de la IC, que Dimitrov se encargó de argumentar políticamente con atractivos colores en la tribuna del VII Congreso. La «nueva forma» de ver el frente único fue, al final, la adopción de las tesis oportunistas que la IC venía combatiendo y que acabaron por sumergir toda resistencia, jugando con el pánico provocado por el ascenso del fascismo.

El peligro para el movimiento comunista había sido señalado por Stalin ya en 1928, con palabras proféticas:

«Cuando algunos en nuestros círculos comunistas niegan la utilidad de la consigna 'clase contra clase' en la campaña electoral (en Francia), o dicen estar en contra de que el Partido Comunista presente una lista independiente (en Inglaterra), o no quieren reavivar la lucha contra el 'ala izquierda' de la socialdemocracia (en Alemania), etc., etc., esto significa que dentro de los partidos comunistas hay gente que se esfuerza por adaptar el comunismo a la socialdemocracia...»
«La victoria de la desviación derechista en los partidos comunistas de los países capitalistas significaría la caída ideológica de los partidos comunistas y un enorme fortalecimiento del socialdemocratismo».⁸²

Este fue sin duda el resultado de la nueva política de Dimitrov, aprobada por el 7º Congreso de la IC.

⁸² Stalin, *Cuestiones*, 315.

3. NI FASCISMO NI REVOLUCIÓN

«No hay término medio entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado. Todos los sueños de una solución intermedia no son más que lamentaciones pequeñoburguesas reaccionarias».

LENIN⁸³

Aparentemente, la cuestión de la estrategia quedó al margen del informe de Dimitrov y de los debates del congreso. Concentrándose en las cuestiones políticas inmediatas, Dimitrov no escatimó críticas a los «llamamientos sin futuro en favor de la lucha por la dictadura del proletariado», a las «frases generales y consignas generales sobre la salida revolucionaria de la crisis», a las «fórmulas generales que no dicen nada»...⁸⁴. «Hemos eliminado», dijo en su discurso de clausura, «las frases hechas sobre perspectivas revolucionarias», para «librar a nuestros partidos de toda tendencia a sustituir la actividad bolchevique por frases revolucionarias o discusiones estériles sobre la apreciación de la perspectiva».⁸⁵ En realidad, esta preocupación por la eficacia política enmascaraba una intención deliberada de desacreditar la perspectiva de la revolución proletaria como «doctrinaria», porque era irreconciliable con la política del Frente Popular.

El oportunismo en la táctica significaba el abandono de la estrategia. Y donde antes estaba el objetivo de la conquista revolucionaria del poder, surgió una especie de semiestrategia, el frente único proletario o gobierno de frente popular, como «etapa intermedia» entre la dictadura fascista y la dictadura del proletariado. Este fue el embrión de la teoría de la «revolución democrática popular», lanzada al año siguiente por Dimitrov en relación con la guerra de España. A los «llamamientos sin futuro en favor de la dictadura del proletariado» debía seguir la lucha «realista» por una semirrevolución obrero-campesino-burguesa.

Un gobierno de nuevo tipo

¿Qué tipo de gobierno era el gobierno de frente único propuesto por Dimitrov como coronación de la política del Frente Popular?

⁸³ Lenin, 1.º Congreso de la IC.

⁸⁴ Dimitrov, 52,103,116.

⁸⁵ Id, 163.

Como todo el informe, su posición al respecto tiene **dos caras**: por un lado, irreprochables garantías de principio; por otro, soluciones políticas concretas que las comprometen y anulan. Sólo comparando estas dos caras comprenderemos cómo el reformismo y la retórica revolucionaria confluyen como un todo en Dimitrov, en un típico juego centrista.

Los comunistas, dijo Dimitrov, deben estar preparados sin vacilar para la formación de un gobierno proletario de frente único o de frente popular, que luche contra la reacción y el fascismo, un gobierno que no tiene por qué permanecer en el marco de la democracia burguesa, sino que debe adoptar «medidas resueltas contra los magnates contrarrevolucionarios de las finanzas y sus agentes fascistas». «**Exigimos** de todo gobierno de frente único... que realice reivindicaciones radicales...» por ejemplo, «el control de la producción, el control de los bancos, la disolución de la policía, su sustitución por la milicia obrera armada, etc.». El error de los comunistas alemanes cuando entraron en el gobierno sajón en 1923 fue precisamente que no utilizaron sus posiciones «ante todo para armar al proletariado».

El gobierno de frente único era, pues, muy claramente un gobierno que debía formarse cuando el aparato estatal de la burguesía estuviera «suficientemente desorganizado y paralizado», «en vísperas de la victoria de la revolución soviética». Era «en esencia, una cuestión casi análoga» a la consigna de un Gobierno Obrero y Campesino defendida por los congresos 4º y 5º de la IC.⁸⁶

Este es el lado revolucionario. Pasemos a la realización.

La formación del gobierno de frente único dependía de la existencia de una «**crisis política**». Esta expresión, que Dimitrov, no por casualidad, utilizó insistentemente⁸⁷ significaba un cambio radical respecto al pasado, cuyo alcance conviene subrayar antes de seguir adelante.

Hasta entonces, la IC había considerado que la condición para que los comunistas apoyaran o participaran en cualquier gobierno era la existencia de una crisis revolucionaria, es decir, una situación en la que el régimen burgués **en su conjunto** estuviera al borde del colapso. El papel del Gobierno Obrero y Campesino sería precisamente precipitar el derrumbe del **poder** burgués, acelerar el establecimiento del poder soviético.

Al sustituir de forma aparentemente casual «crisis revolucionaria» por «crisis política», Dimitrov trasladó la cuestión del gobierno a un terreno totalmente nuevo. La entrada de los comunistas en el gobierno se haría admisible y necesaria en una situación en la que los obreros y sus sindicatos «se levantan impetuosamente contra el fascismo y la reacción, pero aún no

⁸⁶ Id., 86-93.

⁸⁷ Id., 88, 89, 93.

están dispuestos a levantarse para luchar bajo la dirección del Partido Comunista por la conquista del poder soviético», cuando las fuerzas aliadas exigen «medidas implacables **contra los fascistas y otros reaccionarios**».⁸⁸

En otras palabras, donde antes teníamos en mente un gobierno para acabar con el **capitalismo**, ahora teníamos en mente un gobierno para acabar con el fascismo. Por ello, sería «un **órgano de colaboración de la vanguardia revolucionaria del proletariado con los demás partidos antifascistas**, en interés de todo el pueblo trabajador, un gobierno para la lucha contra la reacción y el fascismo», basado en una «plataforma antifascista». Tal gobierno, advirtió Dimitrov, «no puede traer la salvación final» porque «**no está a la altura de la tarea de derrocar la dominación de clase de los explotadores**».⁸⁹ Su objetivo era «aplastar o derrocar al fascismo, **sin liquidar inmediatamente la dictadura de la burguesía**».⁹⁰

Ahora vemos por qué Dimitrov hablaba de «crisis política» y no de «crisis revolucionaria». Porque introducía un nuevo principio, hasta entonces considerado inadmisibile: la aceptación de responsabilidades de gobierno por parte de los comunistas **sin abandonar el marco del capitalismo**.

El gobierno del Frente Popular aparece así en dos escenarios totalmente opuestos. El primero es el de un gobierno revolucionario, formado en una situación de crisis revolucionaria (aparato estatal desorganizado y paralizado), que se apoya en los trabajadores armados, expropia a los magnates, establece el control de la producción y de los bancos, etc. La segunda es la de un **gobierno antifascista pero no revolucionario**, formado en una situación de crisis política, que se apoya en la coalición del Partido Comunista con los partidos democrático-burgueses y cuyo objetivo no es liquidar la dictadura de la burguesía.

La contradicción entre ambas perspectivas es flagrante. ¿Cómo podría un gobierno de «colaboración» del partido comunista con el partido socialista y otros partidos burgueses, que no estaría «a la altura de derrocar la dominación de los explotadores», tomar «medidas resueltas» contra los magnates financieros y los fascistas? ¿Cómo podrían los obreros armados, en control de la producción, atenerse a los límites de una mera plataforma antifascista? Y si el aparato del Estado estuviera «paralizado y desorganizado» y los obreros armados, ¿qué impediría a los comunistas llevar al proletariado a la conquista del poder?

⁸⁸ Id., 88.

⁸⁹ Id., 90, 93.

⁹⁰ Id., 129.

Dimitrov dio dos versiones contradictorias del gobierno del Frente Popular, una revolucionaria y otra meramente «democrática». Y de las dos, la segunda era la que seguía siendo válida en la práctica. Porque al tomar la coalición con los partidos democrático-burgueses como base del gobierno, los comunistas transformaban automáticamente todas las «reivindicaciones» sobre las milicias obreras y el control de la producción en inocuas declaraciones de intenciones. Un camino excluía el otro. O bien la lucha obrera y popular antifascista apuntaba a la conquista de un gobierno revolucionario, capaz de superar las resistencias, vacilaciones y traiciones de la democracia burguesa, un gobierno que sería el primer paso hacia la conquista completa del poder por el proletariado. O bien la lucha antifascista comenzaría en el marco de un gobierno de coalición con la democracia burguesa y, para alcanzar este objetivo, habría que renunciar inevitablemente, paso a paso, a toda pretensión revolucionaria.

Decir que el gobierno del Frente Único estaría garantizado contra una posible degeneración porque se basaba en un movimiento de masas combativo contra la reacción y el fascismo⁹¹ no era más que una forma de eludir la cuestión. A los movimientos antifascistas de masas, por muy combativos que fueran, les cortarían (y les cortaron) las piernas si giraban en la órbita de un gobierno de colaboración proletariado-pequeña burguesía, formado para luchar sólo contra la reacción fascista y no contra el capitalismo.

Surge, pues, la pregunta: ¿era el gobierno del frente único un gobierno popular revolucionario o un gobierno democrático-burgués? ¿Su función era ser la «víspera de la revolución soviética» o promover la **restauración de la democracia burguesa con la cooperación del proletariado**?

Y aquí ponemos el dedo en las contradicciones dimitrovianas. Lo que Dimitrov intentó hacer, con la consigna de un gobierno de frente único, fue ganarse a la socialdemocracia y a las fuerzas democrático-burguesas en general para que colaboraran con los comunistas contra el fascismo, pero sin romper abiertamente con la anterior línea revolucionaria de la IC. Las dos caras contradictorias de su gobierno son el resultado de la mezcla de dos discursos: «colaboración de los partidos antifascistas sin derrocar a la burguesía», cuando se dirigía a la democracia burguesa; «obreros armados y control de la producción», cuando se dirigía a los trabajadores. Para unos, una plataforma antifascista; para otros, «la víspera de la revolución soviética».

Así, la seguridad de Dimitrov de que el gobierno de frente único sería «fundamentalmente diferente», «diferente en principio» de cualquier

⁹¹ Id., 91.

gobierno socialdemócrata⁹² (afirmación que E. Hoxha repite como un eco sin añadirle un solo argumento)⁹³ nos llega en su verdadera dimensión. En efecto, el gobierno de frente único sería diferente de los gobiernos socialdemócratas habituales porque ahora podría contar con el apoyo y la participación de los comunistas. La diferencia estribaría en que sería un gobierno «progresista», pero también **de colaboración de clases, también en el marco del capitalismo**. Sería un gobierno burgués de «nuevo tipo», que cerraría el paso a la revolución proletaria, justo en el momento en que las convulsiones del fascismo podían poner en peligro la propia supervivencia de la sociedad burguesa.

La historia le jugó una mala pasada a Dimitrov al alinear a sus gobiernos del Frente Popular en dos tristes categorías: todos los que se formaron durante el ascenso de la reacción **fracasaron** en su intento de detener el fascismo y la guerra (España, Francia, Chile); todos los que se formaron durante el ascenso de la revolución (al final de la guerra mundial, en Europa del Este) **fracasaron** en la transición al socialismo y no hicieron más que establecer el capitalismo de Estado.

Analogía o casi...

Veamos ahora brevemente lo que los congresos 4º y 5º habían dicho sobre el Gobierno Obrero y el Gobierno Obrero y Campesino, para ver si podemos encontrar esas analogías con el gobierno del Frente Único del que hablaba Dimitrov.

El IV Congreso sí admitió la perspectiva de un gobierno obrero, no sólo como consigna de agitación y propaganda, sino como posibilidad real antes de la conquista del poder, en países donde el régimen burgués atravesaba una profunda crisis.

«El programa más básico de un gobierno obrero», decía la resolución del congreso sobre la táctica, «debe consistir en armar al proletariado, desarmar a las organizaciones burguesas contrarrevolucionarias, establecer el control sobre la producción, hacer recaer la carga principal de los impuestos sobre los ricos y vencer la resistencia de la burguesía contrarrevolucionaria». «Un gobierno de este tipo», continuó, «sólo es posible si nace de la lucha de las propias masas, si se apoya en organizaciones obreras capaces de combatir y creadas por las más amplias masas oprimidas», lo que

⁹² Id., 90.

⁹³ E. Hoxha, *Eurocomunismo*, cap. II.

daría lugar a «la lucha más encarnizada y finalmente a la guerra civil contra la burguesía».⁹⁴

Se trataba verdaderamente de un gobierno de la «víspera de la revolución soviética». Sin embargo, la experiencia de la crisis revolucionaria alemana del año siguiente (1923) demostró que, aunque el congreso había advertido del peligro de la desnaturalización oportunista de esta consigna, de hecho le había abierto la puerta al hacer hincapié en la «**coalicción política y económica de todos los partidos obreros** contra el poder burgués, para su derrocamiento definitivo».⁹⁵

Esto sólo podía desplazar la táctica de los comunistas hacia la búsqueda a toda costa de una coalición con el ala izquierda de la socialdemocracia, poniéndolos a merced de la traición de ésta en el momento decisivo, como se había visto en los gobiernos de Sajonia y Turingia en el otoño de ese año. El «gobierno obrero», que Radek había celebrado como una «forma original de transición entre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado»⁹⁶ había servido en realidad de ratonera para los comunistas, al impedirles desdibujar las líneas entre revolución y contrarrevolución.

Esta desastrosa experiencia llevó al CEIC a señalar en una carta al Partido Comunista alemán:

«Vimos la entrada de los comunistas en el gobierno sajón como una maniobra militar-estratégica. Pero ustedes la convirtieron en un bloque político con los socialdemócratas 'de izquierdas', atándonos así las manos. Pensamos en vuestra entrada en el gobierno sajón como una forma de ganar terreno de maniobra para desplegar las fuerzas de nuestro ejército. Habéis convertido la participación en el gobierno en una banal coalición parlamentaria con los socialdemócratas».⁹⁷

Había que concluir, por tanto, que la participación de los comunistas en el gobierno, incluso en una situación revolucionaria, conllevaba grandes riesgos de degenerar de una maniobra estratégica para detonar la revolución proletaria en una excusa para atar al Partido Comunista a los reformistas en el momento crítico de la revolución. No tenía sentido hacer

⁹⁴ *IV Congreso de la IC*, 158-159.

⁹⁵ *Id*, 158.

⁹⁶ Hajek, Milos, *Historia de la III Internacional*. 47.

⁹⁷ Degras, III, 79.

predicciones sobre posibles situaciones de transición si los partidos no estaban preparados para luchar por el poder.

Por eso, el 5º congreso desplazó la posición de la IC en dirección opuesta a la anterior, criticando las tendencias a engañar la conquista revolucionaria del poder tras la expectativa de un gobierno de coalición con la extrema izquierda de los reformistas.

«El Comité Ejecutivo rechazó enérgicamente como interpretación oportunista toda tentativa de poner la consigna de un gobierno obrero y campesino al servicio, no de la agitación en favor de la dictadura del proletariado, sino de una coalición con la democracia burguesa». «Para formar un gobierno verdaderamente obrero u obrero y campesino, primero es necesario derrocar a la burguesía». «Los elementos oportunistas de la IC trataron de tergiversar esta consigna, interpretándola en el sentido de un gobierno en el marco de la democracia burguesa y de una alianza política con la socialdemocracia». El V Congreso de la IC rechaza categóricamente esta interpretación. Para la IC, la consigna del gobierno obrero y campesino es la consigna de la dictadura del proletariado traducida al lenguaje popular, al lenguaje de la revolución. La expresión 'gobierno obrero y campesino', a la luz de la experiencia de la revolución rusa, no es ni puede ser otra cosa que un método de agitación y movilización de las masas para el derrocamiento revolucionario de la burguesía y la instauración del poder soviético. «Para los comunistas, la consigna del gobierno obrero y campesino no puede designar en ningún caso la táctica de los acuerdos y coaliciones parlamentarias con la socialdemocracia».⁹⁸

En resumen: el IV Congreso admitió, en una situación de crisis revolucionaria, la coalición de los comunistas con los socialdemócratas u otros partidos de la clase obrera, con el fin de aplicar un programa revolucionario y acelerar el derrocamiento de la burguesía. El 5º Congreso, dándose cuenta de la apertura al oportunismo que ofrecía esta táctica, limitó la consigna del gobierno obrero y campesino a una función de agitación y propaganda en favor de la dictadura del proletariado.

Así que, sin duda, hubo una fluctuación en la IC en torno a los gobiernos de transición. Pero decir, como hizo Dimitrov, que estos congresos habían admitido una táctica «en esencia casi análoga» a la de su gobierno de frente único es una completa falsificación. Especialmente porque ni siquiera el 4º congreso había admitido nada parecido al gobierno de frente único del 7º

⁹⁸ Id., 173-174.

congreso –un gobierno formado con la socialdemocracia, a partir de una crisis revolucionaria y no dirigido a derrocar el capitalismo.

Adaptando la perspectiva gubernamental a una nueva situación, en la que la lucha política tendía a polarizarse en torno al enfrentamiento entre las dos alas de la burguesía –la democrática y la fascista–, Dimitrov la transformó en una consigna **reformista**.

Básicamente, la «cuasi analogía» que quería ver entre el gobierno obrero y campesino y el gobierno de frente único se tradujo en este gran salto: donde antes se hablaba de crisis revolucionaria, ahora se hablaba de crisis política; donde se trataba de arrastrar al ala izquierda de la socialdemocracia por el camino de la revolución, ahora se trataba de empujar a los partidos burgueses por el camino de la democracia; donde estaba el objetivo de derrocar a la burguesía, ahora estaba el objetivo de estabilizar el capitalismo.

Cuando el historiador revisionista checo M. Hajek afirma que, sobre la cuestión del gobierno de frente popular, el 7º congreso, sin decirlo abiertamente, revisó las decisiones del 5º congreso y «dio un notable paso adelante» al abandonar la idea de que todo gobierno obrero tenía que ser sinónimo de dictadura del proletariado, al admitir que había que crear un gobierno con la participación de la socialdemocracia que podía no ser necesariamente imperialista, al no excluir ya la presencia de comunistas en el gobierno, incluso en el marco del capitalismo –no tenemos más que darle la razón.⁹⁹ Fue, en efecto, un «notable paso adelante»... en el camino del reformismo y del revisionismo. Y no sólo en relación con el 5º congreso, sino también en relación con el 4º y con todo el pasado de la IC.

Lenin de nuevo a la palestra

Precisamente porque el gobierno de frente popular materializaba una «semiestrategia» para derrocar al fascismo sin derrocar al capitalismo, ya no era, como el gobierno obrero y campesino, una maniobra excepcional que los comunistas podían utilizar para acelerar el desenlace de una crisis revolucionaria, sino que se convertía en el **objetivo mismo de la lucha**. Esto es lo que decía claramente Dimitrov cuando subrayaba que «puesto que tal posibilidad no está excluida en ninguno de los países capitalistas, debemos tenerla en cuenta, y no sólo orientarnos y prepararnos para ella, sino también, en consecuencia, orientar a la clase obrera».¹⁰⁰

⁹⁹ Hajek, *Historia de la III Internacional*, 284-285.

¹⁰⁰ Dimitrov, 88-89.

Exigir que el partido comunista y la clase obrera se orientasen en todos los países capitalistas hacia la perspectiva de un gobierno de frente popular era demasiado fuerte. Así que Dimitrov no tuvo reparos en invocar a Lenin en apoyo de su tesis, falsificándolo deliberadamente. Veamos cómo:

«Hace quince años, Lenin nos llamó a centrar toda nuestra atención en la 'búsqueda de formas de transición o acercamiento que conduzcan a la revolución proletaria'. El gobierno de frente único llegará quizás a ser reconocido en varios países como una de las principales formas de transición. Los doctrinarios de «izquierda» siempre ignoraron la indicación de Lenin. Como propagandistas limitados, sólo hablaban del 'objetivo' sin preocuparse nunca de las 'formas de transición'». ¹⁰¹

A partir de aquí, Dimitrov entró en una larga digresión sobre la «importancia tan considerable» que Lenin concedía a «la forma de transición que conduce a la revolución proletaria», dando por sentado que Lenin se refería a la necesidad de un gobierno intermedio y que el gobierno de frente popular sería precisamente ese tipo de gobierno.

Pues bien, en la frase citada por Dimitrov, Lenin no estaba diciendo ni insinuando nada sobre gobiernos de transición. Simplemente estaba llamando la atención de los jóvenes partidos comunistas sobre la necesidad de no limitarse a ganarse a la vanguardia del proletariado mediante la propaganda y la agitación, sino de conducir a las amplias masas de la clase obrera al desarrollo de su propia experiencia política. Esta experiencia, como Lenin explicó ampliamente en su obra *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, exige la utilización a fondo de todos los frentes de lucha, sindicatos, parlamentos, etc.

Esto es lo que dijo Lenin, no lo que Dimitrov quiso poner en su boca. Como todavía hay quienes insisten en construir interpretaciones rebuscadas para salvar a Dimitrov del flagrante delito de falsificación, es necesario transcribir íntegramente la famosa frase de Lenin sobre las «formas de transición»:

«Ya se ha hecho lo esencial -no todo, por supuesto, ni nada que se le parezca, pero lo esencial al fin y al cabo- para atraer a la vanguardia de la clase obrera y hacer que se pase al lado del poder de los soviets, contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora tenemos que concentrar todas

¹⁰¹ Id, 92.

nuestras fuerzas, toda nuestra atención, en la siguiente etapa, que parece, y de hecho lo es en cierto sentido, menos fundamental, pero que por otra parte está más cerca de la solución práctica del problema. Es decir, la búsqueda de vías para avanzar hacia la revolución proletaria o para acercarse a ella.

La vanguardia proletaria está ideológicamente conquistada. Esto es lo principal. Sin ella, sería imposible dar un solo paso hacia la victoria. Pero de aquí a la victoria todavía hay un largo trecho. No se puede ganar sólo con la vanguardia. Lanzar a la vanguardia sola a la batalla decisiva mientras la clase en su conjunto y las amplias masas no hayan adoptado todavía una actitud de apoyo directo a la vanguardia, o al menos de neutralidad benévola que haga completamente imposible apoyar a su adversario, no sólo sería estúpido, sino un crimen. Para que toda la clase, las amplias masas de trabajadores y oprimidos por el capital, adopten realmente esta posición, no basta con la propaganda y la agitación. Para ello es necesaria la experiencia política de las propias masas. Esta es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada ahora con notable vigor y relevancia, no sólo por Rusia, sino también por Alemania».¹⁰²

Como puede ver, Lenin pensaba en todo menos en gobiernos de transición. Dimitrov sacó de contexto unas palabras para hacer pasar a Lenin por precursor del gobierno de frente popular. Y después de falsificar a Lenin, pasó a reprochar a los «doctrinarios de la izquierda» no haber prestado atención... ¡a lo que Lenin no había escrito!

Lo que Lenin había dicho en realidad sobre la participación de los comunistas en el gobierno antes de que el proletariado tomara el poder, Dimitrov se cuidó de citarlo. Y se puede entender por qué.

En 1905, durante la primera **revolución democrático-burguesa** en Rusia, Lenin consideró admisible en principio la participación del POSDR en un gobierno revolucionario provisional. Se trataba de saber si los frutos de la caída del zarismo serían apropiados por el proletariado y el campesinado o por la burguesía liberal. Por ello, Lenin decía que si se creaba una correlación de fuerzas favorable, con el proletariado armado, podría ser conveniente que los bolcheviques participaran en un gobierno provisional, para garantizar que éste librara una lucha sin cuartel contra la contrarrevolución, consolidara y ampliara las conquistas revolucionarias y

¹⁰² Lenin, 31, 88-89.

creara las condiciones para transformar la revolución democrático-burguesa en una revolución socialista.¹⁰³

Esto es lo que escribió Lenin en 1905. De participar en un gobierno revolucionario para robar a la burguesía liberal la dirección de la revolución democrático-burguesa, a participar en un gobierno «progresista» para amortiguar la caída del fascismo, hay un abismo que sólo Dimitrov tuvo el valor de cruzar.

La lucha por la democracia

Las justificaciones «bolcheviques» y «leninistas» en torno al gobierno de frente único sólo pretendían endulzar el amargo trago. La esencia de la nueva política era la retirada a las trincheras de la democracia burguesa.

«Hoy, en varios países capitalistas -dijo Dimitrov, en lo que es la frase clave de su informe-, las masas trabajadoras tienen que elegir concretamente y por el momento, no entre la dictadura del proletariado y la democracia burguesa, sino entre la democracia burguesa y el fascismo».¹⁰⁴

De este modo, incluso dando por inexistente la tercera alternativa -¿por qué no elegir entre el fascismo y la dictadura del proletariado? - Dimitrov ató a los partidos a la inevitabilidad de la defensa reformista de la democracia.

El argumento último de esta lógica, no confesado pero insinuado, era la impotencia del proletariado para hacer la revolución:

«El quid de la cuestión se reduce a si el proletariado está preparado en el momento decisivo para derrocar inmediatamente a la burguesía y establecer su poder, y si puede entonces ganar el apoyo de sus aliados, o si sólo el movimiento del frente único será capaz, en la etapa dada, de aplastar o derrocar al fascismo, sin pasar inmediatamente a liquidar la dictadura de la burguesía».¹⁰⁵

Y como el proletariado podía no estar preparado en el momento decisivo; y como, aunque lo estuviera, podía no conseguir el apoyo de sus

¹⁰³ Id.

¹⁰⁴ Dimitrov, 131.

¹⁰⁵ Id, 129.

aliados - la opción más segura era optar por el frente único, derrocar al fascismo sin intentar derrocar a la burguesía.

Esta lógica capitulacionista ignoraba deliberadamente el **trasfondo de clase** de toda la cuestión. Los objetivos de la lucha del proletariado no podían elegirse en función de su mayor o menor preparación. No había dos caminos, uno revolucionario y otro democrático. La propia naturaleza social del fascismo, como forma extrema de dictadura burguesa, determinaba el carácter revolucionario de la lucha antifascista del proletariado. Sólo en la medida en que el proletariado siguiera este camino podría lograr, en el mejor de los casos, una gran victoria revolucionaria o, al menos, estrechar el espacio de recuperación de la burguesía democrática tras la caída del fascismo. Elegir la lucha «más fácil» por la democracia burguesa era **mutilar** la propia lucha contra el fascismo y tomar el camino **más difícil** de todos -el de la subordinación política del proletariado a la burguesía-, un camino de derrota segura, como se vio en la práctica.

Naturalmente, la lucha por la libertad tenía que estar en el centro de la lucha proletaria contra el fascismo. Esa no era la cuestión. Lo que estaba en cuestión era si esta lucha debía formar parte de las reivindicaciones revolucionarias del proletariado contra la sociedad burguesa, o si debía limitarse dócilmente al objetivo de defender y restaurar la forma más suave de dictadura, la democracia burguesa.

Fue esta opción histórica la que Dimitrov ocultó una vez más al afirmar que la lucha por los «derechos democráticos» no desviaría a los trabajadores de la lucha por la dictadura del proletariado. El hecho es que no se trataba de una lucha independiente por los derechos democráticos de los trabajadores, que exigía la liquidación total y radical del fascismo, sino de la lucha por la **democracia burguesa**. Una lucha por la democracia burguesa que Dimitrov cubrió con las habituales florituras revolucionarias: «Somos partidarios **incondicionales** de la democracia soviética». Pero **hoy** el problema es elegir entre democracia burguesa y fascismo, «porque no somos anarquistas»¹⁰⁶... En Francia, «los comunistas, sin dejar de ser enemigos **irreconciliables de todo gobierno burgués** y partidarios del poder de los soviets, están **sin embargo** dispuestos, ante el creciente peligro fascista, a apoyar a un gobierno de este tipo» (del Frente Popular).¹⁰⁷

«Enemigos irreconciliables», pero partidarios por el momento... porque, al parecer, no había otra alternativa para oponerse al fascismo. Esto es lo que Dimitrov dijo expresamente al PC francés en una carta del CEIC en junio del año anterior, en la que insistía en la necesidad de un «cambio de

¹⁰⁶ Id, 130-131.

¹⁰⁷ Id, 64.

actitud hacia la democracia burguesa». Los comunistas deben dejar de declarar su oposición a la democracia burguesa en su prensa o en sus discursos, «porque tales declaraciones son políticamente erróneas». Deben luchar no sólo contra la limitación o abolición de las libertades democráticas, sino también por su «ampliación».¹⁰⁸

Esta táctica de replegarse a las trincheras de la democracia burguesa como única alternativa viable al fascismo era, además, contradictoria con la afirmación hecha en el informe de que el fascismo «destruye las ilusiones democráticas y el prestigio de la legalidad a los ojos de las masas», «provoca el odio profundo y la indignación de las masas, contribuye al desarrollo del espíritu revolucionario en su seno».¹⁰⁹

Al final, ¿el fascismo estaba allanando el camino para un retroceso hacia la democracia parlamentaria o un avance hacia la revolución?

La realidad, que Dimitrov se ocupó de mantener oculta, era que la dictadura fascista, al desplegar en oleadas de terror toda la ferocidad innata del régimen capitalista, activaba **dos movimientos divergentes**. Por un lado, elevaba el espíritu revolucionario en el **proletariado**, al demostrarle que no podía confiar en la legalidad burguesa y que sólo mediante la aniquilación definitiva del poder burgués crearía las condiciones para una verdadera democracia, la democracia soviética. Pero también dio un poderoso impulso al espíritu reformista de las masas **pequeñoburguesas**, que se aferraron desesperadamente a la esperanza de una «renovación» de la democracia burguesa e hicieron todo lo posible para evitar el aterrador dilema: fascismo o revolución proletaria.

Sólo denunciando la incoherencia y la fuerza paralizante de este movimiento reformista pequeñoburgués podría el proletariado defenderse de él y llevar la lucha antifascista a una conclusión revolucionaria. Dimitrov prefería ver sólo el «desarrollo del espíritu revolucionario en las masas», igual que había querido ver un «giro a la izquierda» en la socialdemocracia, para hacer creer que la corriente antifascista pequeñoburguesa era la misma que la proletaria, que no había necesidad de demarcación y que ambas podían encontrar una salida común al fascismo. Con frases radicales sobre el «desarrollo del espíritu revolucionario en las masas», mezcló las dos corrientes en una misma dinámica reformista: el gobierno del Frente Popular.

¹⁰⁸ La IC (IML), 111,20-21.

¹⁰⁹ Dimitrov, 43-44.

Una vez más, Dimitrov recurrió a la inevitable cita de Lenin, diseñada como siempre para tapan los agujeros de su argumento con su autoridad. Los comunistas que temían «formular reivindicaciones democráticas positivas» se equivocaban, dijo, porque Lenin ya había observado que «es un error radical pensar que la lucha por la democracia puede desviar al proletariado de la revolución socialista» y que «el proletariado no puede prepararse para derrotar a la burguesía sin llevar a cabo una lucha detallada, consecuente y revolucionaria por la democracia».¹¹⁰ Esto significaría que la lucha antifascista debería orientarse hacia la conquista de la democracia política, como condición previa para pasar a la lucha por la revolución socialista.

Pues bien: esta cita de Lenin fue tomada de las tesis «**La revolución socialista y el derecho de autodeterminación de las naciones**», en una polémica con Bujarin, que impugnaba el apoyo de los marxistas al derecho de libre separación política de las naciones oprimidas, alegando que se trataba de una lucha meramente democrática, no socialista.

La frase citada por Dimitrov situaba la cuestión de la liberación nacional **en la perspectiva internacional de la revolución socialista**. La reproducimos íntegramente:

«La revolución socialista no es un acto único, una sola batalla en un solo frente. Es toda una época de agudos conflictos de clase, una larga sucesión de batallas en todos los frentes, es decir, en todas las cuestiones económicas y políticas, batallas que sólo pueden terminar con la expropiación de la burguesía. Sería un error capital pensar que la lucha por la democracia puede desviar al proletariado de la revolución socialista o eclipsarla, socavarla, etc. Al contrario, al igual que es inconcebible un socialismo victorioso que no haya realizado la democracia integral, el proletariado tampoco puede prepararse para la victoria sobre la burguesía si no lleva a cabo una lucha general, sistemática y revolucionaria por la democracia».¹¹¹

A continuación, subrayó que en la lucha por la autodeterminación de las naciones, el proletariado no debía perder de vista «la necesidad de subordinar la lucha por esta reivindicación, como por todas las reivindicaciones fundamentales de la democracia política, a la lucha

¹¹⁰ Id, 132-133.

¹¹¹ Lenin, 22,156.

revolucionaria de masas **orientada directamente** hacia el derrocamiento de los gobiernos burgueses y la realización del socialismo».¹¹²

Lenin se refería, pues, al papel de la lucha democrática en los países coloniales y semicoloniales como parte integrante de la revolución socialista mundial. No defendía, contrariamente a lo que insinuaba Dimitrov, que el proletariado de los países capitalistas-imperialistas emprendiera la lucha por la democracia como preparación necesaria para poder pasar a la lucha por el socialismo. La frase «casi olvidada» de Lenin, que Dimitrov tuvo el mérito de «descubrir», como escribe un historiador reformista italiano¹¹³ no decía, de hecho, nada de lo que se pretendía aprender de ella.

La verdad es que Lenin siempre defendió la importancia de la lucha por la democracia, no sólo en las naciones oprimidas, sino en todos los países donde la revolución democrático-burguesa no se había realizado o no se había llevado hasta el final. **Pero sólo en esos casos** y no en los países capitalistas que ya habían realizado la revolución burguesa. Citemos una vez más:

«Cuando se trata de un movimiento de liberación democrático-burgués que no ha sido llevado hasta el final», escribió en 1907, «el proletariado se ve obligado a dedicar mucho más esfuerzo, no a sus objetivos de clase, es decir, socialistas, sino a las tareas democráticas generales, es decir, democrático-burguesas». «Sólo gracias a este esfuerzo de demolición democrática total de la vieja sociedad semifeudal puede el proletariado fortalecerse como clase independiente, delimitar plenamente sus tareas propias, es decir, socialistas, del conjunto de tareas democráticas comunes a «todos los oprimidos» y asegurarse las mejores condiciones para una lucha verdaderamente libre, la más amplia e intensa, por la conquista del socialismo».¹¹⁴

En este sentido, **y sólo en este**, Lenin también escribió que «quien quiera ir al socialismo por otro camino que no sea el del democratismo político, llegará indefectiblemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político».¹¹⁵

Revolución de liberación nacional, revolución democrático-burguesa que no se llevó hasta el final, demolición de los restos de la sociedad

¹¹² Id, 22,169.

¹¹³ Agosti, *Reformas*, 13.

¹¹⁴ Lenin, 12, 333.

¹¹⁵ Id, 11,16.

semifeudal - Lenin había situado la lucha del proletariado por la democracia en este marco muy preciso. Esto no tiene nada que ver con la tesis dimitroviana de la transición del fascismo a la democracia burguesa como «preparación» para la lucha por el socialismo.

Si Dimitrov quisiera conocer la opinión de Lenin sobre la actitud del proletariado frente a la burguesía «democrática» en los países capitalistas, no le sería difícil encontrarla, por ejemplo, en un artículo escrito unos meses antes del que cita. Extraigo algunos pasajes:

Marx planteó el problema «¿Qué éxito de la burguesía es preferible para nosotros?» en un momento en que había movimientos burgueses progresistas en los principales Estados europeos. De hecho, el rasgo común de toda la primera época de dominio burgués (desde la Revolución Francesa hasta la Comuna de París) «fue precisamente el carácter progresivo de la burguesía, es decir, el hecho de que aún no había concluido, no había consumado su lucha contra el feudalismo». «Los marxistas nunca han negado los progresos realizados por los movimientos burgueses de liberación nacional contra las fuerzas del feudalismo y del absolutismo». Pero «sería absolutamente ridículo querer hablar hoy de una burguesía progresista, de un movimiento burgués progresista», por ejemplo en relación al conflicto entre Inglaterra y Alemania, porque la vieja democracia burguesa de esos países «se ha vuelto reaccionaria». «El método de Marx -añadió- consiste ante todo en considerar el contenido objetivo del proceso histórico en un momento dado y en unas circunstancias dadas, para comprender en primer lugar qué clase, a través de su movimiento, es la principal impulsora del progreso en esa situación concreta».

El proletariado, por tanto, sólo sería fiel a sí mismo «si no se alía con ninguna burguesía imperialista, si declara que 'ambas son peores', si quiere la derrota de la burguesía imperialista en todos los países». Y continuó diciendo, en una crítica que parece hecha a la medida de Dimitrov: «Adoptar el punto de vista de otra clase, más aún de una vieja clase que ya ha tenido su día, es oportunismo del tipo más puro».¹¹⁶

Conclusión: No se puede invocar a Lenin para apoyar la tesis dimitrovista de una lucha puramente democrática contra el fascismo. Cuando Lenin habla de la lucha por la democracia, se refiere a la conquista del derecho a la independencia política o a la demolición de la vieja sociedad

¹¹⁶ Lenin, 21,133-156.

semifeudal. Para Dimitrov, se trata de devolver a una forma parlamentaria el régimen democrático-burgués que se pudrió en el fascismo.

Para Lenin, se trata de llamar al proletariado a romper por la fuerza el compromiso que ata a la vacilante burguesía a la vieja sociedad, para imponer la culminación de la revolución burguesa. En Dimitrov, en cambio, se trata de arrastrar al proletariado a un compromiso con el ala «democrática» de la burguesía, para sacar al régimen capitalista del volcán fascista, para devolver la estabilidad al capitalismo. En Lenin, las tareas democráticas generales del proletariado tienen un contenido **revolucionario**. En Dimitrov tienen un contenido **reformista**.

La etapa democrática

Para que la elección «obligatoria» entre fascismo y democracia burguesa no apareciera como lo que realmente era -una rendición incondicional ante los demócratas burgueses- había que dar un paso más y elevarla a la categoría de una **nueva etapa** en el camino hacia la revolución socialista. Dimitrov dio este paso defendiendo explícitamente la probabilidad de una «**etapa intermedia**» entre la caída de la dictadura fascista y el triunfo de la dictadura del proletariado. Una etapa intermedia que nacía del hecho mismo de que la «**contrarrevolución** fascista» había tenido lugar.

A la luz de esta nueva idea, lanzada en el discurso de clausura del debate, se comprende mejor el alcance de las ambigüedades con que Dimitrov había rodeado la caracterización social del fascismo al principio del informe. Se trataba de concluir que el fascismo era una «contrarrevolución», un paso **atrás** en la marcha de la sociedad. Por tanto, la salida del fascismo ya no estaría en la revolución proletaria, sino en una nueva etapa democrática previa a ella. Así nació la teoría de la «revolución democrática popular» en el 7º congreso, aunque no se mencionó allí.

Sin embargo, esta vez Dimitrov se ocupó de encubrir el compromiso oportunista con un ataque de distracción contra el oportunismo. Los oportunistas de derecha, denunció enérgicamente, habían tergiversado a Lenin al «establecer cierta 'etapa democrática intermedia' entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado, para inculcar a los obreros la ilusión de una agradable marcha parlamentaria de una dictadura a la otra».¹¹⁷

¡Una denuncia muy justa! Pero, ¿la predicción de una «etapa intermedia» entre el fascismo y la dictadura del proletariado no equivalía a

¹¹⁷ Dimitrov, 131.

inculcar a los obreros la misma ilusión oportunista? Pues si a la dictadura fascista, forma extrema de la dictadura de clase de la burguesía, podía seguir la etapa intermedia del gobierno del Frente Popular, ¿qué era esto sino admitir precisamente esa etapa democrática intermedia entre la dictadura burguesa y la dictadura del proletariado?

Pero -se dirá- nadie podía garantizar que a la caída del fascismo seguiría inevitablemente la victoria de la revolución proletaria. Por supuesto que no. Pero esta incertidumbre sólo podía transformarse en una «etapa intermedia» mediante un sofisma poco meditado.

En la lucha por derrocar la dictadura fascista, el proletariado **podría no tener fuerzas** para llevar a cabo una verdadera revolución. En ese caso, por supuesto, el derrocamiento del fascismo daría paso a la **restauración** de la democracia burguesa. Por lo tanto, no habría ninguna etapa intermedia en el camino hacia la dictadura del proletariado, sino un retorno al punto de partida. La dictadura burguesa terrorista sucedería de nuevo a la dictadura burguesa «democrática», debido a la incapacidad del proletariado para hacer la revolución. **Pero si el fascismo cayera por medios revolucionarios, ¡esa revolución, en cualquier país capitalista, sólo podría ser, «obligatoria» y «directamente», la revolución proletaria!**

Y puesto que ésta era la **única** revolución que estaba más allá del fascismo, era a **esta perspectiva estratégica** y sólo a ella a la que el proletariado debía subordinar su táctica. La lucha por la hegemonía en la lucha antifascista contra la burguesía liberal, la neutralización de las vacilaciones de la pequeña burguesía, el aislamiento del oportunismo, la preparación del proletariado para una insurrección revolucionaria y para el poder soviético, no eran el resultado de ninguna preferencia «izquierdista» por parte de la IC, sino que se derivaban del carácter mismo de la revolución.

Así, confundiendo esta cuestión elemental, Dimitrov introdujo la idea de la etapa intermedia, que necesitaba para justificar el gobierno de compromiso del Frente Popular. ¡Y esto mientras se distanciaba soberanamente de los oportunistas!

Desde entonces, la invención de la «etapa democrática» se ha convertido, por supuesto, en el niño mimado del oportunismo internacional, que ha descubierto así la justificación «teórica» que necesita para descartar la revolución proletaria, socialista, arrojándola una vez más a un futuro nebuloso.

Fíjese qué bien captaron los revisionistas soviéticos la importancia decisiva de la contribución de Dimitrov:

«La tesis (de Dimitrov) tenía en cuenta que el proceso revolucionario en los países capitalistas no avanzaría inmediata y directamente a través de la revolución socialista, sino que se acercaría a ella a través de la fase de la lucha democrática general contra el fascismo». «Así maduró la idea de la inevitabilidad de la fase democrática general y antifascista de la lucha». El objetivo del 7º congreso era trazar «una nueva estrategia que unificara a todas las fuerzas revolucionarias y democráticas con vistas a derrotar al fascismo» y «seguir el camino del progreso social». Se trataba de «cumplir las tareas antifascistas de carácter democrático general, que abrían nuevas perspectivas para el avance hacia la etapa socialista de la lucha revolucionaria». No se trataba sólo de cambiar de táctica, sino también de adoptar «una nueva línea estratégica, dictada por la nueva correlación de fuerzas de clase en el mundo y por las crecientes contradicciones del capitalismo monopolista, cada vez más hostil a vastos sectores de la población». La línea del 7º congreso «abrió a los trabajadores de los países capitalistas la perspectiva de avanzar hacia el socialismo mediante la lucha por la democracia».¹¹⁸

Por supuesto, es en esta cuestión donde confluyen todas las contradicciones del centrismo moderno, que trata de defender a toda costa la herencia dimitroviana. ¿Cómo denunciar la traición revisionista a la revolución proletaria y defender al mismo tiempo la «etapa intermedia» de Dimitrov? Es esta dificultad la que lleva al Partido del Trabajo de Albania a oscilar entre posiciones opuestas. Con la misma rapidez califica de «invento revisionista» la afirmación de que el VII Congreso había esbozado «una nueva estrategia global para el comunismo internacional», afirmando que se trataba de «un simple viraje táctico en la lucha contra el peligro fascista y la guerra imperialista»,¹¹⁹ para, unos meses más tarde, admitir que «Dimitrov llegó a la conclusión de que, en la nueva situación creada, el mundo capitalista se encontraba en el umbral de la **etapa antifascista, democrática en cuanto al contenido del desarrollo de la revolución, que permite pasar a la revolución socialista**», y reconocer a Dimitrov «el gran mérito de haber elaborado la política, la **estrategia** y la táctica del movimiento comunista».¹²⁰

Esta incertidumbre del PTA, que le lleva a defender en un artículo lo que unos meses antes había calificado de «invento revisionista», ilustra bien las contradicciones que desgarran el pensamiento centrista actual. Y no dejan

¹¹⁸ Id, 92.

¹¹⁹ La IC (IML), III, 14,22, 62, 77.

¹²⁰ *Rruga i Partise*, art. citado.

ninguna duda sobre la elección que hay que hacer: o con el 7º Congreso, con Dimitrov, con la «etapa intermedia» -en cuyo caso se acercará cada vez más, fatalmente, al revisionismo-; o con el marxismo-leninismo, con la revolución -en cuyo caso, contra Dimitrov y el 7º Congreso.

Nacimiento de la «revolución democrática popular»

Para que el descubrimiento de la nueva «etapa intermedia» en los países capitalistas no adquiriera un carácter abiertamente reformista, bernsteiniano, era necesario teorizar una revolución de nuevo tipo, previa a la revolución socialista. Así nació la «revolución democrática popular», elaborada por Dimitrov y los dimitrovistas en el proceso del VII Congreso, aunque no fue defendida allí explícitamente. Analizar la teoría y la práctica de esta nueva «revolución» va más allá del alcance de este documento, pero es necesario trazar aquí el curso de su generación.

Los primeros elementos de la «revolución intermedia» en los países capitalistas quizá puedan encontrarse en Gramsci, que fue, con Bujarin, uno de los teóricos más eminentes del centrismo moderno. Buscando una solución al problema de la creciente influencia pequeñoburguesa en la sociedad moderna, Gramsci había argumentado en sus escritos que la vanguardia revolucionaria debía ser capaz de identificar una serie de objetivos intermedios capaces de ganarse el apoyo de las capas pequeñoburguesas. Sus nebulosas teorizaciones sobre la lucha por la «hegemonía ideológica» del proletariado para tomar el poder acabaron sirviendo de pretexto para dar la vuelta a la noción leninista de hegemonía: el proletariado debía renunciar a parte de sus reivindicaciones socialistas revolucionarias para ganarse la alianza de la pequeña burguesía y cambiar la correlación de fuerzas a su favor.

La idea fue trabajada por Tasca y Togliatti, que propusieron en el VI Congreso de la IC el concepto de una «revolución popular» en Italia, como fase intermedia entre el derrocamiento del fascismo y la dictadura del proletariado. Para asegurar su papel hegemónico en la revolución antifascista, decían, el proletariado debía atenerse al objetivo de una Asamblea Republicana apoyada por comités obreros y campesinos. De este modo, se movilizaría a las capas sociales intermedias, teniendo en cuenta el «carácter gradual del proceso revolucionario».¹²¹ Se formó el embrión del que surgiría la «revolución democrática popular».

Sin embargo, el CEIC, que en su 10º pleno había derrotado las posiciones de Bujarin, abrió fuego inmediatamente contra las nuevas tesis del PCI. La

¹²¹ *Albanie Aujourd'hui*, 4/82

concepción gradualista de Togliatti y Tasca, argumentaban, disolvía la perspectiva misma de la revolución y desviaba al partido hacia el reformismo, como era evidente en el abuso por parte de los camaradas italianos de consignas transitorias fuera de una situación revolucionaria.

Como resultado de la lucha, Tasca fue expulsado del partido acusado de oportunismo. Togliatti, siempre prudente, renunció temporalmente a la defensa de la «revolución popular», a la espera de días mejores.

En 1931, en plena política de «clase contra clase», le tocó al partido comunista alemán introducir, de forma muy ambigua, la expresión «revolución popular» en lugar de «revolución proletaria», provocando una fuerte polémica en el partido, que Manuilski intentó calmar asegurando que sólo era un «sinónimo de revolución proletaria».¹²²

En 1934 se dieron por fin las condiciones para que floreciera la nueva «revolución». Empujada por las exigencias de la política antifascista unitaria, la «revolución popular» del fracasado Tasca comenzó a abrirse paso de nuevo, bautizada ahora como «democrático-popular». Y como era arriesgado intentar imponer esta revisión declarada de la estrategia comunista en el 7º congreso, Dimitrov recurrió a la maniobra de no discutir las cuestiones estratégicas en el congreso, desacreditando de paso toda la perspectiva estratégica como «adoctrinamiento» y «frases hechas que no dicen nada» **y lanzando subrepticamente la idea de una nueva categoría de revolución a través de los órganos del frente popular.**

Sintomáticamente, el programa de la Liga contra la Guerra y el Fascismo, organización unitaria inspirada por Dimitrov, fue quizás uno de los primeros documentos en mencionar, en 1934, la «revolución democrática popular» como «**la primera etapa** a alcanzar en la lucha contra la guerra y el fascismo».¹²³ A partir de entonces, el nuevo concepto comenzó a aparecer en la prensa comunista, sin ningún intento de fundamentación teórica, como sustituto de la revolución socialista. Ni siquiera era necesario demostrarlo; la política del Frente Popular, al atar a los partidos a la burguesía democrática, había quitado todo valor a la perspectiva revolucionaria.

La situación revolucionaria en España al comienzo de la guerra civil dio a la dirección de la IC la primera oportunidad de lanzar la «revolución democrática popular». Las posiciones iniciales de los comunistas también situaban la lucha contra la sublevación fascista en el marco de la defensa del régimen democrático-burgués, como había defendido Dimitrov en el VII Congreso. «El pueblo español sólo tiene un objetivo: la defensa del orden

¹²² Agosti, *La III Internacional*, 44-45.

¹²³ Manuilski, 137.

republicano con respeto a la propiedad», declaró José Díaz. «Cualquier intento de establecer una dictadura proletaria restringiría la base social de la lucha del pueblo español y facilitaría a la reacción internacional la destrucción del movimiento revolucionario en España». Se trataba de «completar la revolución democrático-burguesa».¹²⁴ André Marty escribió en *L' Humanité* el 4 de agosto: «La lucha actual en España no es entre capitalismo y socialismo, sino entre fascismo y democracia». «El único objetivo posible no es realizar la revolución socialista, sino defender, consolidar y desarrollar la revolución democrático-burguesa».¹²⁵

Sin embargo, esta consigna fue claramente superada por el ímpetu del movimiento obrero y popular, que procedió a ocupar tierras y fábricas, formar milicias y tribunales populares, controlar la producción, etc. Por esta razón, surgió la resolución del CEIC del 19 de septiembre de 1936, con la perspectiva de la «revolución democrático-popular» como solución intermedia que satisfaría al mismo tiempo al proletariado, al campesinado, a la pequeña burguesía y a la burguesía media republicana. «La república democrática española por cuyo triunfo lucha el pueblo», escribió entonces Dimitrov, «no será una república democrática del viejo tipo, **sino un estado peculiar de auténtica democracia popular. No será todavía un Estado soviético**, pero será antifascista, de izquierdas, con la participación del sector auténticamente de izquierdas de la burguesía». Hablando contra la vieja tesis de que, por su contenido, el Estado es siempre capitalista o socialista, Dimitrov anunció que estaba naciendo un Estado democrático, en el que «el Frente Popular tiene una influencia decisiva». «Aquí se plantea el problema de organizar la producción sin abolir definitivamente la propiedad privada capitalista».¹²⁶

Y, como era de esperar, Togliatti también salió inmediatamente en apoyo de esta tesis. En la Internacional Comunista nº 16 de ese año, escribió que «la república democrática que se está estableciendo en España es **un nuevo tipo de república democrática, una nueva democracia**». La «nueva democracia» que estaba siendo adoptada al mismo tiempo por Mao en China...

No es éste el lugar para trazar el desastroso curso de este primer experimento de «democracia popular». Lo que sí se puede decir, porque hoy está claro, a pesar de que todos los descendientes de Dimitrov - revisionistas y centristas- tratan de ocultarlo, es que la heroica lucha de los comunistas, los obreros y el pueblo español fue aplastada no sólo por la

¹²⁴ Manta, *Frente Popular*, 82.

¹²⁵ Agosti, *La III Internacional*, 954.

¹²⁶ Id, 951.

superioridad militar del bando fascista, sino sobre todo por las contradicciones internas de un régimen que aprisionó al movimiento revolucionario dentro de unos límites aceptables para la burguesía republicana.

Lenin y la revolución popular

¿Cómo aplicar a los países capitalistas este concepto de revolución, que todavía no es la revolución socialista, pero que tampoco puede ser la revolución burguesa, ya que se realizó hace mucho tiempo, con más o menos compromisos?

Saliendo al rescate de Dimitrov, los revisionistas modernos trataron de apuntalar la debilidad teórica de la «revolución democrática popular» en base a la autoridad de Lenin. De hecho, Lenin «había dicho en vísperas de la Gran Revolución Socialista de Octubre que toda la variedad de revoluciones no podía reducirse a la antítesis entre revolución **burguesa** y revolución proletaria». ¹²⁷ Esto significaba, por supuesto, que además de las dos, Lenin reconocía la existencia de variedades intermedias. La «revolución democrática popular» sería precisamente una de ellas.

Busquemos la extraña opinión de Lenin sobre toda una serie de revoluciones que no serían ni burguesas ni proletarias. La encontramos en *El Estado y la Revolución*. ¹²⁸ Pero no dice nada de lo que afirman sus falsificadores.

Criticando la actitud de los oportunistas, que encubrían su pasividad y seguidismo ante la revolución democrático-burguesa con el argumento de que sólo cuando llegase la revolución socialista podría intervenir el proletariado de forma independiente, Lenin subrayó que la revolución **burguesa** podía tener desarrollos muy diferentes según intervinieran o no las masas populares de forma activa e independiente; que fue limitada en sus transformaciones porque las masas actuaron bajo la dirección de la burguesía, y la revolución rusa de 1905 que, por ser una revolución auténticamente popular, comprometió irremediablemente la estabilización del régimen burgués y sirvió de «ensayo general» para la revolución proletaria.

Como se ve, para Lenin, como para Marx, el término «popular» no indica una categoría específica de revolución. La revolución burguesa puede tener o no un carácter popular, dependiendo de si las masas intervienen o no activamente en la demolición de las estructuras feudales, venciendo a la

¹²⁷ Id, 954; La IC (IML), III, 98-99.

¹²⁸ La IC (IML), 111, 99.

burguesía. En cuanto a la revolución proletaria, es por naturaleza una revolución popular, porque apela como ninguna otra en el pasado a la energía demoleadora de los millones de explotados, sin la cual es imposible barrer el capitalismo. Decir que una revolución es popular indica la profundidad con la que derroca al régimen caduco, pero no define sus tareas ni sus fuerzas motrices. Hablar de una revolución popular como alternativa intermedia entre la revolución burguesa y la revolución proletaria es falsificar el marxismo-leninismo de la manera más burda.

La falsificación era tanto más escandalosa cuanto que Lenin ya había desenmascarado, en esta ocasión como en otras, la noción de «Estado popular» como una «consigna **desprovista** de todo contenido político y que sólo contiene una enfática traducción pequeñoburguesa del concepto de democracia».¹²⁹

Por las mismas razones, también es abusivo cualquier intento de hacer pasar la «dictadura democrático-popular» como una **actualización** de la dictadura democrático-revolucionaria obrera y campesina preconizada por Lenin.

En opinión de Lenin, ésta era la vía para que el proletariado pudiera imponer las transformaciones democráticas generales, es decir, no socialistas (como la confiscación de las tierras señoriales en beneficio de los campesinos), que la burguesía se negaba a llevar a cabo, colocándose así en la mejor posición para pasar después sin interrupción a la revolución socialista.

Sin embargo, en Dimitrov, la «dictadura democrática popular», ampliada a la pequeña burguesía, los intelectuales, los patriotas, etc., se concibe con la misión verdaderamente original y nunca vista de **suprimir la mitad del capitalismo y construir la mitad del socialismo**. Nacionaliza los monopolios, expropia los latifundios, democratiza el Estado. Sin embargo, no establece el poder soviético, no destruye toda la maquinaria estatal y contiene las convulsiones revolucionarias dentro de límites aceptables para la pequeña y media burguesía.

Por supuesto, esta «astucia» de querer hacer la revolución socialista por etapas, comiéndole la cabeza a la pequeña burguesía, impidió el establecimiento de la dictadura del proletariado, impidió la destrucción del capitalismo y le permitió sobrevivir en la forma original de capitalismo de Estado.

¹²⁹ Id, 100.

4. LA LIQUIDACIÓN DEL PARTIDO

«En la época de la revolución social, la unidad del proletariado sólo puede ser realizada por el partido verdaderamente revolucionario del marxismo, por la lucha sin cuartel contra todos los demás partidos».

LENIN¹³⁰

Llevando hasta el final la lógica de subordinarlo todo al frente único con la socialdemocracia, Dimitrov llegó a la conclusión de que sería necesario crear «el partido político único de masas de la clase obrera», lo que se vería facilitado por la «creciente tendencia de los trabajadores hacia la unificación de los partidos socialdemócratas con los partidos comunistas».¹³¹

«El movimiento obrero», dijo, «está entrando en el período de liquidación de la escisión». «Debe haber un partido único del proletariado en todos los países». «La IC y sus secciones están dispuestas a entablar negociaciones con la II Internacional y sus secciones con vistas a establecer la unidad de la clase obrera». Y, en el discurso de clausura del congreso: «En este congreso hemos adoptado la orientación hacia la creación del partido político único de masas de la clase obrera, hacia la abolición de la escisión política del proletariado».¹³²

Este insólito proyecto de fusión de la corriente comunista con la socialdemócrata contradice el leninismo de forma tan flagrante que los actuales partidarios de Dimitrov, comprometidos, intentan descartarlo. Ya sea simplemente silenciándolo, como si nunca hubiera existido -esto es lo que está haciendo el PC(R), entre otros-. O atacando la idea del «partido único de la clase obrera» como si hubiera sido inventada por los revisionistas y no por el 7º Congreso -esto es lo que está haciendo el PTA.¹³³ O afirmando que se trataba de una maniobra táctica, admisible en las condiciones de la lucha contra el fascismo, pero que hoy estaría superada y, por tanto, no valdría la pena discutirla.

¹³⁰ Lenin, 31, 542.

¹³¹ Dimitrov, 106.

¹³² Id, 159.

¹³³ E. Hoxha, OC, IV, 109.

No demos el gusto a estos dimitrovistas avergonzados. La idea de fusionar el Partido Comunista con el Partido Socialdemócrata no es una nimiedad que pueda dejarse de lado cuando resulte inconveniente. Quienes insisten en defender a ultranza el informe Dimitrov deben definirse sobre esta cuestión: ¿la fusión con la socialdemocracia equivale o no a la **liquidación** del Partido Comunista?

El ABC del marxismo-leninismo

En esta cuestión, como en tantas otras, Dimitrov dio un giro de 180° respecto a la línea seguida hasta entonces por la Internacional, que siempre había considerado la defensa de la integridad del partido como la piedra angular de la actitud revolucionaria marxista.

Recordemos los términos en que el Comité Ejecutivo se había pronunciado en 1926 sobre las posiciones vacilantes introducidas por Zinóviev respecto a la posibilidad de fusionarse con los socialdemócratas:

«La IC y sus secciones deben mostrar honestidad y firmeza para responder a la sincera aspiración a la unidad que existe entre los trabajadores socialdemócratas. Por supuesto, no se trata de que el Partido Comunista se fusione con el Partido Socialdemócrata. Esto representaría una traición abierta a la causa de la revolución proletaria, el abandono del papel histórico de guía que el proletariado está llamado a desempeñar. Reconocer la necesidad de un partido comunista independiente forma parte del ABC del marxismo-leninismo. El logro más valioso de la clase obrera en el pasado reciente ha sido precisamente la formación en cada país, superando todos los obstáculos, de partidos comunistas independientes, que denuncian abiertamente la traición perpetrada por los dirigentes socialdemócratas, difunden abiertamente la idea de la revolución proletaria y trabajan para prepararla. Sólo bajo la bandera del partido comunista puede el proletariado unirse **en un frente único de filas cerradas**».¹³⁴

Es contra esta clara posición de principio que debe evaluarse la propuesta de Dimitrov de que los comunistas negocien la fusión de los partidos con los socialdemócratas.

¹³⁴ Tesis de la 6ª sesión plenaria del CEIC, marzo de 1926. Degras, II, 282,286. La apertura de Zinóviev a la hipótesis de la fusión puede encontrarse en V Cong. I, 204

Las cinco condiciones

Los partidarios de Dimitrov afirman que su propuesta no implicaba ningún compromiso, ya que estaba respaldada por «cinco claras condiciones de principio». Estas son:

1. **la ruptura total de la socialdemocracia con la burguesía,**
2. **unidad de acción previa de los comunistas con los socialdemócratas,**
3. **reconocimiento por parte de los socialdemócratas del derrocamiento revolucionario de la burguesía y de la dictadura del proletariado en forma de soviets,**
4. **negativa a apoyar la guerra imperialista y**
5. **aceptación del centralismo democrático.**¹³⁵

Si estas extraordinarias condiciones fueran aceptadas por la socialdemocracia en cualquier país del mundo, ningún comunista tendría nada que objetar a la fusión en un partido único. La cuestión, sin embargo, es si los comunistas serán capaces alguna vez de llevar a un partido socialdemócrata a convertirse en lo contrario de sí mismo, porque eso es lo que las cinco condiciones implican en realidad.

La IC nunca se había molestado en poner tales condiciones a la socialdemocracia porque las consideraba obviamente absurdas.

Pero Dimitrov «descubrió» que la situación había cambiado por dos motivos:

1. **el desplazamiento a la izquierda que se estaba produciendo en la socialdemocracia, instruida por las duras lecciones del terror fascista;**
2. **la creciente influencia de los comunistas en el movimiento obrero, su fuerza y poder de atracción.**

Examinemos cada uno de estos argumentos.

El supuesto giro a la izquierda de la socialdemocracia, que era uno de los fundamentos centrales de la nueva táctica de Dimitrov, no era más que una leyenda, como ya hemos visto en uno de los capítulos anteriores y como documentaré con más hechos a continuación. Ciertos sectores de **la base** del partido socialdemócrata se pasaron a la izquierda, pero no sus dirigentes, ni sus cuadros, ni los partidos en su conjunto. En otras palabras: se daban las condiciones favorables para atraer a muchos trabajadores socialdemócratas **al Partido Comunista**; había que hacer un gran esfuerzo para ganárselos; pero esto no tenía nada que ver con una propuesta de fusión con el Partido Socialdemócrata.

¹³⁵ Dimitrov, 107.

El segundo argumento: la fusión sería ahora posible sin abandonar los principios porque los comunistas se habían convertido en una fuerza cohesionada, capaz de asegurar su hegemonía dentro del «partido único». Esto es lo que dijo Manuilski, por ejemplo, en los actos del partido bolchevique celebrados en Moscú y Leningrado inmediatamente después del VII congreso. La fusión no planteaba ningún peligro, afirmaba, rebatiendo las objeciones que se planteaban, «porque los partidos comunistas se han templado en la lucha, se han liberado de las desviaciones y ahora pueden avanzar sin miedo hacia la unidad...». Se ha formado una guardia bolchevique estalinista.¹³⁶

Es un argumento que se vuelve contra sus defensores. Si los partidos comunistas se habían convertido en poderosos destacamentos y en algunos países ya estaban robando la dirección del movimiento obrero a los partidos socialdemócratas, esto sólo demostraba que las condiciones eran más favorables para acelerar la ruptura de la corriente socialdemócrata. ¿Por qué, en ese caso, hacer propuestas de fusión, que significarían inevitablemente un **compromiso**, la introducción de posiciones socialdemócratas en las filas del partido, en su dirección, en su política y en su ideología?

De hecho, lo nuevo de las cinco condiciones de Dimitrov es que sugieren que la corriente socialdemócrata y la escisión política del proletariado en la sociedad capitalista no son un producto **inevitable** de la influencia burguesa y pequeñoburguesa sobre la clase obrera, sino simplemente una cuestión de puntos de vista equivocados que pueden corregirse mediante la experiencia de la lucha de clases. La socialdemocracia había sido caracterizada por Lenin y la Internacional como **el ala izquierda de la burguesía**, con la misión de implicar al proletariado. Dimitrov llegó a verla como **el ala derecha del movimiento obrero**, a la que había que poner a raya.

Considerar a un partido político, nacido para servir a determinados intereses de clase, del mismo modo que se considera a un individuo, susceptible de reeducación, es deslizarse del terreno del marxismo al de la moral idealista vulgar. Y pasar de la claridad del proletariado revolucionario sobre las clases que lo rodean, a las ilusiones de la pequeña burguesía, ansiosa por iluminar y ganar a **sus enemigos**, con la esperanza de hacer más suaves las tareas de la revolución y el socialismo. Fue este salto el que dio Dimitrov con su rehabilitación de la socialdemocracia.

La actitud básica de los comunistas hacia la socialdemocracia nunca ha sido una cuestión de correlación de fuerzas. Resulta del antagonismo

¹³⁶ Degras, III, 373.

irreductible entre dos corrientes de clase opuestas: la política obrera revolucionaria frente a la política burguesa para los trabajadores.

La cuestión sólo puede plantearse así: o bien la fuerza que impulsa a las masas obreras hacia la revolución es tal que obliga a los dirigentes de la socialdemocracia a prestar juramento «revolucionario» para continuar su defensa del régimen burgués -en cuyo caso es tanto más necesario desenmascararlos, cerrarles las puertas del partido-; o bien el asalto reaccionario de la burguesía obliga al movimiento obrero a pasar a la defensiva -en cuyo caso es necesario no dejar que la resistencia comunista se disuelva en la influencia capituladora de la socialdemocracia-. Tanto en un caso como en el otro, las necesarias variaciones tácticas no justifican nunca hacerse ilusiones sobre una reeducación de la socialdemocracia y la posibilidad de fusión de los dos partidos enemigos. Al olvidar este principio básico, Dimitrov fue contra el espíritu del leninismo.

La posición de Lenin

La idea de que el movimiento obrero puede fortalecerse unificando a los diversos partidos con influencia en la clase obrera es una ilusión oportunista que surge espontáneamente en los sectores intermedios y atrasados del proletariado, que confunden la amplia unidad necesaria en la lucha diaria con la estricta cohesión política vital para que la vanguardia pueda ejercer su papel dirigente.

Lenin demostró que esta ilusión de las masas puede convertirse en un arma temible en manos de la burguesía y la pequeña burguesía para desintegrar la vanguardia revolucionaria y bloquear o aplastar la revolución.

No necesito recordarles la intransigencia «sectaria» con la que Lenin luchó para **separar** a los bolcheviques de los mencheviques, para construir la Internacional Comunista y los nuevos partidos comunistas en oposición antagónica a la socialdemocracia. Baste citar un ejemplo quizás olvidado hoy. En 1907, los mencheviques aprovecharon la desmoralización provocada por la derrota de la revolución de 1905 para lanzar la propuesta de un «congreso obrero» para llevar a cabo la «unificación política de los trabajadores rusos». Como esta propuesta despertó ecos favorables, incluso en las filas bolcheviques, Lenin hizo una feroz campaña contra ella hasta que fue derrotada. Lenin preguntó:

«¿Puede un trabajador con conciencia política no estar en el partido? Si hay trabajadores fuera del partido con tendencias revolucionarias, ¿por qué no ampliar nuestras filas para incluirlos en

el partido?». Y continuó aclarando el fondo de la cuestión: «¿Qué significa la unificación política de los trabajadores? Si los autores no han inventado una terminología nueva y especial para esta resolución, significa unirse en torno a un programa político y una táctica específicos. ¿Cuáles exactamente?» «Lo que realmente quieren», concluyó Lenin, «es la desorganización del proletariado mediante la integración de ideólogos no proletarios, confundiendo la verdadera independencia (socialdemócrata) con la dependencia, con la sujeción a la ideología y la política burguesas (socialista-revolucionaria)».¹³⁷

El Partido sólo existe dentro de los límites de un programa y una táctica marxistas bien definidos. Querer ir más allá de estos límites, ya sea con el pretexto de «unir a la clase obrera», o de «hacer frente al fascismo», o de «defender la paz», etc., siempre desemboca en la desorganización de la vanguardia del proletariado, en la **rendición** del proletariado a la dirección política de la burguesía.

Las 21 condiciones

En ocasiones se dice que las cinco condiciones de Dimitrov no son más que una versión actualizada de las 21 condiciones para ingresar en la IC, establecidas por Lenin en 1920. Así lo afirmó, por ejemplo, Manuilski en los citados activos del Partido Bolchevique. Sin embargo, en este argumento hay una confusión inadmisibles entre dos situaciones y tácticas completamente diferentes.

Las 21 condiciones fueron establecidas por la IC en un momento en que el movimiento obrero, organizado hasta entonces bajo la bandera de la socialdemocracia, se movía impetuosamente hacia la línea de la revolución rusa y los soviets. Para no perder su influencia sobre las masas trabajadoras, muchos dirigentes socialdemócratas estaban dispuestos a unirse a la nueva Internacional, llevando en ella su bagaje reformista para poder seguir la misma política oportunista. Por tanto, la IC estaba «amenazada de ablandamiento por grupos indecisos e híbridos que aún no habían roto con la ideología de la II Internacional».¹³⁸

Para frustrar esta **amenaza de invasión** de la socialdemocracia en el joven y débil movimiento comunista, Lenin formuló las 21 condiciones para que cualquier partido fuera **admitido** como miembro de la IC: cambiar su

¹³⁷ Lenin, 12,316-317.

¹³⁸ Id.,31, 211.

nombre por el de «Partido Comunista», defender incondicionalmente el poder de los soviets, romper completamente con el reformismo y el centrismo, apartar a los reformistas y centristas de los puestos de responsabilidad, adoptar un nuevo programa comunista, organizarse sobre la base del centralismo democrático, etc.

Gracias a esta actitud vigilante, la IC puso una barrera al contrabando socialdemócrata (que, sin embargo, consiguió infiltrarse en varios partidos, como el Partido comunista francés, etc.) y pudo afirmarse como centro de la corriente proletaria revolucionaria internacional, en oposición irreconciliable al reformismo socialdemócrata.

Las cinco condiciones de Dimitrov se plantearon 15 años más tarde, cuando el movimiento comunista consolidado ya luchaba con éxito contra la socialdemocracia por la dirección del movimiento obrero en la mayoría de los países y ya le había arrebatado su influencia sobre la vanguardia obrera. Su objetivo no era afirmar la existencia de una nueva corriente comunista cerrando las puertas a la infiltración socialdemócrata, como ocurrió en 1920, sino al contrario, abrir las puertas a la fusión.

Por tanto, la situación es inversa. Las 21 condiciones de Lenin servían para cohesionar la corriente comunista y desenmascarar a la socialdemocracia; las cinco condiciones de Dimitrov servían para cubrir el acercamiento a la socialdemocracia y el desarme ideológico y político del proletariado. Se trata de dos tácticas opuestas.

La fusión en Hungría

Es sintomático que Dimitrov no haya dicho ni una palabra sobre la experiencia concreta de fusión del Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata, que ya se llevó a cabo durante la revolución soviética húngara de 1919. Y no es difícil entender la razón de este silencio. He aquí cómo Matias Rakosi, dirigente de la IC y del Partido comunista húngaro, analizó este proceso de fusión durante el II Congreso de la IC en 1920:

«La debilidad de la dictadura (del proletariado) fue que fue establecida y llevada a cabo por un partido sin fuerza ni experiencia suficientes. El Partido Comunista disponía de muchas fuerzas revolucionarias, pero como organización era excesivamente débil. Sin duda, el partido podría haber tomado la iniciativa si no hubiera cometido el grave error de fusionarse con el Partido Socialdemócrata. El Partido Socialdemócrata se pronunció por la dictadura del proletariado, adoptó sin reservas el programa comunista y excluyó a sus dirigentes de «extrema derecha»... Sin embargo, pronto se hizo

evidente que, a pesar de la fusión, los socialdemócratas aprovechaban cualquier oportunidad para socavar la dictadura. La fusión no impidió que los dirigentes socialdemócratas participaran en negociaciones secretas con los representantes de la Entente (Inglaterra-Francia) con vistas a aplastar el poder soviético y formar un gobierno socialdemócrata».¹³⁹

He aquí, pues, un ejemplo ilustrativo de cómo la socialdemocracia puede llegar a aceptar las más estrictas «condiciones de principio» para hacerse con el control del partido comunista desde dentro en momentos de crisis general del poder burgués. ¿Por qué ha olvidado Dimitrov este ejemplo?

La sangrienta derrota de la revolución húngara en 1919 instruyó definitivamente al movimiento comunista sobre el crédito que puede darse a la «conversión» de los dirigentes socialdemócratas a los principios revolucionarios. Se trata de una última maniobra desesperada para sabotear la revolución. Como señaló Lenin en las condiciones de admisión a la Internacional, «ningún comunista debe olvidar las lecciones de la República de los Soviets de Hungría». «La unión de los comunistas con los reformistas ha costado demasiado cara al proletariado húngaro».¹⁴⁰

Trotsky

A veces se afirma que la propuesta de Dimitrov no era tan absurda, ya que Lenin también había promovido la integración del grupo de Trotsky en el Partido Bolchevique en julio de 1917. Por tanto, las concepciones leninistas de la integridad del partido serían más «elásticas» de lo que afirman los críticos «dogmáticos» de Dimitrov. Este es otro argumento erróneo, como veremos.

En el decisivo verano de 1917, el movimiento obrero ruso se debatía entre la vía revolucionaria de los bolcheviques y la vía reformista de los mencheviques (y de los socialistas revolucionarios). El grupo «interdistritos», formado por Trotsky con disidentes de las dos alas de la socialdemocracia rusa, era una fuerza muy minoritaria y oscilante, que en ese momento se movía hacia la izquierda y aceptaba el programa y la táctica bolcheviques. La fuerza de este grupo provenía del prestigio de Trotsky en ciertos sectores obreros, seducidos por sus dotes de demagogo «apartidista» y «unitario».

¹³⁹ Transcrita en *Thorez-Mao*, 174-175.

¹⁴⁰ Lenin, 31, 211.

En estas condiciones, Lenin y el CC bolchevique consideraron que **absorber** a los «interdistritos», aun a costa de ciertas concesiones, ayudaría a acelerar la corriente de polarización de los obreros en torno al partido bolchevique, romper la influencia menchevique y abordar la tarea de la insurrección armada, que parecía inminente. Los acontecimientos dieron la razón a esta táctica.

Posteriormente, la actuación centrista, aventurera y disgregadora de Trotsky en el CC del partido, hasta su expulsión diez años más tarde, demostró lo caro que resultó el precio pagado por el partido para lograr su neutralización en el momento de la toma del poder y advirtió de la necesidad de extremar la vigilancia en la constitución del órgano de dirección del partido.

Lo cierto es que esta experiencia no tiene nada en común con la «luminosa» idea de abolir la escisión política en el proletariado, lanzada por Dimitrov en el VII congreso. Lenin reconocía la absorción en el partido de un grupo minoritario intermedio para derrotar mejor al enemigo socialdemócrata. Dimitrov era partidario de fusionarse con este enemigo.

Lenin y los laboristas

Los defensores de Dimitrov también sacan a colación periódicamente el famoso consejo de Lenin a los comunistas británicos de unirse al Partido Laborista, intentando así sugerir una vez más que el principio de independencia del partido permitiría excepciones tácticas. La mejor respuesta a este argumento reside en la transcripción de las principales opiniones de Lenin sobre el tema.

«El II Congreso de la III Internacional debe decidir sobre la afiliación de los grupos u organizaciones comunistas o simpatizantes en Gran Bretaña al Partido Laborista, aunque éste pertenezca a la II Internacional. Y ello porque, mientras este partido garantice a las organizaciones que lo componen la actual libertad de crítica y la posibilidad de desarrollar en sus filas un trabajo de propaganda, agitación y organización a favor de la dictadura del proletariado y del poder de los soviets, mientras el Partido Laborista conserve el carácter de unión de todas las organizaciones profesionales de la clase obrera, los comunistas deben hacer todo, incluso aceptar ciertos compromisos, para poder ejercer su influencia sobre las más amplias masas de trabajadores, para desenmascarar a sus jefes desde una tribuna más alta y más visible para las masas».

«No debemos olvidar que el Partido Laborista inglés se encuentra en unas condiciones muy especiales: es un partido muy original, o más exactamente, no es un partido en el sentido habitual de la palabra. Formado por trabajadores de todas las organizaciones profesionales, cuenta hoy con unos cuatro millones de afiliados y da plena libertad a todos los partidos políticos que lo componen... El Partido Laborista tolera en sus filas al Partido Socialista Británico y le permite tener sus propios periódicos, en los que los miembros de ese mismo Partido Laborista pueden declarar abierta y libremente que los dirigentes del partido son socialtraidores».¹⁴¹

«El Partido Comunista sólo puede unirse al Partido Laborista si conserva total libertad de crítica y puede llevar a cabo su propia política. Esto es lo más importante».¹⁴²

Así, una vez más, vemos que no hay nada en común entre las opiniones de Dimitrov y las de Lenin sobre las relaciones entre el Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata. En 1920, Lenin aconsejó al Partido Comunista de Gran Bretaña, que todavía estaba en sus etapas formativas, extremadamente débil y aislado del movimiento obrero, que se uniera a una amplia organización obrera, que todavía no era un partido político en el verdadero sentido del término, para que allí, con total libertad de crítica y autonomía organizativa, pudiera llevar la influencia comunista a las masas obreras. Quince años más tarde, Dimitrov señaló el camino para que el Partido Comunista de Gran Bretaña, que ya se había establecido como vanguardia del proletariado, se fusionara con el Partido Laborista, que ya se había convertido en un partido en todos los sentidos de la palabra, sin derecho a organizaciones autónomas en su seno y, lo que es más, un partido burgués para los trabajadores, ya totalmente corrompido por el ejercicio del poder en la mayor metrópoli del imperialismo.¹⁴³ Hay un abismo entre la posición de Lenin y la de Dimitrov.

¿Maniobra táctica?

Cuando se agotan todas las excusas, todavía hay quien sostiene que Dimitrov sabía muy bien que su propuesta de fusión iba a ser rechazada y contaba con ello para demostrar a los trabajadores socialdemócratas que eran sus dirigentes los responsables de que no hubiera unificación. Su

¹⁴¹ Id, 202.

¹⁴² Id, 269.

¹⁴³ Id, 244.

propuesta no era más que una hábil maniobra táctica para canalizar el deseo de unidad de las bases socialdemócratas hacia un giro a la izquierda.

Y una excusa poco convincente. El desplazamiento de los obreros socialdemócratas (hoy la cuestión se plantea sobre todo en relación con el revisionismo moderno) hacia las posiciones del comunismo exige que sean ganados por la corriente revolucionaria de clase y descubran en la socialdemocracia un producto corrompido de la dictadura de la burguesía, un partido que debe ser abandonado porque no cambia de naturaleza. Esto no puede lograrse alimentando sus ilusiones sobre el «partido obrero único» y la fusión de las dos corrientes antagónicas del movimiento obrero.

La táctica leninista de desconectar a los obreros socialdemócratas de la línea de colaboración de clases era la política de frente único que había aplicado la IC hasta entonces. Sólo combinando la unidad a nivel de base y en la acción con una denuncia intransigente de la política socialdemócrata pudieron los partidos comunistas crear una fuerte corriente revolucionaria entre 1920 y 1935 y desbancar al partido socialdemócrata de los puestos clave del movimiento obrero. Si hubo que hacer rectificaciones a esta política, no alteraron desde luego su orientación básica.

Al extender la táctica del frente único a la colaboración y la unidad **entre direcciones, entre partidos**, el 7º congreso dio un nuevo impulso al partido socialdemócrata para presentarse a los ojos de la clase como interlocutores válidos, como representantes legítimos de una parte del proletariado. Puso implícitamente en tela de juicio la corrección de la escisión realizada por la corriente comunista hacia 1920, abriendo espacio a la acusación socialdemócrata de que la creación de la IC había sido una escisión «inútil» y había debilitado al movimiento obrero. Alimentó las esperanzas de los comunistas de una regeneración imposible de la socialdemocracia y los ató a la preocupación oportunista de no ahuyentar al partido socialdemócrata.

Así que si la propuesta unificadora de Dimitrov ganó a muchos trabajadores socialdemócratas para las filas del Partido Comunista, no fue desplazándolos hacia la izquierda, sino **desplazando a los comunistas hacia la derecha**. En lugar de ayudar a desintegrar la corriente socialdemócrata, ayudó a desintegrar la corriente comunista.

La verdad innegable es que la propuesta de Dimitrov pretendía fusionar efectivamente a los partidos comunistas con los partidos socialdemócratas. Como él mismo dejó claro en el 7º congreso, «la unidad política de la clase obrera no es una maniobra para nosotros, sino la cuestión del destino

futuro de todo el movimiento obrero». ¹⁴⁴ Prueba de ello son los intentos de fusión que se hicieron desde el principio (Francia, Alemania, Austria, Filipinas, etc.) y la fusión real que finalmente se llevó a cabo al final de la Segunda Guerra Mundial, en Polonia, Alemania del Este, Hungría, etc., con los resultados que conocemos.

Significativamente, el PTA, que condena la tolerancia del Partido Comunista Chino hacia la persistencia de partidos burgueses tras la toma del poder, no comenta la desastrosa experiencia de las fusiones de los partidos comunistas con los partidos socialdemócratas en estos países de democracia popular. El miedo a poner en peligro el 7º Congreso le lleva, también en este punto, a silenciar las posiciones de principio y a excusar el oportunismo en su forma extrema: la liquidación del partido.

La liquidación del partido

Ahora estamos en condiciones de concluir, sin lugar a dudas, que la propuesta de Dimitrov de fusionarse con la socialdemocracia rompe con toda la línea del leninismo y de la IC, y apunta hacia la liquidación del partido comunista como única vanguardia de la revolución.

¿Cómo pudo Dimitrov llegar a esta oferta de rendición, que es la propuesta del «partido único del trabajo»? Era la consecuencia lógica de la nueva idea que recorre todo su informe: la idea de que el fascismo había borrado el antagonismo entre comunismo y socialdemocracia y unido a ambos partidos en el mismo campo democrático. Si los comunistas se convertían sólo en los defensores más consecuentes de la misma causa democrática que defendían temblorosamente los socialdemócratas, ya no había barreras insalvables para su fusión y, al contrario, ésta se convertía en la única solución lógica y eficaz. Todo se reducía a infundir la combatividad antifascista de los comunistas en el partido obrero unificado.

Pero esto significa que la «apertura táctica» del 7º Congreso en realidad enmascaraba, como hemos visto antes, el abandono de la revolución y de la dictadura del proletariado. **Para asegurar la defensa o la restauración de la democracia burguesa, el partido leninista ya no tenía sentido, la lucha contra la socialdemocracia se volvió nociva y «sectaria», era imperativo crear un «partido obrero único».**

¹⁴⁴ En noviembre de 1935, el PC de Gran Bretaña solicita la adhesión al laborismo. La solicitud fue rechazada (Degras, III, 383). En otoño de 1937, el Secretariado del CEIC aprobó de nuevo la campaña del PCGB para afiliarse al Partido Laborista (El CI-CIM), III, 107).

Al proponer que la socialdemocracia se fusionara en un partido único, justo cuando el pánico al fascismo hacía aflorar las tendencias a «rebajar» y «menospreciar» el papel del Partido Comunista¹⁴⁵ y cuando aumentaba la presión de los trabajadores socialdemócratas para que los comunistas se unieran a ellos, Dimitrov no podía ignorar que estaba abriendo la puerta al liquidacionismo. Pero se vio obligado a hacerlo para dar a la socialdemocracia la prenda de buena fe que necesitaba para romper la barrera de desconfianza hacia la subversión comunista del orden. Les ofreció la mejor garantía de que los comunistas estaban dispuestos a convertirse en leales luchadores por la democracia burguesa.

Naturalmente, esta oferta de capitulación debía disfrazarse con «condiciones de principio» tan estrictas como irrealizables. Eran la cortina de «principio» necesaria para convencer a los comunistas de que aceptaran la idea, de que desarmaran su vigilancia, de que estuvieran dispuestos a negociar la existencia autónoma del partido comunista. El resto vendría solo

Esta misma lógica capitulacionista aparece en el llamamiento de Dimitrov a la «formación de cientos y miles de **bolcheviques sin partido** en los países capitalistas».¹⁴⁶ La expresión, a primera vista atractiva y «amplia», encierra un enorme significado político. Admitir que podían formarse miles de «bolcheviques sin partido» era dar a entender que ya no era necesario ser miembro del Partido Comunista para ser un revolucionario consecuente; era admitir que los bolcheviques podían surgir de forma natural en la lucha de clases; era advertir que los comunistas no debían «sectarizarse» considerándose la única vanguardia revolucionaria del proletariado.

Y precisamente porque era una oferta de capitulación, no es de extrañar que la burguesía rechazara unánimemente la propuesta de fusión presentada por Dimitrov y se dedicara a socavar los partidos comunistas desde dentro. «Si nos ofrecen la unidad, es porque están a punto de capitular: exprimámosles un poco más».

Sólo más tarde, en los países de Europa del Este, después de la guerra, los socialdemócratas tuvieron que aceptar la fusión con los comunistas, porque no les quedaba otra opción. Pero incluso allí, la fusión impuesta por la fuerza sirvió para acelerar la descomposición del partido comunista, como veremos a continuación.

La propuesta de Dimitrov contiene en germen todos los argumentos que Krushev esgrimió veinte años después, en el XX Congreso del PCUS: «Los

¹⁴⁵ Dimitrov, 159.

¹⁴⁶ Id, 105.

comunistas son cada vez más fuertes, los socialdemócratas ya han aprendido la dura lección del fascismo y de la guerra imperialista, todos queremos la Democracia, la Paz y la Independencia, nada nos impide unirnos, poner fin a la escisión política del movimiento obrero y hacer posible, por fin, el paso pacífico al socialismo».¹⁴⁷ Esta es la lógica de la nueva burguesía revisionista, aparentemente ansiosa de Unidad, en realidad ansiosa de disolver la vanguardia comunista para librarse de la pesadilla de la revolución proletaria.

Esta lógica llevó finalmente a Dimitrov, en febrero de 1948, a abogar incluso por la disolución del PC búlgaro en el seno del Frente de la Patria, para «crear un partido político unitario de nuestro pueblo que asuma la dirección del Estado y de la sociedad».¹⁴⁸ Como se ve, la idea del «partido de todo el pueblo», atribuida a Kruschev, ya había sido descubierta quince años antes por Dimitrov... Los actuales defensores de Dimitrov, tan reacios al revisionismo, deben dejar de eludir la cuestión del «partido único de los trabajadores» y decir lo que piensan de este germen de traición revisionista.

¹⁴⁷ Id, 55.

¹⁴⁸ Dimitrov, OE, 5, 209.

5. BREVE HISTORIA DE UN VIRAJE HISTÓRICO

«La victoria de la desviación derechista en los partidos comunistas de los países capitalistas significaría la caída ideológica de los partidos comunistas y un enorme fortalecimiento de la socialdemocracia».

STALIN, 1928¹⁴⁹

Los hechos echan por tierra la tesis a la que se aferra el Partido del Trabajo de Albania, según la cual la política del Frente Popular aprobada en el 7º congreso fue una mera flexión táctica en la línea de continuidad con la política anterior de la IC. Esta fue la forma que le dio Dimitrov, precisamente porque necesitaba ocultar la ruptura política e ideológica fundamental que representaba la política del Frente Popular en relación con la política de «clase contra clase», el 7º congreso en relación con el 6º.

La verdad es que el viraje del 7º congreso, que fue estratégico y no sólo táctico, fue el resultado de una lucha subterránea de tendencias en el seno de la Internacional, paralela a la lucha que tenía lugar en el seno del partido bolchevique, con Stalin, Dimitrov y Bujarin como protagonistas. La IC murió en el 7º congreso. Esto es lo que la corriente centrista internacional intenta ocultar todavía hoy, bajo la tesis de la «continuidad».

«Clase contra clase»: el canto del cisne

Apenas 18 meses antes de que Dimitrov leyera su informe desde la tribuna del 7º Congreso, el 13º Pleno del Comité Ejecutivo había aprobado en diciembre de 1933 las tesis «Sobre el fascismo, el peligro de guerra y las tareas de los partidos comunistas», que debían servir de plataforma para el congreso.¹⁵⁰ Es importante recordar aquí la esencia de estas tesis, para calibrar la profundidad del giro que se produjo en la IC en 1934-1935.

«El mundo capitalista pasa ahora del fin de la estabilización capitalista a la crisis revolucionaria» (Tesis I, 5). «Sería un error oportunista de derechas no ver hoy las tendencias objetivas que conducen a una rápida maduración de la crisis revolucionaria en el mundo capitalista» (I, 6). «La situación internacional recuerda la víspera de una nueva guerra mundial». «La revolución soviética en

¹⁴⁹ Stalin, Cuestiones, 315.

¹⁵⁰ Agosti, III, 504-517.

China se ha convertido en un poderoso factor de la revolución mundial» (II, 1).

«La burguesía quiere retrasar la caída del capitalismo desencadenando una criminal guerra imperialista y una cruzada contrarrevolucionaria contra el país del socialismo victorioso. La gran tarea histórica del comunismo internacional es movilizar a las más amplias masas contra la guerra antes de que se declare, acelerando así la caída del capitalismo. Sólo la lucha bolchevique antes de la guerra, por la victoria de la revolución, puede garantizar la victoria de la revolución en caso de guerra» (II, 4). «Luchando contra la guerra, los comunistas, mientras preparan desde ahora la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, deben concentrar sus esfuerzos en todos los países contra los objetivos fundamentales de la máquina de guerra del imperialismo» (III, b).

«La socialdemocracia sigue desempeñando el papel de principal apoyo social de la burguesía, incluso en países con dictaduras fascistas abiertas, porque lucha contra la unidad revolucionaria del proletariado y contra la URSS» (I, 3).

«En la lucha contra la socialdemocracia, los comunistas deben mostrar a los trabajadores que la nueva bancarrota de la socialdemocracia y de la II Internacional era históricamente inevitable. Desenmascarando y refutando a fondo ante las masas todos los sofismas hipócritas y traidores de la socialdemocracia, los comunistas deben llamar a los trabajadores a la lucha revolucionaria activa bajo la dirección del partido comunista». «El XIII Pleno llama a todas las secciones de la IC a luchar con la mayor tenacidad, a pesar y contra los dirigentes traidores de la socialdemocracia, para realizar el frente único de lucha con los obreros socialdemócratas» (III, c).

«El XIII Pleno llama a todas las secciones de la IC a desarraigar sin piedad el oportunismo en todas sus formas, y en primer lugar el oportunismo de derechas». «Sin esto, los partidos comunistas no podrán conducir a las masas trabajadoras a batallas victoriosas por el poder de los soviets» (III, d).

«Los partidos comunistas deben plantear resueltamente a las masas el problema de una salida revolucionaria a la crisis del capitalismo», «demostrar que los males del capitalismo son incurables». «No, no hay otra salida a la crisis general del capitalismo que la Revolución de Octubre». «Los partidos comunistas deben plantear insistentemente la cuestión del poder en su trabajo de masas. La consigna principal de la Internacional Comunista es el poder de los soviets» (III, e, 1 y 3).

Era, como puede verse, una línea totalmente opuesta a la que se aprobó. No había lugar para acuerdos con la socialdemocracia ni para acuerdos de frente popular, para un gobierno de «frente único», la «democracia popular» o un «partido obrero único». Se plantea, pues, la cuestión de cómo pudo nacer todo el arsenal de ideas dimitrovianas en el espacio de sólo 18 meses.

La revancha de Bujarin

En 1933, con el triunfo del nazismo en Alemania, la política de «clase contra clase» agonizaba. Aún sobrevivía en las resoluciones oficiales, pero ya era letra muerta para la mayoría de los dirigentes de la IC y de los partidos comunistas.

El brusco giro de la situación internacional, con el ascenso agresivo de Alemania y Japón, la rápida aproximación de una nueva guerra mundial, el paso del movimiento obrero a la defensiva, parecían acabar definitivamente con la perspectiva de un auge revolucionario que había servido de fundamento a la política preconizada por Stalin desde 1928.

Sobre la base de esta predicción de un pico revolucionario, Stalin puso en práctica la política de «clase contra clase», que resumió en cinco direcciones principales: «intensificar la lucha contra la socialdemocracia y, en primer lugar, contra su ala 'izquierda', el apoyo social del capitalismo»; «intensificar la lucha en los partidos comunistas contra los elementos de derecha, agentes de la influencia socialdemócrata»; «intensificar la lucha contra ese último refugio del oportunismo en los partidos comunistas que es el espíritu de conciliación frente a la desviación derechista»; «limpiar los partidos comunistas de tradiciones socialdemócratas»; «poner en práctica la nueva táctica del comunismo en los sindicatos» (es decir, la organización de la corriente sindical revolucionaria).¹⁵¹

Esta política, a la que Bujarin se había opuesto activamente con el argumento de que conduciría a la «desintegración» de la Internacional, encontró también una feroz resistencia por parte de los elementos oportunistas que habían anidado en la dirección de los partidos y que se habían acostumbrado a interpretar la política de frente único como una marcha al paso de la socialdemocracia y una conciliación con el parlamentarismo y el reformismo. En 1929-1930, esta resistencia derechista dio lugar a sucesivas crisis de dirección en los partidos comunistas de Estados Unidos, Alemania, Checoslovaquia, Italia, Polonia, Bulgaria, Gran Bretaña, India, Suecia, etc. La aplicación de la línea del VI Congreso sólo

¹⁵¹ Stalin, *Cuestiones*, 347.

había sido posible con la destitución de los principales partidarios del bujarinismo: Tasca, Groz, Ewert, Lovestone, Dimitrov...

Durante los años de la gran crisis mundial, la radicalización de las masas trabajadoras había quitado margen de maniobra a la corriente oportunista y dado cierta vitalidad a la política de «clase contra clase». La socialdemocracia se reveló como una agencia degenerada del imperialismo, enemiga implacable de la lucha obrera y de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética. Las tesis bujarinistas sobre la estabilización del sistema capitalista fueron desmentidas por el hundimiento de Wall Street, que Stalin había predicho con certeza un año antes. La política revolucionaria independiente dirigida por los comunistas se afirmaba como la única que correspondía a las necesidades de la clase obrera de los países capitalistas, asolada por el hambre, el paro y la represión. Los éxitos espectaculares de la «segunda revolución» en la Unión Soviética, con el fin de la NEP, la industrialización y la colectivización de la agricultura, alimentaron la confianza en las fuerzas del campo revolucionario.

Sin embargo, la política de «clase contra clase» no logró un triunfo decisivo en ningún partido de la IC. Su aplicación se vio minada por una tenaz resistencia, que renacía continuamente en el seno de los partidos, y que sólo pudo mantenerse a costa de una radicalización extrema de los conflictos y de la drástica limitación de la democracia interna. Era un avance contra corriente, que sólo podía imponerse mediante los métodos de la «guerra civil».

Esta peculiaridad, que los historiadores socialdemócratas y revisionistas atribuyen al carácter «brutal» de Stalin, retrata en realidad la debilidad de la corriente de izquierdas que encabezaba. Stalin quería mantenerse fiel al legado del leninismo, pero no sabía cómo combatir las enormes reservas de oportunismo acumuladas en los partidos comunistas por el periodo de estabilización del capitalismo, el impetuoso crecimiento de la nueva pequeña burguesía y el despliegue de los aparatos militares, políticos, económicos e ideológicos de la dictadura burguesa.

La política revolucionaria no podía llevarse a cabo sin reconocer que la correlación de fuerzas de clase estaba cambiando rápidamente. Stalin había afirmado en el 16º congreso del partido bolchevique en 1930 que había «un giro de las masas hacia el comunismo» y había renovado su apoyo a los partidos comunistas «que mantienen una lucha irreconciliable contra la socialdemocracia, agente del capital en la clase obrera, y que han roto definitivamente con todas las desviaciones del leninismo que llevaban agua al molino de la socialdemocracia».¹⁵² No señaló que este giro a la izquierda

¹⁵² Stalin, Tres años, 42.

de las masas inferiores del proletariado y del campesinado, instruido por la crisis del capitalismo, fue superado con creces por el giro a la derecha de sus capas superiores, en la estela del imperialismo, en proporciones nunca vistas.

Sólo la comprensión de este nuevo fenómeno, que Lenin había visto ya en 1916, habría armado a los comunistas con las nuevas respuestas que la situación exigía para continuar una política de hegemonía proletaria. Sin embargo, estas respuestas no llegaron, ni en lo que respecta a la neutralización de la participación pequeñoburguesa, ni en lo que respecta a la política de alianzas, ni en lo que respecta a la preparación de la insurrección armada, ni en lo que respecta a las nuevas perspectivas de las revoluciones de liberación nacional.

Este vacío era precisamente la obstinada reanimación de las posiciones derechistas que se habían enquistado en las direcciones de los partidos y que, a la sombra de la aceptación formal de la línea «clase contra clase», la convertían a menudo en una caricatura rígida y paralizante.

Así, cuando en 1933 se desvanecieron las esperanzas de un estallido revolucionario que allanara el camino a nuevas revoluciones proletarias, el oportunismo lanzó su contraataque con fuerza, poniendo de nuevo todo en tela de juicio: «clase contra clase» no sólo no había conseguido ninguna victoria revolucionaria, sino que era culpable del hundimiento del partido alemán, del aventurerismo golpista que reinaba en el partido chino, de la falta de entusiasmo que minaba a la mayoría de los partidos; con sus irreflexivos ataques a la socialdemocracia, los comunistas se habían aislado peligrosamente de las fuerzas intermedias y habían facilitado el avance del fascismo; había que dejar de lado los llamamientos a la revolución proletaria y transigir a cualquier precio con la socialdemocracia y los partidos democrático-burgueses para evitar mayores desastres; en los países coloniales, había que poner fin a la política «suicida» de demarcación y crítica de la burguesía nacional en ascenso; el peligro para los partidos comunistas no procedía del oportunismo de derechas, sino del sectarismo, el aventurerismo y el «izquierdismo».

Después de todo, fue la polémica de 1929 entre Stalin y Bujarin la que volvió al primer plano. Ahora ya no con el argumento de la estabilización del capitalismo, sino precisamente con el argumento contrario. Como no había estabilización y la amenaza fascista y el peligro de guerra iban en aumento, había que renunciar al «adoctrinamiento» de una política revolucionaria independiente y conformarse con el objetivo más modesto, pero más viable, de defender las libertades y la paz en alianza con la democracia burguesa.

La imperiosa necesidad de un cambio en la táctica de la IC impulsó las propuestas de la derecha, y con mayor energía cuanto más se resistía la corriente de izquierdas a reconocer el cambio en la situación internacional. La inferioridad política e ideológica en la que se encontraban las fuerzas de izquierda las redujo de hecho a intentar contener la avalancha de oportunismo reforzando los diques de sus viejas posiciones, en lugar de lanzarse audazmente a la búsqueda de otras nuevas. Las citadas tesis del XIII Pleno seguían insistiendo en anunciar, por ejemplo, el comienzo de un nuevo ascenso revolucionario en Alemania...

Por tanto, no fue difícil que en la IC se formara un terreno favorable para el retorno del bujarinismo sin Bujarin. Los que habían sido combatidos durante cinco años como oportunistas y capituladores se vengaban ahora apareciendo como los únicos con soluciones políticas adecuadas a la difícil situación que se había planteado. La IC estaba madura para un giro a la derecha. Este giro se hizo inevitable cuando la corriente derechista de los partidos comunistas recibió el refuerzo inesperado de una corriente similar que se había estado formando en el seno del partido bolchevique y en la sociedad soviética. En 1934, el oportunismo europeo y el soviético se soldaron en una sola corriente, determinando el giro a la derecha en el XVII congreso del PC(b) de la URSS y el posterior giro en el VII congreso de la IC, consagrado en el informe de Dimitrov.

Esto hace necesario referirse aquí, aunque sea brevemente, a un acontecimiento que no pertenece al ámbito de este trabajo y que la corriente centrista moderna se obstina en decretar tabú: la lucha de tendencias en el XVII congreso del partido bolchevique y el papel desempeñado en ella por Stalin.

¿Quién ganó en el «congreso de vencedores»?

Hoy es un hecho reconocido que el giro en la asamblea mundial del comunismo fue posible gracias al brusco viraje de la política soviética en el XVII Congreso del PC(b) de la URSS del año anterior. Ese congreso, que pasó a la historia como el «congreso de los vencedores» por sus éxitos en la realización del Primer Plan Quinquenal, fue un revés innegable para la línea que Stalin había estado promoviendo en la Unión Soviética y en la Internacional.

En apariencia, el congreso se desarrolló en un ambiente de eufórica armonía. El Primer Plan Quinquenal había transformado la faz económica y social de la URSS, que se afirmaba en la escena internacional como el poderoso bastión del socialismo, sometido a una industrialización acelerada y apoyado por la primera agricultura colectivizada de la historia.

Los kulaks y los nepmen (comerciantes, industriales, especuladores) habían sido liquidados como clase. La oposición trotskista se había hundido en el descrédito al convertirse su líder en partidario de la socialdemocracia. Los opositores de derechas admitieron sus errores y ofrecieron una cooperación leal al partido.

Nadie discutió la corrección de la línea general esbozada por Stalin en 1930: «Llevar hasta el final la ofensiva en todos los frentes contra los elementos capitalistas».¹⁵³ La perspicacia y firmeza con que Stalin había superado las amenazas de aniquilación o restauración capitalista y conducido al régimen a marchas forzadas hacia el socialismo fueron unánimemente celebradas.

Bajo esta apoteosis, sin embargo, ardía el fuego de una nueva lucha de clases. El crecimiento explosivo de la industria, la tecnología, la ciencia y el aparato económico había puesto en primer plano una capa compacta de cuadros que empezaban a intervenir en la escena política en defensa de sus propios intereses, compitiendo por puestos e influencia dentro del partido soviético y las instituciones.

La burguesía soviética de la fase de transición (kulaks, nepmen, vieja intelectualidad) había sido destruida, para dar paso a una nueva burguesía, aún embrionaria, pero mucho más poderosa porque, en lugar de ser el residuo de la vieja sociedad, dominaba los resortes del nuevo sistema, y mucho más disimulada porque no llevaba los estigmas de la propiedad privada y el capital y, por el contrario, se hacía pasar por la élite del poder soviético y del socialismo,

El régimen de la dictadura del proletariado, extremadamente débil e inestable debido al pequeño tamaño de la clase obrera (que además había sufrido la tremenda sangría de la guerra civil) se enfrentaba a serias amenazas de desnaturalización. Al cáncer de la burocracia, que crecía desmesuradamente, se añadía ahora el núcleo social de los cuadros, mucho más dinámico y poderoso. Así, las transformaciones provocadas por el plan quinquenal, que parecían aportar un prodigioso refuerzo a la dictadura del proletariado, en realidad amenazaban con destruirla.

El viejo dilema leninista al que Stalin había intentado mantenerse fiel durante los años difíciles -¿quién vencerá a quién? - adquirió una nueva agudeza en el momento del triunfo, justo cuando parecía haberse extinguido. En medio de los himnos al socialismo victorioso, se estaba decidiendo si el poder volvería definitivamente a los obreros y campesinos o a la creciente capa de cuadros.

La importancia histórica del XVII Congreso fue precisamente que consagró la victoria de la segunda vía sobre la primera.

¹⁵³ Stalin, *Tres años*, 121. Id, op. cit.

La línea «moderada» que había surgido en el partido en torno a Kirov, Ordjonikidze, etc. y que parecía no tener nada que ver con la antigua línea de Bujarin, era de hecho su heredera. Exigía que se dejara de lado la tesis de Stalin sobre la tendencia a la exasperación de la lucha de clases, que se reconociera la legitimidad de los privilegios materiales y la autoridad de los cuadros, que se decretara una nueva constitución que consagrara la limitación de los soviets y de las funciones administrativas, que se estableciera en el partido y en el Estado un nuevo clima de coexistencia tolerante, de «humanismo socialista».

Ahora que los elementos capitalistas habían desaparecido, afirmaban los moderados, la razón de la lucha de los años anteriores, de esta tensión de esfuerzo, de esta vigilancia de clase, había desaparecido. Declarar abolidos los conflictos de clase era, lógicamente, la cuestión más vital para la nueva burguesía ascendente.

Los moderados obtienen inmediatamente importantes victorias en el congreso: concesión de parcelas individuales a los koljosianos, ralentización del ritmo de industrialización y revisión del 2º Plan Quinquenal para fomentar la producción de bienes de consumo, y rehabilitación de los antiguos opositores de derechas.

La fuerza de la corriente moderada se reflejó en el meteórico ascenso de Kirov, elegido miembro del nuevo Comité Central por unanimidad del congreso y elegido secretario del CC, mientras sufría la humillación de 270 votos en contra.¹⁵⁴ Bujarin atacado durante años como «El Bernstein soviético», intervino en el pleno del congreso, defendiendo «la unidad a toda costa para hacer frente al fascismo» y «el nuevo papel de la ciencia en la producción» (es decir, de los cuadros en la sociedad).¹⁵⁵ Escuchado con «prolongados aplausos», informó Pravda, fue elegido de nuevo miembro del CC y nombrado para puestos de responsabilidad (director de Izvestia, redactor de la nueva Constitución). Zinóviev y Kámenev, readmitidos en el partido, también intervinieron en el congreso. Por tanto, la conclusión de que «el éxito político y la popularidad de los moderados fueron evidentes en el 17º congreso» está bien fundada.¹⁵⁶

Hay que concluir que el poder de Stalin sobre el partido no era tan absoluto en 1934 como han creído tradicionalmente los críticos trotskistas y socialdemócratas, lo que les ha obligado a minimizar la inexplicable reacción del XVII congreso.

¹⁵⁴ Cohen, 464.

¹⁵⁵ J. Elleinstein, 91.

¹⁵⁶ Cohen, 345.

El «culto a la personalidad»

Entonces, ¿cómo explicar la verdadera apoteosis que rodeó a Stalin en el congreso? ¿Por qué los moderados tuvieron que alabarle en lugar de intentar derrocarlo? ¿Y por qué la «armonía» de 1934 acabó en las convulsiones del terror de 1936-39?

El Partido Bolchevique y el régimen soviético llegaron al congreso ya sumidos en una crisis. No por la lucha de Stalin contra Trotski, Zinóviev, Kámenev y Bujarin, como afirman los críticos burgueses, sino por la estrechez política con la que se había llevado a cabo esta lucha. A partir de 1926, Stalin había intentado frenar el crecimiento de las corrientes derechistas en el partido recurriendo a un despotismo «revolucionario» que se alejaba rápidamente de las concepciones leninistas de la dictadura del proletariado. La lucha de clases, que sólo podía ser asumida por una democracia obrera cada vez más amplia y poderosa, había sido transferida a manos de un partido y un aparato estatal «monolíticos».

La lucha contra la derecha había sumido así al régimen y al partido, no en la vitalización revolucionaria que cabía esperar, sino en una espiral represiva insoluble. Cuanto más se reforzaban el «monolitismo» del partido y la autoridad del Estado en nombre de la defensa del socialismo, más menguaba la dictadura real del proletariado, más espacio se abría para el crecimiento de la burguesía, más inevitable se hacía el fortalecimiento constante del aparato represivo.

Por tanto, Stalin entró en el 17º congreso en una situación contradictoria. Había ganado una enorme popularidad entre la clase obrera y el pueblo, que lo veían como el audaz continuador de la gran revolución iniciada por Lenin, pero esta popularidad ya reflejaba un apoyo políticamente pasivo. Y la aclamación que le dedicaron los representantes de la derecha, para librarse de toda sospecha a los ojos del pueblo y de la policía, era al mismo tiempo una forma de maniobrar contra él. Fueron muchos los que en el congreso aclamaron a Stalin simultáneamente como el bolchevique revolucionario que había sido hasta entonces y como el nuevo líder moderado en el que esperaban que se convirtiera. Alabando su intransigencia pasada, esperaban conseguir su capitulación futura.

Sobre esta ambigüedad se fundó el servil endiosamiento de Stalin, que desde entonces hasta su muerte corrompería el ambiente de la Unión Soviética y del movimiento comunista internacional. Atribuyéndolo más tarde al «mal carácter» del propio Stalin, los revisionistas trataron de ocultar la naturaleza social del «culto a la personalidad», como manifestación típica de un régimen que trataba desesperadamente de mantener cristalizadas las corrientes de clase antagónicas.

Así, atrapado en una veneración hipócrita, Stalin pasó los últimos veinte años de su vida en una lucha de retaguardia para limitar los daños causados por el oportunismo que florecía a la sombra de esa veneración. Una lucha que perdió dos veces, porque fue utilizado como estandarte por los oportunistas y posteriormente repudiado cuando pudieron deshacerse de él.

El terror, arma impotente del centrismo

¿Por qué Stalin se dejó atrapar en esta trampa de un despotismo «revolucionario» que devoraba la revolución que pretendía defender? Porque su alineación en la lucha de clases en curso en la Unión Soviética era centrista.

De hecho, el fortalecimiento del aparato del Estado policial era la única trinchera que le quedaba a un régimen que pensaba que podía equilibrar las divergentes dinámicas de clase del proletariado, el campesinado y los cuadros en una mítica «unidad del pueblo soviético». Al no ver en los cuadros al nuevo enemigo de clase, sino sólo a la «nueva intelectualidad soviética», leal por definición al poder proletario, Stalin y los estalinistas tuvieron que limitar y destruir la democracia obrera de base y la democracia obrera en el partido para evitar que se rompiera la unidad. Una fuerza policial fuerte parecía ser el pilar más seguro del pueblo contra todos los excesos, tanto de la izquierda como de la derecha.

Fue, además, esta posición centrista sobre la lucha de clases la que determinó la perspectiva economicista de Stalin sobre la construcción del socialismo. Al situar la clave del fortalecimiento de la dictadura del proletariado en el crecimiento de las fuerzas productivas, colocó a la clase obrera fuera de los instrumentos de poder.

Su discurso de 1931 a los ejecutivos de la industria, en el que explicaba los problemas de la distribución y fijación de la mano de obra, las escalas salariales, las relaciones laborales, etc., desde una perspectiva que reducía a los trabajadores a una mera fuerza de trabajo a disposición de los ejecutivos, revela la penetración de un punto de vista tecnocrático que no tenía precedentes en su obra teórica y que se haría cada vez más evidente en sus escritos posteriores.¹⁵⁷

La noción de que el aparato económico debía ser dirigido en interés del poder proletario dio paso gradualmente a la noción opuesta, que subordinaba a los productores a las exigencias de los mecanismos económicos y, por tanto, a los poseedores de sus palancas: los cuadros. Al

¹⁵⁷ Stalin, *Cuestiones*, 542.

no ver la inversión de las relaciones de clase que se ocultaba bajo esta lógica económica, Stalin quedó desarmado en su defensa de la dictadura del proletariado y, a pesar de sus esfuerzos en sentido contrario, dejó el camino abierto a la formación de un nuevo régimen de capitalismo de Estado con fachada «socialista».

En 1934, por tanto, Stalin ya representaba una corriente intermedia, históricamente superada, que intentaba bloquear mediante la represión un proceso social cuya dinámica interna se le escapaba.

«Ya no hay nada que demostrar, ni nadie a quien derrotar, porque todo el mundo se ha dado cuenta de que la línea del partido ha triunfado». «El partido está ahora soldado en un todo coherente, como nunca lo ha estado antes». ¹⁵⁸ Estas palabras de Stalin en el XVII congreso, que parecían anunciar una nueva era de pacificación y unidad, iban a marcar, por el contrario, la entrada en el periodo del terror, que se desató de forma incontrolada a finales de ese mismo año con el asesinato de Kirov y que alcanzó proporciones alucinantes en 1936-1939. El fusilamiento de la mayoría de los delegados al congreso y del Comité Central elegido en el mismo, así como de cientos de miles de comunistas, habla elocuentemente del valor real de la aparente armonía allí mostrada. Los acontecimientos demostraron que el congreso había marcado en realidad la entrada de la dictadura del proletariado en una terrible agonía.

Este hecho, del que la corriente centrista se niega aún hoy a tomar conciencia para preservar la piadosa leyenda de un incesante avance del socialismo en vida de Stalin, se explica precisamente por el carácter subterráneo, no declarado, mistificado, que ha adquirido la nueva etapa de la lucha de clases en la Unión Soviética desde el XVII congreso.

Incapaz de captar el movimiento ascendente de la nueva burguesía, que se abría paso entre las intrigas arremolinadas a su alrededor, Stalin trató de anular las concesiones acordadas en el congreso y asegurarse el poder que se le escapaba, recurriendo a la policía y reduciendo los conflictos políticos a meras conspiraciones de espías y saboteadores pagados por el imperialismo (que, por supuesto, proliferaron, aunque la burguesía trate hoy de convertirlas en invenciones del «cerebro enfermo» de Stalin).

Era una lucha perdida, porque ningún aparato policial estaba a la altura de la tarea que sólo podía llevarse a cabo desatando la energía revolucionaria de la clase obrera, organizada en el partido y en los soviets, pero ya reducida al papel de espectadora pasiva en una lucha que les concernía vitalmente.

¹⁵⁸ Id., 748.

Stalin asestó golpes ciegos, golpeando por igual a oportunistas, traidores y revolucionarios, pero fue impotente para detener el inexorable ascenso del nuevo régimen porque no atacó su estructura de clase, el poder efectivo de los cuadros, que estaban vaciando uno a uno los cimientos de la dictadura del proletariado y remodelando lentamente la sociedad para adaptarla a sus intereses. Por esta razón, el duelo subterráneo por el poder que se libraba en torno a Stalin, con su guerra de aparatos y sus siniestras maquinaciones policiales, era favorable a la infiltración de la burguesía y debía terminar con el derrocamiento del poder proletario.

Veinte años después, tras deshacerse de las últimas resistencias convulsivas de Stalin, la nueva burguesía, ya perfectamente configurada como clase, pudo enunciar, por boca de Kruschev, las leyes de su dominio incontestable sobre el proletariado y el campesinado. Había sido la gran ganadora del «Congreso de los Vencedores».

El nacionalismo soviético da luz verde al 7º Congreso

Es en este contexto en el que podemos entender el impulso dado por el XVII Congreso al giro fundamental de la Internacional al año siguiente. Porque los intereses de la nueva burguesía en formación se proyectaron también en el terreno de la política exterior, donde sustituirían el internacionalismo proletario y el apoyo prioritario a la IC y al movimiento revolucionario mundial por una política cada vez más abiertamente nacionalista. Con el XVII Congreso se crearon las condiciones para una alianza entre el naciente nacionalismo soviético y el oportunismo europeo. De esta alianza surgió la política dimitrovista del Frente Popular.

El congreso se enfrentó a una nueva situación internacional que exigía un reajuste general de la política exterior soviética. El campo imperialista estaba dividido en dos bloques rivales: el bloque fascista, militarista y agresivo dirigido por Alemania y Japón, y el bloque democrático-burgués, interesado en mantener el statu quo impuesto en Versalles. Crecía la amenaza de una nueva guerra imperialista mundial. Cuando la punta de lanza de la cruzada antisoviética pasó de manos de Gran Bretaña y Francia a las de Alemania, adquirió una nueva agresividad.

Por lo tanto, las decisiones sobre la entrada de la URSS en la Sociedad de Naciones y la negociación de tratados de asistencia mutua con Francia, Checoslovaquia, etc. estaban perfectamente justificadas. Se trataba de ganar tiempo, neutralizar el expansionismo alemán y retrasar al máximo el estallido de la guerra.

Pero esta necesaria nueva orientación de la política exterior soviética, al poner en marcha un acercamiento al bloque franco-británico, creó un

terreno favorable para el retorno de las tesis de Bujarin, viejo campeón de la alianza con la democracia burguesa y la socialdemocracia, relegando a un segundo plano el apoyo a la causa revolucionaria del proletariado y los pueblos oprimidos. Bastó dar un paso más en la alianza táctica temporal con el bloque democrático-burgués para transformarla en una estrategia totalmente nueva, nacionalista y pragmática de apoyo al reformismo internacional y de abandono de la revolución.

Todo indica que este paso fue dado por el XVII congreso. Sería necesario leer el informe de Manuilski al congreso sobre la actividad del Partido Bolchevique en la Internacional Comunista para apreciar en toda su amplitud el giro allí decidido. Lo que está fuera de toda duda es que el informe de Stalin, en su parte internacional, desplazó el eje del análisis al conflicto entre los dos bloques imperialistas, no puso en primer plano la lucha revolucionaria del proletariado como principal factor que obstaculiza el estallido de la guerra y la necesidad de que los partidos comunistas trabajen para transformar la guerra imperialista en una guerra civil contra la burguesía, ni mencionó el papel de la revolución china y de las luchas de liberación nacional en el marco de la situación mundial.

Las advertencias contenidas en el informe, sobre la necesidad de preparar al proletariado para un nuevo apogeo revolucionario, estaban muy lejos de la lucha enérgica que se requería contra las tendencias capitulacionistas evidentes en los partidos, contra cualquier confusión oportunista entre las maniobras tácticas de la Unión Soviética y una política de colaboración de clases. En este terreno, como en el de la política interna, las reservas de principio formuladas por Stalin en el XVII congreso no bastaron para invertir una posición general de claudicación ante la presión derechista que dominaba el partido.

De este modo, el giro en la política exterior de la URSS abrió las compuertas a la presión oportunista de derechas que se había ido acumulando en los órganos dirigentes de la IC y en los partidos. Las posiciones revolucionarias de principio que se habían mantenido hasta entonces en torno a la política de «clase contra clase» se vieron de repente indefensas y sumergidas por los apremiantes argumentos de la derecha: si la Unión Soviética se aliaba con la democracia burguesa para detener la amenaza fascista, ¿por qué no iban a hacer lo mismo los comunistas de todos los países?

Esto explica el giro que se produjo en el Comité Ejecutivo inmediatamente después del congreso del PC(b) de la URSS. «En los órganos dirigentes de la IC», escriben los revisionistas soviéticos, «se

produjo una revisión gradual de algunas tesis anticuadas o fuera de lugar que obstaculizaban la unidad de la clase obrera contra el fascismo».¹⁵⁹

Esta revisión, iniciada por Manuilski, fue pronto retomada por Dimitrov, que se había incorporado al secretariado del CEIC en marzo de 1934, inmediatamente después de su liberación de las cárceles nazis. En una carta al CEIC y al Comité Central del Partido Bolchevique, Dimitrov expuso la esencia de las nuevas tesis, que implicaban un cambio radical de actitud hacia la socialdemocracia y la democracia burguesa. Planteó las mismas ideas en el comité de redacción del 7º congreso, donde obtuvo inmediatamente el apoyo de Thorez, Manuilski y Kuusinen, pero contó con la oposición de Bela Kun, Losovski y Wang Ming, que «persistieron en sus orientaciones anticuadas».¹⁶⁰

La elección de los ponentes del congreso, el 28 de mayo, indicó inmediatamente la tendencia al cambio en el CEIC. Dimitrov, Pieck, Togliatti y Manuilski, que anteriormente habían sido criticados por sus tendencias oportunistas, fueron favorecidos, mientras que «los dirigentes de la línea más intransigente (Piatnitski, Knorin, Bela Kun), que habían desempeñado un papel destacado en la dirección de la IC en los últimos años, fueron excluidos».¹⁶¹

Los debates en el CEIC alcanzaron su punto álgido en el verano-otoño de 1934. El 22 de agosto, las posiciones derechistas dieron otro paso adelante cuando Kuusinen introdujo en el comité de redacción la idea de atacar el «sectarismo de izquierdas» como principal peligro para los partidos.¹⁶² Se esbozaron la dirección y el alcance del giro. La falta de acuerdo, sin embargo, llevó a un aplazamiento del congreso, que se justificó por la «petición de varias secciones».¹⁶³ Los hechos demostrarían que se trataba de una maniobra de la corriente de derechas, que necesitaba ganar tiempo para acabar con la resistencia.

Golpe en la Internacional

«El Congreso acogió con gran entusiasmo y unanimidad las nuevas tesis tácticas», dijo Dimitrov en su discurso al final del debate. «En ninguno de los congresos anteriores de la IC había habido una cohesión ideológica y

¹⁵⁹ IC (ML), III, 20.

¹⁶⁰ Id., 22-23.

¹⁶¹ Agosti, III, 723.

¹⁶² Id., 729.

¹⁶³ Degras, III, 372.

política comparable a la de hoy». «Ninguno de los oradores planteó objeciones a las tesis tácticas formuladas ni a la propuesta de resolución».¹⁶⁴

Esta «unanimidad» levanta inmediatamente las mayores sospechas cuando se comprueba que hasta hoy sólo se conoce un breve resumen de las actas, contrariamente a lo que había sido la norma hasta entonces en los congresos de la IC.¹⁶⁵ Además, son los revisionistas soviéticos los que contradicen esta versión afirmando que «las tesis caducadas se manifestaban aún en los discursos de algunos delegados».¹⁶⁶

No se puede negar que la línea propuesta por Dimitrov obtuvo una amplia y entusiasta aprobación por parte de la gran mayoría de los delegados del congreso. Sin embargo, lo que Dimitrov no dijo en su informe fue que este apoyo había sido asegurado previamente por la «limpieza» que, durante el año y medio anterior al congreso, había desalojado y suprimido prácticamente toda la resistencia al giro a la derecha. Como confiesan los propios revisionistas con un jesuitismo sin igual, refiriéndose a los preparativos del congreso, «los partidos comunistas que chocaban, en el giro hacia la nueva política, con la tenaz resistencia de los grupos y elementos oportunistas sectarios de izquierda, recibieron ayuda de la IC».¹⁶⁷

El aplazamiento del congreso sirvió así a la corriente dirigida por Dimitrov para imponer un cambio efectivo de la línea del partido e incluso la sustitución de los dirigentes que defendían la política de «clase contra clase», con el fin de convertir el 7º congreso en un hecho consumado y sofocar cualquier protesta de la izquierda. Es necesario denunciar este golpe oportunista de grandes proporciones, que la corriente centrista sigue intentando mantener oculto. Los hechos hablan por sí solos:

- En Francia, Dimitrov se entrevistó con Thorez en mayo de 1934, animándole a «liberar la política del frente único de las fórmulas dogmáticas que se habían instalado en ella».¹⁶⁸ Esta desautorización de la política trazada por el VI congreso y los plenos del CEIC, que era la única vigente, encontró naturalmente la mejor acogida por parte de Thorez. Apoyado por el delegado de la IC en el PCF, Fried, tomó inmediatamente una serie de iniciativas para acercarse al Partido Socialista, con vistas a apoyar o incluso participar en un gobierno «democrático», así como a luchar por la «extensión de la democracia», como se le aconsejaba en una

¹⁶⁴ Dimitrov, 115-117.

¹⁶⁵ Hajek, *Historia*, 291.

¹⁶⁶ La IC (IML), III, 65.

¹⁶⁷ Id., 32.

¹⁶⁸ Sófia, 50.

carta del CEIC del 11 de junio.¹⁶⁹ Francia se convertiría en el laboratorio y principal apoyo del cambio, como veremos con más detalle a continuación.

- En Alemania, el KPD «sufría una grave recaída en el sectarismo», según los revisionistas; Pieck y Ulbricht fueron acusados de desviaciones derechistas y de acercarse a los socialdemócratas. Pero la intervención del Secretariado y del Presidium del CEIC en diciembre de 1934 condujo a la condena de los sectarios y del adoctrinamiento izquierdista.¹⁷⁰ Bajo la dirección de Pieck y Ulbricht, el KPD fue, junto con el PCF, uno de los primeros partidos en proponer una fusión a los socialdemócratas.

- En Italia, Togliatti, durante mucho tiempo en cauteloso desacuerdo con la línea de «clase contra clase», empezó a poner en práctica el giro un año antes del congreso, firmando un pacto con el PSL en agosto de 1934.¹⁷¹

- En Bulgaria, Dimitrov y Kolarov, que habían sido apartados de la dirección del partido desde 1929 acusados de oportunismo, organizaron una conferencia en Moscú en marzo de 1935, formaron una dirección paralela a la interna y acabaron consiguiendo que el CEIC fuera reconocido como dirección legítima del partido.¹⁷²

- En España, también sin esperar al 7º congreso, el PCE propuso un pacto de unidad al PSOE el 12 de junio de 1935.¹⁷³

- En Austria, el PC propuso fusionarse con el Partido Socialista Revolucionario incluso antes del 7º congreso.¹⁷⁴

- En Estados Unidos, en el VIII congreso del partido, en la primavera de 1934, Browder dio un espectacular giro hacia el campo nacional, condensado en la fórmula que se haría famosa, «El comunismo es el americanismo del siglo XX».¹⁷⁵

- En América Latina, el CEIC organizó una conferencia conjunta en octubre de 1934, en la que se decidió orientar a los partidos hacia la construcción de «amplios frentes antiimperialistas, poniendo fin a la subestimación del reformismo nacional burgués».¹⁷⁶ Las «desviaciones dogmáticas y sectarias» en la mayoría de los partidos, particularmente en Argentina, Chile y Cuba, empezaron inmediatamente a ser «corregidas».¹⁷⁷

¹⁶⁹ La IC (IML), III, 20-21.

¹⁷⁰ Id., 33.

¹⁷¹ Ars. Nunes, 62.

¹⁷² Hajek, *Clase contra clase*, I, 35-40.

¹⁷³ Agosti, III, 738.

¹⁷⁴ Hajek, *Historia*, 285.

¹⁷⁵ Agosti, III, 743.

¹⁷⁶ La IC (IML), III, 37; Degras, III, 374.

¹⁷⁷ Sófía, 421; Degras, III, 374.

En Brasil, la formación de la Alianza de Liberación Nacional en la primavera de 1935 siguió la misma línea, aunque bajo los colores radicales del «tenentismo».

- En India, el PCI firmó, por recomendación del CEIC, un pacto de acción con el Socialist Congress Party, el ala izquierda de la burguesía nacionalista.¹⁷⁸

- En Indonesia, la nueva línea fue presentada en abril de 1935 por Musso, un enviado del CEIC.¹⁷⁹

- En Sudáfrica, la línea «dogmática y sectaria» de Wolton, que representaba al CEIC desde 1930, fue derrotada antes del 7º congreso.¹⁸⁰

- En Mongolia, Kolarov, del CEIC, estrecho colaborador de Dimitrov, dirigió el 9º congreso del partido para liquidar «las desviaciones y los errores de la izquierda».¹⁸¹

En cuanto a los partidos que, por una u otra razón, llegaron al 7º congreso sin haber cambiado aún de línea o dirección, es curioso mencionar el caso de:

- Portugal - El informe de actividades aprobado por la dirección del PCP fue sustituido en el propio congreso, por consejo de los responsables de la IC, porque no encajaba con la nueva línea que se iba a aprobar. Bento Gonçalves leyó un informe improvisado desde la tribuna del 7º congreso.¹⁸² Su detención poco después de llegar a Lisboa dio lugar a la creación de una nueva dirección, más «dimitrovista», en la que destacaba Álvaro Cunhal, que también había vuelto de Moscú, donde había participado en el VI congreso de la IC y donde había asimilado perfectamente la nueva línea, como se vio después.

El cuadro que se desprende de ello (y esta lista no es más que un ejemplo) es el de una ofensiva a escala de todo el MCI para liquidar, bajo acusaciones de «izquierdismo», «dogmatismo» y «sectarismo», los focos de resistencia que quedaban en las posiciones del 6º congreso. Esta liquidación tuvo lugar, hay que subrayarlo, antes de que se reuniera el 7º congreso y cuando aún debían aplicarse las decisiones del congreso anterior. ¿Hace falta decir más para demostrar la existencia de un golpe de Estado en la IC, dirigido por Dimitrov?

Tiene razón el citado historiador cuando considera que «la importancia histórica del VII Congreso se basó más en las directrices ya existentes que

¹⁷⁸ Degras, III, 374.

¹⁷⁹ Id.

¹⁸⁰ Sófía, 271.

¹⁸¹ Id., 197.

¹⁸² Relatado por A. Cunhal en Peniche, 1959.

ratificó... que en el propio contenido de sus trabajos». ¹⁸³ El terreno estaba allanado de antemano...

La apoteosis oportunista

Thorez pudo así presentarse en el 7º congreso de la IC como un vencedor, como el precursor de una nueva política audaz que debía abrirse camino por sus propios medios, contra la inercia conservadora de la cumbre de la IC. «Cuando lanzamos la idea del frente popular, que luego hizo suya el 7º Congreso de la IC –se jactó más tarde–, fue el comienzo de un nuevo camino para nuestro país. En aquel momento, la IC nos aprobó y nos presentó como un ejemplo para los comunistas de otros países, porque no nos habíamos aferrado a fórmulas estancadas, porque habíamos buscado, en las condiciones de nuestro país, las formas del desarrollo histórico». ¹⁸⁴

De hecho, en el 7º congreso, los dirigentes del PCF fueron recibidos esta vez no con críticas a su oportunismo, como era tradicional, sino con una verdadera apoteosis. «El mérito del PCF», declaró Dimitrov, «reside en haberse dado cuenta de que es necesario hacer algo hoy, en no haber escuchado a los sectarios que estaban atontando al partido y obstaculizando la realización del frente unido contra el fascismo». En medio de grandes aplausos, Dimitrov saludó el pacto PCF-SFIO como una táctica «a la manera bolchevique»... «El movimiento obrero francés, dijo Dimitrov, está de nuevo a la cabeza de la Europa capitalista». Y consideró a los comunistas franceses «dignos descendientes de la Comuna de París». ¹⁸⁵

En el 7º congreso, el PCF se proyectó como el modelo de política eficaz, liberada de limitaciones «dogmáticas». Se le concedieron cuatro de los 30 puestos del Presidium del CEIC. ¹⁸⁶ Es fácil imaginar el efecto que esto tuvo en la difusión del «mal francés» por todo el movimiento comunista.

Tampoco es sorprendente que las figuras que surgieron de esta campaña antiizquierdista y se afirmaron en el 7º congreso fueran, casi sin excepción, los futuros dirigentes revisionistas: Thorez, Togliatti, Pieck, Ulbricht, Ibarri, Browder, Carrillo, Codovilla, Kuusinen, Cunhal. Estos eran los «odres nuevos» que Dimitrov pedía para recibir el «vino nuevo» del congreso...

Ahora podemos entender mejor la acelerada decadencia del espíritu revolucionario en los partidos a lo largo de los años 40-50 y la facilidad con

¹⁸³ Agosti, III, 814.

¹⁸⁴ Thorez, *Oeuvres*, 23,134.

¹⁸⁵ Dimitrov, 154-155.

¹⁸⁶ Agosti, III, 868.

la que, veinte años más tarde, estas figuras, definitivamente convertidas al revisionismo, promovieron golpes en serie en los partidos moribundos para deshacerse de los últimos resistentes. Se beneficiaron de la experiencia y de las posiciones adquiridas durante el golpe centrista de 1934-1935. El centrismo había allanado el camino al revisionismo, no sólo en la ideología y la política, sino también en los métodos típicos de la lucha interna.

He aquí una pregunta: ¿la ocultación del golpe oportunista internacional de 1934-1935, que la corriente centrista aún hoy persigue obstinadamente, tiene por objeto evitar el descrédito de la IC u ocultar el nacimiento no tan limpio del centrismo?

La capitulación de Stalin

«Crítico a Dimitrov es un subterfugio de quienes no tienen el valor de atacar frontalmente a Stalin». Dimitrov fue un fiel discípulo de Stalin y expuso sus puntos de vista en su informe. Así es como la corriente centrista moderna, cuando se encuentra sin argumentos políticos para defender la política del 7º Congreso, intenta bloquear el debate agitando la bandera de Stalin. Al hacerlo, se mete en problemas aún mayores.

El VII Congreso fue testigo de la primera manifestación internacional del culto a Stalin, que crecería desde entonces hasta su muerte. Togliatti se encargó de leer un encendido saludo a sus capacidades como líder y teórico. Dimitrov, en su informe, se excedió en sus halagos, en términos desconocidos hasta entonces, llamándole «maestro supremo del trabajo revolucionario», «sabio», «grande».

Esto llevaría a creer que Dimitrov y Stalin identificaron completamente sus ideas en el 7º congreso... si no fuera por el extraño hecho de que el maestro no respondió en modo alguno a los homenajes de sus discípulos.

De hecho, Stalin, que estuvo presente en el I Congreso como delegado del Partido Bolchevique y fue reelegido para el Presidium del CEIC, no habló en los plenos ni en las reuniones de los comités. Después del congreso, permaneció igualmente silencioso sobre la nueva línea. Como observa un historiador revisionista italiano, «uno se pregunta por qué Stalin no expresó públicamente su apoyo a la nueva política de ninguna manera, ni durante el congreso ni después». Y añade que Stalin «no habría tomado personalmente la iniciativa de este giro, sino que se habría persuadido a sí mismo de aceptarlo, sobre todo ante la presión de una parte del grupo dirigente de la Comintern, principalmente Manuilski y Dimitrov».¹⁸⁷

¹⁸⁷ Id., 722, 906.

En efecto, es extraordinario que en el congreso de inflexión de la IC, en los congresos del Partido Bolchevique y en todos los discursos posteriores conocidos de Stalin, no haya ni una palabra sobre la nueva política que había revolucionado completamente la política de la IC. El único testimonio en este sentido, bastante sospechoso por lo demás, fue el de M. Thorez, que declaró más tarde haber sido felicitado por Stalin por su «audaz política unitaria, conforme al espíritu del leninismo».¹⁸⁸

Pero este cumplimiento -si es que existió en estos términos- no disipa el misterio del silencio público de Stalin sobre una cuestión tan importante. Cuando pensamos en su activa y decisiva intervención en la vida de la IC, especialmente desde el VI Congreso, cuando consideramos su ya indiscutible autoridad como líder de la Unión Soviética y de los comunistas de todo el mundo, este silencio parece inexplicable.

En realidad, Stalin acudió al VII Congreso para presidir un giro político cuyo oportunismo no se le podía escapar, pero que no pudo detener debido a los compromisos que ya había contraído el año anterior en el XVII Congreso del PC(b). La dinámica que se había puesto en marcha había destruido las fuerzas de izquierda de los partidos y había puesto en primer plano a las fuerzas de derecha. El centrismo de Stalin le había dejado sin apoyo revolucionario. A partir de ahora, sólo podía contar con una IC dominada por el oportunismo. Por eso guardó silencio. Y precisamente por eso, los cabecillas oportunistas le ensalzaron hasta la saciedad para asociar su nombre a la nueva política, para acallar las objeciones y sospechas revolucionarias que aún se levantaban con el peso de su prestigio.

¹⁸⁸ La IC – (IML), III, 29.

6. DEL CENTRISMO AL REVISIONISMO

«Nadie en el mundo puede impedir la victoria de los comunistas, excepto los propios comunistas».

LENIN¹⁸⁹

«La justeza de la política de un Frente Popular antifascista aprobada por el 7º Congreso de la Internacional quedó plenamente confirmada en la práctica por la evolución de los acontecimientos, en el umbral de la Segunda Guerra Mundial y después», afirma el artículo de *Zëri i Popullit* citado anteriormente.¹⁹⁰

Por supuesto, sólo la propaganda reaccionaria y socialdemócrata quiere hoy eclipsar la formidable contribución del pueblo soviético y de los comunistas europeos a la derrota del imperio nazi, a costa de tremendos sacrificios. Pero, ¿significa eso que la política del 7º Congreso fue justa? ¿O esos éxitos no fueron más que una pálida sombra de los que habrían sido posibles de haber existido otra política?

Para ayudar a responder a esta pregunta, es necesario recordar algunos hechos que la corriente centrista liderada por el PTA calla obstinadamente.

El precio del Frente Popular

Al principio, la línea del 7º Congreso abrió a los partidos un campo de intervención política aparentemente ilimitado. Fue la edad de oro de los frentes populares en Francia, España y Chile, y de los acuerdos con el PSD y otros partidos pequeñoburgueses. El número de miembros del partido creció (de 900.000 a 1.200.000 entre 1934 y 1939, sin incluir el PC(b) de la URSS).¹⁹¹ Su influencia creció en amplios sectores, que hasta entonces habían sido hostiles a los comunistas. Los partidos rompieron el cerco y el aislamiento, participaron en las alternativas políticas inmediatas e influyeron en los gobiernos.

Y esta es la base de la tesis de los «grandes éxitos políticos» del 7º congreso, en la que coinciden revisionistas y centristas. Pero estos éxitos fueron extremadamente ambiguos e ilusorios; trajeron el desastre a corto plazo. Fue el «éxito» fácil que se gana a costa de concesiones a la ideología y política democráticas de la pequeña burguesía.

¿Cuáles fueron los costes inmediatos de la «apertura» del 7º Congreso?

¹⁸⁹ Lenin, 32, 554.

¹⁹⁰ *Albanie Aujourd'hui*, 4/82.

¹⁹¹ Degras, III, 470.

1. El centro de gravedad de la acción política de los partidos se desplazó de la movilización directa de las masas proletarias y semiproletarias al parlamento, a los acuerdos unitarios con los partidos pequeñoburgueses, a la «gran política». La acción de masas dirigida por los comunistas perdió su independencia y su vigor revolucionario y descendió a una forma de presión sobre las estructuras burguesas. La perspectiva nacional-reformista se introdujo en los partidos.

2. Una vez justificada la defensa de la democracia burguesa, cayeron todas las barreras que hasta entonces habían frenado las tendencias hacia maniobras tácticas sin principios. Los procedimientos tácticos oportunistas (coaliciones, apoyo a los gobiernos) inundaron la práctica de los partidos como una avalancha.

3. Para lograr la unidad con la socialdemocracia, se liquidó la corriente sindical clasista. En junio de 1936, el CEIC decidió concentrar la actividad de la ISR en un comité internacional para la unidad con los sindicatos socialdemócratas. Al año siguiente, los sindicatos rojos se integraron en los sindicatos reformistas. A finales de 1937, la ISR se disuelve oficialmente.¹⁹²

4. La lucha contra el «sectarismo» y el «izquierdismo», necesaria para hacer triunfar la nueva política, desintegró la vanguardia obrera revolucionaria que formaba el núcleo de los partidos, al tiempo que abría sus puertas a una invasión de intelectuales, estudiantes y otros elementos de las clases medias. Las directrices de situar a las células de empresa en el centro de la actividad del partido se vinieron abajo. La bolchevización se medía ahora en términos de eficacia electoral y no de preparación revolucionaria del partido.

Si queremos trazar un mapa de la estimulante sensación de éxito que envolvió a los partidos en este periodo, tenemos que darnos cuenta de que la fácil popularidad ganada repentinamente por los comunistas, la simpatía con la que fueron acogidos en la familia de las «fuerzas democráticas», fue el resultado de que se ofrecieran como una punta de lanza leal en la lucha contra el fascismo sin poner en peligro la democracia burguesa. En nombre de la lucha contra el fascismo, los comunistas volvieron a entrar, como hijos pródigos, en el mundo burgués al que habían declarado la guerra.

Este cambio fundamental sólo se completó a costa de la derrota de las fuerzas de izquierda que aún resistían en los partidos y de la liberación total de las tendencias de derecha:

- En **Checoslovaquia**, la dirección de Sverma-Slansky comienza a lanzar iniciativas políticas calcadas de las del PCF: diálogo con los

¹⁹² Agosti, III, 968.

socialdemócratas en el gobierno, propuesta de fusión de los sindicatos, apoyo a la política de Beneš, etc. Como este giro oportunista provocó las críticas de Gottwald, que había retomado la dirección del partido en febrero de 1936, el Presidium del CEIC, reunido en mayo, desautorizó parcialmente a Gottwald y despejó el camino para la apertura al frente popular.¹⁹³

- **En Alemania**, el grupo Pieck-Ulbricht superó definitivamente la resistencia «sectaria» de la tendencia Schubert-Schulte en octubre de 1935 y se lanzó a la búsqueda de la unidad con la socialdemocracia.¹⁹⁴

- Entre finales de 1935 y mediados de 1936, **los partidos húngaro, yugoslavo y búlgaro** fueron criticados repetidamente por el CEIC por su «sectarismo» y «pasividad» en la aplicación de la nueva línea.¹⁹⁵

- En **Italia**, la aplicación del 7º Congreso dio lugar inicialmente a una política de «reconciliación nacional» con los fascistas disidentes, tan oportunista que fue criticada desde Moscú por Togliatti.¹⁹⁶

- En **Indochina**, se decidió, sobre la base de las orientaciones de Dimitrov, dejar de lado la línea del 1er congreso del PCI de marzo de 1935 y crear un frente popular dirigido no a la lucha por la independencia, sino a la colaboración con el sector progresista del ocupante francés contra los «colonos reaccionarios».¹⁹⁷

Pero el ejemplo extremo fue sin duda Francia.

El Frente Popular en Francia

En enero de 1936 se celebró el 8º Congreso del PCF, que aprobó el programa electoral y al que Dimitrov -una distinción inusual- envió un mensaje personal de saludo.

«El PCF», declaró entonces Thorez, «no piensa que en la sociedad moderna sólo haya dos fuerzas enfrentadas, dos grandes ejércitos, el de la burguesía y el del socialismo». Eso sería una «visión simplista». «Nada de lo que es nacional nos es ajeno». «Despojamos audazmente a nuestros adversarios de las cosas que nos habían robado y tergiversado. Les arrebatamos la Marsellesa y la bandera tricolor».¹⁹⁸

Con tan calurosa profesión de fe nacionalista y la integración de la CGTU en la CGT, es comprensible que el congreso desembocara en la firma por el

¹⁹³ Ídem, 910-911.

¹⁹⁴ Ídem., 912.

¹⁹⁵ Ídem, 912.

¹⁹⁶ Ídem, 915.

¹⁹⁷ Nguyen Thanh, *Correo de Vietnam*, 3/84.

¹⁹⁸ Degras, III, 412-413; Agosti, III, 935.

PCF y la SFIO del programa electoral del Frente Popular, dedicado a proponer «soluciones positivas a los problemas esenciales a los que se enfrenta actualmente la democracia francesa».¹⁹⁹

El Frente Popular registró una rotunda victoria en las elecciones legislativas. El PCF pasó de 10 a 72 diputados. A ello contribuyó en gran medida la política de «mano tendida» lanzada por Thorez en un histórico llamamiento radiofónico el 17 de abril:

«Ahora trabajamos por la verdadera reconciliación del pueblo de Francia». «Te tendemos la mano, voluntario nacional, antiguo combatiente que se unió a la Cruz de Fuego (organización fascista), porque eres hijo de nuestro pueblo, porque sufres como nosotros el desorden y la corrupción...» «Nosotros, comunistas, que hemos reconciliado la bandera tricolor de nuestro país con la bandera roja de nuestras esperanzas».²⁰⁰

Se formó el gobierno del Frente Popular, una coalición entre socialistas y radicales. El PCF, socio del Frente, se mantuvo al margen del gobierno, no por objeciones de principio, sino para no asustar a los radicales. Sin embargo, se comprometió a «apoyar al gobierno y colaborar con él honorable y lealmente en la realización del programa del Frente Popular».²⁰¹ No tardó en tener ocasión de poner a prueba su lealtad.

De hecho, el 11 de mayo comenzó el gran movimiento de huelga y ocupación de fábricas, en apoyo de las reivindicaciones obreras, que sacudió Francia durante un mes.

En ningún momento el PCF estuvo al frente de este movimiento y se limitó a acompañarlo para limitar su alcance y evitar que se volviera incontrolable. *L'Humanité* subrayó que las huelgas y ocupaciones sólo estaban dictadas por la reivindicación de «condiciones de trabajo más humanas», advirtió que las «acciones aventureras» sólo servirían para despertar la desconfianza y la hostilidad de las clases medias, pidió que el programa del Frente Popular se aplicara «en orden, en calma, en tranquilidad».²⁰²

Sin embargo, el movimiento siguió extendiéndose hasta conseguir importantes victorias el 8 de junio. Tres días después, como los sectores

¹⁹⁹ Agosti, III, 935.

²⁰⁰ Thorez, *Pour l'Union*, 5-6.

²⁰¹ La IC (IML), III, 96.

²⁰² Agosti, III, 938.

más avanzados se resistían a poner fin al movimiento, Thorez intervino para pedir a los trabajadores que cesaran sus ocupaciones.

Esta maniobra sin precedentes para sabotear las huelgas hizo que las posiciones de la dirección del PCF maduraran hacia un sistema más elaborado de ideas revisionistas. «El Frente Popular», empezó a argumentar Thorez, «no es una táctica ocasional para los comunistas, y menos aún un cálculo electoral. Es un elemento de su política fundamental, una aplicación de los principios de Marx y Lenin sobre la **necesaria alianza, hasta el final, de la clase obrera con las clases medias**, no sólo para derrotar al fascismo, sino para acabar con la explotación del Capital».²⁰³ El Frente Popular, justificado inicialmente como una necesidad táctica defensiva frente al fascismo, empezaba a adquirir las dimensiones de una nueva estrategia para avanzar hacia el socialismo, en alianza «hasta el final» con las clases medias.

Desde finales de julio de 1936, Thorez ya había ampliado su concepto de Frente Popular a la noción de un «frente francés», que englobaba «todas las fuerzas sanas de la nación», opuestas al fascismo y unidas «en el respeto de la ley y la defensa del orden republicano».²⁰⁴ Como puede verse, fue Thorez quien marcó la pauta a Dimitrov en la cuestión del «frente nacional»...

Inmediatamente después, la política del Frente Popular pareció producir un río de dividendos. La amenaza fascista parecía haberse evaporado ante el poder de la «izquierda». La CGT unificada organizó a 4 millones de trabajadores. A finales de 1936, el PCF contaba con 260.000 afiliados, ocho veces más que a mediados del año anterior. En esos dieciocho meses, el rostro de Francia se había vuelto irreconocible.

Sin embargo, el continuo giro a la derecha de los gobiernos del Frente Popular hizo que el PCF tuviera que dar su respaldo a todas las medidas antipopulares en nombre del «mal menor» y para no ser expulsado de la «unión de los demócratas». Así ocurrió con la devaluación del franco, adoptada por el gobierno Blum en favor de la gran burguesía y que contó con el voto de confianza del PCF. Lo mismo ocurrió con el estrangulamiento de la República española por la llamada «política de no intervención» de Blum. El 13 de febrero de 1937, Blum anunció una «pausa» en la aplicación del programa del Frente Popular, pausa exigida por la burguesía. El 16 de marzo, la policía abre fuego contra manifestantes antifascistas en Clichy, matando a seis personas. Sin embargo, el PCF siguió apoyando al gobierno hasta el final.

²⁰³ Thorez, *Oeuvres*, II, 100.

²⁰⁴ Agosti, III, 962.

Los dos gobiernos que sucedieron a Blum tenían poco que ver, incluso formalmente, con la plataforma del Frente Popular, pero siguieron contando con el apoyo del PCF. Bajo la apariencia de un gobierno de «izquierda», los medios de comunicación económicos y el Estado Mayor preparaban un acuerdo con el régimen nazi, mientras que el partido, atrapado en la trampa que se había tendido a sí mismo, se veía reducido a disfrazar su total impotencia con frases demagógicas. Para Thorez, la única salida, para no tener que confesar la derrota de su gran política, era desplazarla cada vez más a la derecha, buscar el apoyo de la pequeña burguesía, tranquilizarla.

La traición de Múnich, la liquidación de la República en España y la marcha final hacia la guerra encontraron al PCF atado de pies y manos a un democratismo impotente. La política del Frente Popular, tan cacareada en el 7º congreso, acabó de la peor manera: en la desintegración del movimiento obrero y popular.

Y, como era inevitable, la integración del PCF en el campo de la democracia burguesa le exigió también solidarizarse con la burguesía en la cuestión colonial. A partir de 1936, el chovinismo que siempre había estado latente en el partido, al que había sido transportado por el viejo partido socialista, tomó una forma abierta e incluso brutal, **sin provocar sin embargo ninguna condena pública por parte de los órganos dirigentes de la IC**: «Aquellos que, no comprendiendo o no queriendo comprender nada de la situación política en Francia y en todo el mundo -escribía el jefe del trabajo colonial del partido en 1937-, quisieran que los pueblos coloniales se levantaran en una lucha violenta contra la democracia francesa, con el pretexto de la independencia (...), trabajan de hecho por la victoria del fascismo y el fortalecimiento de la esclavitud de los pueblos coloniales».²⁰⁵

Estas palabras se dirigían sobre todo a Argelia, donde el PC se había constituido de forma independiente (en realidad una sección del PCF, como siempre había sido), para agrupar a los sectores musulmanes moderados y combatir al ala intransigente de la burguesía nacional argelina.²⁰⁶

En el 9º congreso (Arles, diciembre de 1937), Thorez presenta un informe sobre «La Francia del Frente Popular y su misión en el mundo», en el que se rechaza explícitamente el derecho a la independencia: «El interés de los pueblos coloniales reside en su unión con el pueblo de Francia y no en actitudes que puedan favorecer la acción del fascismo».

²⁰⁵ Agosti, 23.

²⁰⁶ Ídem., 926.

El 11 de febrero de 1939, Thorez pronuncia un importante discurso en Argel: «Sí, queremos una unión libre entre los pueblos de Francia y Argelia... Vosotros también, musulmanes árabes y bereberes, todos hijos, si no de sangre, al menos de corazón, de la gran Revolución Francesa...».²⁰⁷

Así, vendiendo su chovinismo tricolor bajo la bandera roja, el PCF también se alineó en este frente junto a su propia burguesía. ¿Cómo es posible, teniendo esto en cuenta, seguir hablando hoy, como hace el PTA, de una «línea general fundamentalmente correcta»?

La debacle

En toda Europa, la socialdemocracia y los liberales se recuperaron pronto de la sorpresa causada por la apertura unificada de los comunistas y aprendieron rápidamente a utilizarla en su provecho. El imaginario «caballo de Troya» que Dimitrov había prometido a los comunistas para conquistar el mundo burgués se convirtió en un caballo de Troya muy real de la democracia burguesa dentro de los partidos comunistas.

La lucha por la paz y la democracia, dominada por el pacifismo y el reformismo de la pequeña burguesía, no pudo detener la marcha del fascismo hacia la guerra mundial. La nueva crisis económica que sacudió al mundo capitalista en la segunda mitad de 1937 activó las tendencias reaccionarias y la militarización en los principales países capitalistas. Las mejoras económicas conseguidas por la clase obrera en algunos países hicieron que los círculos empresariales se retrajeran y que la socialdemocracia rechazara cualquier acuerdo con los comunistas.

Los frentes populares, minuciosamente negociados mediante acuerdos en la cumbre y los correspondientes compromisos, empezaron a resquebrajarse, poniendo a los comunistas en una difícil situación. Según el insospechado testimonio de un historiador revisionista, a mediados de 1937 la política de frentes populares había llegado a un callejón sin salida en **Checoslovaquia, Polonia, Inglaterra, Bélgica, Noruega, Hungría y Grecia**.²⁰⁸

Esta reacción de la socialdemocracia, contraria a lo esperado, desconcertó a la dirección de la IC. Atrapado en la trampa de su propia política, Dimitrov sólo pudo alternar las críticas moralizantes de los dirigentes socialdemócratas con nuevos llamamientos y propuestas de acuerdo.

²⁰⁷ Thorez, OC, II, 108.

²⁰⁸ Agosti, 111.966.

En un artículo del 1 de mayo de 1937, el secretario general de la IC calificó a los dirigentes de la IOS y la FSI de «enemigos de la unidad obrera», que «intrigan, siembran la desconfianza» y «sacrifican los intereses de la clase obrera en beneficio de las capas más reaccionarias de la burguesía».²⁰⁹ Pero al mismo tiempo, para no romper los puentes de negociación que aún creía posibles, amonestó suavemente al jefe laborista Lansbury por la «ingenuidad infantil» que había demostrado al reunirse con Hitler (!!!).²¹⁰

España en guerra, abandonada y traicionada por las «democracias», era la prueba de las realidades del Frente Popular. Insistiendo en proclamar «la unidad del proletariado internacional, imperativo supremo del momento actual», el CEIC redobló sus llamamientos a la OIS para una acción común en defensa de la República española, pero sin resultado.

En el 20º aniversario de la Revolución de Octubre, en un artículo al que la IC dio gran relevancia, Dimitrov subrayó solemnemente la «responsabilidad histórica» de la socialdemocracia en el implacable avance del fascismo y citó la fórmula de Stalin de 1929, contradiciendo todo lo que había dicho en el 7º Congreso: «No se puede acabar con el capitalismo sin acabar con la socialdemocracia en el movimiento obrero».²¹¹ Se acercaba el momento en que habría que abandonar la euforia unitaria del 7º congreso.

La mayoría de los partidos afrontaron así el estallido de la guerra en una situación de caos político e ideológico, sepultados entre los escombros de las ilusiones democrático-pacifistas que había suscitado el 7º Congreso.

Fue el caso del partido español, aplastado no sólo por la derrota militar, sino sobre todo por la debacle de su política de servidor de la República burguesa. Fue el caso del partido francés, cuyos convulsos esfuerzos por salvar la política del Frente Popular le llevaron a extremos oportunistas. Fue el caso del partido portugués, en total desintegración.

En toda América Latina, los partidos habían abandonado la bandera revolucionaria nacional y la lucha contra el imperialismo norteamericano en nombre de la «unidad antifascista»: en **Brasil**, el partido comunista expidió un certificado «antifascista» al dictador Vargas; en **Cuba**, el partido obtuvo la legalización a manos del dictador Fulgencio Batista, mientras que la oposición democrática pequeñoburguesa era perseguida sin piedad; en **Perú**, el partido apoyó la candidatura presidencial del dictador Benevides; etc. En **Indochina**, el partido comunista había pasado de exigir la independencia inmediata a denunciar al sector «ultracoloniaalista» y en 1938 empezó a apoyar los preparativos de guerra del gobierno colonial

²⁰⁹ Ídem, 970.

²¹⁰ Dimitrov, OE, 3.174.

²¹¹ Agosti, III, 1052.

francés. En **Filipinas**, el partido abandonó la consigna de independencia y se fusionó con el Partido Socialista.

Amputados de perspectivas revolucionarias, entregados a direcciones oportunistas, desangrados de sus mejores fuerzas de clase por la campaña «antisectaria» y la sucesión de compromisos sin principios, privados del apoyo de la IC, que para entonces estaba prácticamente liquidada, los partidos comunistas se encontraron en las peores condiciones para hacer frente a las duras obligaciones revolucionarias que les imponía la guerra.

Ante la evidencia de la debacle, a veces se afirma hoy que la línea de unidad antifascista, un movimiento táctico justo en sí mismo, ha dado frutos negativos porque se ha generalizado indebidamente a países y situaciones para los que no estaba pensada. Escuchamos este argumento de Diógenes Arruda.

Pero ésta es una justificación insostenible. El propio Dimitrov había presentado su informe como una nueva orientación para el conjunto de la IC, como el resultado de una «autocrítica» del camino seguido hasta entonces; había definido la nueva concepción del frente único obrero y del frente popular como «la tarea central inmediata del movimiento internacional del proletariado»; había presentado el gobierno de frente único como la solución adecuada para «una serie de países»; había defendido la fusión con la socialdemocracia como una forma universal de construir el partido único obrero.

Sería absurdo admitir que la asamblea suprema de la Internacional se ocupara de elaborar una mera «flexión táctica» aplicable sólo a determinados partidos. Se trataba incuestionablemente de la nueva línea general para todo el movimiento comunista y como tal fue puesta en práctica bajo la dirección del CEIC y de Dimitrov. Es en esta calidad que debe juzgarse la política del 7º Congreso.

La «autocrítica»

La IC se enfrentó al fracaso incontestable de la política del 7º Congreso. Era necesario celebrar **un nuevo congreso** (que aún habría sido posible, por ejemplo, en el verano de 1939), que hiciera balance de los cuatro años transcurridos, volviera a plantear la línea revolucionaria y aglutinara y armara políticamente a los partidos para responder a la guerra imperialista, ya inevitable, con la lucha por la revolución.

Por el contrario, los círculos dirigentes de la IC intentaron eximirse de responsabilidad atribuyendo el hundimiento del movimiento a **errores en la aplicación de los partidos**, para no reconocer que los errores habían nacido en racimos, como resultado de la política de derechas. Las críticas al

oportunismo de varios partidos fueron hechas, por ejemplo, por Manuilski en el 18º congreso del PC(b) de la URSS en marzo de 1939.²¹² Una crítica similar hizo Dimitrov en el manifiesto de la IC del 1 de mayo de ese año, cuando señaló que en los PC había «un caldo de cultivo para la penetración... de todo tipo de desviaciones oportunistas en la política y la táctica».²¹³ Sólo que no dijo quién había abonado el terreno para hacerlo tan favorable a todo tipo de desviaciones oportunistas.

Mientras tanto, el repentino giro de la Unión Soviética hacia el pacto de no agresión con Alemania, cuando se convenció de que Gran Bretaña y Francia no renunciaban a lanzar a los nazis hacia el Este, provocó un giro de 180 grados del CEIC, que empezó a decir lo que no se había dicho sobre el frente único y los frentes populares, sin más explicaciones. A este respecto, el giro de Dimitrov en un artículo publicado en la prensa del CEIC en noviembre, justo después del comienzo de la guerra, es sencillamente asombroso:

«En el período de preguerra, los comunistas se esforzaron por lograr la acción unitaria de la clase obrera mediante acuerdos entre los PC y los PSD. Ahora, tal acuerdo es impensable. En la situación actual, la unidad de la clase obrera puede y debe lograrse desde abajo...

En el período anterior, los comunistas se esforzaron por asegurar la formación de un frente popular único acordando con los socialdemócratas y los demás partidos pequeñoburgueses «democráticos» y «radicales» en la persona de sus órganos dirigentes, sobre la base de una plataforma común de lucha contra el fascismo y la guerra... Hoy en día, ya no se puede hablar de tales acuerdos.

El frente único de lucha de las masas sólo puede realizarse mediante una lucha decidida contra los lacayos socialdemócratas, «demócratas» y «radicales» del imperialismo, para eliminar a estos agentes de la burguesía dentro del movimiento obrero y aislarlos de la masa de trabajadores».²¹⁴

Unidad desde abajo, nada de acuerdos en la cumbre con los lacayos del imperialismo y los agentes de la burguesía... ¿Dónde habían quedado las radiantes perspectivas sobre el **«proceso de ascenso revolucionario»** que está teniendo lugar en el seno de los partidos socialdemócratas de **todos los**

²¹² Degras, III, 469.

²¹³ Dimitrov, OE, 3, 208.

²¹⁴ Degras, III, 491-492.

países»? ¿Dónde estaba la evaluación de los frutos de estos esfuerzos unitarios y la «autocrítica» a la que había sido sometida la anterior orientación de la IC? ¿Por qué no había aparecido el prometido «partido único del trabajo»? ¿Qué había sido de la furibunda denuncia como «ultraizquierdistas» de todos los comunistas que en 1935 insistían en considerar a la socialdemocracia de naturaleza contrarrevolucionaria y se oponían a la coalición con ella?

La solución más conveniente para evitar reconocer el fracaso total del VII Congreso fue proceder como si nunca hubiera existido. «En las dos décadas de existencia de la IC -escribió Manuilski en la **revista *La Internacional Comunista*** en la primavera de 1940- nunca antes la cuestión de la **liquidación de la socialdemocracia** dentro del movimiento obrero había sido un objetivo táctico tan inmediato».²¹⁵ «Olvidó» decir que este objetivo había sido sacrificado, durante los cinco años anteriores, ¡a la búsqueda desesperada de la coalición y la fusión con la socialdemocracia!

Se podría pensar que, incluso sin autocrítica, este giro era sin embargo positivo, porque contenía un certificado de defunción de la euforia oportunista del 7º congreso y una vuelta a las posiciones de principio de la IC. Pero no fue así. Obligado a abandonar sus tesis por la evidencia del fracaso, Dimitrov se limitó a echar lastre a la derecha para ganar tiempo y adaptar su línea oportunista a las nuevas condiciones de la guerra contra el nazifascismo.

De hecho, el abandono de la política de frentes populares y del frente único con la socialdemocracia no fue acompañado de ningún renacimiento de los objetivos revolucionarios que habían guiado anteriormente a la IC. Al contrario, sirvió de transición hacia un nuevo giro, aún más derechista, que se hizo evidente en la fase final de la guerra.

El frente nacional

El ataque de la Alemania nazi a la Unión Soviética cambió el carácter de la guerra mundial. Lo que había comenzado como una disputa entre dos bloques imperialistas por el reparto del mundo se polarizó en un enfrentamiento decisivo entre dos sistemas sociales. Se crearon las condiciones para un gran estallido obrero revolucionario.

La burguesía imperialista del bloque «democrático» se dio perfecta cuenta de este peligro e intentó neutralizarlo con un giro táctico. La Unión Soviética, que hasta entonces había sido maldecida en todos los tonos por su «bolchevismo totalitario», era reconocida ahora como un bastión de la

²¹⁵ Ídem, 500.

democracia. Stalin, el «Emperador Rojo», de repente era tratado con deferencia como el «Generalísimo». Obligada por las circunstancias a reconocer a la Unión Soviética como punta de lanza del campo antifascista, la burguesía imperialista occidental empezó a utilizar su imagen como señuelo para encadenar a los trabajadores a la democracia burguesa. Era como si les dijera: «Si estáis a favor de la Unión Soviética, entonces estáis a favor de nosotros, que somos sus aliados en la lucha por un nuevo mundo democrático y pacífico».

Esta maniobra podría frustrarse si la IC y los partidos esbozaran la alternativa obrera independiente a la guerra: concentrar todos los esfuerzos en la lucha para derrotar a las potencias fascistas, mantener clara a los ojos de las masas la distinción entre la Unión Soviética y el campo «democrático» occidental, defender la independencia política y la independencia de la lucha armada de su propia burguesía, acumular fuerzas para pasar inmediatamente después de la victoria en la guerra a la ofensiva por la revolución proletaria.

Sin embargo, la IC ya había abandonado toda plataforma revolucionaria independiente. Una vez fracasada la política de los frentes populares, se adaptó a la nueva situación con la política del frente nacional, que consistía en situar la lucha contra el fascismo dentro de los límites de la restauración del régimen democrático-burgués.

El caso más flagrante fue el de **Francia**. En medio de la traición general, el PCF fue sin duda el único partido que luchó realmente por la independencia. Las fábulas que lanzan los reaccionarios y los socialdemócratas tienen por objeto hacer olvidar su propia traición. Decenas de miles de comunistas dieron su vida por la derrota de los nazis.

Sin embargo, la dirección del PCF orientó esta lucha desde el primer día hacia la restauración de la democracia burguesa. La resistencia no hizo que el PCF volviera a ser un partido comunista revolucionario, cosa que había dejado de ser hacía tiempo, sino que acentuó cada vez más su carácter reformista pequeñoburgués. Por tanto, no exageramos al decir que esos miles de comunistas se sacrificaron **en vano**, porque fueron vendidos por Thorez a la burguesía.

Ya en el primer llamamiento a la resistencia de Thorez y Duclos en 1940, la lucha se situó en el marco de la «salvación de Francia», de una «guerra nacional por la independencia y la libertad». Denunciando a los colaboracionistas al servicio del invasor, el partido no sacó ninguna lección del comportamiento traidor de toda la burguesía en la preguerra, ni hizo autocrítica por los desastrosos resultados de su política de Frente Popular. El objetivo era un «frente nacional» para restablecer la «grandeza de Francia».

El desarme de los guerrilleros y la disolución de las milicias, ordenados por el CC del PCF en enero de 1945, eran la conclusión previsible de un proyecto político que Thorez había concebido desde el principio pero que, por razones tácticas, no podía confesar enseguida. Sin embargo, a medida que la guerra se acercaba a su fin, Thorez tuvo que hablar claro, porque la burguesía gaullista y los británicos lo exigían. «Un Estado único, una policía única, un ejército único», proclama el 27 de noviembre de 1944. Y en julio del año siguiente, en un discurso que se hizo famoso, a los mineros de Waziers, con Alemania ya derrotada: «No podemos aprobar la más mínima **huelga**».

Esta orientación no fue sólo obra de unas cuantas direcciones oportunistas, como se intenta hacer creer todavía hoy. Fue transmitida por Dimitrov y la dirección de la IC a todos los partidos. «En los países de la coalición antihitleriana -decía la última resolución del Presidium del CEIC- es deber sagrado de las amplias masas populares, y sobre todo de los trabajadores progresistas, **apoyar por todos los medios el esfuerzo de guerra de los gobiernos de estos países**».²¹⁶ había dicho, a propósito de la Primera Guerra Mundial, que «los traidores al socialismo no prepararon, durante los años 1914-1917, el empleo de los ejércitos contra los gobiernos imperialistas de cada nación».²¹⁷ Hay que reconocer que la IC, en las nuevas condiciones, tampoco cumplió con su deber de preparar la transformación de la lucha de liberación antifascista en lucha por el derrocamiento de la burguesía «democrática».

Así, los comunistas de los países ocupados dieron sus vidas a millares por el «honor de la nación» y, al final de la lucha, entregaron sus armas al poder burgués «legal», en lugar de tratar de impedir su instalación. Así, gracias a la línea del «frente nacional», los obreros hicieron la guerra a la burguesía.

La disolución de la IC

En 1943, cuando el giro de la guerra debido a la victoria de Stalingrado anunciaba la proximidad de grandes convulsiones revolucionarias en Europa y en el mundo, con responsabilidades sin precedentes para los partidos comunistas, la Internacional Comunista se disolvió. El centro mundial del comunismo desaparecía cuando todo indicaba que sería más necesario que nunca.

²¹⁶ Agosti, III, 1214.

²¹⁷ Lenin, 30, 267.

A las tesis burguesas, que atribuyen esta medida a la conveniencia de la política exterior de Stalin, deseosa de tranquilizar a los aliados occidentales, la corriente marxista-leninista internacional responde simplemente con el gastado argumento de la «madurez» que han alcanzado los partidos comunistas.

Un argumento insostenible. ¿Por qué la «madurez» de los partidos (que resultó ser «madurez» oportunista) debía exigir la disolución de su centro único? ¿Acaso había dejado de aplicarse el principio proclamado por Marx y Engels de que el comunismo sólo puede abrirse camino a través de la lucha internacional del proletariado contra la burguesía? Cuando el imperialismo daba nuevos pasos para unificar su estrategia y su táctica contrarrevolucionarias, ¿era el momento adecuado para que el proletariado revolucionario se dispersara en formaciones nacionales autónomas? ¿No demostraron los veinte años de actividad de la IC que la confrontación y fusión de las experiencias nacionales individuales en un centro mundial era la única garantía de que los partidos serían capaces de dar nuevas respuestas, resistir la presión del oportunismo y el nacionalismo y apoyarse mutuamente?

Aunque la disolución de la IC estuvo indudablemente relacionada con la evolución de la política soviética (que aún hoy está pendiente de análisis desde el punto de vista comunista), lo que interesa al ámbito de este estudio es mostrar las causas internas a la propia IC que condujeron a este desenlace. La muerte de la IC fue dictada en el 7º congreso. La resolución del 15 de mayo de 1943, que disolvía la organización, no era más que su certificado de defunción.

Cuando Dimitrov anunció que «el congreso decidió concentrar la dirección de las operaciones en las propias secciones»²¹⁸ y Manuïlski confirmó, inmediatamente después del congreso, que «el CEIC interferirá menos en el trabajo de las secciones».²¹⁹ Esto no sólo significaba, como se cree comúnmente, un paso a una estructura más descentralizada y flexible, sino una ruptura con la propia concepción original de la IC como partido mundial del proletariado. Una ruptura que la nueva línea política hacía necesaria.

De hecho, la política de coalición y fusión con la socialdemocracia y de colaboración con la democracia burguesa exigía, para ser aplicada, una libertad ilimitada para adaptarse a las particularidades nacionales, a los intereses de cada burguesía nacional. Al permitir que cada partido orientara la lucha antifascista y la lucha de liberación nacional en el marco de la

²¹⁸ Dimitrov, 162.

²¹⁹ Degras, III, 373.

democracia burguesa, el congreso había vaciado políticamente a la Internacional. Una línea general unificada se convirtió en un obstáculo para la libertad de maniobra de cada partido comunista. **En una palabra: el abandono de la estrategia de la revolución proletaria privó a la IC de su razón de ser y la envió a un proceso de extinción.**

El Comité Ejecutivo se encontró sin funciones. Si nos fijamos en las resoluciones y artículos emitidos por el CEIC después del 7º congreso, vemos que su actividad se centró en liquidar la resistencia «sectaria» a la nueva política, abandonando por completo el análisis global de la situación y las tareas de los partidos. Los plenos del CEIC, que habían desempeñado un papel tan importante en el período anterior, dejaron de reunirse y toda la actividad de dirección se concentró en manos del Presidium.

En 1937-1939, cuando la evolución acelerada hacia la guerra, el hundimiento de los frentes populares y la crisis ideológica de los partidos exigieron una revisión en la línea del 7º congreso, el CEIC señaló su existencia con manifiestos formales el 1 de mayo.

Lo más grave es que, a falta de un centro mundial único, elegido por el congreso mundial y responsable ante todo el MCI, su papel empezó a ser asumido por **centros regionales** que no rendían cuentas a nadie. Los partidos con más influencia, que eran precisamente los que estaban en la vanguardia de la nueva política y los más afectados por el oportunismo, el reformismo y el nacionalismo, empezaron a tutelar a los partidos más pequeños y a llevarlos a su órbita. El PCF sometió a los partidos de Indochina, Argelia, Bélgica, España y Portugal a sus convenientes alianzas con la democracia burguesa. El Partido Comunista estadounidense puso a todos los partidos de América Latina, Canadá y Filipinas al servicio de su escandaloso oportunismo, transformándolos en partidarios de la «democracia estadounidense» y arrastrándolos hacia abajo. El Partido Comunista inglés dominó a los partidos de la India y de todo el imperio. Así, las relaciones de dominación imperialista por parte de las burguesías se reprodujeron en inaceptables relaciones de tutelaje en el campo del proletariado, en una clara manifestación del chovinismo característico de la aristocracia obrera y de la pequeña burguesía.

La Internacional empezó a guiarse no por la línea revolucionaria del pasado, sino por una especie de asociación tácita de partidos influyentes. Se estableció un nuevo tipo de relación ambigua entre los principales partidos de Occidente y el PC(b) de la URSS, que ya presagiaba el equilibrio nacionalista establecido más tarde por el revisionismo. Al tiempo que declaraban una lealtad inalterable a la patria del socialismo para no perder crédito ante su clase obrera, los grandes partidos oportunistas se reservaban libertad para todo tipo de maniobras oportunistas y

concesiones a su propia burguesía. El Partido Bolchevique, por su parte, ante la amenaza de una inminente agresión nazi, se dejó enredar en la conciliación con la marea oportunista de los demás partidos, a cambio de apoyo a su política internacional.

Cuando estalló la guerra, la IC tenía muy poco en común con el partido mundial creado en 1919. Una vez disuelta, no es de extrañar lo que siguió.

El browderismo

Es hora de hablar del «browderismo», habitualmente citado como una de las corrientes generadoras del revisionismo moderno. Los hechos demuestran que no era más que una rama extrema del dimitrovismo, en el clima envenenado de la mayor metrópoli del imperialismo. A la máxima presión de la burguesía sobre el movimiento obrero correspondió el máximo oportunismo. Sin embargo, el origen sigue siendo el mismo.

La ofensiva oportunista en el PCEUA venía de lejos. La IC se había levantado contra esta ofensiva con una carta de Stalin y Molotov, que criticaba la teoría del «carácter excepcional» del capitalismo americano defendida por Lovestone y Gitlow, y que culminó con la expulsión de estos dos dirigentes en junio de 1929.

Durante los años del giro a la izquierda de la IC, que coincidieron con la gran crisis en EEUU, los comunistas norteamericanos hicieron importantes avances en la movilización y organización de la vanguardia obrera, en una dura lucha contra la persecución policial fascista. El papel del partido en la larga huelga nacional de mineros de mayo a agosto de 1931 fue histórico.

Pero las tendencias oportunistas, obligadas a callar por la radicalización de las masas y la vigilancia de la IC, volvieron a levantar la cabeza en cuanto la situación se hizo más favorable. En el VIII Congreso del partido, celebrado en la primavera de 1934, Earl Browder inició un esfuerzo por adaptar la línea del partido a límites aceptables para el gran capital y atractivos para la pequeña burguesía. Su proclamación de que el comunismo no era más que «americanismo del siglo XX» fue una clara oferta de compromiso, un intento de cubrir a los comunistas con los colores nacionales.

¿Cómo reaccionó el 7º Congreso de la IC ante este sospechoso movimiento? Browder no sólo no fue criticado, sino que fue elegido miembro del Comité Ejecutivo. Y Dimitrov, en su informe, le instó a ir más lejos: «¿Puede el proletariado americano contentarse con organizar sólo su vanguardia consciente, dispuesta a marchar por el camino revolucionario?» –se preguntó, para luego responder: No, el partido debe ir más lejos y

fomentar la creación de otro partido obrero y campesino «que no sería ni comunista ni socialista», sino una especie de frente popular de masas.²²⁰

Cuando el Partido Comunista norteamericano, instalado en el principal bastión de la burguesía, luchaba más que ningún otro por preservar su identidad revolucionaria, cuando había que insistir en que el futuro del comunismo en Estados Unidos dependía de una agrupación más sólida de la vanguardia, del fortalecimiento de la vigilancia, Dimitrov llegó a desviar la atención hacia la creación de un nuevo partido «unitario», que sólo podía estimular el crecimiento del oportunismo, como de hecho ocurrió.

La crítica al partido americano en el 7º Congreso no fue al oportunismo que estaba surgiendo, sino al «sectarismo», por calificar a la central sindical AFL de «organización títere puramente capitalista». Sin comentarios...

Tras el VII Congreso, Browder se dedicó a aplicar el espíritu del frente popular a las condiciones nacionales. El PCEUA apoyó sin reservas a Roosevelt frente al candidato republicano. Tras la victoria de los demócratas, Browder previó «una reestructuración completa de la política estadounidense» y habló de «un nuevo partido que empieza a tomar forma e incluye a la mayoría de la población», que sería «la expresión estadounidense del frente popular», gracias al apoyo que recibiría del Partido Demócrata y de los «sectores progresistas» del Partido Republicano.

Como resultado de este espectacular giro, la influencia del partido en las clases medias antifascistas y sindicales empezó a crecer rápidamente. La inversión en «democracia» estaba dando sus frutos. Al mismo tiempo, la influencia del partido entre el proletariado revolucionario empezó a disminuir.

¿Cómo hizo frente la dirección de la IC a esta advertencia una vez más? En enero de 1938, el Secretariado del CEIC aprobó este «curso audaz» para la creación de un amplio frente democrático y criticó el «miedo» que aún existía en el partido a «incorporarse a un amplio movimiento junto con las fuerzas pequeñoburguesas, progresistas y democráticas».

No es de extrañar, pues, que Browder diera un nuevo paso adelante en el X congreso del partido, en mayo de ese año, al fijarse como objetivo «preservar y extender la democracia» y crear un «frente democrático» como primer paso hacia un frente popular. Para estimular esta corriente, proclamó en el congreso «la fusión de la tradición democrática americana con el socialismo» y unió a Marx y Lenin a Lincoln y Jefferson como guías del proletariado americano...

²²⁰ Dimitrov, 58-59.

Esto ya estaba claro, pero no causó ningún revuelo conocido en la dirección de la IC. En 1939, el PCEUA estaba en la cima de su «esplendor» con 90.000 afiliados, pero se encontraba en plena descomposición ideológica. Las ideas pequeñoburguesas de colaboración de clases y patriotismo campaban a sus anchas en él. Browder se dedicó a tutelar a la mayoría de los partidos comunistas de América Latina para integrarlos en su política rooseveltiana, lo que consiguió, exportando la peste de su oportunismo a todo el continente, también sin objeción del CEIC. En noviembre de 1940, para salvaguardar su existencia legal y su base de influencia pequeñoburguesa, el PCEUA se desafiló oficialmente de la IC, ¡lo que de nuevo fue aprobado por el CEIC!

Cuando Browder, en 1944, completó su trayectoria con el paso que le faltaba, decretando la disolución del partido, se hizo necesario expulsarlo, reorganizar el partido y denunciar públicamente el «browderismo». Pero la furibunda denuncia de su traición individual, ocultando el sistema de ideas que la había originado, la protección y el estímulo que había recibido del CEIC y de Dimitrov, hicieron imposible una crítica real. El PCEU y los partidos latinoamericanos bajo su influencia no rompieron con el oportunismo amedrentado, no despertaron a las fuerzas proletarias sanas de sus países y fueron de los primeros en hundirse en el revisionismo.

¿De qué otro modo podemos clasificar las escandalizadas condenas del browderismo que «olvidan» mencionar estos hechos, si no como un intento hipócrita del centrismo actual de excusar al viejo centrismo? Se apedrea a la oveja mocosa para que nadie piense que fue criada en el mismo rebaño. Pero lo único que se consigue con ello es facilitar la propagación de la enfermedad, cuyas raíces se ocultan en lugar de **exponerse**.

Las victorias de la guerra: ficción y realidad

«Durante la lucha contra el fascismo y después de la Segunda Guerra Mundial -escribió Enver Hoxha-, los resultados del trabajo realizado y de la lucha llevada a cabo por el PCUS, la Comintern y los diversos partidos comunistas adquirieron gran relieve. Numerosos países de Europa y Asia entraron en la vía socialista. (...) La unidad marxista-leninista de los partidos comunistas se fortaleció y se templó sobre bases sólidas. (...) La revolución estaba en ascenso, en continuo avance, mientras el imperialismo caminaba hacia su tumba». Y concluye que este ascenso se habría transformado inesperadamente en retroceso diez años más tarde, debido a

la conspiración de los revisionistas, camuflados en el seno del movimiento y desatados por la muerte de Stalin.²²¹

Nadie duda de que la desaparición de Stalin preparó el terreno para un brutal giro a la derecha en la Unión Soviética y en el movimiento comunista. Pero habría que ir más allá de esta constatación indiscutible y tratar de explicar qué hizo posible la fácil victoria del revisionismo después de 1953. ¿Cómo fue posible que la «sólida unidad» de los partidos y el «continuo avance» de la revolución se convirtieran tan repentinamente en escisiones, crisis y derrotas? ¿No podría ser que dentro de esta «unidad» y estos «avances» ya hubiera síntomas de la enfermedad que más tarde se declaró de forma tan fulminante?

Sin duda, la guerra terminó con grandes victorias para las fuerzas democráticas. Pero si, en lugar de maravillarnos por la «grandeza» de estas victorias, reflexionamos un poco sobre las dimensiones de la tormenta social que fue la guerra, la mayor que ha conocido la humanidad, tendremos que plantear la cuestión en términos inversos.

De hecho, la pregunta que hay que hacerse es la siguiente: ¿por qué la Segunda Guerra Mundial, un terremoto colosal que sacudió el sistema capitalista hasta sus cimientos, aniquiló los centros más feroces del imperialismo y proyectó al país de los soviets como uno de los más poderosos de la tierra, no terminó con victorias revolucionarias mucho mayores? ¿Por qué la guerra no allanó el camino a revoluciones proletarias comparables en escala a la revolución socialista de octubre? ¿Fue el surgimiento de democracias populares en Europa del Este y China una «gran victoria» o sólo un pálido reflejo de los triunfos revolucionarios que la guerra hizo posibles? ¿Por qué ninguno de los partidos comunistas de los países capitalistas supo aprovechar las crisis de poder abiertas por el hundimiento de sus burguesías, arrastradas por la caída del fascismo (Alemania, Italia, Japón, Francia, España, Portugal, Grecia, Holanda, etc.), para llevar a cabo levantamientos populares que ampliaran decisivamente el alcance de la dictadura del proletariado? ¿Por qué, a la cabeza del movimiento de liberación nacional que surgió después de la guerra en los países de Asia, Oriente Medio, Norte de África y América Latina, emergieron las fuerzas de la burguesía nacional reformista y no los comunistas?

Que las victorias de la guerra parecieran gigantescas en aquella época, cuando se pensaba que la Unión Soviética era un bastión inexpugnable del socialismo, cuando se creía que las democracias populares eran la antesala de nuevos regímenes soviéticos, cuando se creía al alcance de la mano la

²²¹ E. Hoxha, OC, IV, 193-195.

victoria para una serie de partidos... fue un error de consecuencias fatales, pero en su momento explicable.

Hoy, sin embargo, después de darse cuenta de que la Unión Soviética, las democracias populares y el movimiento comunista estaban ya preñados de revisionismo al final de la guerra, después de presenciar el ascenso del revisionismo sobre los escombros de la IC, la marcha arrogante del imperialismo yanqui, con su cortejo de horrores, el ascenso del socialimperialismo soviético, la crisis que estrangula la revolución, buscando en vano salidas a sus energías - ante estas lecciones de la vida, seguir glorificando las «grandes victorias» de la guerra es un signo de indigencia mental.

¿Por qué el imperialismo y el revisionismo tuvieron que ser los mayores beneficiarios de una guerra cuyos frutos pertenecían a la revolución proletaria y a los pueblos oprimidos? ¿Por qué las victorias de la guerra acarrearón tan grandes derrotas? Esto es lo que deberían responder los partidarios de la línea del 7º Congreso, en vez de refugiarse en lugares comunes sobre las «condiciones objetivas», que explican lo que pasó... ¡por el hecho de que pasó!

En realidad, tenemos que concluir que las victorias populares al final de la guerra, obtenidas al precio de tanta sangre, no fueron más que el **eco atenuado de** lo que podrían haber sido. La guerra habría podido terminar con una victoria aplastante de la revolución proletaria si no hubiera sido por la **extrema debilidad** a la que había llegado el movimiento comunista, el avanzado proceso de su crisis interna, la acción devastadora de la política de compromiso instituida por el 7º Congreso. Al final de la guerra, la unidad del movimiento no era sólida sino ficticia, la mayoría de los partidos languidecían en la práctica de la colaboración de clases «democrática», el marxismo agonizaba como un dogma, el revisionismo brotaba impetuosamente por todos los poros del centrismo oficial. Esta es la verdad que los defensores del 7º congreso se obstinan en ocultar, y el estallido contrarrevolucionario del 20º congreso queda sin explicación.

¿Algunas desviaciones o una desviación general?

El hecho de que fuertes tendencias oportunistas se manifestaran ya en los partidos tras el final de la guerra es un hecho admitido en la corriente ML internacional. Pero esta admisión se limita a los casos de reformismo flagrante, como los del PCF y el PCI, mientras se insiste en la corrección de la línea general seguida y en los «grandes éxitos y victorias» que se habrían logrado. El resultado es un balance ambiguo, contradictorio, típicamente

centrista, que deja en la sombra **la penetración masiva del oportunismo en el movimiento comunista** después de la guerra mundial.

A primera vista, parecería absurdo cuestionar siquiera los grandes éxitos que ha tenido el movimiento en los países capitalistas. Se produjo una prodigiosa expansión de la influencia del partido comunista en la clase obrera y la pequeña burguesía, en los sindicatos, los parlamentos, los municipios y en el frente cultural. Fortalecidos por el prestigio que les dieron los sacrificios realizados en la lucha antifascista, los comunistas rompieron el cerco de la persecución, la discriminación y la calumnia y se hicieron reconocer como una corriente popular legítima. Las filas de los partidos crecieron enormemente. El comunismo se puso de moda entre la intelectualidad y la juventud.

Pero, ¿cuál era el profundo apoyo político de estos asombrosos éxitos? Era precisamente éste: la burguesía imperialista occidental, que había intentado astutamente deshacerse del nazismo y del bolchevismo disparándose mutuamente, se encontró al final de la guerra aliada con la Unión Soviética, en deuda con los comunistas, atada a las promesas democráticas y liberadoras que se había visto obligada a hacer para convencer al pueblo de que luchara. El tiro amenazaba con salir por la culata.

En esta situación resbaladiza, toda la burguesía comprendió intuitivamente la necesidad de recurrir a la táctica de las concesiones, de ponerse la piel del cordero democrático-reformista-pacifista, de presentar las retiradas forzadas como regalos, de prometer lo máximo para dar lo mínimo, de ganar tiempo para volver a ponerse en pie. **Ocultar al proletariado y a los pueblos oprimidos el verdadero alcance de la victoria que tenían al alcance de la mano como resultado del derrocamiento del nazismo y el triunfo de la Unión Soviética: ésta era la cuestión vital para la burguesía de entonces.**

Por el contrario, lo que estaba en juego para el proletariado y sus partidos comunistas era no caer en la trampa de las concesiones, sino utilizarlas al máximo para desenmascarar la mentira del democratismo imperialista, aprovechar la radicalización a la que la lucha antifascista había elevado al movimiento obrero y popular para activar la lucha revolucionaria, avanzar audazmente poniendo patas arriba la maniobra burguesa.

Sin embargo, huelga decir que el terreno para una utilización revolucionaria de la crisis ya había desaparecido por completo del horizonte de la inmensa mayoría de los partidos como consecuencia de la política seguida durante los diez años anteriores. Los comunistas de todas partes se limitaban a la lucha por la democracia y ni siquiera soñaban con

plantearse la cuestión de la revolución como tarea. Por eso, salvo raras excepciones, le hicieron el juego al «nuevo mundo» que se les ofrecía. Participaron en los gobiernos de «reconstrucción nacional», llamaron a paliar los conflictos sociales, propusieron una vez más la unidad y la fusión a los socialdemócratas y se esforzaron por demostrar (a la burguesía) que eran buenos demócratas. Todos declararon que el socialismo era un requisito ineludible; nadie quería oír hablar de revolución.

Ni siquiera en las colonias. El último gesto desesperado de buena voluntad por parte del PCF fue votar **créditos para la guerra de Indochina** en febrero de 1947, para demostrar «hasta qué punto el PCF se preocupa por los intereses del país y tiene un agudo sentido de la responsabilidad».²²² Pero ni siquiera esto impidió la expulsión del gobierno, exigida por los americanos como condición para abrir los créditos del Plan Marshall.

Esta gangrena reformista pequeñoburguesa se cubrió con una coartada aparentemente inatacable: la fuerza colosal de la Unión Soviética y el prestigio ganado por los comunistas permitirían en adelante «el libre desarrollo por la vía del progreso y la democracia», como dijo Dimitrov. Era como si las leyes de la lucha de clases hubieran quedado atrás.

A la sombra de este optimismo de cartón se permitió masacrar a los guerrilleros griegos, se pidió paciencia a los pueblos coloniales para no desestabilizar el «avance de la democracia» y se dio manga ancha en los partidos al chovinismo insolente y al cretinismo parlamentario de la aristocracia obrera y de la pequeña burguesía. Todo estaba listo para que el revisionismo entrara en escena.

Es comprensible que, para los revisionistas modernos, se tratara de un periodo dorado, ya que sirvió para sentar las bases del triunfo de su ideología en todos los ámbitos. Y también es comprensible que el centrismo actual se balancee en la cuerda floja, denunciando duramente a Thorez y Togliatti pero negándose a analizar el marco en el que se movían. La nata estaba agria, pero la leche estaba fresca...

Para completar la ruptura inacabada con el revisionismo, los comunistas tienen que hacer un juicio radicalmente distinto de este periodo. Deben denunciar sin concesiones el oportunismo **general**, del que Thorez y Togliatti fueron los principales exponentes, y reconocer que la euforia democrática del final de la guerra, pequeñoburguesa hasta los tuétanos, representó un paso de gigante desde el centrismo del 7º congreso hasta pudrirse en el revisionismo del 20º congreso.

²²² *Cahiers du Communisme*, 2/1947, 108.

7. EL CENTRISMO EN EL PODER

«La democracia popular no es ni socialista ni soviética. Es la transición de la democracia al socialismo. La ventaja de la democracia popular es que esta transición es posible sin la dictadura del proletariado».

DIMITROV²²³

En lo que se refiere a la formación de regímenes de democracia popular, la crítica burguesa actual no va más allá de la virtuosa denuncia de su «totalitarismo», que sería el precio pagado por todos aquellos que se desvían de la sana vía de la economía de mercado y del régimen parlamentario y se someten a la «bota soviética». No se puede pedir más.

Es cierto que las evaluaciones de la «izquierda» no son mejores. Los revisionistas, como es su costumbre, rumian las «violaciones de la legitimidad resultantes del culto a la personalidad», tratando de convencernos de que, aparte de este «detalle», todo fue popular y revolucionario. Son como el gitano que quiere vender su burro y quedárselo... Pero su vergüenza no es nada comparada con la de la llamada corriente marxista-leninista, obligada, en nombre de sus «principios», a pintar con bellos colores el avance hacia el socialismo en las democracias populares, que se habría convertido, como por arte de magia, en degeneración burguesa tras la muerte de Stalin.

Corresponde ahora a la corriente comunista abordar la cuestión de las democracias populares desde un nuevo ángulo: mostrar la bancarrota a la que se abocaba desde el principio el proyecto de revolución «intermedia» inventado por el 7º Congreso de la Internacional. Demostrar cómo la sustitución de la dictadura del proletariado por una supuesta «democracia popular» sólo podía producir regímenes despóticos de capitalismo de Estado en lugar de la soñada vía gradual y armoniosa hacia el socialismo; y que la dominación de la Unión Soviética en Europa del Este se ejerce, no a través de «camarillas títeres», sino a nivel de la **lucha de clases interna** en cada uno de estos países. Para ello, a continuación expondré algunas ideas.

Primera fase – coexistencia

En la mayoría de los países de Europa del Este, devastados por una ocupación terrorista y una guerra feroz, los enfrentamientos de clases que

²²³ Kessel, 17.

acompañaron al cambio de régimen tuvieron en general un alcance limitado. Con la excepción de Albania y Yugoslavia, la lucha armada de liberación no alcanzó un nivel insurreccional. Los partidos comunistas, extremadamente debilitados por las masacres nazis, sólo pudieron ganar una posición hegemónica gracias a la presencia de los ejércitos soviéticos.

Como podéis comprender, la crisis de la burguesía, comprometida con el ocupante nazi, y el apoyo militar y político de la Unión Soviética crearon condiciones muy favorables para el triunfo de la revolución, pero no podían sustituirla. Correspondía a los partidos aprovechar estas condiciones inusualmente favorables para recuperarse rápidamente de las pérdidas sufridas y desencadenar auténticos movimientos revolucionarios, bajo la dirección del proletariado, que barriesen hasta sus cimientos el poder de la burguesía y de los terratenientes.

Los partidos comunistas, penetrados por la línea del 7º Congreso, vieron en el apoyo soviético la ocasión ideal para aplicar la vía «más fácil» de la «revolución intermedia» mediante una serie de compromisos con la burguesía y la pequeña burguesía. Esta era, además, la perspectiva del PC(b) de la URSS, que deseaba evitar cualquier agitación que pudiera servir de pretexto para la intervención de las potencias occidentales. La línea de Dimitrov a favor de un gobierno de frente único y un partido obrero único se puso finalmente a prueba en la práctica.

Al principio, cuando la destrucción de las estructuras capitalista-feudales, las grandes nacionalizaciones, la expropiación de los terratenientes, la confiscación de fortunas, la represión de los colaboracionistas, etc., estaban en el orden del día, la política de democracia popular adquirió una apariencia de vitalidad. Gracias a una verdadera influencia de masas, los partidos comunistas consiguieron dinamizar los primeros pasos del proceso revolucionario y arrebatar la iniciativa a los partidos liberales y reformistas. La devastada economía se reconstruyó a un ritmo acelerado, se instituyeron profundas reformas democráticas y el nivel de vida de los obreros y campesinos aumentó. La escoria reaccionaria acudió despavorida a Occidente, maldiciendo los «horrores de la revolución».

Lo que era nuevo, sin embargo, era la estructura original de estos regímenes, basada en parlamentos, gobiernos de coalición y Frentes Nacionales. Los comunistas controlaban la situación, pero no amenazaban la existencia de la pequeña y mediana burguesía. No había conflictos sociales agudos. Parecía haberse creado un nuevo equilibrio social en la historia, la «democracia popular».

Esta materialización del proyecto dimitrovista de una tercera vía entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado fue bien expresada en su momento por el teórico húngaro E. Varga:

«La democracia popular no es la dictadura de la burguesía, pero tampoco es la dictadura del proletariado. El viejo aparato estatal no se ha roto, como en la Unión Soviética, sino que se renueva mediante la absorción constante de partidarios del nuevo régimen. No se trata de Estados capitalistas en el sentido corriente del término, pero tampoco de Estados socialistas».²²⁴

No es de extrañar la oleada de entusiasmo que esta nueva solución despertó en los dirigentes oportunistas de los partidos occidentales. La veían como una valiosa baza para tranquilizar a sus propias burguesías y ampliar el espacio para su reformismo. Thorez, de nuevo un precursor al predecir la **transición pacífica al socialismo** en una entrevista con el *Times* en noviembre de 1946, escribió encantado al mismo tiempo:

«No ha habido una transición brusca y brutal hacia otro sistema. Hay aquí un fenómeno que debemos estudiar, sobre el que debemos reflexionar: el poder de la clase obrera, el poder ejercido en nombre de la clase obrera y del pueblo por un partido comunista que no está solo sino que puede asociarse con otros partidos... Este poder se ejerce manteniendo las formas parlamentarias».²²⁵

Segunda fase: represión

Sin embargo, las democracias populares no tardaron en llegar a una encrucijada. La creciente resistencia de la burguesía, alentada por las potencias occidentales, hizo que ya no se pudiera eludir el dilema: quién vencerá a quién. La presión estadounidense para que los regímenes del Este suscribieran el Plan Marshall fue el detonante de la crisis.

A primera vista, parecería que todos ellos, con la excepción de Yugoslavia, afrontaron el reto profundizando la revolución. Se ampliaron las nacionalizaciones y la colectivización agraria, se puso en marcha la planificación y la industria pesada, se reforzaron los lazos con la Unión Soviética y se lanzó una gran campaña contra la socialdemocracia, la ideología burguesa y las influencias occidentales.

²²⁴ *Démocratie Nouvelle*, n.º 9, p. 463, Sept. 1947.

²²⁵ Thorez, *Oeuvres*, 23,131-132.

Pero este «paso adelante» puso aún más de relieve la fatal debilidad de los regímenes de democracia popular. El avance que sólo podía lograrse mediante la acción y la iniciativa de las amplias masas proletarias y semiproletarias, mediante el impetuoso ascenso de órganos de poder obrero y campesino que implicarían a toda la sociedad en una intensa lucha de clases revolucionaria, fue impuesto desde arriba por los aparatos del partido y del Estado. El miedo a desatar la energía revolucionaria de las masas, que se había apoderado de los partidos desde el 7º congreso, les llevó a intentar hacer la revolución «en orden y seguridad».

Incapaces, por su centrismo, de profundizar el proceso revolucionario, los partidos comunistas hicieron una miserable caricatura de revolución. En lugar de destruir el aparato estatal, utilizaron el dominio del ejército y la policía para tomarlo desde dentro, «purificándolo» con gente leal. En lugar de ganar a las masas explotadas para las ideas del comunismo, se utilizaron presiones y expedientes bajos para obligar a los partidos pequeñoburgueses a fusionarse con los partidos comunistas en «partidos obreros unificados». El proletariado y el campesinado trabajador fueron declarados dueños del poder sin tener nunca órganos reales de poder. Consejos, milicias, sindicatos y cooperativas no eran más que engranajes obedientes de la máquina.

A falta de verdaderas batallas de clase en las que la burguesía fuera derrotada y desalojada por la acción revolucionaria de las masas, las democracias populares revelaron pronto toda la fragilidad del nuevo poder, resultante de su carácter híbrido. El cáncer de la burocracia y de la policía política creció como única trinchera de un poder asediado. Las elecciones, las Asambleas Nacionales, la libertad de prensa y la libertad de reunión se convirtieron en una farsa. Pronto comenzaron a multiplicarse los procedimientos judiciales arbitrarios, manipulados a la sombra del aparato, y que por tanto golpeaban, junto a los enemigos de clase y los espías, a todos aquellos que criticaban la desfiguración del régimen.

El intento de dirigir la lucha contra la derecha sin desatar las fuerzas de la izquierda condujo al centrismo a una degeneración aún más acelerada que la de la Unión Soviética. La agonía que allí se había prolongado durante décadas -porque había habido una gran revolución que había dado lugar a una verdadera dictadura del proletariado en forma de poder soviético- se precipitó en Europa del Este en sólo seis años.

Cuando la situación social cambió tras la muerte de Stalin, la podredumbre burguesa que había minado silenciosamente los aparatos del partido y del Estado se reveló a la luz del día, a la sombra de los juicios, *las consignas* sobre la «lucha contra el oportunismo» y el dogmatismo asfixiante. En la lucha contra la derecha se estaba forjando una nueva

derecha. Los fusilamientos y encarcelamientos de derechistas temerarios como Slansky, Rajk, Kostov, Gomulka y Nagy sólo habían servido para dejar sitio a una nueva oleada de astutos derechistas que juraban por Stalin y el marxismo-leninismo mientras esperaban su hora.

En cuanto a las masas obreras y campesinas, reducidas a la minoría de edad y a la apatía política por un régimen dictatorial, fueron incapaces de hacer sentir su peso en la lucha de clases. A partir de 1953, se dejaron manipular por los heraldos de la «liberalización» en Alemania del Este, Polonia, Hungría y más tarde Checoslovaquia. El centrismo había hecho la cama al revisionismo. La «democracia popular» había sido el preludio del capitalismo de Estado.

En conclusión: limitar la crítica a las democracias populares a errores parciales de análisis y de aplicación, a la traición de los dirigentes de derechas, a las conspiraciones del imperialismo y a la «falta de vigilancia de los comunistas sinceros», como todavía hoy insiste en hacer el PTA, es tratar de excusar a toda costa la desastrosa experiencia del centrismo en el poder.

Dimitrov sobre la democracia popular

La verdadera fisonomía de clase de la política de «democracia popular» quedó esbozada con insuperable claridad en las directrices del Sr. Dimitrov para el régimen búlgaro. De estos escritos, que el centrismo actual intenta hacernos olvidar, tenemos algunas citas que hablan por sí solas:

Mayo de 1946 - «Estoy profundamente convencido de que la unión de comunistas y socialdemócratas en un partido único de la clase obrera -factor determinante de la verdadera democracia- es hoy, tras las amargas lecciones de la Segunda Guerra Mundial, una necesidad histórica».²²⁶

Junio de 1946 - «La vía de la insurrección armada no es inevitable ni indispensable; en determinadas condiciones específicas, el socialismo puede alcanzarse sin necesidad de la insurrección armada. Estas condiciones se dan actualmente: por una parte, debido a la existencia de un gran Estado socialista que ejerce una enorme influencia política y moral -la Unión Soviética- y, por otra, debido a las transformaciones democráticas que han tenido lugar en diversos países y que abren la vía al socialismo».²²⁷

²²⁶ Dimitrov, OE, 4,184.

²²⁷ Id., 170.

Septiembre de 1946 - «Saludamos sinceramente la declaración del camarada Zilliacus (del Partido Laborista inglés) de que la clase obrera, el pueblo trabajador de Inglaterra, en la persona del Partido Laborista, avanza hacia el socialismo y se esfuerzan por hacerlo realidad por medios pacíficos».²²⁸

Septiembre de 1946 - «Lograremos transformar Bulgaria en una república modelo con un régimen verdaderamente parlamentario».²²⁹

Octubre de 1946 - «Precisamente nosotros, los comunistas, propondremos a la Gran Asamblea Nacional que se escriba claramente y sin equívoco posible, en el artículo 8 del proyecto de Constitución, que la propiedad privada de los campesinos, artesanos, trabajadores manuales e intelectuales, así como el derecho a heredar esa misma propiedad privada, se consoliden y garanticen a los propietarios y a sus herederos para siempre».²³⁰

Enero de 1947 - «Habrán ramas de nuestro comercio en las que confiaremos a los comerciantes de hoy -organizadores competentes, honrados y experimentados- la gestión y la dirección de algunas empresas estatales, municipales, cooperativas o de servicios públicos. En estos casos, estarán mucho mejor pagados». (Pone como ejemplo otros países, incluso occidentales, donde los comerciantes privados han mejorado su situación al convertirse en directivos de empresas estatales).²³¹ «Ahora estamos adoptando una nueva línea, a saber, que el personal técnico y los ingenieros no deben ser tratados como meros empleados de nuestra industria, como ha ocurrido hasta ahora, sino que deben tener ciertos privilegios, mejores salarios, buenas condiciones de vida y de trabajo, posibilidades de ascenso».²³²

«En este sistema, la iniciativa privada debe encontrar su lugar, y un lugar que le permita, gracias a sus capacidades, desarrollarse plenamente».²³³

Junio de 1947 - «La democracia popular no es ni socialista ni soviética. Es el paso de la democracia al socialismo. Crea las condiciones favorables para el desarrollo del socialismo a través de un proceso de lucha y trabajo. Cada país avanzará hacia el socialismo

²²⁸ Id., 242.

²²⁹ Id., 243.

²³⁰ Id., 277.

²³¹ Dimitrov, OE, 5, 30-32.

²³² Kessel, 17.

²³³ Dimitrov, OE, 5, 208-209.

a su manera. La ventaja de la democracia popular es que esta transición es posible sin la dictadura del proletariado». ²³⁴

Febrero de 1948 - «Es un peligroso error pensar que ha llegado el momento de liquidar los diversos partidos del Frente de la Patria y que éstos ya no tienen ningún papel que desempeñar... Este es el camino que nos conducirá un día a la creación de un partido político unitario de nuestro pueblo... que asumirá la dirección del Estado y de la sociedad». ²³⁵

Marzo de 1948 - «El personal de ingenieros y técnicos, que en el pasado estaba generalmente al servicio de los capitalistas para explotar y mantener a los obreros en una posición subordinada, se ha fusionado con la clase obrera, de la que ahora forma parte. Los funcionarios del Estado y otros empleados, que antes estaban separados de la clase obrera como algo muy especial, como un arma en manos de la burguesía dominante, ahora se han fusionado con la clase obrera y se han convertido en empleados del Estado popular». ²³⁶

Diciembre de 1948 - «Nuestro país, así como los demás países de democracia popular, ven abrirse la posibilidad de hacer la transición del capitalismo al socialismo sin régimen soviético, sólo mediante el régimen de democracia popular, a condición de que se fortalezca y desarrolle con la ayuda de la URSS y de los demás países de democracia popular». ²³⁷

Una transición pacífica al socialismo, un partido de todo el pueblo, el rechazo del poder soviético, la rehabilitación del parlamentarismo y la socialdemocracia, la promoción de los cuadros a la condición de «obreros», el soborno de la burguesía mediante cargos y privilegios -todas las tesis esenciales de la plataforma revisionista del XX congreso ya fueron elaboradas de forma acabada por Dimitrov en 1946-1948.

El hecho de que esta línea derechista se cubra de cálidas declaraciones de lealtad a «nuestro gran protector - la Unión Soviética» y al «genial maestro» Stalin, no elimina ni un ápice de su oportunismo. La obstinación del PTA en defender a Dimitrov como revolucionario marxista-leninista con el argumento de que siempre se ha declarado fiel a Stalin y a la Unión Soviética, acaba llevándole a consentir por silencio toda esta basura y a permitir que se introduzca de contrabando en las filas comunistas.

²³⁴ Id., 225.

²³⁵ Dimitrov, OC, 261.

²³⁶ Sófía, 127.

²³⁷ Id.

El PTA contribuyó más que ningún otro partido a desenmascarar el carácter antiobrero del sistema de «autogestión» y la naturaleza proimperialista del «no alineamiento» yugoslavo. Sin embargo, sintomáticamente, esta denuncia se vuelve vaga y vacilante cuando se trata de exponer los orígenes políticos del marxismo y su naturaleza de clase.

«Las opiniones revisionistas de la dirección yugoslava», escribió Enver Hoxha, «habían cristalizado mucho antes de la liberación, posiblemente desde la época en que el PCJ formaba parte de la Comintern». Más tarde, durante la lucha de liberación, la dirección yugoslava mostró «sospechosas tendencias a inclinarse del lado de los angloamericanos».²³⁸

Esta forma cautelosa de ver el problema no es, como cabría suponer, el resultado de una falta de información fiable. El PTA está en mejores condiciones que nadie para saber cómo nacieron los titíes. Y es sin duda porque conoce perfectamente el papel desempeñado por J. Dimitrov por lo que no le interesa arrojar luz sobre el tema. Un esfuerzo inútil, dados los hechos que se están haciendo públicos.

Tito, por su parte, nunca ocultó el apoyo que recibía de Dimitrov. En una conferencia revisionista internacional celebrada en 1972 en honor del líder búlgaro, elogió «el valor de J. Dimitrov cuando, en vísperas de la guerra, defendió a nuestro partido de acusaciones injustas con la fuerza de su prestigio».²³⁹

Estas «injustas acusaciones» no eran ni más ni menos que críticas dirigidas a la IC por la orientación ya derechista del PCJ, bajo la dirección de Tito desde 1936. Fue con la confianza expresa de Dimitrov que Tito pudo ascender al puesto de secretario general del partido a finales de 1938.²⁴⁰ Acudiendo en ayuda de Tito, así como de todos los oportunistas que encontraban dificultades para pasar a la nueva política del VII Congreso, Dimitrov contribuyó decisivamente a la formación de la corriente titoísta.

Durante la primera fase de la lucha contra el invasor nazi, las fuerzas marxista-leninistas que aún existían en el PCJ dieron a la guerra de guerrillas un sello revolucionario decisivo, neutralizando temporalmente el oportunismo de Tito. Fue en esta situación cuando Dimitrov intervino una

²³⁸ E. Hoxha, *Autogestion*, 4-6.

²³⁹ Agosti, III, 1077.

²⁴⁰ Agosti, III, 1077.

vez más en apoyo de Tito. En 1942, cuando el Frente de Liberación Yugoslavo se negó a reconocer al gobierno monárquico en el exilio en Londres y dirigió la ofensiva contra las fuerzas de Mihailovich, apoyadas por los británicos, que se habían confabulado con el ocupante, el Secretario General de la IC (sin duda siguiendo instrucciones de Stalin) envió una carta a Tito, aconsejándole moderación. *«El estudio de toda la información que nos ha enviado nos lleva a pensar que los miembros de los gobiernos británico y yugoslavo tienen razones para sospechar que el movimiento guerrillero está adquiriendo un carácter comunista, tendente a la soviétización de Yugoslavia».* *«No consideréis las cuestiones de vuestra lucha sólo desde vuestro punto de vista nacional, sino también desde el punto de vista internacional de la coalición angloestadounidense-soviética».*²⁴¹

Fue una incitación al compromiso, que Tito se apresuró a poner en práctica concienzudamente. El acuerdo al que llegó poco después con los emisarios de Churchill puso definitivamente a la lucha de liberación de Yugoslavia en el camino del abandono de la revolución que salió a la luz tras el final de la guerra.

Naturalmente, esto sólo podía hacerse a costa de aniquilar la corriente comunista en el PCJ. El PTA, que nunca deja de recordar a los miles de comunistas yugoslavos fusilados o metidos en campos de concentración por Tito por oponerse al desmantelamiento del partido y a la pérdida de la revolución, debería añadir que esta masacre fue el resultado de la orientación oportunista emanada de la Internacional en 1942.

Las soluciones «innovadoras» del titoísmo, con la subordinación del partido al Frente y su relegación a la categoría de «Liga» con funciones puramente ideológicas, con el sistema de «autogestión», la protección de la burguesía campesina y mercantil, etc., etc., que debían ser denunciadas en la carta de Stalin y Molotov en 1948, estaban todas en consonancia con las concepciones del VII Congreso. Tito no hizo más que aplicar las concepciones dimitrovistas de la democracia popular como régimen intermedio, a medio camino entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado.

Sobre esta base **pequeñoburguesa** nació el nacionalismo exacerbado del régimen yugoslavo. El proyecto de la Federación Balcánica (que, por cierto, fue patrocinado por Dimitrov y sólo no llegó a ponerse en práctica debido a la oposición de Stalin) expresaba la ambición de la pequeña burguesía gobernante de colocarse en una posición ventajosa para negociar con la Unión Soviética y Occidente.

²⁴¹ Agosti, III, 1186.

La virulenta campaña contra **el titoísmo** desatada en el PCUS, las democracias populares y el MCI a partir de 1949, al centrarse casi exclusivamente en su nacionalismo antisoviético y presentarlo como obra de «un grupo de espías y provocadores», dejó en la sombra lo que el centrismo era incapaz de reconocer: **que la traición de Tito expresaba la llegada al poder de la pequeña burguesía, que la naturaleza social del régimen yugoslavo descansaba sobre la misma base de compromiso de clase que el resto de las democracias populares, y que, por tanto, la única defensa contra el peligro de contaminación titoísta era hacer avanzar decididamente el proceso revolucionario que había quedado bloqueado a medio camino.** Como esto no se hizo, Tito pudo frustrar los intentos de aislarlo, consolidarse en el poder con el apoyo del imperialismo y convertirse en la levadura de la «liberalización» contrarrevolucionaria que se extendió a Polonia, Hungría, etc. Y ello no sólo por la subversión y el espionaje, sino sobre todo por los lazos de **clase** que hacían aparecer a Yugoslavia entre las Democracias Populares.

El PTA, que entre 1944 y 1948 se encontró bajo la dirección del grupo titoísta de Koçi Xoxe y bajo la amenaza de ver a Albania integrada en Yugoslavia, conoce mejor que ningún otro partido la inspiración dimitrovista de la traición de Tito. Su actual pretensión de propagar la línea de Dimitrov en la corriente internacional del marxismo-leninismo es, por tanto, tanto más escandalosa. Esto equivale objetivamente a sembrar las semillas de nuevas variantes del titoísmo.

Los orígenes del maoísmo

Al mismo tiempo, tras una gigantesca guerra campesina dirigida por el partido comunista, triunfó en China la revolución antifeudal y antiimperialista. Esta revolución, que el PTA trata hoy tan despectivamente, sacó en su momento al país más poblado del mundo del campo del imperialismo y acumuló una experiencia sólo comparable a la de la gran revolución rusa. Estudiarla en detalle, en sus lecciones positivas y negativas, es una tarea que la corriente marxista-leninista no puede eludir si quiere aprender algo del último medio siglo.

Lo que quiero señalar aquí es que **el compromiso maoísta con la «nueva democracia», que dictó la posterior desintegración y degeneración de la revolución china, se inspiró en la línea del VII Congreso.** Presentar el maoísmo como una invención revisionista opuesta a la IC -como ha venido haciendo el PTA- es tergiversar los hechos para proteger una vez más al centrismo de las críticas.

El giro que llevó a Mao Tsetung a asumir la dirección del PCCh (conferencia de Tsunyi, enero de 1935) se había hecho imperativo para salvar al partido y al Ejército Rojo del desastre con que les amenazaba la política aventurera e «izquierdista» de Li Li San y Wang Ming-Po Ku. Con la Larga Marcha y la creación de nuevas bases revolucionarias, Mao frustró las campañas de cerco y aniquilamiento y preparó las futuras victorias de la revolución.

Sin embargo, el giro en la conducción de la guerra fue sólo un aspecto de un giro político fundamental que había ido madurando gradualmente y que se produjo en el mismo momento en que la línea de «clase contra clase» de la IC estaba siendo sustituida por la política de frente único. Y aquí se hacen evidentes los vínculos entre el concepto maoísta de «nueva democracia» y las innovaciones unitarias lanzadas por el CEIC.

De hecho, la novedad de la política de Mao a partir de 1935 fue el abandono del objetivo de la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y campesinos (ésta era la consigna de la IC para los partidos de los países dependientes), en favor del establecimiento de una república democrática basada en la **alianza de las cuatro clases**: el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía media nacional.

Al apoyarse en los «tres principios» de Sun Yatsen (nacionalismo, democracia, socialismo) para ampliar la base de apoyo del partido comunista, Mao abandonó la clasificación que el VI Congreso de la IC ya había hecho del «sunyatsenismo» como la ideología del nacionalismo pequeñoburgués populista, que ocultaba la lucha de clases bajo la noción de «pueblo» y que se había convertido en una «fuerza conservadora que obstaculizaba el desarrollo de la revolución».²⁴²

La burguesía media, que desde los acontecimientos de 1927 había revelado claramente su paso de una actitud vacilante a una alianza con la contrarrevolución y el imperialismo, era considerada ahora por Mao como parte integrante del pueblo y de las fuerzas revolucionarias. «El error», escribió Mao en 1939, respondiendo a las críticas que se suscitaban en el partido, «*reside en confundir a la burguesía china con la burguesía de los países capitalistas. Esto lleva a despreciar la política de formar un frente único con la burguesía y mantener este frente en la medida de lo posible*».²⁴³

Este cambio fundamental, justificado al principio por la entrada en escena de la guerra de resistencia antijaponesa, continuó más allá de la derrota de Japón e incluso se hizo cada vez más pronunciado. Incluso las

²⁴² VI Congreso de la IC, 102.

²⁴³ Mao, OE, II, 471.

reservas iniciales sobre el carácter dual de la burguesía nacional fueron abandonadas gradualmente.

Esto correspondía exactamente a las nuevas posiciones adoptadas por la dirección de la IC, que se esforzaba por extender el frente único a toda la zona intermedia, dejando fuera únicamente a los aliados directos del fascismo alemán y japonés. Como esta concepción planteaba serias cuestiones de principio y ponía en tela de juicio las tesis de Lenin sobre la cuestión nacional y colonial, el 7º congreso optó por la omisión pura y simple de los problemas de la revolución de liberación nacional. Sin embargo, fuera del congreso, fue esta orientación la que se transmitió a los partidos.

A principios de 1935, la revista oficial *La Internacional Comunista* publicó un extenso artículo sobre la lucha por un frente único antiimperialista en las colonias y países dependientes, en el que criticaba los anteriores «errores sectarios» y aconsejaba «*incluir al grueso de la burguesía nacional en la lucha contra el imperialismo, para insertar mejor a los comunistas en el movimiento popular*».²⁴⁴

Tras el congreso, la insistencia en la necesidad de un frente unido con la burguesía nacional siguió siendo una constante en la orientación del CEIC. Wang Ming, miembro del CEIC, defendió en la *Internacional Comunista* la necesidad de una mayor colaboración entre el partido y el Kuomintang, «sin subordinación ni supremacía», «por un futuro libre, feliz e independiente».²⁴⁵

Fue en esta línea de pensamiento en la que Mao elaboró los conceptos de «nueva democracia». El deseo de vaciar el campo enemigo abriendo cada vez más el frente único le llevó a conceder a los representantes de la burguesía nacional un tercio de los escaños en las asambleas populares y órganos de poder de las regiones liberadas,²⁴⁶ a sustituir la expropiación de la tierra por una reducción de los alquileres y de los intereses («los campesinos viven y los señores viven»),²⁴⁷ moderar las reivindicaciones de los trabajadores para no afectar a los beneficios de los industriales y comerciantes, etc.

Así, el Partido Comunista Chino llegó a la plataforma de su 7º Congreso de abril de 1945, sobre el gobierno de coalición con el Kuomintang y otros partidos, en la que Mao defendió elaboradamente la «armonización» y el

²⁴⁴ La IC (IML), 11, 37-38.

²⁴⁵ Id, 122-123.

²⁴⁶ Degras, III, 458.

²⁴⁷ Mao, OE, IV, 330, 348.

«ajuste» entre el trabajo y el capital,²⁴⁸ «el crecimiento del capital privado y la protección de la propiedad privada»,²⁴⁹ «el desarrollo del capitalismo durante un período bastante largo» tras la victoria de la revolución.²⁵⁰

Es imposible criticar hoy estas concepciones si no señalamos que fueron una aplicación de la política del VII Congreso en las condiciones particulares de China. Mao no sólo no se desvió de la línea de frente único trazada para el MCI en su conjunto, sino que incluso tuvo el mérito, a pesar de los errores derechistas, de no ceder nunca ante la contrarrevolución de la burguesía compradora y de los feudelistas, agrupados en el Kuomintang, y de dirigir victoriosamente hasta el final la guerra por su derrocamiento. Las presiones que vinieron de la dirección de la IC, y más tarde de la Unión Soviética y Stalin, para que el PC chino transigiera con el Kuomintang y pusiera fin a la guerra, a fin de obtener la legalidad en una república burguesa presidida por Chiang Kai-chek, son ahora ampliamente conocidas. Los dudosos compromisos que Mao aceptó con el Kuomintang, como el incidente de Sian y las negociaciones de 1945, quedaron muy lejos de lo que se le aconsejó. La acusación (formulada tanto por los revisionistas rusos como por los centristas albaneses) de que Mao siguió una línea oportunista desafiando a la IC y la opinión del PCUS sólo puede calificarse de pura hipocresía.

Como era inevitable, la política de concesiones a la burguesía media (y a los «nobles ilustrados») tenía que ir acompañada de la condena como «izquierdista» de toda la política del partido entre 1928 y 1935 y de una lucha contra el «izquierdismo» como principal peligro en el partido. «En la actualidad, lo más grave es la desviación 'izquierdista', en cuanto desprecia la conquista de la burguesía media y de los nobles ilustrados» (marzo de 1940).²⁵¹ «Las nefastas tendencias izquierdistas siguen siendo hoy el principal peligro dentro del partido». «Las opiniones derechistas, que constituían un grave problema en el pasado, han sido esencialmente eliminadas» (diciembre de 1940).²⁵² Se equivocan los camaradas que piensan que necesitamos «sólo el llamado poder de los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía urbana» (mayo de 1941).²⁵³

En un partido compuesto mayoritariamente por campesinos, esta campaña sistemática contra el «izquierdismo» eliminó los últimos focos de

²⁴⁸ Mao, OE, 111, 359, 400.

²⁴⁹ Id., 361.

²⁵⁰ Id, 388-389.

²⁵¹ Mao, OE, II, 684.

²⁵² Id,729.

²⁵³ Id., 764-765.

resistencia a la ideología proletaria y sembró el terreno para la ideología pequeñoburguesa de «todo el pueblo». De ser la vanguardia revolucionaria del proletariado, los comunistas pasaron a ser «servidores del pueblo», en una perspectiva democrática típicamente pequeñoburguesa, expresada de forma lapidaria en los escritos de Mao. La crítica de los errores perdió su referencia de clase y se trasladó al plano meramente filosófico y moral (lucha contra el subjetivismo, el empirismo, la arrogancia...). La ensordecedora lucha de clases que se libraba en el terreno de la «nueva democracia» para decidir quién cosecharía los frutos de la revolución quedó oscurecida por un populismo pedagógico que apostaba por la reeducación general de todas las clases a través del ejercicio de la democracia.

Una vez establecido el poder de la «nueva democracia», se revelaría dramáticamente la incapacidad del partido, arrastrado por la ideología pequeñoburguesa y burguesa, para llevar la revolución a la siguiente etapa.

El Cominform

La luna de miel democrática del final de la guerra pronto dio paso a una ola de reacción desenfundada. Estados Unidos ocupó con orgullo el lugar dejado vacante por el difunto «Eje». Se inicia un nuevo ciclo de guerras coloniales y masacres (Indonesia, Indochina, Palestina, Malasia...), el Kuomintang se lanza contra la China Roja, las guerrillas griegas son aplastadas. Con el impulso del Plan Marshall, los partidos comunistas fueron expulsados del gobierno, los partidos socialdemócratas fueron movilizados para la campaña anticomunista, la división sindical se intensificó. El régimen de Tito fue utilizado como caballo de Troya en las democracias populares, se activaron los preparativos para la guerra atómica contra la Unión Soviética, se creó la OTAN, comenzó la masacre de Corea, entró la «guerra fría».

A medida que el cuadro real de la lucha de clases se definía en toda su brutal claridad, a medida que las necias ilusiones del «nuevo mundo democrático» se evaporaban y que la pequeña burguesía, ideológicamente en ruinas, se desplazaba hacia la derecha, la incapacidad de los partidos para hacer frente a la nueva situación se hacía más evidente. El lastre oportunista acumulado en ellos por diez años de colaboración de clases «democrática» los empujaba invenciblemente hacia la capitulación. La única forma que veían de detener la amenaza del fascismo y la guerra era dar un paso más hacia la fusión con la democracia pequeñoburguesa.

El Cominform, creado en septiembre de 1947, fue el último intento del ala centrista, encabezada por Stalin, de levantar una barrera a la marea

oportunista que amenazaba con sumergir el movimiento comunista y disgregar el campo de las democracias populares. El Buró de Información abrió fuego contra la política de concesiones a la burguesía que campaba a sus anchas en Yugoslavia y Polonia, aisló y desenmascaró a Tito y Gomulka, y frenó el avance de sus partidarios en los países vecinos. Criticado públicamente en *Pravda* por su propuesta de una Federación Balcánica, abierta incluso a Grecia (!), Dimitrov se vio obligado a hacer autocrítica.²⁵⁴ Se acabaron las teorías sobre la democracia popular como «excepción» a la dictadura del proletariado.

El Cominform también criticó el comportamiento reformista del PCF y del PCI durante la lucha de liberación y su electoralismo desenfrenado en la posguerra, atacó el oportunismo que corroía al Partido Comunista de Japón, combatió el ambiente de pánico ante el chantaje atómico del imperialismo, desenmascaró el sucio papel de los jefes socialdemócratas como agentes del gran capital y movilizó a los comunistas para resistir la ola reaccionaria que se extendía por el mundo desde EEUU.

Pero este giro se mantuvo, como el de 1939, dentro del marco centrista establecido por el 7º Congreso. Se desautorizaron y silenciaron temporalmente las posiciones oportunistas extremas, pero no se tocó la línea de colaboración democrática de clases que las alimentaba. En las democracias populares, se intentó frenar el crecimiento de la agitación pequeñoburguesa fusionando los partidos socialdemócratas con los partidos comunistas (1948), lo que preparó el camino para un agravamiento aún mayor de la crisis. En los países capitalistas, los partidos se centraron en la activación de las luchas de masas, pero sólo en torno a consignas en defensa de la paz, la democracia y el nivel de vida de los trabajadores.

La verdad es que la línea del Cominform, para ser coherente, tendría que poner en el orden del día la necesidad de una ruptura de principios con el 7º congreso. Derrotar con decisión la línea pequeñoburguesa de Tito y Gomulka no implicaba la ejecución de sus partidarios tras truculentos procesos judiciales, sino una crítica fundamental de la teoría de la democracia popular elaborada por Dimitrov. Movilizar a la clase obrera contra las acciones reaccionarias y retrógradas de la socialdemocracia exigía condenar la política de frentes únicos aplicada por la dirección desde 1935. Derrotar al reformismo que proliferaba en los partidos exigía criticar valientemente la campaña «antiseccaria» lanzada por el 7º Congreso, a la sombra de la cual los oportunistas habían prosperado y los revolucionarios habían sido excluidos. Afirmar una verdadera política de hegemonía

²⁵⁴ Dimitrov, OE, 5,187.

proletaria significaba rechazar la perspectiva del bloque democrático pequeñoburgués obrero, condenado por la vida. Ponerse a la cabeza de la lucha por la liberación nacional exigía derrocar las tesis de las burguesías nacionales «revolucionarias». La bolchevización de los partidos sólo era posible si rechazábamos la podrida teoría del «partido obrero único», etc., etc.

Pero el Cominform ya no tenía ni la previsión ni la firmeza para hacer esta ruptura con el pasado. Esto dejó a los partidos en un punto intermedio, en el que endurecieron su lenguaje, pero siguieron dejándose llevar por las pequeñas estrategias de las «conquistas democráticas», sin ninguna dirección revolucionaria. Toda su política descansaba en la esperanza de que los futuros avances de la Unión Soviética harían retroceder al imperialismo y les permitirían llegar un día al poder, sin lucha revolucionaria. Al amparo de la exaltación de la Unión Soviética, dada como garante de la fidelidad al marxismo-leninismo, se inculcó la perspectiva reformista de la lenta «desintegración» del poder de la burguesía penetrando en las instituciones y respetando las reglas del juego constitucional y parlamentario. Con el argumento de «ganar tiempo» y «acumular fuerzas», los partidos se pudrieron.

Esto permitió a dirigentes oportunistas como Thorez, Togliatti, Cunhal, etc. mantenerse a flote en la ola estalinista y permanecer a la cabeza de los partidos sin renunciar a sus concepciones de colaboración de clases. Multiplicando hasta el absurdo las alabanzas al «gran Stalin» y las incendiarias declaraciones de lealtad a la Unión Soviética, se aseguraron un espacio para continuar la corrupción de los partidos en la dirección del revisionismo.

En 1952, por ejemplo, el Partido Comunista de Gran Bretaña pudo publicar acriticamente un programa para el paso pacífico de Gran Bretaña al socialismo, llevando a remolque a la Commonwealth, en una burda mezcla de reformismo y chovinismo imperial. La campaña internacional contra las armas atómicas y la amenaza de una nueva guerra, que debía movilizar a la clase obrera y a los pueblos contra el imperialismo norteamericano y las burguesías reaccionarias, fue puesta patas arriba por el oportunismo y transformada en una avalancha de peticiones pacifistas, que extendieron aún más el espíritu pequeñoburgués de capitulación y armonización de clases en los partidos y en la clase obrera. Incluso la defensa ante los tribunales de A. Cunhal, triste manifiesto del oportunismo portugués, fue elogiada por la revista soviética *Bolshevik*...

Esto nos llevó a la etapa final del centrismo, que caracterizó los últimos años de la dirección de Stalin. Con las tendencias derechistas creciendo imparablemente por todos los poros del centrismo agonizante, los últimos

resistentes, los que aún conservaban reflejos de clase, se vieron reducidos a una vana batalla de retraso. Desarmados ideológicamente por la plataforma del 7º congreso, incapaces de deslindar fronteras con el oportunismo y de desmarcarse de la pequeña burguesía, los «estalinistas» se atrincheraron en la dictadura del aparato, en la rigidez dogmática y sectaria, como último recurso de resistencia desesperada. E incluso esta vez, con su inconsecuencia centrista, sólo consiguieron dar argumentos a la tesis derechista de que era imperativo «actualizar» el marxismo-leninismo.

La muerte de Stalin derribó el último obstáculo que impedía la libre expansión de la corriente derechista. El revisionismo, ya plenamente formado en el seno del centrismo, pudo extenderse en una impetuosa ola que sumergió a todo el movimiento comunista. La misión del 7º Congreso estaba cumplida.

8. EL CENTRISMO EN PORTUGAL

«Son los trabajadores los que se identifican con la nación
y son los fascistas los que se divorcian de ella».

ÁLVARO CUNHAL.²⁵⁵

No hay mejor contraprueba para evaluar el contenido político real del VII Congreso que examinar su aplicación en el terreno más cercano a nosotros. Los acontecimientos de la transformación del PCP entre 1930 y 1960 documentan vívidamente la función del centrismo como veneno paralizante del comunismo y embrión del revisionismo.

Por esta misma razón, la corriente llamada «marxista-leninista» en Portugal se enredó en contradicciones insalvables cuando intentó criticar la «unidad de los honorables portugueses» y el «levantamiento nacional» sin cuestionar el legado del VII Congreso de la IC. De ahí surgió la tendencia a tergiversar la historia del PCP, poniendo por un lado al «cunhalismo» como una excrescencia oportunista maligna, y por otro a la dirección de Bento Gonçalves en los años 30 y de José Gregório en los 50, como auténticos representantes de la Internacional y del Cominform.

La verdad es que, si hubo oscilaciones políticas evidentes en la trayectoria del PCP a lo largo de estas tres décadas, todas ellas se inscribían en el mismo marco centrista puesto en marcha por el VII Congreso de la Internacional. Bento Gonçalves, Álvaro Cunhal y José Gregório expresaron, con distintas variantes, los sucesivos períodos de auge, florecimiento, declive y crisis final del centrismo en el PCP. La naturaleza política y social del «cunhalismo» sólo puede entenderse plenamente si se ve en relación con los demás productos del centrismo en nuestro país.

La crítica al centrismo como período intermedio en la degeneración del comunismo nos permite comprender mejor la transformación pequeñoburguesa del PCP bajo la dirección de las ideas de Álvaro Cunhal. Nos lleva del terreno románico de los «golpes» al terreno de la lucha de clases dentro del partido. Muestra el ascenso gradual de la pequeña burguesía «comunista» en el seno del partido obrero.

También muestra los límites del proyecto del PC(R), que, al fijarse como objetivo «reconstruir el verdadero partido comunista de Bento, Alex, Militão y Gregório», intentaría una tarea imposible: el rejuvenecimiento de la vieja política «popular» de fusión obrero-campesino-burguesa bajo los

²⁵⁵ Cunhal, I Congresso.

colores del «25 de abril popular» y de la «revolución democrático-popular».

Sin querer entrar en la historia de la lucha de tendencias en el PCP, lo que es imposible en el ámbito de este trabajo, será útil mostrar las diversas fases por las que pasó el centrismo portugués hasta cumplir su papel histórico: anestesiar ideológicamente al PCP, preparándolo para recibir sin problemas al revisionismo.

¿Cómo fracasó el VI Congreso en Portugal?

Fue con el impulso del VI Congreso de la IC cuando el PCP, al igual que otros partidos, nació por primera vez como vanguardia obrera revolucionaria. La reorganización de abril de 1929, dirigida por B. Gonçalves y J. Sousa, sacó al partido del estancamiento. Gonçalves y J. Sousa, sacó al partido de la apatía en la que agonizaba.

Los argumentos de que el fascismo hacía imposible la lucha y que había que ahorrar fuerzas, esperando la «hora», fueron desenmascarados como capitulaciones pequeñoburguesas. El partido se lanzó enérgicamente a la tarea de ganar a la clase a la influencia anarcosindicalista, creó una fuerte corriente sindical revolucionaria con la CEI, se implantó en el proletariado rural del Sur y pronto se convirtió en el líder reconocido del movimiento obrero. En 1931-1932 organizó y dirigió importantes acciones obreras contra el hambre, el paro y el régimen de Salazar.

Este trabajo positivo, en la línea de «clase contra clase» dictada por el 6º Congreso, adolecía de serias debilidades. En términos de **estrategia**, no había una plataforma definida para la insurrección antifascista en el marco de la revolución, lo que hacía imposible romper con la vieja visión del proletariado como punta de lanza de un golpe militar liberal. En **cuanto a la táctica**, no existía ninguna delimitación entre el antifascismo obrero y el antifascismo pequeñoburgués. En términos de **organización**, el partido no aplicó las directrices de la IC de estructurarse sobre la base de células de fábrica, lo que limitaba el peso de los trabajadores en la acción política, la ideología y el estilo de trabajo.

De este modo, la corriente proletaria avanzada, que veía en la revolución de tipo soviético la salida de la lucha, no pudo desarrollar una alternativa marxista-leninista a la corriente oportunista en el partido, no pudo liberarse completamente del infantilismo anarcosindicalista y no pudo desempeñar el papel clave que debía desempeñar en la maduración política del partido.

Así surgió el 18 de enero, como respuesta «total» a la ofensiva de la dictadura contra los sindicatos. Intentando precipitar la insurrección

antifascista a través de la huelga general, sin que se cumplieran las condiciones mínimas, la vanguardia obrera se encontró aislada de las masas y fue fácilmente derrotada.

El partido sufrió un duro golpe. Severo sobre todo en el plano político, en la medida en que sembró la incredulidad en la línea clasista de los comunistas, que apenas daba sus primeros pasos. Bento Gonçalves sacó conclusiones derechistas del 18 de enero. Su justa batalla por educar a las masas mediante reivindicaciones parciales evolucionó hacia un reformismo cada vez más pronunciado. El soviét de Marinha Grande pasó a ser visto como un sueño insensato. A la sombra de las críticas al aventurerismo, ganó terreno en el partido la idea de que el proletariado tenía que moderar sus aspiraciones revolucionarias para no aislarse, y volvió a extenderse la creencia paralizante de que «sin los republicanos no podemos hacer nada». La perspectiva del poder quedó desterrada.

El giro del 7º Congreso encajó como un guante en este espíritu derrotista. La timidez política y el reformismo pudieron apoyarse en la autoridad de la línea democrática unitaria de la IC para rechazar toda la experiencia positiva acumulada. El proyecto de una lucha proletaria revolucionaria fue tachado de «sectarismo». La resistencia que durante algunos años había contenido la presión del oportunismo de derechas cayó. El PCP fue invadido por una marea oportunista.

El Frente Popular

Lo que los dirigentes trajeron del 7º congreso fue la decisión de apostar todo por una amplia oposición unida al régimen, dejando de lado la línea de «clase contra clase» por sectaria. La nueva dirección, en la que ya destacaba A. Cunhal, se mostraba esperanzada. Cunhal, tenía la esperanza de lograr el mismo éxito espectacular que los frentes populares en España y Francia. La activación de la oposición liberal y estudiantil, muy fuerte en 1935, alimentó la euforia unitaria e hizo olvidar la difícil situación del partido en el movimiento obrero tras la fascistización de los sindicatos.

Inmediatamente se hicieron propuestas de frente único a la CGT, que entonces ya era un cadáver. Se suprimió la prensa sindical clandestina, se disolvió el CIS, se entablaron negociaciones con los grupos republicanos y se adoptó una perspectiva «democrático-general» para todo el pueblo. Siguiendo los nuevos vientos procedentes de la Internacional, la revolución portuguesa fue declarada «democrático-popular», sin intentar ninguna justificación de clase para esta perspectiva.

Al principio, todo parecía ir viento en popa. En febrero de 1936, **¡Avante!** anuncia que «acaba de constituirse el Frente Popular, compuesto por una

docena de organizaciones obreras y pequeñoburguesas». El poder de atracción del partido crece entre amplios sectores de estudiantes e intelectuales, entusiasmados con la nueva política al servicio de la unidad antifascista. *Avante!* se convierte en semanario.

Pero mientras tanto, el número de trabajadores organizados disminuía, no había política sindical y la resistencia de los trabajadores a la explotación caía al nivel más bajo. Reducido al papel de animador de la Oposición Unitaria, el partido perdió sus lazos con la clase y envenenó la conciencia de la vanguardia con un republicanismo rastrero. El precio pagado por el Frente Popular (que nunca fue más allá de su nombre) fue la firma por el partido de un programa unitario, en el que no decía nada sobre el camino hacia el derrocamiento del fascismo y reivindicaba las «provincias de ultramar» como «parte integrante e inviolable de la Nación».²⁵⁶

Por debajo de los éxitos aparentes, el partido seguía a la deriva. El levantamiento de los marineros de septiembre de 1936, la sacudida final del golpismo «comunista», empeoró aún más la situación: paralizó al partido de fuerzas revolucionarias, acentuó el descrédito en el camino de la insurrección y aceleró el crecimiento del oportunismo.

En 1938, la nueva política empezó a fracasar. El fracaso del Frente Popular en Francia, el inminente desastre en España y el ascenso del nazismo consolidaron el régimen de Salazar y pusieron en estampida a la pequeña burguesía republicana. El partido se vio obligado a constatar que «la unión de las organizaciones antifascistas lleva una vida pasiva que desacredita la idea de un frente popular en nuestro país» y que la situación nacional no era propicia para acuerdos entre partidos como base del frente.²⁵⁷

Sin embargo, la muerte al nacer del Frente Popular no fue sólo ni principalmente el resultado del amenazador curso de la situación internacional. El factor principal fue la crisis a la que había llegado el partido como consecuencia de sus concesiones oportunistas. En el afán de abrirse al sentimiento pequeñoburgués, el centro de la política se desplazó hacia la campaña por la amnistía y la denuncia de los peligros que Salazar acarrearía para la «economía nacional», la independencia y la posesión de las colonias. Se multiplicaron las exhortaciones a la pequeña burguesía y a los «legionarios honrados». Ni una palabra sobre el derrocamiento revolucionario del régimen. No es sorprendente que esta línea repeliera todo lo mejor de la clase obrera.

²⁵⁶ Manta, *Frente Popular*, 64.

²⁵⁷ Objetivos y táctica del Frente Popular.

Aquí, como en otros países, el señuelo de atraer a toda costa a las fuerzas intermedias se tradujo en la pérdida del único polo de atracción que podía arrastrarlas a la lucha. La corriente obrera revolucionaria que había propiciado las jornadas de 1931-1932 y el 18 de enero ya no existía, y era inevitable que todo se viniera abajo.

Privado de una base laboral seria, el PCP se convirtió en un blanco fácil para la policía. *Avante!* dejó de publicarse en mayo de 1938. La dirección del partido, constantemente atacada, pasó de mano en mano y fue asumida por elementos oportunistas incapaces de la lucha clandestina. En 1939, la IC retiró su reconocimiento al PCP.

Esta debacle, que Cunhal atribuyó más tarde al retraso de los métodos conspirativos, fue el resultado directo de la política dictada por el VII Congreso, que había convertido al PCP en una organización democrática radical.

Y esto se expresa de forma escandalosa en la defensa de Bento Gonçalves ante el tribunal, en la que el partido queda relegado al papel de continuador de las tradiciones liberales y patrióticas de la burguesía, ¡e incluso critica al gobierno de Salazar por no salvaguardar la posesión de las colonias frente a la codicia del «Eje»! Las últimas propuestas de Bento en Tarrafal, por una «nueva política» de apoyo a Salazar si estaba dispuesto a defender la independencia, muestran la degradación ideológica que el 7º Congreso había producido en este abnegado constructor del partido.

El «levantamiento nacional»

La situación caótica que se había creado provocó una aguda lucha de tendencias en el seno del partido en desbandada. En 1940-1941, el núcleo reorganizador dirigido por Cunhal, Fogaça, Guedes, Gregório, etc. se levantó contra la derecha, que había perdido todas las referencias comunistas en su ansiosa búsqueda de la unidad democrática. Como diez años antes, la ruptura con el oportunismo se materializó en la lucha por salvar al partido como única esperanza de la lucha popular.

En pocos años, al precio de duros sacrificios, el PCP resurgió como la única fuerza antifascista organizada. Combinando acertadamente el trabajo legal e ilegal, socavando los sindicatos nacionales fascistas, el partido dirigió a la clase obrera en grandes luchas, entre las que destaca la gran huelga de la región de Lisboa en julio de 1943. El proletariado recuperó la confianza en sus fuerzas y en su partido.

Sin embargo, no se aprendieron las lecciones políticas del periodo anterior, que era lo principal. No se denunciaron las concesiones a la pequeña burguesía como origen del fracaso del Frente Popular y de la

corrupción del partido. No hicieron balance del 18 de enero, para separar lo positivo de lo negativo. No se preguntaron por qué la aplicación del 7º Congreso había llevado a la ruptura del partido. No se dieron cuenta de que sin trazar una línea de clase para la insurrección antifascista, con la revolución socialista en mente, todas las conquistas inmediatas estaban amenazadas. El partido comenzó así, en medio de la embriaguez de un crecimiento impetuoso, a avanzar hacia un nuevo desastre.

En 1944 se dieron las condiciones para una ofensiva política de masas en todos los frentes. La agitación se extendió desde las concentraciones proletarias de Lisboa y el Alentejo al campesinado del norte, a amplios sectores de asalariados, estudiantes, etc. El heroísmo con el que la Unión Soviética derrotaba al nazismo multiplicaba las energías de los comunistas y despertaba de nuevo en la vanguardia obrera la perspectiva de coronar la caída del fascismo con la revolución.

Fue en esta crisis mortal para el régimen cuando se reveló la moderación oportunista de la política de Cunhal. El movimiento antifascista fue subsumido en el MUNAF [Movimento de Unidade Nacional Antifascista], y después en el MUD [Movimento de Unidade Democrática], reediciones del Frente Popular de 1936, que dieron a la burguesía liberal el control político de las masas. Convencido de que la pieza que faltaba para la caída de Salazar era una unidad más estrecha de la Oposición, Cunhal se sentó a la mesa de negociaciones para elaborar el programa de un mítico Gobierno Democrático de Unión Nacional, cuando el movimiento obrero y popular necesitaba abrirse a la insurrección.

El miedo a asustar a la burguesía llevó incluso a Cunhal a invertir el objetivo de la lucha ideológica. Disolvió los GAC (Grupos de Combate Antifascista), alegando el peligro de golpismo, frenó el «lenguaje demasiado elegante» de la prensa comunista, se preocupó por «satisfacer los deseos de la pequeña burguesía», combatió el «sectarismo» y el «laborismo».

A partir de 1945, todos sus esfuerzos se dirigieron a explicar a la pequeña burguesía que no tenía nada que temer de la clase obrera y de los comunistas. La política del «levantamiento nacional», por la «unidad de todos los portugueses honrados», sin olvidar a los «oficiales patriotas», formulada en el 2º congreso de 1946, consagró la búsqueda de Cunhal de una línea media, que cerrase el paso al impulso revolucionario popular sin caer en los excesos oportunistas de la «política de transición» defendida por Fogaça. Esta capacidad centrista de «subordinar la izquierda a la derecha bajo frases izquierdistas» (expresión de Stalin) marcaría en adelante toda la política de Cunhal.

El «levantamiento nacional» parecía viable mientras durara el levantamiento de masas. Pero con el giro hacia el Plan Marshall y la Guerra Fría, la burguesía liberal intentó deshacerse de la comprometedora asociación con los comunistas. La MUD entró en crisis. La campaña de las elecciones presidenciales de 1949 tuvo lugar en medio de la desintegración de la Unidad y, lo que era peor, en medio de la descomposición ideológica del movimiento obrero y del partido. Lo que pudo ser la crisis final de la dictadura se perdió como río en ciénaga.

El periodo «sectario»

El fin de la MUD y el giro a la derecha de la burguesía democrática bajo la ofensiva reaccionaria provocaron un cambio en la política del partido, dirigido por J. Gregório. Fue el período que más tarde se calificó de «sectario» y que reflejó en nuestro país la nueva orientación general del movimiento comunista antes de la muerte de Stalin (Cominform).

Con el movimiento obrero y popular en reflujó y bajo duros golpes policiales, la dirección de J. Gregório defendió al partido y mantuvo en alto la bandera de la resistencia, aglutinó la democracia radical en el MND, dirigió una intensa campaña antiimperialista, criticó las tendencias a la capitulación en el partido y en el movimiento de Oposición.

Por estos aspectos positivos, la corriente antirrevisionista valoró la línea del PCP en este período, contrastándola con el oportunismo de Cunhal. Sin embargo, al dejar intactos los fundamentos de la política del PCP desde el 7º Congreso, la política de Gregório no rompió con el oportunismo acumulado y acabó fracasando, enredada en contradicciones. Se atacó a los políticos republicanos, pero se mantuvo la línea del «levantamiento nacional», que se basaba precisamente en la alianza con ellos. Se elaboró el primer programa del partido, pero sin aclarar el carácter de la revolución ni la cuestión del poder, y se mantuvo el compromiso con un régimen parlamentario «popular». Se criticó la «política de transición», pero sin revelar su parentesco con el «levantamiento nacional». La denuncia del imperialismo norteamericano se vinculó a una campaña pacifista por un pacto de paz entre las cuatro grandes potencias. La degeneración marxista se redujo a un golpe de espías y provocadores, ocultando sus lecciones de clase. La plataforma oportunista expuesta por Cunhal en su defensa ante los tribunales se popularizó como línea directriz del partido.

En estas condiciones, no era posible hacer la ruptura que se necesitaba. Es más, el intento de aplicar una política radical y combativa sin criticar el coalicionismo, sin reconocer el antagonismo de intereses entre el proletariado y la burguesía de oposición, sin salir del marco centrista del 7º

congreso, condujo rápidamente al partido hacia una práctica rígida y sectaria, con la que intentaba «corregir» las bases moderadas de su política.

Desarmados ideológicamente para la acción política independiente, los dirigentes del partido, al tratar de combatir el oportunismo, cayeron en la rigidez y el inmovilismo, fomentaron el sectarismo hacia las masas, sofocaron la democracia interna y alimentaron el dogmatismo.

En estas condiciones, no fue difícil que creciera en el partido la corriente derechista liderada por J. Fogaça, que exigía que la práctica política se armonizara con los presupuestos de la línea del «levantamiento nacional» que nadie se atrevía a cuestionar. El nuevo auge del movimiento de oposición democrático-burgués iniciado en 1954, la salida forzada de J. Gregório y, sobre todo, el brutal giro a la derecha en la Unión Soviética y en el movimiento comunista tras la muerte de Stalin hicieron madurar en pocos meses las condiciones para el triunfo en el PCP de la línea ultraoportunista de «salida pacífica de Salazar».

Así, el tibio giro a la izquierda del Sr. Gregorio, incapaz de atacar los fundamentos oportunistas de la línea del partido, sólo consiguió retrasar media docena de años el estallido del revisionismo.

En el PCP, como en todo el MCI, el último período de «izquierda» demostró históricamente la imposibilidad de seguir una política revolucionaria sin romper con la política del bloque obrero-campesino-burgués establecida por el 7º Congreso. Por extraño que parezca, hoy, treinta años después, es todavía con esta ilusión centrista con la que los marxista-leninistas portugueses continúan luchando.

Balance del centrismo

Hacer el balance de un cuarto de siglo de vida del PCP nos permite comprender la dinámica política que le impidió consolidarse como partido obrero revolucionario y lo transformó gradualmente en un partido pequeñoburgués para los trabajadores. Queda claro que el proceso de degeneración del PCP es mucho más amplio que la simple política de «unidad de los honorables portugueses». El cunhalismo fue la forma más acabada de una corriente oportunista que venía de atrás y cuyas raíces se hundían en la tradicional sumisión política del proletariado a la pequeña burguesía.

La influencia del VI Congreso de la IC, que se centró en una política obrera independiente y en convertir al partido en una auténtica vanguardia bolchevique, sacudió pero no destruyó la tradición oportunista en nuestro país. A medida que el PCP se afianzaba en la clase obrera y se establecía como la única fuerza organizada de resistencia al fascismo, la corriente

oportunista aprendió a adaptarse a los nuevos tiempos y adoptó el nuevo carácter del **centrismo**.

Lo que distinguió al centrismo portugués en los años 30-50 fue la forma original en que encajó los principios de la revolución rusa y de la IC - construcción de un partido leninista para la revolución violenta y la dictadura del proletariado, política de hegemonía proletaria y alianza obrero-campesina, internacionalismo proletario y apoyo a la Unión Soviética- en las viejas concepciones oportunistas de estrategia y táctica. Bajo la coartada de una imaginaria «primera etapa democrática», se aplazó la revolución, se ató al movimiento obrero a la oposición burguesa, se subestimó al movimiento campesino, se ignoró el potencial revolucionario de los pueblos de las colonias y se desdibujaron todos los principios revolucionarios.

La línea del VII Congreso permitió que el centrismo embrionario que se estaba formando en el PCP se expandiera impetuosamente como corriente ideológica dominante.

La estrechez pequeñoburguesa, reformista hasta el tuétano, cuando aparecía cubierta con el sello de autoridad de la IC, ganaba un enorme campo de acción entre la vanguardia obrera, aún en minoría ideológica tras dos décadas de anarcosindicalismo. No le costó hacerles creer que la estrechez oportunista de la política cotidiana formaba parte de un proyecto revolucionario. En nombre de una fidelidad «inquebrantable» a la vía de Octubre, el Partido Comunista se convirtió en la plataforma de fusión de la lucha económica de los trabajadores con la lucha política de la pequeña burguesía.

Con virajes más radicales o más derechistas, según las circunstancias y la correlación de fuerzas, el centrismo arrastró al PCP, como bloque y sin graves rupturas internas, a la ciénaga de descarada colaboración de clases en la que se hundió en 1956.

La **primera corriente centrista** (1935-1940), desencadenada por el giro del 7º congreso y el desastre del 18 de enero, tuvo un marcado sello oportunista. El descreimiento en la capacidad de lucha del movimiento obrero, la apuesta desesperada por una coalición democrática negociada desde arriba, bajo la bandera del «Frente Popular», la degradación de la ideología al republicanismo, el nacionalismo y el pacifismo, la pérdida de los lazos con la clase, la desintegración del partido. Las «nuevas perspectivas» del 7º congreso acabaron en el lodazal de la «nueva política» de Bento Gonçalves.

La **segunda corriente centrista** (1941-1949), dirigida por A. Cunhal, aprendió del fracaso de la primera la necesidad de un partido con influencia en la clase obrera para poder cargar sobre sus espaldas la oposición

democrático-burguesa. La sabiduría «marxista» de Cunhal puede resumirse así. La sustancia de la política no cambió, se hizo más refinada, más elaborada. Bajo la bandera del «levantamiento», la burguesía democrática supo degenerar la crisis del final de la guerra mundial en una impotente exhibición liberal-electoralista, que el régimen digirió sin mayores temblores. En 1949, el proletariado se encontró frustrado por todos sus esfuerzos y más descreído que nunca de su capacidad para librar una lucha independiente. El partido estaba una vez más al borde de la destrucción.

La **tercera corriente centrista** (1950-1955), liderada por J. Gregório, realizó un tibio giro a la izquierda, sin atreverse a cuestionar los postulados del 7º congreso y del «levantamiento nacional». Con ello, condujo al partido hacia la rigidez política y el sectarismo frente a las masas, llevando al centrismo a un callejón sin salida. Bajo la acción de la situación internacional, incluso acentuó el pacifismo a gran escala, abonando así el terreno para el estallido del revisionismo. El papel histórico de la tercera corriente fue contribuir, sin saberlo, a demostrar que la única solución viable a la fusión de intereses entre el proletariado y la pequeña burguesía sólo podía proporcionarla el revisionismo moderno. El ciclo del centrismo se había completado.

La trayectoria del PCP entre 1935 y 1956 confirma, a partir de nuestra experiencia nacional, que los supuestos «errores de aplicación» de la política del 7º Congreso no eran más que los frutos necesarios de su línea centrista. A través de un movimiento pendular de fugas a la derecha y reajustes a la izquierda, la búsqueda de una asociación obrero-campesino-burguesa «equilibrada» terminó en la capitulación incondicional a las ideas marxistas, en el triunfo de la pequeña burguesía en el partido.

Explicar la degeneración del PCP por la simple traición de un individuo es no explicar nada. Cunhal triunfó gracias a su inusual capacidad para asimilar el centrismo. No es exagerado describirlo como el centrismo mismo. El talento con el que supo traducir las fórmulas marxistas en una ideología democrática pequeñoburguesa, moderada y nacional-reformista es el secreto de su longevidad política.

No tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que, desde hace siglo y medio, Portugal se ha convertido en un lugar privilegiado para las soluciones transitorias en la lucha de clases interna, tanto a la izquierda como a la derecha. Redondear aristas, desactivar cargas explosivas, escalonar los cambios inevitables mediante pequeños y suaves pasos es un arte portugués que refleja el peso social e ideológico de la pequeña burguesía en el escenario de clase. Es fácil comprender que este entorno

social proporcione el clima ideal para que florezca un pensamiento centrista como el de Cunhal.

Incluso hoy, cuando la trayectoria del PCP ya ha entrado profundamente en el terreno del revisionismo, lo que los comentaristas burgueses llaman el «estalinismo» de Cunhal es de hecho una característica original suya. De los antiguos dirigentes comunistas europeos, es quizás el que más rasgos centristas ha trasladado a la nueva era reformista y revisionista.

Llegará el momento en que la maduración de la política pequeñoburguesa en el PCP deje de ser compatible con el anticuado estilo de Cunhal. Ese momento, esperado con impaciencia por la derecha y la socialdemocracia del partido, podría resultar ventajoso sobre todo para los comunistas: con la marcha de Cunhal, se romperá el último eslabón de una larga tradición centrista. Liberados de la retórica radical de Cunhal, confrontados más directamente con el cinismo de la pequeña burguesía revisionista, los trabajadores del PCP se verán empujados hacia la necesidad de una nueva opción de clase.

En cualquier caso, no hay duda de una cosa: sólo la crítica intransigente a la política centrista que ha dominado el PCP y el movimiento comunista durante los veinte años transcurridos desde el VII Congreso de la IC abrirá espacio para la construcción de un partido comunista renovado, un partido de un nuevo tipo que el PC(R) no se ha atrevido a ser.

9. LA AGONÍA DEL CENTRISMO

«La naturaleza del oportunismo contemporáneo es tal que su lucha contra el bolchevismo adquiere un aspecto humorístico».

LENIN²⁵⁸

Contra la traición revisionista teorizada en los XX y XXII congresos del PCUS, se levantaron a principios de los años 60 el Partido Comunista de China, el Partido del Trabajo de Albania y partidos y grupos marxista-leninistas de todo el mundo. Se combatieron y desacreditaron las tesis revisionistas, se desenmascaró el «socialismo» de la Unión Soviética como capitalismo de Estado y socialimperialismo, y se reafirmó la pertinencia de las ideas de Lenin. Durante un tiempo pareció que el marxismo-leninismo iba a resurgir a la cabeza del movimiento obrero en auténticos partidos comunistas y reanudar la marcha interrumpida hacia la revolución proletaria, las revoluciones de liberación nacional y la liquidación del capitalismo.

Pero este corte dejó sin respuesta la mayoría de las **nuevas cuestiones** planteadas por el estallido del revisionismo moderno. ¿Cómo pudo la Unión Soviética, mediante el golpe del XX Congreso, saltar repentinamente de la dictadura del proletariado a una nueva forma de dictadura de la burguesía? ¿Cómo fue posible que el movimiento comunista se hundiera casi en bloque en el revisionismo? ¿Qué misterio había llevado a los más prestigiosos dirigentes comunistas a convertirse de la noche a la mañana en cabecillas revisionistas? ¿Cómo aplicar las ideas esenciales del leninismo en un mundo nuevo, atravesado por conflictos de clase mucho más complejos que los del pasado?

¿Un revisionismo sin pasado?

Las respuestas dadas por la llamada corriente marxista-leninista a estas y otras cuestiones clave son, después de un cuarto de siglo, sorprendentemente pobres, ambiguas y contradictorias. Todo lo que se ha escrito hasta la fecha sobre el fenómeno más importante del siglo, desde el punto de vista del destino del marxismo -la degeneración del socialismo en la Unión Soviética- ha sido de una pobreza y una discreción diplomática

²⁵⁸ Lenin, 31,236.

vergonzosas. Se gastaron ríos de tinta denunciando las manifestaciones de la traición revisionista, pero sus orígenes políticos e ideológicos seguían sin estar claros. Se proclamó mil veces el antagonismo más radical al revisionismo moderno, pero no se localizó ni aisló la base social de su difusión en el proletariado. Se produjo mucha más retórica antirrevisionista que auténtica crítica marxista.

La apariencia inicial de vitalidad revolucionaria del movimiento se basaba así, a pesar de su abundante referencia a los clásicos, en un primitivismo ideológico extremo. Cuando se reclamó una reactivación de la crítica demoledora del leninismo, lo que surgió fue una forma de pensar estancada y escolástica, atada al comentario de textos, que ocultaba su timidez bajo una fanfarria de antirrevisionismo. Esto dio lugar a la crisis cuyos efectos desintegradores se harían sentir cada vez más, hasta llegar a la debacle actual.

¿Por qué esta incapacidad para romper profundamente con el revisionismo, que era esencial para allanar el camino a la nueva etapa históricamente madura en el avance del marxismo?

Se puede argumentar que el movimiento estaba extremadamente debilitado por la amplitud de la traición revisionista y el consiguiente renacimiento de las corrientes anarco-radicales, que en gran medida lo ahogaron en los años 60; que el nuevo fenómeno de la degeneración del socialismo planteaba difíciles problemas teóricos, que sólo se resolverán gradualmente; que la necesidad de defender a Stalin contra los ataques combinados de revisionistas y trotskistas dificultó el examen crítico del pasado; que el papel dirigente asumido inicialmente en la corriente marxista-leninista por el Partido Comunista de China, debido a su enorme prestigio, hizo que se perdieran 15 años en la falsa vía del maoísmo, etc.

Todo esto es, por supuesto, exacto, pero no nos lleva más allá de las circunstancias. Deja olvidadas las causas sociales, políticas e ideológicas subyacentes que utilizaron las circunstancias para limitar el alcance de la ruptura. Es más, el derrocamiento revisionista de China cumple ahora ocho años y durante ese tiempo no se ha dado ni un paso para responder a las preguntas abiertas.

Por el contrario, al conjunto de cuestiones heredadas del XX Congreso se añadieron otras nuevas que quedaron sin respuesta. Por ejemplo: ¿cómo el Partido Comunista Chino, luchando contra el revisionismo de Kruschev, se acercó también al revisionismo? ¿Qué balance hay que hacer del fenómeno sin precedentes de la «revolución cultural»? ¿Cómo es que los partidos y grupos marxistas-leninistas surgidos de la lucha contra el revisionismo soviético e internacional no se dieron cuenta inmediatamente del eclecticismo oportunista de las tesis de Mao?

Y si ya se habían dado cuenta, como intenta hacer creer hoy el PTA, ¿por qué no vieron que la conciliación con ellos conducía al movimiento, que no hacía más que dar sus primeros pasos, a un hundimiento aún más profundo que el de 1956?

La verdad que empieza a ser evidente es que las debilidades teóricas, políticas e ideológicas que la nueva corriente arrastra desde su nacimiento y que han llevado a su actual marchitamiento y desintegración son el resultado de una desviación fundamental. La corriente llamada «marxista-leninista» nació con dos patas porque partía de la tesis falsa y antimarxista de que el XX Congreso debía oponerse a **todo lo que quedaba atrás** en la experiencia del movimiento comunista. Retrotraer el movimiento a donde estaba en el momento de la muerte de Stalin, recuperar como herencia todo lo que los revisionistas habían repudiado, defender como una sola línea revolucionaria todo lo que había sucedido desde la revolución rusa -así es como el Partido Comunista de China y, más aún, el PTA, querían demostrar su fidelidad a los principios.

Pero esta posición, que aparecía como la respuesta más radical e intransigente al revisionismo, bloqueaba de hecho la crítica de sus orígenes y se quedaba por tanto en un antirrevisionismo superficial. Ignorar deliberadamente que la explosión revisionista de 1956 había tenido necesariamente un largo período de incubación **en el seno de los partidos comunistas**, en la conciencia y la práctica de sus dirigentes y militantes, no investigar la lenta e insensible acumulación de oportunismo en el movimiento durante las décadas anteriores, no reconocer que el revisionismo declarado había surgido de un revisionismo embrionario y que este último había podido crecer al amparo de la fidelidad formal a los principios, dejaba oculto precisamente lo que era más vital desvelar.

Lenin, cuando denunció la bancarrota de la II Internacional, había sacado las consecuencias de este desastre, sometiéndolo a una crítica devastadora no sólo las degradantes manifestaciones del socialchovinismo provocadas por la guerra imperialista, sino todas las concepciones oportunistas y centristas sobre la estrategia, la táctica y el Partido que habían hecho escuela durante decenas de años **antes de** la traición de 1914. Se dio cuenta de que éstas eran las concepciones **más peligrosas**, precisamente porque aún no habían tomado una forma revisionista declarada. Si no eran refutadas y pulverizadas, seguirían difundiendo como marxismo legítimo, paralizando la lucha contra el revisionismo bajo la sombra de la bandera antirrevisionista, **reproduciendo** nuevas formas de revisionismo en la crítica del revisionismo. Es sabido que fue la «intolerancia» de Lenin hacia el centrismo lo que allanó el camino para el

avance del bolchevismo, la victoria de la primera revolución proletaria y la fundación de la Internacional Comunista.

La corriente marxista-leninista de 1960, sin embargo, denunció enfáticamente la nueva degeneración revisionista, pero sin descender a sus raíces, como si no se hubiera generado **en el seno** del movimiento, como si se tratara de un cuerpo extraño que había usurpado el poder en la Unión Soviética, en las democracias populares, en los partidos comunistas, simplemente mediante la conspiración y el golpe.

Este simplismo antidialéctico, que ligó al movimiento marxista-leninista a un antirrevisionismo tanto más virulento cuanto más superficial, nació precisamente de la negativa del Partido Comunista Chino, del PTA, del PC de Brasil, etc. de romper ideológicamente de verdad con el centrismo de los años 30-50 que les había calado hondo y que consideraban su herencia.

Cuando fue necesario liberar plenamente los principios revolucionarios del marxismo, abiertamente renegados por el revisionismo, **pero también** truncados y enterrados por décadas de oportunismo latente, fue este oportunismo el que continuó. Cuando la lucha contra el revisionismo permitió dar un salto adelante en la teoría y la práctica de la revolución, los gérmenes intactos del revisionismo al que se había declarado la guerra fueron transportados a la nueva corriente del marxismo-leninismo. Hoy es más fácil comprender que la batalla contra el revisionismo, librada desde la plataforma centrista de los años 30, estaba perdida de antemano.

El estalinismo, tapadera del centrismo

La cuestión Stalin fue el principal vehículo de esta recuperación del centrismo, en la medida en que sirvió de coartada para bloquear y mistificar cualquier examen de los orígenes del revisionismo.

Los revisionistas atacaron a Stalin de la manera más vil - por lo tanto, el deber de los comunistas era asumir su defensa en su totalidad, **y por lo tanto** no admitir que había habido una degeneración burguesa del Partido Bolchevique y de la Unión Soviética incluso antes de 1953, **y por lo tanto** no reconocer que el fracaso de las Democracias Populares había sido el resultado de una línea de conciliación con la burguesía, **y por lo tanto** aprobar la disolución de la IC, silenciar o minimizar el oportunismo que había invadido el movimiento comunista, no permitir que las tesis de Dimitrov fueran cuestionadas en el 7º Congreso de la IC, prohibir cualquier discusión sobre el período del terror en la Unión Soviética, etc.

La lógica de la defensa de Stalin contra los ataques revisionistas funcionó de tal manera que llevó a la corriente marxista-leninista a

presentar las tres décadas de su dirección como un avance constante hacia el socialismo, haciendo incomprensible cómo este «avance» acabó en el desastre de 1956.

Al permitir vincular el ajuste de cuentas con el pasado a la defensa de Stalin, la corriente marxista-leninista cayó en una trampa que le impedía investigar los orígenes del revisionismo. Sin embargo, esta opción sólo era inevitable en apariencia. Había otra alternativa.

La condena de Kruschev del «culto a la personalidad» de Stalin era una rehabilitación de las ideas oportunistas contra las que Stalin había luchado, pero ¿significaba esto que la lucha de Stalin se había llevado a cabo en posiciones de principio? ¿Se podía apoyar un monstruoso proceso represivo en el que había muerto la dictadura del proletariado?

Stalin había sido el verdadero líder del pueblo soviético hacia la victoria sobre el nazismo, la campaña denigratoria de los revisionistas era un cúmulo de falsedades - ¿pero había que callar por ello que Stalin había favorecido el crecimiento del nacionalismo burgués en la Unión Soviética durante la guerra?

Stalin tenía razón al atacar el titoísmo, la disculpa de Kruschev a Tito fue una capitulación vergonzosa, pero ¿debe deducirse que Stalin sabía cómo exponer la naturaleza social del titoísmo y armar a los comunistas para combatirlo? ¿No era el marxismo un producto de la teoría de la «democracia popular» aprobada por Stalin?

La política kruschovista de reconciliación con el imperialismo fue una traición a la línea antiimperialista de Stalin, pero ¿no había pecado ya esa línea al ceder al pacifismo y al nacionalismo?

En otras palabras: una actitud efectivamente marxista habría permitido a la corriente marxista-leninista rechazar la crítica derechista a Stalin **contrarrestándola con una crítica desde posiciones de izquierda**. En lugar de ver la defensa de Stalin como inevitable porque los revisionistas lo atacaban, se habría comprendido la necesidad de llevar la polémica más allá del dilema pro-Stalin o anti-Stalin al terreno abierto de la lucha entre marxismo y revisionismo. Si en este proceso era necesario criticar a Stalin, **esta crítica nunca acercaría a los comunistas a los revisionistas; al contrario, ampliaría la brecha entre los dos campos**, porque se haría desde una perspectiva de clase opuesta a la de los revisionistas.

¿Por qué esta vía parecía inadmisibles a la corriente marxista-leninista? En apariencia, porque era necesario «defender la memoria de Stalin» y «no dar armas a los revisionistas». En realidad, se debía a que la corriente marxista-leninista adoptaba **las mismas posiciones centristas** que Stalin desde los años 30. En la persona de Stalin, los marxistas-leninistas defendían la ideología centrista en la que se habían formado tras el VII

Congreso de la IC. Por eso eran incapaces de criticar los orígenes del revisionismo, porque eso habría afectado al centrismo.

Incluso cuando se admitió evasivamente que Stalin había cometido ciertos errores (el PTA también lo admitió en 1967, aunque hoy trata de hacerlo olvidar), siempre se tuvo cuidado de ocultar el punto esencial: **la flagrante contradicción entre el período revolucionario y leninista de su actividad y el período centrista que siguió a 1934.**

Sin embargo, ésta era la única base que permitía hacer un balance de principio de los aciertos y errores de Stalin sin dar ventaja a la campaña antiestalinista de los revisionistas, socialdemócratas y trotskistas y, por el contrario, revelando el carácter pequeñoburgués reaccionario de esta campaña. Sólo así se revelaría el carácter social de la represión de Stalin y se mostrarían, bajo esta represión, las concesiones políticas e ideológicas que hizo y que permitieron a la burguesía levantar cabeza en la Unión Soviética y en el movimiento comunista.

Esta fue la cuestión que se eludió. Decir, como Mao, que los errores de Stalin eran «un 30% frente a un 70% de aciertos», reducirlos a una cuestión de «malos métodos», ensalzar la sinceridad con la que siempre había querido defender el socialismo, afirmar que ignoraba muchos de los abusos que se cometieron en su nombre, etc. no eran más que formas de eludir la cuestión fundamental: ¿cuál era la naturaleza política de los errores de Stalin? ¿Cómo habían evolucionado sus posiciones? ¿Por qué fracasó su lucha contra la derecha?

Incapaz incluso de admitir este problema, la nueva corriente del marxista-leninista se ha metido en un callejón sin salida en la cuestión de Stalin al prohibir todo debate sobre el tema, porque se ha consignado a una defensiva cada vez más insostenible. Y cuanto más penetra en la conciencia de la clase obrera el efecto de la campaña antiestalinista de la burguesía y la pequeña burguesía, más se estrecha el campo para el «estalinismo» incoherente del que el PTA es el ejemplo.

La lucha entre estalinistas y antiestalinistas es, pues, un falso dilema que sirve para desviar la atención de la verdadera batalla, que no ha hecho más que empezar, entre marxismo y oportunismo. Si los revisionistas mitificaron la cuestión de Stalin como un caso de «culto a la personalidad» para disimular su renegación del leninismo y de la revolución, la corriente dirigida por el PTA la mitificó en sentido contrario, para hacer pasar el centrismo de los años 1930-50 por auténtico marxismo-leninismo. Al declarar que Stalin es indiscutible, es el centrismo lo que quieren mantener fuera de discusión. Al afirmar que Stalin debe ser defendido «en bloque», lo que quieren defender es la fase centrista de su dirección.

Esto es lo que significa la actual defensa a ultranza del 7º Congreso de la IC, en contraste con el cauteloso silencio mantenido en torno al 6º Congreso y la política de «clase contra clase». La veneración fanática de Stalin, presentándose como prueba del antirrevisionismo más irreductible, utiliza el prestigio revolucionario que ganó hasta 1934 para intentar perpetuar el centrismo en el que se hundió durante los veinte años siguientes.

Los comunistas deben rechazar tanto la bandera del antiestalinismo como la del estalinismo. Les corresponde defender todo lo que había de revolucionario en Stalin, criticar y rechazar sus concesiones al oportunismo. Y sólo en la medida en que se critique el centrismo de Stalin será posible finalmente continuar lo que había de leninista en él.

El antimaísmo: una falsa autocrítica

Con el naufragio político e ideológico del maísmo en las luchas desesperadas de la «revolución cultural», la corriente marxista-leninista se encontró en una encrucijada. La degeneración capitalista de China demostró que la «nueva vía» ofrecida por el «pensamiento maoísta» conducía a la revolución a una debacle similar a la de la Unión Soviética. Todas las ideas anteriormente aceptadas sobre la superación del revisionismo fueron puestas en tela de juicio. La dramática experiencia de China hizo que la crítica del revisionismo tuviera que enmarcarse en una perspectiva mucho más amplia. Ya no era sólo el cambio de rumbo en la Unión Soviética, sino toda la experiencia global del movimiento comunista lo que había que cuestionar.

El PTA reaccionó a este desafío histórico con una mezquina maniobra política. En sus ***Reflexiones sobre China***, Enver Hoxha enumeró exhaustivamente las desviaciones oportunistas y nacionalistas que la dirección de Mao había cometido desde la ruptura con la Unión Soviética - era lo menos que podía hacer después del apoyo explícito, caluroso y constante que le había mostrado. Pero no hizo nada para avanzar en el carácter político y social de la lucha en China ni en el fenómeno de la difusión mundial del maísmo. Por el contrario, se dedicó a negar el papel de China en la lucha contra el revisionismo soviético, a minimizar el alcance internacional de la revolución china, a denigrar la «revolución cultural» y la «banda de los cuatro», y a hacer creer que el PTA había tenido claro todo el proceso desde el principio y que no había recibido nada positivo de China. En lugar de superar la corriente maoísta, se esforzó por destruirla y descartar su parte de responsabilidad por la influencia del maísmo. Lo que debería haber sido el punto de partida para una valiente generalización autocrítica de las experiencias de la corriente marxista-leninista desde

1960, se convirtió en el pretexto para una estrecha operación de prestigio en torno a la «clarividencia» del PTA.

En realidad, lo que había hecho tan popular al maoísmo entre los sectores pequeñoburgueses radicales de todo el mundo durante toda una década era que proporcionaba una solución aparente al callejón sin salida al que había llegado la línea leninista de la hegemonía proletaria en la revolución. Idealizando el potencial revolucionario del campesinado, el maoísmo había suscitado esperanzas sobre la viabilidad de nuevas guerras revolucionarias, como la que había triunfado en China, aunque no hubiera un papel dirigente efectivo para la clase obrera. Había alimentado una ola de revolucionarismo pequeñoburgués pseudocomunista, apoyado en la ilusión de que se había encontrado un nuevo camino, un sustituto del leninismo, capaz de derrotar al imperialismo.

Criticar el maoísmo significaba que había que volver a discutir las bases políticas sobre las que se había hecho la ruptura con el revisionismo. Había que concluir que sólo se había producido una ruptura **a medias**, al no situar la cuestión de la hegemonía del proletariado y de las relaciones proletariado-pequeña burguesía en el centro de la reconstitución del movimiento comunista. Había que reabrir el debate sobre los orígenes del revisionismo **y reconocer finalmente que había sido engendrado por la fusión democrática obrero-campesina-burguesa inaugurada por el 7º Congreso de la IC**. Había que restablecer los lazos, no sólo en las proclamas, sino en la política real, con la corriente revolucionaria del leninismo, sepultada por décadas de oportunismo, y había que renovarla y revigorizarla.

Pero este **no era** el camino **que querían** seguir. Al verse privados de estructura ideológica por el colapso del maoísmo, el PTA, el Partido Comunista de Brasil y la mayoría de los partidos marxistas-leninistas buscaron, con redoblada energía, apoyarse en las tradiciones de la última fase del movimiento comunista. **A partir de 1976, el eje ideológico de la corriente marxista-leninista comenzó a desplazarse del maoísmo al dimitrovismo**. A esto se redujo la tan cacareada campaña para criticar el «pensamiento Mao-tsetung». Y por eso el llamado «paso adelante» de la corriente ML post-maoísta resultó ser un paso a la **derecha**.

Con toda su inconsecuencia pequeñoburguesa, el maoísmo había animado una corriente radical y combativa, antes de hundirse en el pantano «trimundista» y «antisocialfascista» de la alianza con la burguesía y el imperialismo. Había mostrado a los pueblos oprimidos el camino de la guerra revolucionaria. Había empezado a criticar el reformismo y el dogmatismo oportunista que habían devorado al movimiento en los años 40 y 50. Abrió pistas para explicar la degeneración de la dictadura del

proletariado en la Unión Soviética. Es innegable que en 1975 surgía en el Partido Comunista Chino una corriente de izquierda que buscaba las raíces del revisionismo y de la degeneración del socialismo.

Toda esta experiencia, que debía ser superada por la izquierda, fue simplemente descartada en nombre de un retorno a los principios. El PTA cometió un doble error al descartar a Mao como un revisionista al uso y al hacer creer a Dimitrov que era leninista. Una evaluación crítica del medio siglo de experiencia del movimiento comunista le habría permitido situar las ideologías de Mao y Dimitrov como **dos ramas del mismo pensamiento centrista** que surgió en los años 30 y que, incapaz de responder a los nuevos problemas planteados por la revolución, optó por intentar asociar al proletariado y a la pequeña burguesía bajo la misma bandera «democrático-popular».

Pero con una diferencia importante. Mientras que la desviación maoísta, impulsada por el océano del campesinado pobre de China, tenía el potencial para llevar a cabo una gigantesca revolución agraria antiimperialista, que fue el golpe más profundo a la burguesía internacional desde la Revolución de Octubre, la desviación dimitrovista, inspirada en el reformismo obrero europeo, no produjo ninguna revolución auténtica. Su línea unitarista antifascista y la experiencia de las democracias populares de Europa del Este quedaron muy por detrás de la revolución china en cuanto a la riqueza de la lucha de clases y se hundieron en el revisionismo mucho más rápido que ella.

La diferencia, por tanto, va en la dirección opuesta a lo que quiere el PTA. El centrismo maoísta, con su revolucionarismo pequeñoburgués populista, no representa un peligro tan grande para el proletariado como el centrismo dimitrovista, que es capaz de cubrirse con una máscara más elaborada de fórmulas «marxistas» y de responder mejor a la tendencia obrera espontánea hacia el reformismo. Si es vital para el movimiento comunista seguir desmitificando el llamado «pensamiento Mao-tsetung» como una deformación del marxismo típica del Este campesino, es aún más importante desenmascarar el dimitrovismo como una deformación del marxismo típica del Occidente imperialista. Mientras esta deformación permanezca oculta y pueda hacerse pasar por auténtico marxismo-leninismo, el movimiento obrero internacional, y especialmente el de los países capitalistas avanzados, seguirá irremediabilmente atado al oportunismo y al revisionismo.

El intento que se hace actualmente en la corriente «marxista-leninista» de prohibir las críticas al dimitrovismo con el argumento de los «puntos de referencia» es tanto más insostenible cuanto que la apreciación de Enver Hoxha sobre Dimitrov y el VII Congreso sólo tiene unos pocos años.

De hecho, hasta hace poco, el Partido del Trabajo de Albania (PTA) mantenía una importante actitud de silencio y reserva sobre esta cuestión. Quien tenga dudas al respecto, puede consultar los documentos albaneses. Ni en los informes de E. Hoxha a los congresos del partido, ni en los análisis de la lucha de liberación nacional, de la Segunda Guerra Mundial y de las democracias populares, se puede encontrar la menor referencia a esta línea.²⁵⁹ La única excepción es la *Historia del PTA*, que, dada su naturaleza, no podía dejar de mencionar el VII congreso, pero lo hizo con notable brevedad y omitiendo **todas** sus tesis fundamentales.

Se trataba, sin duda, de una desaprobación implícita, perfectamente comprensible si tenemos en cuenta que la línea revolucionaria del PTA en la lucha por la liberación nacional y la construcción del socialismo **se apartaba radicalmente** de la línea del 7º Congreso y de su aplicación en las demás democracias populares de Europa del Este. Esto es un hecho que no necesita ser demostrado, pero debe ser enfatizado aquí.

El Partido Comunista de Albania fue uno de los pocos que no se graduó en la escuela del VII Congreso, precisamente por el retraso en su fundación. Debido a la dispersión de los grupos comunistas, dice Enver Hoxha, las directivas emitidas por el CEIC en 1937 para la lucha antifascista no fueron aplicadas en Albania. En diciembre de 1942, en plena guerra, llegaron a Albania las directivas del Comité Ejecutivo, que aconsejaban llamar a la dirección de la lucha «al mayor número posible de patriotas y nacionalistas honrados» y evitar «consignas que rebasen el ámbito de la liberación nacional». Así habrían surgido posiciones unitarias moderadas en el partido.

Sin embargo, las concesiones oportunistas hechas a los políticos burgueses en los acuerdos de Mukje (julio de 1943) provocaron una conmoción en el partido, los combatientes y las masas, que condujo a un cambio en la línea política del PCA y a una original dirección revolucionaria de la lucha en Albania, bajo la dirección de Enver Hoxha.

²⁵⁹ Véanse en particular los discursos de E. Hoxha en la reunión de los 81 partidos en Moscú y en el 20 aniversario del PTA, sus artículos en *Zëri i Popullit* del 7/4/1964 y 6/1/1965, el balance del frente durante la guerra de liberación de noviembre de 1974 y, en general, todo el material del PTA posterior a 1977.

El centro de gravedad de la guerra de liberación se desplazó decisivamente hacia la creación de órganos de poder de masas, **en lucha abierta con los partidos burgueses**. «El único poder que debe existir es el de los consejos y ningún otro; sin compromisos ni dualidades en este sentido», advirtió el CC del PCA en octubre de ese año.²⁶⁰ El programa del Frente de Liberación Nacional (que no era una coalición de partidos, a diferencia de los demás países de Europa del Este) contemplaba como una de las principales tareas «la creación del poder de los consejos de liberación nacional, como **único poder** político del pueblo».²⁶¹ «Nuestro partido y el Frente de Liberación Nacional», escribió más tarde Enver Hoxha, «tuvieron el gran mérito de no separar nunca la lucha de liberación contra el ocupante extranjero de la lucha de las masas trabajadoras por la conquista del poder». «El partido no permitió que la burguesía asumiera la dirección de la lucha, que era uno de los principales objetivos del imperialismo angloamericano y de las organizaciones traidoras Balli Kombëtar y Legaliteti». Debido a esta política, la diferenciación entre el campo revolucionario popular y el campo burgués en el frente interno alcanzó su punto álgido durante la guerra. «Frente a frente, dos grupos alineados, enemigos mortales irreconciliables».²⁶²

La correlación de fuerzas de clase en Albania, cuando llegó el momento de la liberación, era, pues, muy diferente de la de los países vecinos: una poderosa guerrilla campesina, que había expulsado al invasor por sus propios medios; el Partido Comunista como único dirigente político indiscutible del pueblo; el descrédito y el desmantelamiento total de los partidos burgueses; la participación popular activa en los consejos de liberación. Aquí no había lugar para gobiernos de coalición, fusiones de partidos, reformas graduales o plataformas de conciliación con la burguesía. En una forma exterior idéntica a la de las demás democracias populares, Albania era un caso aparte.

La indomable energía con que la corriente dirigida por Enver Hoxha combatió los intentos de absorción de Yugoslavia y derrotó a la facción de Koçi Xoxe tenía sus raíces en esta profunda revolución social. La lucha contra el titoísmo fue un hito decisivo en la radicalización de las posiciones del PTA, porque vinculaba la defensa de la identidad nacional de Albania con la defensa de sus conquistas revolucionarias. Los titoístas aparecían claramente como los defensores de los intereses de la burguesía. Un caso típico fue el de Sejfulla Maleshova, quien, al mismo tiempo que intentaba

²⁶⁰ Omari, 35.

²⁶¹ E. Hoxha OC, IV, 308.

²⁶² Id., 311-313.

disolver el partido en el Frente, «estaba en contra de las reformas económicas y sociales revolucionarias, quería una colaboración abierta y sincera con la gran burguesía comercial e industrial, sin confiscar sus propiedades ni sus fábricas, la extinción de la lucha de clases y la integración pacífica de los elementos capitalistas en el socialismo».²⁶³

Esto explica la casi increíble hazaña de resistencia del PTA y de Enver Hoxha a la oleada revisionista que se extendió por el movimiento comunista tras la muerte de Stalin y el XX Congreso. Resistencia que, a su vez, acentuó el giro a la izquierda del partido y le permitió, junto con el Partido Comunista Chino, encabezar el lanzamiento de la nueva corriente marxista-leninista internacional en la década de 1960. El «milagro albanés» extrajo su fuerza de una auténtica revolución, por muchas que fueran sus limitaciones y distorsiones.

A finales de los años 60, Albania recibió un nuevo impulso por la influencia de la «revolución cultural» china (aunque hoy intente negarlo), que se expresó en la línea del V Congreso del PTA, que pretendía profundizar la lucha de clases y extender la democracia obrera. Este impulso se tradujo también en intentos de abordar más seriamente la cuestión de los orígenes del revisionismo moderno.

En un estudio de Fiqret Shehu de 1971, se señalaba que «si los partidos comunistas no se guían constantemente por el principio de clase, según el cual la lucha por la democracia debe servir a la lucha por el socialismo y debe subordinarse a ella, si no están atentos a vincular los intereses inmediatos del movimiento a sus intereses a largo plazo (...) entonces se crean condiciones favorables para la aparición del oportunismo de derechas, del revisionismo. La práctica ha confirmado plenamente esta conclusión marxista-leninista».²⁶⁴

Esto ya era meter el dedo en la llaga del centrismo del 7º congreso. Como lo fue la crítica de Enver Hoxha en 1968 a la fusión de partidos comunistas con partidos socialdemócratas en las democracias populares, que «introdujo en el partido el bacilo socialdemócrata que debería haberse quedado fuera en el Frente».²⁶⁵ Cabía esperar que el PTA acabara llevando la crítica al revisionismo hasta sus últimas consecuencias. ¿Por qué se produjo en cambio un retroceso?

Hoy parece claro que el régimen de la dictadura del proletariado en Albania se enfrentó desde el principio al reto de tener que superar dos graves debilidades inherentes a su origen:

²⁶³ E. Hoxha, OC, II, 255-256.

²⁶⁴ F. Shehu, *Conférence des Études Sociales*, 144.

²⁶⁵ *Zëri i Popullit*, 24-3-68.

1. Se basaba en una clase obrera nacida prácticamente después de la liberación, y por tanto sin experiencia de la lucha de clases proletaria, imbuida de un revolucionarismo pequeñoburgués;

2. fue dirigido por un Partido Comunista formado tardíamente, y por tanto liberado de la influencia del 7º Congreso, pero también privado del contacto directo con la escuela revolucionaria leninista de la IC en el período 1919-1934.

La combinación de estas debilidades daría como resultado las limitaciones de la revolución albanesa, bien expresadas en las limitaciones teóricas del pensamiento de Enver Hoxha: tendencia latente a fusionar el marxismo-leninismo con la ideología popular y nacional, pequeñoburguesa en esencia; tendencia a observar la lucha de clases interna e internacional sólo a través de la epidermis política; dificultad para fundamentar la línea revolucionaria del partido en una amplia participación obrera de vanguardia, con la consiguiente tendencia a ahogar la lucha interna y al dogmatismo; incapacidad dialéctica y tendencia al mecanicismo, etc.

Así, cuando la crisis internacional del maoísmo exigió, como condición para la supervivencia de la corriente marxista-leninista, que se llevara hasta el final la crítica de los orígenes del revisionismo y de la degeneración del socialismo, el PTA se encontró desarmado para la tarea histórica que tenía por delante. Prevaleció la tendencia a buscar la estructura ideológica que le faltaba en el dimitrovismo, que nunca había repudiado. A partir de 1976, el PTA empezó a adoptar cada vez más abiertamente las tesis del viejo centrismo como línea general del movimiento comunista internacional. De ahí el desplazamiento de su apoyo de la corriente más radical del movimiento marxista-leninista a la corriente oportunista dirigida por el Partido Comunista de Brasil.

Este redescubrimiento del dimitrovismo por parte del PTA no fue ajeno a la presión interna de clase ejercida por el ascenso de nuevas capas de cuadros en una sociedad campesina en vías de industrialización. La falta de una sólida consistencia proletaria, que siempre había caracterizado las posiciones de principio del PTA, lo dejó a merced de la infiltración gradual de una ideología «socialista» en la que el papel dirigente de la clase obrera se disuelve cada vez más en una nebulosa unidad de intereses de todo el pueblo. La experiencia ya ha demostrado que éste es el vehículo a través del cual se cuele la ideología y la dictadura de una nueva burguesía de Estado. La Albania socialista parece condenada a seguir caminos similares a los que llevaron a la Unión Soviética y a China a hundirse en el capitalismo de Estado. A este respecto, el VIII Congreso del PTA proporciona pistas que deben ser seriamente estudiadas y criticadas por los marxista-leninistas.

Sin embargo, de una cosa no hay duda. El PTA adoptó definitivamente el dimitrovismo como línea general de la corriente marxista-leninista internacional. Hoy, Enver Hoxha elogia a Dimitrov por haber descubierto que «el mundo capitalista estaba en el umbral de la **etapa antifascista**, democrática en su contenido, del desarrollo de la revolución»; asegura que «la justeza de la política antifascista del Frente Popular aprobada por el VII Congreso de la IC fue plenamente confirmada en la práctica por la evolución de los acontecimientos en el umbral de la II Guerra Mundial y después»;²⁶⁶ afirma que los partidos comunistas de Europa Occidental (¿y los demás?) «cayeron en el oportunismo porque no comprendieron ni aplicaron correctamente las directrices del 7º Congreso»;²⁶⁷ ensalza a Dimitrov como «gran educador del proletariado»²⁶⁸ e incluso empieza a recuperar a Togliatti, Duclos, Marty, Longo, que, durante la guerra española, habrían «seguido la vía marxista-leninista».²⁶⁹

Con ello, el PTA acelera la descomposición derechista del centrismo que intenta reavivar desde principios de los años 60 a través de la nueva corriente marxista-leninista.

La descomposición del centrismo

En 1976, la corriente marxista-leninista llegó al caos. El maoísmo estaba en quiebra, no sólo internamente en China, sino también como línea directriz del comunismo internacional. De la declaración de guerra al revisionismo de los años 60 sólo quedaba una multiplicidad de grupos y pequeños partidos sin ninguna implantación seria en la clase obrera, hegemonizados por lo general por núcleos pequeño-burgueses anarquistas, sin unidad de ideas sobre la estrategia, la táctica o los principios del partido. A medida que la apuesta por la agitación espontánea y la guerra de guerrillas revelaba su impotencia y la política exterior china giraba abiertamente hacia una alianza con las burguesías «antisocialimperialistas», se acentuaba la tendencia al giro a la derecha, la degeneración y la desintegración en los partidos y grupos maoístas.

En estas condiciones se produjo la ruptura con el maoísmo, encabezada por el PTA y el Partido Comunista de Brasil. Anunciada como una vuelta a los principios integrales del marxismo-leninismo, esta nueva fase del movimiento se inspiraba en la ideología y la política del dimitrovismo, que

²⁶⁶ *Albanie Aujourd'hui*, 4/ 82.

²⁶⁷ E. Hoxha, *Eurocomunismo*, cap. II.

²⁶⁸ E. Hoxha, *Los titistas*, 418.

²⁶⁹ E. Hoxha, *Reflexiones*, II, 361-362.

pretendía aplicar sistemáticamente. Sin embargo, los resultados de estos ocho años hablan por sí solos. La corriente marxista-leninista, que ya había decaído, agonizó y se descompuso.

Y ello porque se intentó dar vida a un sistema de ideas que, además de oportunista, ya no pertenece a nuestro tiempo. La ilusión de que el movimiento podía reagruparse en torno a las recetas políticas de Dimitrov no tuvo en cuenta los cambios radicales que se han producido en la lucha de clases internacional en el último medio siglo. De hecho, la exigencia central de combatir el revisionismo moderno en el movimiento obrero entra en conflicto insoluble con las tesis neodimitrovistas.

Contra el revisionismo, los partidos marxistas-leninistas tienen que enarbolar el principio de la dictadura del proletariado; pero en la práctica adoptan el camino de los gobiernos de transición y de la «democracia popular». Es obligatorio afirmar la justeza de la política de hegemonía proletaria; pero, mientras tanto, se opta de hecho por la «unidad de la clase obrera» y los proyectos de frente popular. Se declara lealtad a la línea de las revoluciones de liberación nacional bajo la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y campesinos; pero lo que en realidad se apoya son las semirrevoluciones «nacional-democráticas» bajo la dirección de la burguesía. Contra el revisionismo, hay que defender la obra revolucionaria de Stalin, del Partido Bolchevique y de la Internacional hasta 1934; pero, en la práctica, lo que se defiende es la vía del VII Congreso, que se opone a ella. Contra el revisionismo, hay que hacer revivir los principios leninistas del partido, pero estos se vuelven inaplicables por el hecho mismo de que se aplica una política centrista.

La corriente marxista-leninista internacional se desgarra a diario por el intento de aplicar, en la lucha contra el revisionismo, una política que estuvo en el origen del revisionismo. Esta duplicidad se traduce necesariamente en una tendencia a la desintegración política, ideológica y organizativa del movimiento. O bien se aplican al pie de la letra las fórmulas de Dimitrov, en cuyo caso los partidos se deslizan hacia el oportunismo y pierden las fronteras con los revisionistas; o bien se intenta combinar la lealtad a Dimitrov con una oposición antagónica a los revisionistas, en cuyo caso los partidos pierden coherencia política, se paralizan y quedan paralizados.

Pero eso no es todo. El proyecto de volver a formar auténticos partidos obreros de masas sobre la base del dimitrovismo, como los de hace medio siglo, ha olvidado que la situación del movimiento comunista es radicalmente distinta. El centrismo dimitrovista, oportunista como siempre ha sido, pudo dar forma en su tiempo a una vasta corriente de masas porque jugó con el impulso de la vanguardia obrera comunista, que

se había formado en el período revolucionario de la Internacional y de la Unión Soviética. **Al consumir este capital**, atrajo temporalmente a grandes sectores del semiproletariado y la pequeña burguesía a la política del Frente Popular. Y, al agotarse este capital en el desencanto de las maniobras oportunistas, se acentuó la crisis de la política unitaria democrática antiimperialista de posguerra, hasta desembocar, de compromiso en compromiso, en la traición revisionista declarada. El dimitrovismo murió cuando murieron en el seno de los partidos los últimos restos del espíritu obrero revolucionario.

Ahora, sin embargo, ya no había capital obrero que vincular a la empresa unitarista que se intentaba relanzar. El movimiento estaba a cero en cuanto a influencia obrera, cuadros obreros revolucionarios y espíritu de clase. Por eso la milagrosa resurrección del dimitrovismo se tradujo pronto en una acelerada tendencia degenerativa de derechas. El esfuerzo por atraer a la pequeña burguesía (diez veces más corrompida que hace medio siglo) hacia proyectos unitarios antifascistas y antiimperialistas, sin un mínimo apoyo en el movimiento obrero de masas, sólo podía producir una grotesca caricatura de los viejos partidos centristas. Aquellos, al menos, tenían la fuerza laboral para hacer oportunismo. **Intentar hacer política «amplia» con la burguesía sin tener nada que venderles desde el movimiento obrero es el signo más seguro de la crisis en la que se hunde el centrismo moribundo.**

Los partidos se encuentran así en un círculo de hierro, dondequiera que se dirijan. Intentan aplicar la política de «frente único» del 7º Congreso y son absorbidos por los revisionistas (Italia) o disueltos por la socialdemocracia de «izquierda» (Alemania). Se involucran en las combinaciones de la «gran política», en el espíritu del Frente Popular - y luego se corrompen por el electoralismo y el oportunismo (Brasil). Quieren rodearse de una imponente red de «frentes amplios» de todo tipo - y no salen del estrecho círculo de las sectas. Lanzan ambiciosos gobiernos alternativos de transición - y abren la puerta a la proliferación del reformismo (Portugal). Si intentan defenderse de los riesgos de la derecha, lo único que consiguen es combinar el inmovilismo político con gestos «izquierdistas» intrascendentes. En todos los partidos sin excepción, la lógica de este dimitrovismo sin obreros genera una corriente inagotable de tendencias y fracciones de derecha, que desembocan en su salida natural, el revisionismo y la socialdemocracia.

Al mismo tiempo, la obstinada negativa a reconocer la bancarrota de esta política atrapa a los partidos en un caparazón dogmático que se hace más grueso cada día. El pensamiento se paraliza, el vacío del razonamiento se oculta bajo la ruma de los textos, la investigación y la crítica se prohíben,

el marxismo se transforma en «huesos», como ironizaba Lenin, el caciquismo sectario y el fanatismo «monolítico» se instituyen en una miserable caricatura del bolchevismo. Es el último recurso de quienes intentan desesperadamente detener la explosión de las contradicciones acumuladas.

Y por debajo de esta «firmeza de principios» puramente formal, ya están surgiendo los elementos de un **nuevo revisionismo**, perfectamente perceptibles en la línea del 8º Congreso del PTA, en la política del Partido Comunista de Brasil, etc. Cuando el dogmatismo ocupa el lugar de los principios, es señal de que el revisionismo está al acecho. Tal como ocurrió hace 30 años en el viejo movimiento comunista internacional, cuando el revisionismo ya pinchaba la corteza de los dogmas oficiales. La diferencia es que esta vez, el movimiento está degenerando sin haber alcanzado proporciones masivas. La tragedia está a punto de repetirse como un aborto.

El intento de la actual corriente centrista, dirigida por el PTA, de negar la ruptura con el leninismo que supuso el VII Congreso de la IC sólo ha podido sostenerse a costa del oscurantismo y la congelación del marxismo. No podrá sostenerse por mucho más tiempo. La experiencia de la lucha de clases proletaria del último medio siglo no deja lugar a dudas de que el I Congreso fue el ensayo general del XX Congreso del PCUS. Frente al VII Congreso y Dimitrov, no caben por tanto más que **dos** posiciones coherentes: o bien se acepta plenamente el dimitrovismo como ruptura «creativa» con todo el pasado del movimiento comunista, en cuyo caso hay que renunciar al marxismo-leninismo -esto es lo que hacen los revisionistas-; o bien persiste la vía revolucionaria marxista, obrera, en cuyo caso hay que denunciar el dimitrovismo como una variante moderna del oportunismo, como el embrión del revisionismo.

Es tratando de escapar a este dilema como la actual corriente centrista se hunde en la agonía política y la descomposición ideológica. No hay que lamentarlo. El marxismo-leninismo resurgirá de los escombros del centrismo.

10. ¿EL FIN DE LA CRISIS?

«De ninguna manera consideramos la teoría de Marx como algo acabado e intocable. Al contrario, estamos convencidos de que no hizo más que poner la piedra angular de la ciencia que los socialistas deben llevar más lejos si no quieren ser superados por la vida».

LENIN²⁷⁰

No basta con trazar la génesis, el florecimiento y la agonía del centrismo como embrión del revisionismo moderno. Queda por explicar por qué el movimiento comunista se dejó devorar por él sin oponer resistencia. La crisis prolongada y cada vez más profunda del movimiento marxista durante el último medio siglo tiene necesariamente una base social y política que debe ser expuesta. Sin esto, las profesiones de fe en la vitalidad del marxismo-leninismo, «una doctrina siempre joven y científica», y en la victoria final de la revolución, «un problema candente que exige una solución» (Enver Hoxha), no son más que flores retóricas marchitas.

Por lo tanto, es necesario concluir este trabajo con un esbozo, aunque sea breve, de las grandes líneas de clase que hicieron surgir el centrismo como corriente dominante en el movimiento comunista y lo condujeron al revisionismo. Y tratar de vislumbrar lo que nos espera.

La era del terror

La revolución socialista de octubre abrió una nueva época en la historia, no sólo desde el punto de vista de la revolución, sino también desde el punto de vista de la contrarrevolución. El final de 1917 provocó una feroz resistencia de la burguesía que Lenin difícilmente podría haber previsto cuando caracterizó al imperialismo como «reacción en toda la línea». Las convulsiones de la agonía de la burguesía son más salvajes que las de cualquier otra clase hasta ahora condenada a muerte.

Porque la concentración e internacionalización del capital financiero, su fusión con el aparato estatal y la revolución tecnológica han elevado su potencial terrorista a niveles inimaginables en el pasado, creando verdaderos centros organizadores mundiales de la contrarrevolución. Y también porque la perspectiva del socialismo y el comunismo, al anunciar

²⁷⁰ Lenin, 4, 217-218.

el fin del ciclo histórico de la explotación del hombre por el hombre, galvaniza todas las energías de las clases explotadoras en una lucha desesperada por la supervivencia. Para ellas, la dictadura del proletariado es verdaderamente el fin del mundo.

En este marco se desencadenaron las dos gigantescas ofensivas terroristas que han barrido nuestra época: el fascismo de Hitler, que inauguró el exterminio industrializado y culminó en el genocidio de la Segunda Guerra Mundial; y el chantaje nuclear del imperialismo estadounidense, que ha durado desde la guerra hasta nuestros días y, entrelazado con el fascismo, ha apoyado una sucesión ininterrumpida de masacres, desde Hiroshima, Corea y Vietnam, hasta Palestina, Indonesia, América Latina, etc.

En la lógica demente de los imperialistas, la aniquilación metódica y masiva de todos los focos de resistencia se ha convertido en el remedio preventivo apropiado contra el peligro de revolución.

Esta dimensión planetaria del terror burgués tuvo que provocar una profunda conmoción en el movimiento obrero y una tendencia general al retroceso de la revolución proletaria. Era inevitable que repetir la hazaña de los obreros rusos se considerara irrealizable. Incluso al darse cuenta de la farsa de las promesas imperialistas de bienestar y libertad, la clase obrera se sintió atezada por la ferocidad de la lucha imperialista. En otras palabras, los medios de lucha del movimiento obrero se vieron frenados por la explosión del terror burgués. La correlación de fuerzas entre el proletariado y el Estado burgués se desequilibró brutalmente a favor de la contrarrevolución.

Esto tuvo que hacer que se extendiera la desorientación en el movimiento obrero, la receptividad al reformismo, la tendencia a aplazar la revolución, la búsqueda de protección de la pequeña burguesía y de la burguesía liberal, el florecimiento exuberante de mil y una variedades de oportunismo.

Existe una relación directa claramente visible entre cada uno de los saltos de la ofensiva terrorista de la burguesía y las dos grandes capitulaciones del movimiento comunista: el compromiso centrista del 7º Congreso de la Internacional responde como un eco al desencadenamiento de la bestialidad nazi; y la corrupción revisionista internacional de los últimos 30 años es la réplica de la amenaza norteamericana de aniquilar el mundo.

Atribuir cualquiera de estas dos capitulaciones simplemente a la cobardía y la traición de los dirigentes deja sin respuesta la pregunta: ¿cómo pudieron hacerse aceptar por los comunistas y el movimiento obrero? Está claro que, en ambos casos, los dirigentes oportunistas convencieron al

movimiento para que capitulara porque le presentaron esta capitulación como la única salida a una desventaja que todo el mundo reconocía como **real**.

Hoy no es difícil admitir que un cierto retraso en la marcha de la revolución proletaria mundial era inevitable, hasta que el movimiento comunista pudo desarrollar respuestas eficaces a la barbarie fascista-imperialista. Surgieron nuevos problemas, desconocidos en la época de Lenin, en la lucha por la hegemonía del proletariado, el vínculo entre la vanguardia y las masas, la construcción del partido, el paso de la defensiva a la ofensiva, los métodos de insurrección y guerra civil, la construcción de la dictadura del proletariado, etc. Era inevitable un cierto período de derrotas, confusión y dispersión, hasta que el Partido Comunista lograra imponer las leyes generales de la revolución proletaria en las nuevas condiciones históricas.

No obstante, esto solo no basta para explicar un bloqueo tan prolongado de la revolución proletaria y, lo que es más, el marchitamiento y la desintegración de las filas marxistas, el eclipse del pensamiento marxista. El Estado burgués, con todo su poder, habría sido sin duda sumergido por la marea revolucionaria del proletariado si no hubiera encontrado **un nuevo** apoyo social, que sirviera de vehículo político e ideológico al movimiento obrero.

La base social del centrismo

De hecho, lo nuevo en la estructura del imperialismo en el último medio siglo fue el ascenso sucesivo y combinado de **tres nuevas corrientes burguesas**, cuyo entrelazamiento entorpeció el movimiento obrero y desfiguró el marxismo, primero en forma de centrismo y luego como revisionismo. Éstas eran: la nueva pequeña burguesía en los países capitalistas, la nueva burguesía de Estado en la Unión Soviética y la burguesía nacional en los países dependientes.

En los países capitalistas, la crisis de 1929-1933 vio el florecimiento monstruoso y gangrenoso de las capas pequeñoburguesas asalariadas (técnicos, ejecutivos, aristocracia y burocracia obrera, intelectuales, servicios). Esta nueva pequeña burguesía creó una coraza envolvente que empezó a encuadrar a la clase obrera en el terreno productivo, ideológico, político y sindical, inyectándole dosis masivas de su propia actitud reformista de sumisión al imperialismo.

Todo el marco de la lucha de clases en estos países se revolucionó. La clase obrera se enfrenta ahora a la implicación total de un nuevo tipo de pequeña burguesía, no en declive sino en rápido crecimiento, que es por

naturaleza un agente del capital monopolista y de su Estado. Su comportamiento frente al movimiento obrero se orienta espontáneamente hacia el objetivo de movilizarlo a su servicio, como fuerza de presión y de regateo con el capital financiero y, si es necesario, reprimir todo intento de acción revolucionaria independiente de la clase obrera.

No puede decirse que este movimiento social fuera una sorpresa. En *El imperialismo*, Lenin ya había señalado la aparición de una oposición democrática pequeñoburguesa al imperialismo y subrayado su carácter inevitablemente reformista y conservador. Ya en esta obra, escrita en 1916, Lenin desafiaba el falso optimismo de creer posible ganar a estas capas para el campo de la revolución y advertía de un nuevo fenómeno de la mayor gravedad, la tendencia a la «**descomposición temporal del movimiento obrero**» si éste no lograba sacudirse la influencia del reformismo pequeñoburgués propagado por la aristocracia obrera, la intelectualidad, los cuadros, etc.

Y fue precisamente esta descomposición la que comenzó a producirse en los años 30, con la corrupción imperialista de los partidos socialdemócratas actuando como motor del lento desplazamiento hacia la derecha de los partidos comunistas, ansiosos por ganarse las gracias de la pequeña burguesía.

En la Unión Soviética, la dictadura del proletariado se estancó a finales de los años 20, sometida al asedio interno de la pequeña burguesía y al asedio externo del imperialismo. La «segunda revolución» dirigida por Stalin, al intentar anular los compromisos de la NEP mediante una huida hacia adelante, apoyada en los aparatos del partido y del Estado y no en la iniciativa revolucionaria de las masas trabajadoras, dio origen a una estructura económica formalmente socialista, pero también a **nuevas relaciones de clase**.

Lo que los críticos balbucientes de Albania han calificado hasta ahora de «desviaciones en la construcción del socialismo» (alejamiento entre los cuadros y las masas, desaparición del control obrero, tecnocratismo y burocratismo, violaciones de la democracia interna del Partido, relaciones incorrectas entre el Partido y las masas sin partido, etc.) formaba en realidad un nuevo marco social, en el que el poder se transfería de las manos de la clase obrera a las de los cuadros (técnicos, políticos, administrativos) que constituían poco a poco una nueva clase. En la Unión Soviética se formó un tipo original de burguesía, desconocido hasta entonces: la burguesía de Estado «socialista», sostenida por la explotación de obreros y campesinos a través de la propiedad nacionalizada.

Sin embargo, este traspaso de poder no se produjo de golpe. Pasó por una larga etapa intermedia en la que los cuadros se hicieron con la dirección

del régimen, vaciando desde dentro el poder de los soviets y la dictadura del proletariado, bajo la apariencia de continuidad. El «ultrabolchevismo» de Stalin, con el poder desmesurado del aparato y sus oscuras luchas internas, correspondía a este carácter transitorio del poder, que cambiaba silenciosamente la dinámica proletaria revolucionaria de los primeros años por una dinámica capitalista, a la sombra de instituciones inmutables. Y fue el intento de impedir la libre expresión de las nuevas relaciones sociales en gestación lo que sumió al «marxismo-leninismo» soviético en la típica petrificación dogmática de los años 30-50.

Es comprensible que este proceso original de formación «clandestina» de la nueva burguesía hubiera creado el terreno ideal para la configuración del centrismo, con la explotación del trabajo asalariado, el nacionalismo, el conservadurismo cultural y toda la procesión de miserias de la ideología «socialista de todo el pueblo», ocultas bajo el caparazón de la dictadura del proletariado y el internacionalismo.

En los países dependientes, la maduración de las burguesías nacionales, que sólo alcanzó su plena expresión después de la Segunda Guerra Mundial, venía produciéndose desde hacía tiempo (Turquía, India, China, etc.). Desde finales de los años veinte, cuando las contradicciones interimperialistas empezaron a avanzar hacia la guerra, se hizo perceptible la formación de un vasto movimiento de liberación nacional dirigido por la burguesía.

Pero esta segunda oleada de revoluciones burguesas llegó cuando el mundo ya estaba completamente repartido entre las potencias y el mercado capitalista mundial había sido copado. Las burguesías nacionales, incapaces de hacer frente a una lucha desigual, se dedicaron a arrebatarse la dirección de las luchas de liberación nacional de manos del movimiento obrero y campesino, explotando en su propio interés el sentimiento nacional que inflamaba a las masas y utilizando la lucha revolucionaria como moneda de cambio para llegar a compromisos con el imperialismo.

El movimiento de liberación nacional, burgués en esencia, campesino en su base de apoyo, al agrupar reivindicaciones radicales y métodos de lucha revolucionarios en una perspectiva nacionalista burguesa, se convirtió en uno de los componentes activos de la nueva ideología centrista que se estaba formando en el movimiento comunista. No es casualidad que la cuestión de la política a adoptar frente al Kuomintang en China se convirtiera, a partir de los años 20, en una de las fuentes de las luchas más agudas en el seno de la Internacional, prefigurando la elección de clase que se haría más tarde. La Nueva Democracia de Mao Tsetung fue precisamente el reflejo en el seno del Partido Comunista Chino de la presión de la burguesía nacional en ascenso.

Así pues, de la conjunción de estas tres corrientes de clase intermedias, al entrar en contacto con el menguante movimiento obrero, nació el centrismo. El punto de inflexión del VII Congreso de la IC fue la fusión centrista del marxismo con el reformismo nacional, que estaba en auge en todo el mundo.

Que el imperialismo, fase agónica del régimen capitalista, haya podido producir nuevas corrientes burguesas intermedias dotadas de tanta vitalidad, sólo parecerá contradictorio a quienes ven la caída del capitalismo y el ascenso del socialismo como un proceso lineal, sin saltos, sin retrocesos, sin fenómenos nuevos imprevisibles.

Durante medio siglo, el ascenso de las nuevas corrientes burguesas y su efecto desorganizador sobre el movimiento obrero crearon condiciones favorables para que el lugar del marxismo fuera usurpado por el centrismo y, más tarde, por el revisionismo. Hoy parece haber indicios de que la correlación de fuerzas está cambiando de nuevo y de que esta época está llegando a su fin.

Auge y declive del centrismo

¿Existió realmente el centrismo? ¿O no sería más exacto calificar el giro del VII Congreso pura y simplemente como el inicio del revisionismo? Esta es la tesis defendida, por ejemplo, por el PC (Izquierda) japonés, al que debemos una crítica metódica de la degeneración de la Unión Soviética y del movimiento comunista, y que sitúa el nacimiento del revisionismo en los años 1930.

Sin embargo, esta tesis, aunque a primera vista tiene la ventaja de delimitar claramente las fronteras entre marxismo-leninismo y oportunismo, tiene el inconveniente de no captar las características particulares del período comprendido entre el VII Congreso de la IC y el XX Congreso del PCUS. Durante este período intermedio, el equilibrio inestable entre la línea proletaria revolucionaria descendente y la línea reformista pequeñoburguesa ascendente determinó la aparición de esa forma específica de oportunismo que es el centrismo.

De hecho, la ruta de este nuevo oportunismo estaba rígidamente marcada a la derecha por la colaboración de clases socialdemócrata, que había que combatir, y a la izquierda por las lecciones del leninismo y de la Revolución de Octubre, que había que defender. Ir más allá de estos límites sería perder la identidad comunista. Las condiciones de existencia de la nueva corriente oportunista explican así su fisonomía «bolchevique» militante y la **dualidad** de sus posiciones, que son sus rasgos más engañosos.

La plataforma «democrático-popular» de Dimitrov introdujo una original amalgama de posiciones opuestas, típica del centrismo. Revolución, sí, pero sólo después de eliminar el peligro del fascismo y la guerra. Socialismo, sí, pero pasando antes por la antesala de la «democracia popular». Partido, sí, pero liberado del «sectarismo» de pretender ser el único representante genuino de los intereses obreros. Armonizar la rivalidad proletariado-pequeña burguesía en el Frente Popular. Orientar al proletariado hacia una revolución a medias **aceptable para** la pequeña burguesía. Templar el internacionalismo con un nuevo nacionalismo «progresista». Templar el leninismo con un nuevo humanismo. Corregir el marxismo con el centrismo.

Durante su lucha contra Bujarin, Stalin describió acertadamente el centrismo de la vieja socialdemocracia como «la subordinación de la izquierda a la derecha bajo frases izquierdistas» y como «la adaptación, la sumisión de los intereses del proletariado a los intereses de la pequeña burguesía dentro de un único partido común».

Sin embargo, Stalin veía el centrismo que había quedado atrás y no podía ver el nuevo centrismo que estaba naciendo bajo sus pies. Se negó incluso a admitir que pudiera renacer en los partidos comunistas, forjado de nuevo como un bloque proletario revolucionario «monolítico». Se trataba de un razonamiento antimarxista, porque olvidaba que el juego incesante de la lucha de clases, la presión circundante de la pequeña burguesía, mucho más fuerte que en el pasado, tenían que acabar introduciendo también en los partidos comunistas, como habían introducido medio siglo antes en la socialdemocracia, la diferenciación y la lucha entre la corriente proletaria revolucionaria y la corriente pequeñoburguesa reformista. Al declarar definitivamente muerto el centrismo, Stalin estaba precisamente haciendo sitio para el nacimiento del nuevo centrismo.

En los países capitalistas, el centrismo dimitroviano se ha convertido sin duda en la forma más peligrosa de oportunismo en las filas comunistas, porque ha conseguido lo que el oportunismo declarado no pudo. Las garantías y demarcaciones de principios dimitrovianas funcionaron como el mejor lubricante para favorecer la lenta penetración de la lógica oportunista en el cuerpo de los partidos, desangrándolos lentamente de sus fuerzas revolucionarias, disolviendo todas las tradiciones de vigilancia y firmeza de clase y conduciendo al movimiento comunista **en su** conjunto hacia el revisionismo y la colaboración de clases.

A partir del 7º congreso, los partidos comunistas se vieron atrapados en su propio oportunismo. La línea general de unidad antifascista, al borrar cada vez más la presencia independiente del proletariado en la escena

política, contribuyó a polarizar cada vez más la lucha entre los dos campos burgueses, liberal y fascista, y eliminó cada vez más la posibilidad de una intervención independiente del proletariado. La iniciativa en las operaciones políticas pasó de las manos del proletariado a las de la pequeña burguesía democrática. El proletariado fue relegado al papel de fuerza de choque fiel y trabajadora de la unidad antifascista y antiimperialista. La revolución proletaria abandonó silenciosamente la escena. Se allanó el camino para la degeneración de los partidos comunistas en partidos burgueses para los trabajadores.

Era inevitable. Una vez cuestionado el principio de la hegemonía del proletariado, la dinámica de la lucha de clases podía hacer su trabajo devastador y dispersar a los vientos las imponentes barreras de «principios» con las que Dimitrov había fortificado su edificio. Todo lo que quedaba de las posiciones duales de su informe era lo que realmente estaba en su núcleo: el oportunismo.

En el período de posguerra, sin embargo, este oportunismo seguía conservando una postura militante, ofensiva, «revolucionaria». Los años 1944-1949 correspondieron sin duda al período de máximo esplendor para el centrismo: el triunfo de la unidad democrática sobre el fascismo, el reconocimiento universal del poder de la Unión Soviética como pilar del nuevo orden internacional «democrático», el establecimiento de las democracias populares de Europa del Este y de la nueva democracia en la inmensa China, la expansión de la influencia de masas de los partidos comunistas en el mundo capitalista. El centrismo tenía su justificación teórica en su irresistible dinámica.

Sin embargo, el colapso siguió de cerca al apogeo. En 1956-1961, con los XX y XXII congresos del PCUS, parecía que el centrismo tenía los días contados. La nueva plataforma revisionista, al poner en tela de juicio toda la trayectoria de la Unión Soviética y del movimiento comunista bajo Stalin (la dictadura del proletariado, la lucha armada por el poder, el antiimperialismo militante, la denuncia de la socialdemocracia), al abrir las compuertas a la libre colaboración de clases por parte de los partidos comunistas, abrió también un nuevo espacio a la crítica marxista, que hasta entonces había estado maniatada por las ambiguas y resbaladizas fórmulas del centrismo.

Sin embargo, el empobrecimiento del pensamiento marxista había sido tan grande que la única reacción al revisionismo fue la **segunda oleada centrista** del Partido Comunista en China y del PTA en Albania. La polémica contra las tesis revisionistas, en lugar de revitalizar el marxismo, sirvió para revitalizar temporalmente el viejo centrismo moribundo, cubriendo sus

posiciones intermedias con acentos izquierdistas y pseudoleninistas y ocupando todo el espacio a la izquierda de los revisionistas.

De 1965 a 1975, el nuevo centrismo vivió su breve apogeo. Fue la edad de oro del maoísmo y de la «revolución cultural», del prestigio internacional del PTA y de la proliferación de grupos marxistas-leninistas, apoyados por un clima internacional favorable, con las victorias de Vietnam sobre el genocidio americano, el guevarismo, la explosión radical en Europa, el auge de los movimientos de liberación nacional.

Es comprensible que, en estas condiciones, la crítica marxista pudiera bloquearse, aunque ya dispusiera de todos los materiales necesarios para una nueva síntesis. Fue necesario el espectacular giro de China hacia el revisionismo para que el centrismo se viera despojado de la apariencia de vitalidad que le había dado el maoísmo. A partir de entonces, empezaron a acumularse signos inequívocos de crisis en el lado del PTA y del movimiento «marxista-leninista». Comenzó a surgir una nueva etapa, en la que la crítica del revisionismo se vio **obligada a** superar los medios tintes centristas y a avanzar hacia las posiciones de principio del marxismo, abandonadas hace cincuenta años.

Conclusión

Tres conclusiones principales resumen lo anterior:

En primer lugar. Entre el declive de la corriente comunista fundada por Lenin y el surgimiento de la corriente revisionista, hubo un **período de centrismo**, que abarcó los veinte años que van del VII congreso de la IC al XX congreso del PCUS, cuya función histórica fue dar forma al revisionismo y preparar al organismo comunista para recibirlo. Como ideología de fusión popular obrero-campesina-burguesa, el centrismo adoptó diferentes formas en la Unión Soviética, China y el mundo capitalista, pero todas convergían en el mismo objetivo: el mantenimiento o la restauración de la dictadura de la burguesía sobre el proletariado, a la sombra de la revisión del marxismo.

En segundo lugar. La fuerza irresistible del centrismo, y de su producto superior, el revisionismo, provino de la ofensiva terrorista del imperialismo y del apoyo social que recibió del ascenso de tres nuevas corrientes burguesas intermedias: la nueva pequeña burguesía en los países capitalistas, la nueva burguesía de Estado en la Unión Soviética y la burguesía nacional en los países dependientes. La historia del último medio siglo es la historia de **la descomposición del movimiento obrero** bajo el asalto combinado de las oposiciones reformistas burguesas y pequeñoburguesas al imperialismo.

En tercer lugar. Incluso después de haber dado lugar al revisionismo, el centrismo no se extinguió, sino que encontró una prolongación con la corriente llamada «marxista-leninista», dirigida por el Partido Comunista de China y el Partido del Trabajo de Albania. La lucha «principista» de este **nuevo centrismo** tuvo que fracasar porque se apoyaba en el arsenal oxidado del viejo centrismo: la experiencia soviética de los años 30 a los 50, el 7º Congreso de la IC, las democracias populares, la nueva democracia china, etc. La crisis en la que se hunde la corriente «marxista-leninista», con Albania preparándose para seguir los pasos de la Unión Soviética y China (cualquiera que sea la forma original que adopte allí la transición al capitalismo de Estado) demuestra que la plataforma transicional del centrismo sólo sirve de puente hacia el revisionismo.

Estamos entrando en lo que parece ser un punto de inflexión en la sinuosa trayectoria del marxismo y del movimiento obrero. La bancarrota del nuevo centrismo «marxista-leninista», la plena revelación de la base burguesa del revisionismo y de su incapacidad para competir con el imperialismo, la corrupción rampante de la socialdemocracia, la capitulación de las burguesías nacionales en los países dependientes, todo ello atestigua la bancarrota de la línea dimitrovista de colaboración «democrática» de las clases obreras. Medio siglo de dominio absoluto del oportunismo ha tenido la ventaja de demostrar la mentira de los caminos «más fáciles»; no hay alternativa al marxismo revolucionario, a la hegemonía del proletariado, a la revolución socialista, a la dictadura del proletariado.

Todavía es demasiado pronto para saber cómo el proletariado recuperará la independencia política e ideológica y se reapropiará del marxismo. Habrá que encontrar **nuevas respuestas** para **todo**, como única forma de volver al camino abierto por el leninismo y la revolución rusa.

Una cosa, sin embargo, es segura. El resurgimiento del comunismo implicará una lucha sin cuartel contra el centrismo.

Lejos de desviar los esfuerzos de la lucha contra el imperialismo, la socialdemocracia y el revisionismo, sólo esta lucha le permitirá desarrollarse plenamente. Es la falta de crítica al centrismo lo que ha bloqueado la reconstitución del movimiento comunista en los últimos 25 años. La derrota del centrismo es por tanto, hoy como en 1919, una cuestión clave para el renacimiento del marxismo revolucionario y de la Internacional Comunista.

Y ya podemos prever algunos de los ámbitos en los que la ruptura con el centrismo abrirá nuevos caminos al marxismo:

- La crítica marxista, hasta ahora prohibida o mutilada, de la degeneración de la Unión Soviética y del papel de Stalin, así como del

compromiso de clase que presidió la formación de los regímenes de democracia popular en China, Europa del Este, etc., permitirá a los comunistas comprender el origen del fracaso de las experiencias de dictadura del proletariado en el siglo XX y armarse teóricamente para la perspectiva de nuevas revoluciones proletarias victoriosas;

- Una vez desmitificada la política unitaria «democrática y popular» como arma de la hegemonía pequeñoburguesa sobre el movimiento obrero, la idea leninista de la hegemonía del proletariado, reducida durante medio siglo a una fórmula vacía, podrá por fin ser liberada; caerá la barrera que impedía la formación de una vanguardia obrera comunista y ponía en peligro la formación de verdaderos partidos comunistas;

- la crítica del centrismo también revelará la falsedad de la teoría de las revoluciones «democráticas y nacionales», como un intento de empujar hacia abajo a las burguesías nacionales con la esperanza de conseguir que asuman la dirección de una lucha revolucionaria contra el imperialismo; la línea leninista de lucha por la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y campesinos podría renacer ahora, dando una base política al resurgimiento de auténticos partidos comunistas en los países dependientes;

- Al revelar finalmente la naturaleza social de los partidos revisionistas en los países capitalistas como instrumentos de la pequeña burguesía para utilizar a la clase obrera al servicio de su proyecto de poder, al abandonar el sueño oportunista de querer derrotar al revisionismo cortejando a la pequeña burguesía, los comunistas crearán las bases para disputar seriamente la clase obrera a los revisionistas y dirigir victoriosamente la lucha de clases en el seno del proletariado;

- la crítica de la disolución de la Internacional Comunista como capitulación ante el imperialismo, el oportunismo occidental y el nacionalismo soviético volverá a poner en el orden del día de los partidos comunistas el internacionalismo proletario y la reconstitución de la Internacional;

- la concepción «ultrabolchevique» del partido comunista como fuerza «monolítica», con su morboso gusto por la unanimidad y el ahogo de la lucha de ideas, así como la concepción maoísta del partido como plataforma de coexistencia entre diferentes líneas, serán definitivamente superadas como deformaciones enfermas del leninismo, surgidas del intento de equilibrar en una misma plataforma los intereses divergentes del proletariado y la pequeña burguesía. El principio del centralismo democrático y el modelo del partido bolchevique podrán finalmente inspirar partidos comunistas de nuevo tipo, capaces de fusionar el

movimiento obrero con un marxismo vivo y creativo, liberado de la inferioridad dogmática y de la corrupción revisionista;

- finalmente, al completar la ruptura hasta ahora inconclusa con el revisionismo moderno y el capitalismo de Estado, los nuevos partidos comunistas se liberarán de los lazos de dependencia que les obligaban a buscar un «insospechado» deslinde con el revisionismo, poniéndose en pie de igualdad con el imperialismo. Cortar de raíz el revisionismo abrirá a los comunistas el terreno que les faltaba para una acción revolucionaria independiente, dirigida inequívocamente contra el imperialismo norteamericano como enemigo principal del proletariado y de los pueblos.

Después de alcanzar su punto más bajo, la revolución tendrá que reanudar su marcha ascendente, porque la acumulación de fuerzas explosivas, de contradicciones insolubles, no ha dejado de multiplicarse durante este período de pausa. El capitalismo ha conseguido retrasar el pago de su deuda histórica con el proletariado y los pueblos; pero los intereses siguen aumentando.

Ahora, el movimiento comunista puede capitalizar la enorme masa de experiencia acumulada durante el último medio siglo. Las recetas dimitrovistas de la «unidad de la clase obrera» en lugar de la hegemonía del proletariado, de la «democracia popular» en lugar de la dictadura del proletariado, de la «democracia nacional» en lugar de la dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos, del «partido único obrero» en lugar del partido leninista, de la lucha contra el «sectarismo» en lugar de la lucha contra el oportunismo, la subordinación a la pequeña burguesía en lugar de neutralizarla, el gobierno de transición en lugar de la insurrección popular armada - estas recetas pseudoleninistas deben ser desenmascaradas y enviadas al museo como antigüedades oportunistas introducidas de contrabando en el marxismo, semilleros siempre presentes de revisionismo y colaboración de clases.

El destino histórico de la clase obrera no ha cambiado. Tampoco el del marxismo. Juntos, acabarán enterrando el capitalismo.

OBRAS CITADAS

Indicadas en las Notas en abreviatura, que aquí se transcribe entre paréntesis, al frente de cada título. AGOSTI, Aldo – *La Tercera Internacional*, 3 vols

- Reformas, Revolución y Transición al Socialismo, Simposio Marx-Marxismo, París (Reformes)

COHEN, Stephen - *Bukharin y the bolshevik revolution*, Nueva York.

CUNHAL, Álvaro - *Informe al I Congreso (ilegal) del PCP*, Ed. Avante, 1943

DEGRAS, Jane - *La Internacional Comunista*, Feltrineli, 3 vols.

DIMITROV, J. - *La lucha contra el fascismo*, ed. Bandera Roja.

- *Obras escogidas*, 6 vol. Ed. Estampa (OE).

- *Oeuvres Choiesies*, Editions Sociales (OC).

ELLEINSTEIN, J. – *El estalinismo*, Ed. Europa-América

HAJEK, Milos - *Storia de la Internationale Comunista, 1921-1935*. Editori Runiti, 1972 (Storia).

- *La táctica de la lucha de "clase contra clase" en el VI Congreso de la IC*, introducción al VI Congreso de la IC, I Parte, ed. Pasado y Presente (Clase contra clase).

HOXHA, Enver - *Oeuvres choisies*, 4 vol. ed. Tirana (OC).

- *La autogestión yugoslava, teoría y práctica*, ed. Tirana (Autogestión).

- *Eurocomunismo es anticomunismo*, ed. Tirana (Eurocomunismo).

- *Reflexiones sobre China*, 2 vol., Ed. Tirana (Reflexiones).

- *Los Titistas*, ed. Tirana.

HOXHA, Nexhmije - *La lucha antifascista de liberación en la época*, ed. Causa Operária.

KESSEL, PATRIK - *Les communistes albanais contre la révisionismi*, ED 10/18

KIULIOVSKI, ila - *Jorge Dimitrov sobre el frente único*, ed. Estampa.

LENIN, V. I. – *Oeuvres*, 45 tomos, ed. Moscú.

- *Oeuvres choisies*, 3 vol., Ed. Moscú (OC).

MANTA, Afonso - *El Frente Popular en Portugal*, ed. Assirio e Alvim (Frente Popular)

MANUILSKI, Dimitri – *Los partidos comunistas y la crisis del capitalismo*, Bureau d'Editions

MAO TSE-TUNG - *Obras escogidas*, 4 tomos, ed. Pekín (OE).

NUNES, João Arsénio - *De la política "clase contra clase" a los orígenes de la estrategia antifascista (1928- 1935)*. Análisis Social.

OMARI, Luan – *La cuestión del poder en la lucha antifascista*, ed. Causa Operaria. SHEHU, Fiqret - Informe en *Conflicence Nationale des Etudes Sociales*, Tirana, 1969. STALIN, J. - *Cuestiones del leninismo*, ed. Pequim (Questions).

- *Tres años de ejecución del plan quinquenal*, ed. del Pueblo (Tres años).

THOREZ, M. – *Oeuvres*, Editions Sociales.

- *Pour l'Union*, Editions Sociales.

- *Oeuvres Choisies*, Editions Sociales (OC).

OTRAS PUBLICACIONES

- *Les quatre premiers congrès de l'IC, ed. Maspero* (Quatre Congrès IC).

- *V Congreso de la Internacional Comunista*. 2 vol., Ed. Pasado y Presente (V Congreso). - *VI Congreso de la Internacional Comunista*, 2 vol., Ed. Pasado y Presente (VI Congreso).

- *La Internacional Comunista*, 3 vol., Del Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú, ed.

- Avante (IC, IML).

- *J. Dimitrov y la unificación de las fuerzas revolucionarias y democráticas por la paz la democracia y el socialismo*, Sofía, 1972 (Sofía).

- *Programa de la IC, aprobado en el 6o congreso*, ed. María de la Fuente (Programa de la IC). - *Objetivos y táctica del Frente Popular*, ed. Avante, 1938

- *Du Parti de Thorez a la lapensée de Mao*, ed. NBE (Thorez-Mao) Albanie Aujourd'hui.

- *Cahiers du Communisme*.

- *Courrier du Vietnam*.

- *Démocratie Nouvelle*.

- *Rrugja i Partise*, revista teórica del PTA.

- *Zeri i Popullit*.

Epílogo

Los frágiles frentes impopulares

Mike Macnair

Las elecciones a la Asamblea Nacional produjeron (en términos ingleses) un «hung parliament». La coalición del Nouveau Front Populaire ha quedado en primer lugar... y está formada por la marca propia de Jean-Luc Mélenchon, La France Insoumise (LFI), el Parti Socialiste (PS), Europe Écologie - Les Verts, el Parti Communiste Français (PCF) y varios grupos más pequeños. En segundo lugar se sitúa la coalición Ensemble del presidente Emmanuel Macron.²⁷¹ En tercer lugar está la ultraderechista Rassemblement Nationale (RN). También están representados varios grupos más pequeños que no forman parte de los tres grandes bloques.²⁷²

El contenido de este voto es «antifascista». El gran resultado del RN en las elecciones europeas provocó la decisión de Macron de convocar elecciones anticipadas. Y también produjo la decisión del Parti Socialiste de volver a la unidad con LFI en el PFN, una versión renovada de la Nouvelle Union Populaire Écologique et Sociale (Nueva Unión Popular Ecológica y Social, Nupes) de 2022. El PS se había separado de Nupes en octubre de 2023 por la negativa de la dirección de la LFI a calificar a Hamás de «terrorista»: es decir, por la cuestión de la lealtad a Estados Unidos. Esto, a su vez, llevó al resultado de la primera vuelta con RN a la cabeza, seguido de NFP, y luego los macronistas. En la segunda vuelta se produjo un sustancial retroceso entre el NFP y los macronistas para derrotar a RN.

²⁷¹ Suelo ser hostil al método de culto a la personalidad que utilizan los medios de comunicación cuando identifican tendencias políticas con líderes individuales, pero en estos casos la propiedad absoluta de Mélenchon de la marca LFI es bien conocida, y 'Renaissance', el núcleo de 'Ensemble', se creó en torno a un culto a la personalidad de Macron como salvador bonapartista de la Francia de derechas e izquierdas.

²⁷² El juego de Le Monde «Crea tu propia coalición» (www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2024/07/09/construisez-votre-majorite-absolue-a-l-assemblee-nationale-avec-notre-simulateur-de-coalition_6248225_4355770.html) ofrece una lista completa de los partidos. Más geografía política y nombres en www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2024/07/08/la-carte-des-resultats-des-legislatives-2024-au-second-tour-la-composition-de-l-assemblee-et-le-depute-elu-dans-votre-circonscription_6247510_4355771.html.

Fracasos

El cambio de marca de Nupes como NFP se inscribe en el mismo marco «antifascista» que el Front Populaire original de mayo de 1936, contra la amenaza de los fascistas de Action Française y otros grupos, que habían expulsado al anterior gobierno dirigido por los radicales mediante disturbios el 6 de febrero de 1934, obligando a los radicales a someterse a un gobierno dirigido por la derecha. El FP original unía al PS (entonces llamado Section Française de l'Internationale Ouvrière - SFIO), el PCF, el Parti Républicain, de origen izquierdista pero de base mayoritariamente rural, y el Radical et Radical-Socialiste (normalmente denominado en inglés Partido Radical).²⁷³

La idea había sido promovida sobre todo por el informe de Georgi Dimitrov al VII Congreso de la Comintern en agosto de 1935.²⁷⁴ Había estado en el aire desde 1934, cuando quedó claro que Hitler no iba a volver a la política de Rapallo, en la que la derecha nacionalista alemana se aliaba con el régimen soviético (como esperaba en un principio el gobierno soviético).²⁷⁵ Dimitrov no sólo codificó la idea del Frente Popular, sino que también promovió una nueva idea del frente *único obrero* que, a diferencia de la antigua doctrina de la Comintern, exigía restar importancia a los desacuerdos en aras de la unidad:

Los comunistas nos atacan', dicen otros. Pero escuchad, lo hemos declarado repetidamente: No atacaremos a nadie, ya sean personas, organizaciones o partidos, que defiendan el frente unido de la clase obrera contra el enemigo de clase. Pero al mismo tiempo es nuestro deber, en interés del proletariado y de su causa, criticar a aquellas personas, organizaciones y partidos que obstaculizan la unidad de acción de los trabajadores.²⁷⁶

El Frente Popular francés no fue el primero. El Frente Popular español (FP), que incluía (entre otros) al Partido Socialista Obrero Español (PSOE),

²⁷³ www.lemonde.fr/idees/article/2024/06/20/claire-andrieu-historienne-l-etiquette-nouveau-front-populaire-fait-appel-a-l-imaginaire-plutot-qu-a-l-histoire_6241782_3232.html.

²⁷⁴ La introducción y la respuesta de Dimitrov al debate se encuentran en www.marxists.org/history/international/comintern/7th-congress/index.htm.

²⁷⁵ J McIlroy, 'Stalin, the Comintern and the popular front in Britain, France and Spain, 1935-1939: some historiographical and political reflections' *Critique* Vol 51 (2023), pp305-61.

²⁷⁶ www.marxists.org/reference/archive/dimitrov/works/1935/08_02.htm.

Izquierda Republicana, Unión Republicana y el Partido Comunista de España (PCE), ganó las elecciones en febrero de 1936. Su objetivo era derrotar a la ultraderechista Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que imitaba aspectos de las ideas fascistas y nazis, pero pretendía alcanzar el poder mediante elecciones, y a la monárquica Renovación Española, que buscaba abiertamente un golpe de estado para derrocar a la república creada en 1931. La victoria del FP condujo inicialmente a un gobierno de Izquierda Republicana con el apoyo externo del PSOE.

En julio de 1936 Francisco Franco y sus colaboradores derechistas del ejército español dieron un golpe de estado contra el gobierno, lo que condujo a una guerra civil de tres años. El PSOE y el PCE se unieron al gobierno en septiembre de 1936, mientras que los líderes de la confederación sindical anarquista CNT lo hicieron en noviembre. En mayo de 1937, el gobierno suprimió las milicias locales en Barcelona de la CNT y del Partido Obrero de Unificación Marxista (formado en 1935 por la fusión de trotskistas y bujarinistas para crear un partido de «frente amplio» no estalinista).

El gobierno del Frente Popular estaba decidido a librar una guerra *regular*, y una guerra *constitucionalista*, no una guerra revolucionaria, con la (ilusoria) esperanza de conseguir el apoyo británico y francés: los franquistas estaban respaldados militarmente por la Italia fascista y la Alemania nazi; los británicos y los franceses, bajo el nombre de «no intervención», impusieron un embargo sobre el suministro de armas a la República, que de hecho hicieron cumplir. En particular, la República no intentó socavar la base de los franquistas en las colonias ofreciendo la independencia. Es muy *posible* que una política de guerra revolucionaria hubiera fracasado;²⁷⁷ pero la política del gobierno del Frente Popular acabó ciertamente en una derrota militar regular. En abril de 1939 los republicanos rindieron finalmente Madrid.

²⁷⁷ Hay un interesante debate sobre los intentos de reforma agraria en S Basco, J Domènech y L Maravall, 'Land reform and rural conflict: evidence from 1930s Spain' *Explorations in Economic History* Vol 89 (July 2023): www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0014498323000244. Esto apunta a la conclusión de que los modelos de tenencia de la tierra en España eran lo suficientemente diferentes a los de la región rusa de la «Tierra Negra» como para que la promoción más enérgica de las confiscaciones de tierras por parte de los campesinos, una política por la que abogaba Trotsky, no hubiera funcionado. Pero esto no excluye la posibilidad de que tuviera éxito una política de guerra revolucionaria más generalizada.

El Frente Popular francés parecía inicialmente mucho más exitoso. El PCF aceptó el apoyo exterior del gobierno SFIO-Radical dirigido por Léon Blum. La publicación de los resultados de las elecciones desencadenó una oleada de huelgas masivas con ocupaciones de fábricas en mayo-junio de 1936; el resultado fueron concesiones económicas masivas para preservar el orden constitucional, codificadas en los acuerdos de Matignon de junio de 1936 entre el gobierno, la principal organización patronal y la federación sindical *Confédération Générale du Travail*.²⁷⁸ Los trabajadores obtuvieron, además de aumentos salariales sustanciales, el derecho legal a organizarse, a la negociación colectiva y a la huelga, dos semanas de vacaciones pagadas al año y la semana de 40 horas.

Fuga de capitales

Sin embargo, en 1936-37 se produjo una fuga de capitales que forzó la devaluación y la inflación. Y sin la presión de la oleada huelguística tras los acuerdos de Matignon, el Senado -que era elegido indirectamente y estaba sobrerrepresentado en las zonas rurales, por lo que estaba controlado por la derecha- bloqueó las iniciativas del Frente Popular. En junio de 1937, el Senado derribó el gobierno de Blum al rechazar una ley de emergencia para hacer frente a la crisis de divisas. Los poderes *que* concedió al sucesor de Blum excluían el control de divisas, y en marzo de 1938 un breve retorno de Blum como primer ministro fue derrotado por los mismos medios.²⁷⁹ Durante 1937-38 la SFIO fue expulsada del gabinete, dejando un gobierno radical con apoyo externo.

Mientras tanto, el gobierno de Blum mantuvo desde el principio la política colonial francesa, ofreciendo únicamente la ciudadanía francesa a algunos argelinos (que de todos modos no pudo conceder). A partir de julio de 1936, los británicos insistieron en que Francia se uniera al embargo de armas contra la república española como condición para el (limitado) apoyo diplomático británico a Francia contra Alemania.

²⁷⁸ La CGT se había reunificado recientemente (1934) tras la escisión de 1920, cuando la dirección sindical pro-SFIO expulsó a los comunistas y anarquistas después de la escisión en la SFIO entre la mayoría comunista y la minoría leal, que se había reconstituido como SFIO.

²⁷⁹ O Kirchheimer, 'Decree powers and constitutional law in France under the Third Republic' *American Political Science Review* Vol 34, pp1104-23 (1940). Se trata de un artículo muy valioso sobre el paso de las formas parlamentarias de gobierno a la delegación de amplios poderes al ejecutivo.

El fin del Frente Popular llegó cuando el PCF votó en contra del Acuerdo de Munich en septiembre de 1938, lo que llevó al gobierno radical a denunciar al PCF como belicista: el acuerdo formal fue abandonado. En noviembre de 1938, el político de centro-derecha Paul Reynaud se convierte en ministro de Finanzas (bajo el gobierno del radical Edouard Daladier) con una política de desregulación, austeridad y «terapia de choque». Hubo despidos masivos.

Por supuesto, este régimen se vio superado por el estallido de la Segunda Guerra Mundial en agosto-septiembre de 1939. El PCF fue ilegalizado por no condenar el pacto Hitler-Stalin. En la primavera de 1940 cayó Francia. La derecha francesa había considerado durante algún tiempo que la URSS era el principal enemigo y los generales de alto rango compartían esta opinión: estaban tan preocupados por deshacerse del régimen constitucional francés como por llevar a cabo operaciones militares contra los alemanes. El resultado fue la ocupación alemana de Francia en el norte y el oeste, y el régimen católico-autoritario de Vichy en el sureste.

Españoles y franceses

Así pues, tanto el frente popular español como el francés se saldaron con la victoria del fascismo, aunque en formas diferentes. Si nos preguntamos *por qué*, la respuesta es que el resultado estaba implícito en la naturaleza del proyecto desde el principio. Se trataba de un bloque electoral de izquierdistas con partidos constitucionalistas leales de centro-izquierda sobre la base de la *defensa de la «democracia»*, entendiendo por «democracia» la forma parlamentaria-constitucional de gobierno burgués.

En España, la determinación de preservar las hojas de parra de la «credibilidad constitucional» redujo la eficacia militar potencial, sin lograr su objetivo de apoyo británico y francés. En Francia, una vez que los acuerdos de Matignon pusieron fin a la oleada huelguística, el gobierno se encontró gradualmente con el destino habitual de los gobiernos de izquierdas: fuga de capitales, operaciones de bloqueo por parte de la segunda cámara, inflación y desmoralización; la victoria militar y política del fascismo en 1940 no hizo más que rematar esto, demostrando que las clases poseedoras tienen un verdadero apetito de venganza si una vez se han llevado un buen susto.

En segundo lugar, la esencia del frente popular de los años 30 (y de la retórica del «frente popular» en Francia hoy en día) es la creación de un bloque de partidos obreros, con al menos algún elemento de los liberales, contra la amenaza «externa» del fascismo o de algún otro autoritarismo a la constitución liberal. Trotsky comentó en 1937, refiriéndose a España, que

los liberales no eran más que la sombra de la burguesía, ya que el gran capital apoyaba de hecho a Franco.²⁸⁰ Los radicales franceses representaban de forma similar al ala anticlerical de la pequeña burguesía y el campesinado, no al gran capital. El papel de los liberales de izquierda no era el control directo del gran capital a través de estos partidos: era una *señal* al núcleo estatal de que el gobierno acataría las normas constitucionales de protección de la propiedad privada. Por tanto, sería perfectamente posible tener un «frente popular» *sin ningún* partido capitalista, siempre que diera una señal tan clara de lealtad constitucional.

Pero el bloque político para la «defensa de la Constitución» contiene una *concepción errónea* de la Constitución. Las bandas fascistas no son una mera amenaza externa: son un *auxiliar* paramilitar del núcleo estatal, y son capaces de ganar eficacia real gracias a la *protección de la policía y el poder judicial*, como es evidente tanto en Italia como en Alemania en la década de 1920. La constitución liberal *contiene en sí misma* el principio del autoritarismo de «nación, trabajo, familia» (que no es una herencia del pasado feudal, sino que tiene un fundamento material en el lado autoritario necesario del capitalismo, el régimen del lugar de trabajo). Se expresa dentro del liberalismo en la forma de Estado-nación y en los principios constitucionales de autonomía del ejecutivo y del judicial, en el régimen del ejército regular y de la policía profesional, así como en los «poderes de emergencia» de reserva; y en los países imperialistas, en las posesiones coloniales de ultramar. La constitucionalista «defensa de la Constitución» es la defensa de estos elementos, así como de sus elementos liberales.

Trotsky escribió célebramente en 1931, en su artículo «Por un frente único obrero contra el fascismo», que

Cuando uno de mis enemigos me pone delante pequeñas porciones diarias de veneno y el segundo, por otra parte, está a punto de dispararme directamente, entonces primero le arrancaré el revólver de la mano a mi segundo enemigo, porque esto me da la oportunidad de librarme de mi primer enemigo. Pero eso no significa en absoluto que el veneno sea un «mal menor» en comparación con el revólver.²⁸¹

En el mismo artículo, se refería a los esfuerzos comunes de los bolcheviques con los kerenskistas para derrotar el golpe de Kornílov a finales de agosto de 1917.

²⁸⁰ www.marxists.org/archive/trotsky/1937/xx/spain01.htm.

²⁸¹ www.marxists.org/archive/trotsky/germany/1931/311208.htm.

La imagen de envenenador y pistolero es llamativa, pero en realidad engañosa. La razón es que la circunstancia que da lugar a una amenaza real de victoria de la extrema derecha es la *ruptura del ascenso político del liberalismo* debido al fracaso económico. En esta situación, después de que fracasase una operación nacionalista-autoritaria, vendrá otra en breve. Kornilov fue despachado, pero la Revolución de Octubre se adelantó en el último momento al plan de Kerensky de utilizar tropas para impedir la reunión del Congreso de los Soviets (también reflejado en el ataque de los cosacos de Krasnov a Petrogrado junto con un levantamiento de los cadetes de oficiales; ambos fracasaron). Después vino el «Ejército de Voluntarios» de Alexeev y Kaledin, creado en noviembre... De un modo u otro, la guerra civil era inevitable. Kerensky no era un simple envenenador, sino que *planeaba* fusilar a los soviets, pero en el momento del golpe de Kornilov se embotelló al ver el nivel de la oposición.

Así, la victoria electoral del Frente Popular en España ahuyentó a la CEDA y a los monárquicos, pero en julio de 1936 Franco y compañía ya tenían listo su golpe. Restringir los horizontes a la defensa de la república era, en la práctica, oponer un ejército regular débil a otro más fuerte. La victoria del Front Populaire en Francia ahuyentó a los grupos de extrema derecha que se habían amotinado en 1934; pero la desmoralización resultante del fracaso del gobierno para controlar la estanflación (gracias a la habilidad del Senado para bloquear los controles de cambio) preparó el camino para la peculiar forma de golpe fascista a través del derrotismo militar de la primavera de 1940.

Vencen los frentes populares

Sin embargo, este no es el final de la historia. La caída de Francia y Noruega en la primavera de 1940 rompió el espinazo de la línea geoestratégica del imperio británico, que era (y había sido desde el siglo XVIII) mantener dividida a Europa para liberar las manos imperiales británicas en el mundo más amplio. Los británicos necesitaban desesperadamente el apoyo de Estados Unidos y aceptaron ceder el liderazgo mundial a Estados Unidos después de la guerra a cambio de suministros de «préstamo y arriendo».²⁸² Estados Unidos, por su parte, se enfrentaba ahora a una Europa potencialmente unida por el fascismo como rival mundial para sustituir a Gran Bretaña.

En consecuencia, cuando Alemania invadió la URSS en junio de 1941, y más claramente tras el ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941,

²⁸² N Moss *Diecinueve semanas* Nueva York 2003.

el resultado fue un frente popular *mundial* contra el fascismo de la URSS y los países imperialistas «democráticos». Bajo su bandera, los movimientos de resistencia del frente popular fueron armados por los Aliados. También Estados Unidos y el Reino Unido proporcionaron apoyo material real a la URSS, pero se abstuvieron hasta junio de 1944 de «abrir el segundo frente» en Europa, con el resultado de que la victoria soviética en el frente oriental llevó a los ejércitos soviéticos hasta el Elba, y así sucesivamente. En Yugoslavia y Albania, los movimientos partisanos del frente popular dirigido por los comunistas (apoyados militarmente por los Aliados) expulsaron a los regímenes respaldados por Alemania.

En gran parte de Europa, los gobiernos de frente popular fueron el resultado inmediato de la derrota de Alemania. En Europa occidental, por lo general funcionaron para reestabilizar el capitalismo y luego dieron paso a gobiernos de centro-derecha.

En Europa oriental, está bastante claro que la política *que* Stalin *pretendía* era crear Estados capitalistas en una relación amistosa-neutral con la URSS, que fue el resultado en Finlandia, Austria y Afganistán. Sin embargo, en 1947-48, Estados Unidos empezó a presionar para conseguir un acceso naval al Danubio y propuso que el Plan Marshall se aplicara tanto a Europa oriental como occidental. Esto reactivaría el capitalismo sobre la base del control estadounidense y recrearía así el «cordón sanitario» de entreguerras contra la URSS. El gobierno soviético respondió liberando a los PC de los países de Europa oriental ocupados por el ejército soviético y de Corea del Norte para que aplicaran una política de «sovietización». Comenzó la guerra fría y el PC chino también avanzó, tomando el poder a principios de 1949, de nuevo en nombre de un gobierno de frente popular. El «campo socialista» se extendió aún más bajo el nombre de tales gobiernos en Vietnam del Norte (y más tarde en todo el país), en Cuba y en Yemen del Sur.

Estos éxitos aparentes convirtieron la idea del frente popular como vía estratégica hacia el socialismo en la opinión común de la gran mayoría de la izquierda mundial. Ensombrecieron los casos, igualmente numerosos, en los que el frente popular, o el frente antiimperialista con nacionalistas, condujo a la derrota y, en algunos casos, a la destrucción de los partidos comunistas de masas.

¿Por qué los gobiernos de frente popular introdujeron el socialismo (o más bien lo *aparentaron*)? Dejemos de lado las teorías del «capitalismo de Estado» y del «colectivismo burocrático», según las cuales todo esto no era más que «imperialismo soviético». Ambas teorías fueron refutadas -tanto como lo fue la celebración del «campo socialista» por parte de los comunistas «oficiales»- por el ignominioso colapso de 1989-91, que dejó

poco en pie. Ninguna de las dos teorías podía predecir tal colapso. El trotskismo *podía* predecir tal colapso, pero fuera del grupo *Crítica*, en torno a Hillel Ticktin, y los espartaquistas, pocos trotskistas lo hicieron.²⁸³

La cuestión de la URSS

Personalmente, soy de la opinión de que la URSS, después de la aplicación efectiva de la prohibición de las facciones en el doble *coup* policial contra el partido en 1927-29, no puede ser caracterizada como una dictadura del proletariado, o, por lo tanto, como socialista (a menos que tuviéramos que revivir y estirar la etiqueta *del manifiesto comunista*, «socialismo reaccionario»,²⁸⁴ para ella). Lo mismo cabe decir de los imitadores del régimen soviético.

Pero supongamos, sólo por el bien del argumento, que el régimen soviético y sus imitadores *pueden* calificarse de «socialistas». Si nos preguntamos por qué los gobiernos de frente popular lograron crear el «socialismo» en este sentido en los países que se unieron al «campo socialista» entre 1948 y 1970, mientras que otros fracasaron y fueron meras antecámaras de gobiernos derechistas o golpes militares, la respuesta tiene dos elementos fundamentales.

El primero es que *primero* se aplastaron las fuerzas armadas del antiguo régimen y se crearon las controladas por la URSS o por el PC local, antes de la creación del gobierno de frente popular. En Austria y Finlandia la URSS accedió a la recreación de núcleos estatales capitalistas. En otros lugares, no.

La segunda es la relación con la URSS. Hemos visto infinidad de casos en los que la fuga de capitales y las «huelgas de capitalistas» destruyen proyectos reformistas muy suaves, como los del gobierno de François Hollande en 2012-17 -dejemos a un lado casos más extremos como el gobierno original del Front Populaire francés-. La capacidad de la República Española para sobrevivir tanto tiempo como lo hizo se debió a los suministros de armas soviéticas. Es *normal* que el capital estrangule la

²⁸³ He escrito sobre esta cuestión en 'Callejones sin salida históricos: Reinos arios, *signorie*, estalinismo' *Crítica* Vol 39, (2011).

²⁸⁴ www.marxists.org/archive/marx/works/1848/communist-manifesto/ch03.htm. Sería estirar el sentido, ya que el *Manifiesto* se refiere a las tendencias ideológicas, mientras que el punto de usar esta etiqueta para el régimen soviético y sus imitadores sería que este régimen *realmente* hizo siervos a los trabajadores industriales y reconvirtió en siervos al campesinado, por lo que en cierto sentido se “congeló” la transición entre el feudalismo y el capitalismo.

disidencia mediante el sabotaje económico; la «política de no intervención» británica en España era en realidad lo que ahora se llamaría un «régimen de sanciones» contra la república, y Gran Bretaña mantuvo sanciones técnicas y financieras contra el régimen soviético desde 1917 hasta 1941. El período 1941-45 acabó haciendo a la URSS lo suficientemente fuerte como *para poder* apoyar a los regímenes aliados.

Pero esto no debe exagerarse. Al final, la URSS se vio superada por EEUU y su imperio global, y en 1989-91 los dirigentes soviéticos acordaron *abandonar a* sus aliados y demoler su propio régimen, tanto para reducir costes como con la ilusoria esperanza de obtener a cambio un acceso favorable a los mercados financieros internacionales. El resultado fue el colapso. No hay ningún caso desde el colapso en el que un gobierno de frente popular haya producido más que un periodo de esperanzas iniciales, seguido de desmoralización, como el Front Populaire francés de los años treinta.

No gubernamental

Los pequeños partidos comunistas no podían construir coaliciones de gobierno de frente popular. Pero podrían imitar la política de frente popular a pequeña escala, creando frentes que señalaran de forma similar la lealtad constitucional, no mediante la implicación de partidos pequeñoburgueses de masas, sino mediante la de celebridades y grupos de campaña monotemáticos. (Merece la pena señalar que los grupos de campaña monotemáticos se remontan al siglo XVIII en Gran Bretaña, mucho antes de la aparición de un movimiento obrero político con el cartismo).

Así, el antiguo CPGB construyó campañas de «frente popular» con personajes como Hewlett Johnson, el «Deán Rojo de Canterbury». El CPUSA, en el mismo periodo, empezó a utilizar la idea de la 'trilogía' de clase (representada por los funcionarios sindicales demócratas rooseveltianos), género (representado por varias feministas burguesas) y raza (representado por figuras nacionalistas negras) como una forma de frente popular.

Eran frentes impopulares, porque -con la excepción del movimiento por los derechos civiles de EEUU en los años 50-60- estas formas de intentar hacer que el frente popular funcione no llegaron a ninguna parte. Pero es este «frente impopular» el que, desde la década de 1980, ha adoptado ampliamente la extrema izquierda. La Liga Antinazi del Partido Socialista de los Trabajadores era un «frente impopular» muy claro del tipo del CPGB de los años 30, que señalaba la lealtad constitucional mediante el tropo «nazi» (que apelaba a la autoimagen británica de «nuestro mejor

momento») y el papel de varias celebridades. Sus sucesores han seguido el mismo patrón.

A estas alturas debería ser evidente que este frente-impopulismo antifa ha fracasado por completo a la hora de detener el ascenso de la extrema derecha, que está encabezada por formas de nacionalismo populista de derechas que no se pueden encasillar fácilmente como «fascismo» o «nazismo». De hecho, al igual que la Unidad Popular chilena promovió al general «constitucional» Pinochet antes de su golpe de 1973, el frente-impopulismo antifa ha proporcionado apoyo político al frente-impopulismo *estatal* de los antisionistas ...

El frente-impopulismo no logra los efectos de la escala de los gobiernos frentepopulistas. Lo que hace es generalizar en la izquierda la idea de que la unidad sólo es posible en términos de supresión del desacuerdo (el argumento del «frente único» de Dimitrov) y que sólo es posible con la *presencia* de «celebridades», ya sean de la izquierda «oficial» o del entorno de las organizaciones benéficas y las campañas monotemáticas. El efecto de esta idea es, de hecho, por un lado, producir la división de la izquierda, ya que los diferentes grupos buscan comprometer a diferentes celebridades; por otro, promover activamente la política de la socialdemocracia, que *ya* se basaba en señalar políticamente la lealtad constitucional al Estado.

Ahora parece poco probable que haya un gobierno del Nouveau Front Populaire en Francia. El PS, el PCF y los Verdes han propuesto como primer ministro a la economista no diputada Laurence Tubiana, que fue embajadora francesa en las negociaciones sobre el clima de París en 2015. El LFI se ha negado a aceptar esta opción. *Le Monde* y *L'Humanité* están presionando a la LFI para que se someta, pero la ruptura del CCN y la formación de un gobierno de «gran coalición» que excluya a la LFI por la izquierda, así como a RN y sus aliados por la derecha, sigue siendo una posibilidad real. El efecto de tal resultado sería preparar el terreno para la victoria de RN en las próximas elecciones presidenciales de 2027.

A la luz de este desarrollo, parece probablemente mejor considerar al PNF no como un frente popular real, sino como algo más cercano al frente-impopulismo de la política británica y estadounidense. Parece haber sido una mera operación de cambio de marca, que apela a una falsa nostalgia, como hablar de un «Green New Deal» que olvida cuidadosamente el fracaso del verdadero «New Deal» de los años 30 para lograr una recuperación económica sostenida, hasta que la guerra hizo realmente el trabajo.

No defenderemos con éxito los derechos democráticos comprometiéndonos con un bloque común para la defensa de la Constitución liberal como tal. Necesitamos nuestro propio programa claro

de democracia radical, sobre cuya base podamos llegar a acuerdos *parciales* para la acción común, y para la defensa común, cuando sea necesario, contra las bandas de extrema derecha y contra la represión estatal. Pero también tenemos que reconocer que la clase obrera que tome realmente el poder tendrá que hacerlo a escala europea, para organizar los recursos necesarios para derrotar la fuga de capitales, los regímenes de sanciones, etcétera. Un proyecto político de nostalgia por el período previo a la Segunda Guerra Mundial nunca podrá ser más que una operación de rebranding efímera.

Artículo en *The Weekly Worker* del 18/07/2024, consultable en:

<https://weeklyworker.co.uk/worker/1500/fragile-unpopular-front/>

NOTA

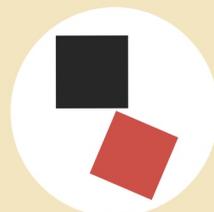
Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:
info@doscuadrados.com

Anti Dimitrov de Francisco Martins Rodrigues analiza sistemáticamente a fondo las consecuencias ideológicas y políticas que tuvo el VII Congreso de la Internacional Comunista en los partidos comunistas occidentales y mundiales. Examina las tesis dadas tanto en favor de las posiciones Dimitrov como en contra para, finalmente, entrar en la discusión sobre si los frentes populares fueron realmente errores de concepción o de aplicación.

La obra representa una crítica comunista a la deriva de la URSS y de la IC desde el marxismo-leninismo con el objetivo de mostrar las profundas raíces que esta línea estratégica causó en detrimento de la revolución proletaria pre y post II Guerra Mundial. Este sería su punto más fuerte y riguroso. Su punto más débil sería presentar revoluciones auténticamente genuinas como la china o albanesa bajo la estela del centrismo de las tesis de Dimitrov. Si ambas revoluciones triunfaron fueron por: 1) ir en contra de las directrices de la propia Internacional Comunista; 2) no permitir la fusión con los partidos socialdemócratas teniendo su dirección ideológica y organizativa independiente como punto de partida y de llegada y 3) llevar a sus partidos a la lucha armada revolucionaria. El autor no examina sus propias condiciones ni busca los puntos inmanentes de ruptura con la ortodoxia; lo que se puede encontrar debajo de las apariencias (esto es, por qué los “marxistas-leninistas” tuvieron que divergir, cuáles fueron las razones reales y concretas para una crítica posterior, por qué tuvieron que empezar a divergir etc).

Anti Dimitrov es, en resumen, una obra interesante que permite reflexionar y diferenciar sobre lo que fueron limitaciones propiamente dichas (por ejemplo, el camino original que tuvo que recorrer la revolución china como proceso revolucionario en un contexto anticolonial que no se agotase propiamente en la fase burguesa) y lo que resultaron carencias ideológicas respecto a una altura política ya exigible en el momento histórico dado.



EDICIONES
DOSCUADROS